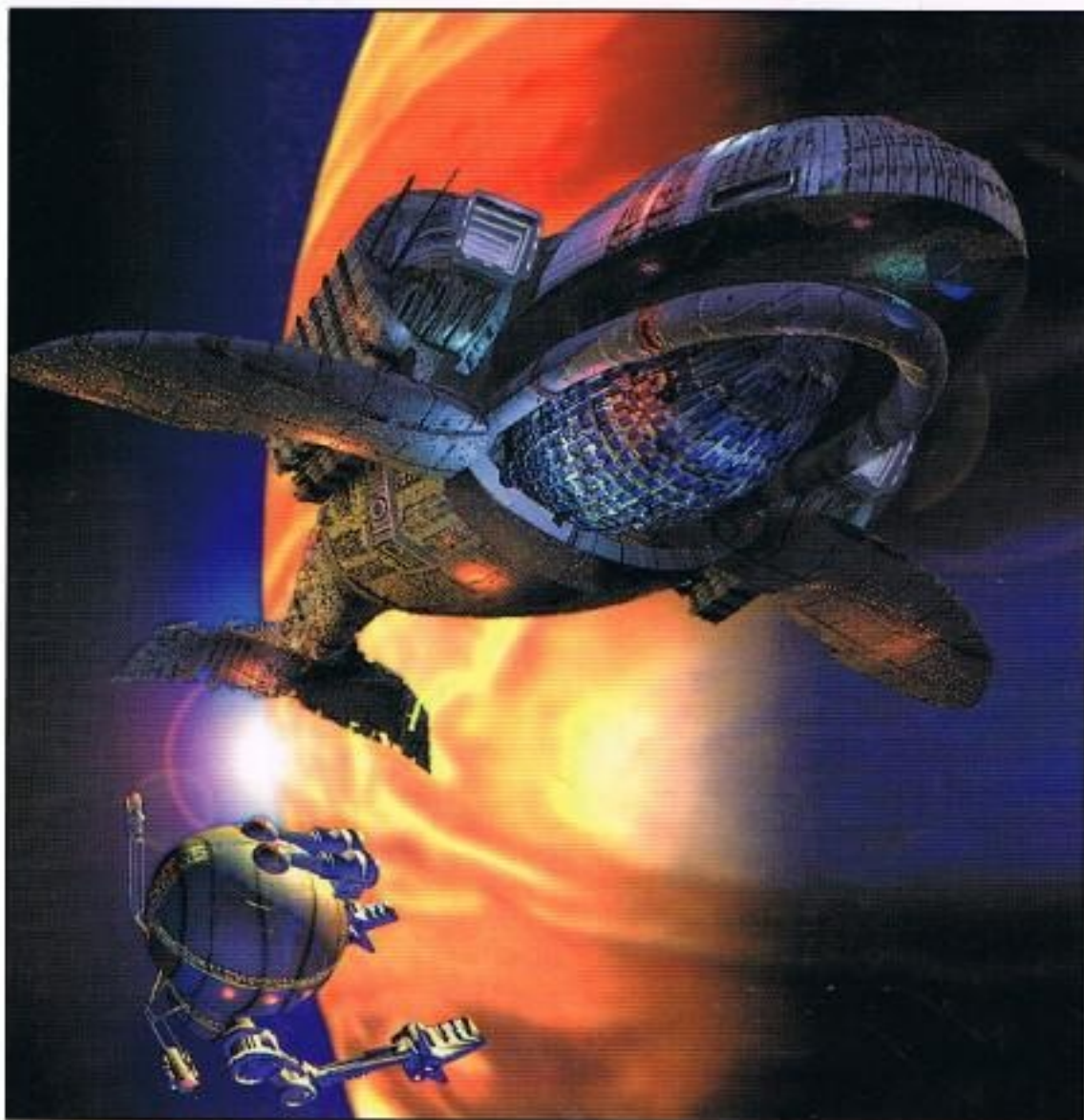


**JUAN MIGUEL AGUILERA
JAVIER REDAL**



EL REFUGIO



Dos autores a la altura
de Asimov y Clarke

NOVA
CIENCIA FICCIÓN

Lectulandia

2024 d. C.: Un heterodoxo arqueólogo jesuita descubre en Marte las ruinas de una civilización desaparecida.

2029 d. C.: Sobre el lecho seco del mar de Aral, en el centro de la meseta de Ustyurt, aparece una forma de vida vegetal no terrestre.

2034 d. C.: Una inimaginable catástrofe cósmica se abate sobre la Tierra.

2039 d. C.: La humanidad diezmada se esfuerza por salir adelante, mientras una expedición espacial parte en busca de los culpables del Exterminio. En el curso de su viaje descubrirá una amenaza que empezó millones de años atrás.

Aguilera y Redal, autores de la inolvidable *Mundos en el abismo*, han creado una interesante novela que une el enfoque ameno de la space opera con la riqueza especulativa de la mejor ciencia ficción hard. La tesis central y las sorprendentes visiones de la biotecnología, de la comunicación con otras especies, y del pasado y futuro de la humanidad convierten esta obra singular en un hito indiscutible.

El refugio es una maravilla de imaginación especulativa que establece de forma definitiva la mayoría de edad de la ciencia ficción española. Una novela bien construida y trabajada que se atreve a emular, y superar con éxito, a autores clásicos como Arhtur C. Clarke o Gregory Benford.

En la historia de la ciencia ficción española habrá un antes y un después de *El refugio*.

Lectulandia

Juan Miguel Aguilera & Javier Redal

El refugio

ePub r1.0

Rds 19.12.13

Título original: *El refugio*
Juan Miguel Aguilera & Javier Redal, 1994
Ilustraciones: TRAZO

Editor digital: Rds
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

En 1989, NOVA ciencia ficción se sentía orgulloso, de presentar un buen libro de ciencia ficción escrito en España: SAGRADA, de Elia Barceló (NOVA ciencia ficción, número 19), una novela corta y una antología de relatos que demostraban que la ciencia ficción española no tenía nada que envidiar a la ciencia ficción traducida del inglés; en definitiva: un libro que encajaba perfectamente en una colección como NOVA ciencia ficción que tiene a gala publicar los mejores títulos de la ciencia ficción moderna.

Pero, aunque el lastimoso hecho no sorprenda a nadie, el libro de Elia Barceló no tuvo, al principio, el mismo ritmo de ventas que otros títulos de la colección. Finalmente ha agotado su tirada, pero con una lentitud exasperante que no se corresponde con su calidad ni con el ritmo de ventas de otros libros de autores norteamericanos publicados en NOVA ciencia ficción. Por desgracia el lector hispano de ciencia ficción sigue reacio a reconocer que el género cuenta en España con autores de gran valía y con obras de gran calidad. Éste es un error que sólo el tiempo y novelas como la que hoy presentamos pueden finalmente corregir.

Tras unos años duros para la ciencia ficción publicada en España, hemos decidido, por fin, recuperar la idea inicial de dar a conocer a los lectores de nuestra colección las mejores obras de este género pertenecientes a los autores españoles más recientes. Sin embargo, no nos sirve cualquier título. En NOVA ciencia ficción, que ha publicado entre otras obras los últimos premios Hugo (ocho desde el obtenido por Orson Scott Card en 1986 con EL JUEGO DE ENDER, sólo tienen cabida obras ambiciosas y de calidad. El hecho de incluir autores españoles no supone una reducción del nivel de exigencia de la editorial. SAGRADA y EL REFUGIO, la novela que hoy presentamos, satisfacen claramente ese nivel de exigencia pese a representar tendencias distintas dentro de la ciencia ficción.

En la ciencia ficción norteamericana es frecuente encontrar obras fruto de la colaboración de dos autores. Me refiero a colaboraciones verdaderas, y no a esas novelas que invaden el mercado y que sólo han nacido de la voluntad de un editor desaprensivo en el momento de utilizar el tirón comercial del nombre de un autor famoso como Clarke, Asimov, Farmer o Zelazny.

La verdadera colaboración de dos autores persigue la unión de sus capacidades para producir una obra conjunta en la que resulta difícil, por no decir imposible, separar la participación individual de cada uno. Un ejemplo típico fue la unión de Frederik Pohl con Cyril M. Kornbluth para la escritura de diversas obras, entre las que destaca la inolvidable MERCADERES DEL ESPACIO (1953). Más reciente es el trabajo conjunto realizado por Larry Niven y Jerry Pournelle en obras ya clásicas como LA PAJA EN EL OJO DE DIOS (1974).

Siempre he pensado que hace falta una gran capacidad de compenetración para lograr esa colaboración en un acto tan individual y solitario como es el de escribir. Pohl cuenta en sus memorias cómo trabajaban él y Kornbluth, y resulta francamente sorprendente: a veces uno escribía mientras el otro dormía para, al despertar este último, continuar con la narración en el punto donde el compañero la había dejado.

Otra posibilidad, menos asombrosa pero no menos difícil y efectiva, consiste en que los dos autores comenten, discutan, colaboren y, en definitiva, conjuguen habilidades complementarias para que la obra surja, al fin, como fruto de la sinergia de dos personalidades. Así es posible lograr, por ejemplo, unir la imaginación más desbocada con el rigor, la seriedad y la verosimilitud en la explicación de las más asombrosas especulaciones.

En este último grupo hay que incluir al dúo valenciano de la ciencia ficción española, el formado por el biólogo Javier Redal y el diseñador gráfico Juan Miguel Aguilera. Redal y Aguilera, o Aguilera y Redal, que «tanto monta, monta tanto», aportan un punto de vista nuevo a la ciencia ficción escrita en España: el de la amena space opera unida a la especulación científico-tecnológica de la mejor ciencia ficción hard.

Hablemos primero de los autores. Después comentaremos la novela.

Javier Redal es profesor de Biología en un instituto valenciano. Tras una intensa actividad epistolar, comenzó a publicar ciencia ficción en la revista Nueva Dimensión con el relato Naufragio en Titán (ND 109, 1978), saludado por sus editores con el inevitable «¡Un Clarke español!», que daba la bienvenida a la más sólida incursión de la ciencia ficción hispana por los difíciles caminos de la vertiente hard del género. Siguieron nuevos relatos y también diversos artículos de divulgación científica en los que Javier Redal mostraba, con gran amenidad, sus conocimientos abrumadoramente enciclopédicos.

Cuando en su día le pedí un relato para mi fanzine Kandama, Redal me hizo llegar una narración breve, Sol, escrita en colaboración con Ernesto Garzón, uno de sus alumnos. Demostración precoz de su voluntad y capacidad para colaborar con otros autores, que apareció en el número 2 de Kandama, en la primavera de 1981.

Poco después, en junio de 1981, Nueva Dimensión publicaba uno de esos artículos que despiertan de forma irremediable uno de los peores de mis muchos defectos habitualmente aletargados: una verde envidia que, todo hay que decirlo, suele ir acompañada de una gran admiración. El texto de Javier llevaba por encabezamiento «Es el título de este artículo» es el título de este artículo y era la culta e inteligente reseña e interpretación que Redal hacía de un libro de Douglas R. Hofstadter: Gödel, Escher, Bach: an Eternal Golden Braid, conocido como (GEB:EGB entre los especialistas. Se trataba entonces de un libro muy reciente pero que ya había alcanzado la categoría de «texto sagrado» entre algunos estudiosos de

la informática. Mi sorpresa fue mayúscula al ver que, al margen del reducido grupo de universitarios e informáticos entre quienes me movía, otro «loco de la ciencia ficción» conocía el libro. La envidia surgió, espontánea, cuando me di cuenta del gran jugo que Javier había sabido sacar del libro de Hofstadter (otro ejemplo paradigmático de mis envidiados con admiración). Desde entonces aprendí a respetar la inteligencia y la curiosidad de Javier Redal, y sigo sorprendiéndome del carácter enciclopédico de sus conocimientos.

Juan Miguel Aguilera es más joven que Javier Redal. Para algunos, puede parecer el elemento más activo del dúo, o al menos el más imaginativo. Aunque eso será siempre difícil de precisar.

Juan Miguel es diseñador gráfico y, junto con Paco Roca y otros miembros del equipo TRAZO, se encarga, desde este año 1994, de ilustrar las portadas de NOVA ciencia ficción. Como detalle interesante debo mencionar que las ilustraciones están realizadas, en su mayor parte, con las técnicas infográficas del diseño por ordenador. Una novedad que me pareció adecuada para una colección como NOVA ciencia ficción. Como era lógico, el mismo Juan Miguel ha realizado la portada y las ilustraciones de este libro.

Juan Miguel Aguilera publicó su primer relato de ciencia ficción en Nueva Dimensión. Era, cómo no, una colaboración con Javier Redal aun cuando parece que Redal sólo aportó la idea de una hiperesfera. El cuento se titula Sangrando correctamente (ND 136, 1981), e inició una fructífera colaboración.

El lector debería también saber que la novela de ciencia ficción favorita de Juan Miguel Aguilera es LA PAJA EN EL OJO DE DIOS (1974), escrita a dúo por Larry Niven y Jerry Pournelle. Eso da idea del tipo de ciencia ficción que le gusta y, en definitiva, de la que escribe. También da idea de lo natural que le parece a Juan Miguel ese curioso fenómeno que es escribir a dúo. El dato curioso es que Juan Miguel Aguilera tiene, además, un asombroso parecido con Larry Niven, uno de sus autores favoritos a quien gana claramente en simpatía y juventud. Creo que la primera vez que vi en persona a Juan Miguel fue en la HISPACON de 1991, en Barcelona, y desde entonces no se ha librado de mis repetidas bromas sobre «el Larry Niven español».

Un editor más lanzado, con los datos que les he ofrecido hasta ahora, hablaría tal vez de Redal y Aguilera como de los Clarke y Niven españoles. Yo no voy a hacerlo por dos razones importantes: la primera es que no me consta que Clarke y Niven hayan escrito ciencia ficción a dúo. La segunda es que, en el caso de que lo hicieran, no estoy seguro de que obtuvieran resultados comparables a los de Redal y Aguilera. En cualquier caso, como soy persona complaciente, si alguna vez Clarke y Niven colaboran y escriben a dúo, no me costará considerarles los Redal y Aguilera anglosajones. Pero sólo si se lo merecen...

Como equipo de narradores, Redal y Aguilera alcanzaron un verdadero éxito de

crítica y público con su primera novela, *MUNDOS EN EL ABISMO* (1988, *Ultramar*), la primera ambientada en el universo galáctico de Akasa-Puspa. A ese universo de ficción retornaron con su segunda novela, *HIJOS DE LA ETERNIDAD* (1990, *Ultramar*), y con relatos como *Ari, el Tonto* (*BEM* 20, mayo 1992) o la novela corta *Las garras del vórtice*, finalista de la edición de 1992 del Premio UPC de ciencia ficción.

MUNDOS EN EL ABISMO es «una moderna space opera de ciencia ficción hard, en un libro inusual en España por su atención a los temas científicos», tal y como la describe la prestigiosa *The Encyclopedia of Science Fiction* editada por John Clute y Peter Nicholls (1993). Como no podía ser menos, tanto Aguilera como Redal cuentan con sendas entradas propias en dicha enciclopedia.

Según me indica quien tiene información fiable, *MUNDOS EN EL ABISMO* ha sido un verdadero éxito editorial en un mercado que no se caracteriza por aceptar con facilidad la obra de autores españoles. Como toda la obra de Redal y Aguilera, *MUNDOS EN EL ABISMO* cuida el punto de vista científico al estilo de las grandes realizaciones de la ciencia ficción hard anglosajona. La saga de Akasa-Puspa es una vasta epopeya que transcurre en un lejano cúmulo espacial, aun cuando se ignora cómo llegaron los seres humanos hasta allí. La novela contrapone los intereses de los sacerdotes (de una religión inspirada y prácticamente heredera del hinduismo), los militares y los científicos en un escenario de gran magnitud y complejidad. Incluye, como es habitual en la obra de estos autores, curiosas descripciones de las naves espaciales, así como una sorprendente fauna espacial y la base biológica que puede hacerla verosímil.

El lector interesado puede profundizar en el universo imaginario de Akasa-Puspa y, sobre todo, en la curiosa dinámica de creación a dos en la interesante entrevista que los autores concedieron a Bem, la revista de la ciencia ficción española. Fue en el número 10, correspondiente a mayo de 1991 (recuerden, no hallarán BEM en librerías ni quioscos y conviene solicitarlo a: BEM, Apartado de Correos 2061, Principado de Andorra. Si les interesa tan sólo un poquito la ciencia ficción, deberían estar suscritos a Bem. Estoy seguro de que me agradecerán el consejo).

Un extracto de esta entrevista ilustrará el modo de trabajar del dúo. Habla Juan Miguel Aguilera:

Nuestros talentos se complementan. Para mí, imaginar argumentos y situaciones es bastante fácil. En realidad, si Javier se queja de algo, es de mi exceso de ideas, que le obliga a cambiar una y otra vez lo ya escrito para añadir cosas nuevas. Sin embargo, yo pienso en imágenes. [...] De esta forma, la mayor parte de las escenas empiezan con una imagen. Una imagen absurda en ocasiones, pero que excita mi sentido de la maravilla. Algo así como ballenas flotando en un gigante gaseoso. Javier coge esto, y lo justifica

impecablemente desde el punto de vista científico.

La entrevista, que data de 1991, cita precisamente esas «ballenas flotando en un gigante gaseoso» que, supongo, podría ser el origen de la novela que hoy presentamos. Pero, como no podía ser menos, ésta es una novela que tiene historia.

La historia de EL REFUGIO se remonta a 1990, cuando la editorial Salvat-Ultramar, satisfecha precisamente por la cifra de ventas alcanzada por libros como MUNDOS EN EL ABISMO, anunció su Premio Salvat-Ultramar de Ciencia Ficción. Redal y Aguilera concurren al premio bajo el seudónimo Alvy Singer con la novela El escondite. Las desventuras de la editorial impidieron que el premio llegara a concederse y, de hecho, Salvat-Ultramar dejó de publicar ciencia ficción en 1991. Pero, como miembro del jurado, puedo decir que, aun cuando no se hubiera llegado a la votación final, el sentimiento general de los miembros del jurado era que la novela ganadora sería El escondite, francamente muy superior a los otros títulos finalistas.

Cuando en 1993 me decidí a publicar en NOVA ciencia ficción un nuevo libro de autor español, les pedí a Redal y Aguilera que me permitieran publicar El escondite. Mi sorpresa fue grande cuando, tras decirme que la habían reescrito, recibí un manuscrito con el título EL REFUGIO y que, aun siendo El escondite que yo recordaba, resultaba francamente distinta y mejor.

En El escondite, el protagonista principal era un franciscano, de nombre Rafael Sánchez, y la historia estaba narrada en primera persona. En EL REFUGIO, la visión es coral, como corresponde a una trama cuyo protagonista real es toda la humanidad. Tal vez por haberlo anunciado en la ya citada entrevista de BEM, los autores conservaban un personaje con el mismo nombre y distinto sexo, Susana Sánchez, que había pasado, eso sí, a ser una atea convencida...

Pese a que El escondite ya era una novela larga, se había dilatado en la nueva versión, mucho más cuidada en los detalles y más dinámica en las escenas de acción. Tras unos pequeños ajustes posteriores para entrar más pronto en la trama principal, EL REFUGIO que hoy presentamos es la versión definitiva de una obra en la cual los autores han estado trabajando, con las lógicas interrupciones, durante casi tres años.

La trama principal de EL REFUGIO se sintetiza con sencillez: en el año 2024 un heterodoxo arqueólogo jesuita descubre en Marte las ruinas de una civilización desaparecida. Poco después, en el año 2029, aparece una forma de vida vegetal no terrestre sobre el lecho seco del mar de Aral, en el centro de la meseta de Ustyurt. Finalmente, en el año 2034 una inesperada Tormenta de positrones se convierte en la más inimaginable catástrofe cósmica que se abate sobre la Tierra. Tras el Exterminio, la humanidad diezmada se esfuerza en salir adelante, mientras una

expedición espacial parte en busca de los culpables. En el curso de su viaje descubrirá una amenaza que, en realidad, empezó millones de años atrás.

De nuevo, Redal y Aguilera han creado una interesante novela que une la amenidad de la space opera con la riqueza especulativa de la mejor ciencia ficción hard. La tesis central, una arriesgada hipótesis biológico-genética que los autores explican brillantemente, Y las sorprendentes visiones de la biotecnología (la ingeniería en denominación de los autores), de la comunicación con otras especies, y del pasado y futuro de la humanidad confieren a EL REFUGIO los trazos definitivos de la mejor ciencia ficción hard, una «rara avis» en la ciencia ficción española.

Me atrevo a afirmar que, con EL REFUGIO, Redal y Aguilera (Aguilera y Redal), alcanzan la madurez en una difícil modalidad del género. Esta novela es una maravilla de imaginación especulativa que establece de forma definitiva la mayoría de edad de la ciencia ficción española. Y lo hace precisamente en un subgénero que, hasta la aparición de Redal y Aguilera, apenas se había cultivado en España.

EL REFUGIO difiere de SAGRADA, por ejemplo, en el hecho central de que, como es habitual en la ciencia ficción hard, no son los protagonistas individuales y sus conflictos emotivos los elementos principales del relato. El protagonista en EL REFUGIO es, por una parte, la humanidad como especie y, por otra, la tecnología (la ingeniería en este caso) y la ciencia.

Les aconsejo que, al leer la novela, hagan lo posible por «visualizar» las descripciones. Tal como dice Aguilera, las imágenes son importantes para disfrutar del sentido de la maravilla que encierra la tecnología que imaginan los autores. Y ello sin olvidar la idea de fondo, una buena especulación biogenética que sorprenderá a muchos por su audacia. Eso es, en definitiva, lo que uno espera de una buena novela de ciencia ficción hard.

Como profesional con cierta experiencia en la edición de ciencia ficción en España, resulta doloroso saber que este libro está condenado a una cifra de ventas francamente menor que la que logrará, por ejemplo, la enésima novela de Gentry Lee gracias a la firma de Arthur C. Clarke.

Hay en EL REFUGIO la misma riqueza temática que podemos encontrar, por ejemplo, en las mejores obras del Clarke de los años de plenitud: una visión cosmopolita de personajes y situaciones, un trasfondo de culturas y poderes, sin olvidar la religión, unas especulaciones científico-tecnológicas atrevidas y bien justificadas, la descripción detallada y efectiva de una tecnología suficientemente avanzada para que nos parezca, en términos que popularizara el mismo Clarke, análoga a la magia, etc.

Todos éstos son los elementos que han hecho famosa en todo el mundo la obra de autores como Arthur C. Clarke, Gregory Benford, Larry Niven o John Varley. Elementos que, el lector podrá constatarlo, se hallan presentes en EL REFUGIO, una

novela a la cual sólo el hecho de haber sido escrita en España y en castellano le va a hurtar el triunfo popular que habría obtenido en todo el mundo si, simplemente, hubiera sido escrita en inglés y en Norteamérica.

En cualquier caso, si ustedes supieron divertirse con las maravillas y sorpresas tecnológicas de obras clásicas como Encuentro con Rama, encontrarán francamente brillantes las descripciones de gran potencia visual que enriquecen EL REFUGIO.

Y, tras la lectura de la novela, deténganse un momento a reflexionar. Estoy seguro de no exagerar cuando digo que Redaly Aguilera no tienen nada que envidiar a autores como Clarke, Niven o Benford. Su único problema, y uno de los más graves de los escritores de ciencia ficción españoles, es que no puedan ganarse la vida escribiendo obras del tipo MUNDOS EN EL ABISMO O EL REFUGIO, como logran hacer Clarke, Niven, Benford y otros. Estoy seguro de que hay en ello una profunda injusticia. De ustedes depende que se vaya corrigiendo...

MIQUEL BARCELÓ

*Dedicado a Miquel Barceló,
por sus virtudes:
la fe en nuestra novela,
la esperanza que ha puesto en ella,
y la candad de publicarla.*

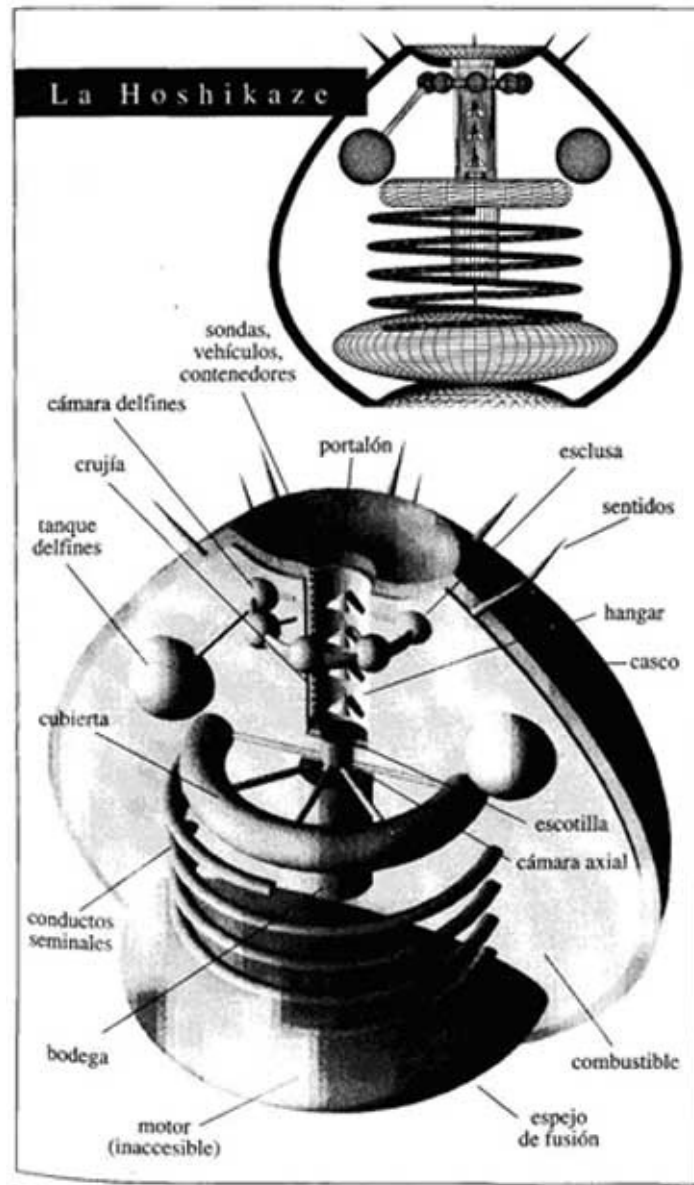
*Y también para Ricard de la Casa,
Joan Manel Ortiz,
Pedro Jorge, y Andrés Rodrigo*

Sacamos los pesados revólveres (de repente hubo revólveres en el sueño) y alegremente dimos muerte a los dioses.»

Jorge Luis Borges,
Ragnarók

¿Dónde está el rayo que os lama con su lengua? ¿Dónde la demencia que habría que inocularos?
Mirad, yo os enseño al superhombre: ¡él es ese rayo, él es esa demencia!
Cuando Zaratustra hubo hablado así, uno del pueblo gritó: «ya hemos oído hablar bastante del volatinero; ahora, ¡veámoslo también!».

Friedrich Nietzsche
Así habló Zaratustra



500 000 000 a. C.

Habían pasado eones desde que los *Primigenios* descargaran su represalia en castigo a la Insurrección; sin embargo, *Taawatu* aún se hallaba atormentado por el miedo y la ira. Sumido, desde entonces, en un sombrío dolor.

Sólo algunos subindividuos habían escapado, refugiándose en aquel mundo de nubes eternas. *Taawatu* había dejado morir a la mayor parte de sus miembros, para que sus células originaran una vida anodina y quimiotrófica que poblara aquellos océanos de huracanes. Los obligó a desarrollarse, a convertirse en lo que ahora era: un enorme y solitario ser.

Estaba seguro de que los *Primigenios* nunca podrían encontrarle allí. Permanecer en aquel lugar para el resto de la eternidad era casi una tentación.

Pero eso no entraba en sus planes.

Planes de venganza.

Y, para cumplirlos, antes tendría que abandonar su refugio.

Por fin se decidió. Atravesó la gruesa capa de nubes y escrutó su entorno.

Nada. Ningún mensaje. Ninguna señal.

Realmente estaba solo.

¿Cuánta información había perdido? Imposible calcularlo. Las entidades como *Taawatu* se hallaban acostumbradas a una leve pérdida de información. Era algo inevitable, pues la información se degrada en ruido con el tiempo, como la energía degenera en calor y el Orden se corrompe en Caos. Pero la Guerra con los *Primigenios* había supuesto una pérdida catastrófica, y *Taawatu* se encontraba semiamnésico. Para una entidad como él, la enajenación de individuos que había sufrido era similar al efecto de una lobotomía. En su cuerpo (enorme, pero aun así insuficiente para contener toda la información, toda la riqueza que una vez había poseído su especie) habitaba todo lo que de él quedaba en el Cosmos.

Desarrolló una generación de subindividuos dotados de manipuladores. Construyeron sondas que envió a los planetas interiores, con la esperanza de que al menos algunas de sus extensiones vivieran todavía.

El Planeta IV había perdido la mayor parte de su atmósfera; ahora era un yermo desolado y estéril. En el III había vida, aunque irreconocible. Los más desarrollados eran criaturas marinas dotadas de exoesqueleto, con un sistema nervioso poco centralizado: caminos sin salida hacia la inteligencia. Y el Planeta II ofrecía también un aspecto desolador, giraba muy lentamente en forma retrógrada, cubierto por espesas nubes de vapores venenosos.

Taawatu sintió una punzada de dolor, y se permitió dos o tres milenios de tristeza por sus anexos destruidos. Sin embargo, no toleraría que su congoja se interpusiera en

su sendero. Quedaba mucho por hacer; su camino hacia la venganza no iba a ser corto ni fácil.

Pero disponía de todo el tiempo del Universo.

2024 d. C.

Para Santiago Casanova, era un extraño espectáculo contemplar aquel huracán mudo de polvo y arena, estrellándose contra el parabrisas de su vehículo.

Las grandes ruedas balón del todo terreno traqueteaban sobre el quebrado suelo marciano, oscilando lentamente en amplios arcos. Los potentes faros halógenos no lograban taladrar el muro de polvo naranja que arrojaba el viento; al contrario, la luz reflejada en las partículas de polvo les impedía ver más allá de unos pocos metros.

El vehículo parecía encerrado en una burbuja rodeada de aire polvoriento y opaco.

A través de las paredes, los ocupantes podían oír el suave crujido de la arena bajo las ruedas, y el más suave susurro de la arena rasguñando las paredes del todo terreno. Pero la tormenta, que en la Tierra estaría acompañada de un aullido ensordecedor, era casi inaudible en la tenue atmósfera de Marte.

—Hola, Olympus. ¿Me oyes? —decía Casanova.

—*Te oímos, transporte* —dijo una voz en ruso. Era Vladimir Kaledin, transmitiendo desde la estación meteorológica en la cima del Olympus Mons.

Casanova se imaginó al melenudo meteorólogo, sorbiendo una de sus interminables tazas de té, examinando gráficos e impresos; mientras, fuera de la estación, se extendía la llanura de lava a veintiséis kilómetros sobre el suelo, sobresaliendo de la fina atmósfera marciana.

—¿Cómo marcha la tormenta, Volodia?

—*Tiene feo aspecto, padrecito. Desde la órbita no se ve ni un solo claro. Vientos de fuerza 10, sin signos de cambio.*

—Malas noticias.

—*Lo siento, padrecito, no hay otras.*

—Gracias. Cambio y fuera.

—Esto es una completa locura —dijo Luis, que conducía—. Reza, amigo mío, porque lo más seguro es que desaparezcamos por una grieta en los próximos minutos. ¿Qué dice el radar?

Luis Álvarez era el mejor conductor de todo terreno que podía uno encontrar en Marte. Casanova se había sentido más tranquilo cuando supo que la *Velwaltungsstab* les había asignado al corpulento colono para llevarles hasta su incierto destino.

Pero ahora parecía nervioso; esto ya era demasiado para Casanova. Si él estaba asustado, había que empezar a tomarse las cosas en serio.

—Hay un cráter de quinientos metros de alto —dijo Casanova—, a un kilómetro al Oeste.

—Bien, podremos guarecernos a sotavento...

—¿Es eso seguro?

—Es un riesgo menor.

—Voy a informar a nuestros pasajeros.

Luis dudó un momento.

—Supongo que deberían saberlo. De acuerdo, ve.

Casanova se puso en pie con cuidado y se dirigió a la parte posterior de la caja, sorteando los pesados embalajes con comida y equipo.

A la pálida luz de un generador de emergencia, un jesuíta, vestido con un mono color caqui, consultaba una serie de fotografías de satélite y mapas cartográficos, extendidos sobre sus rodillas. Un dominico observaba sus movimientos agazapado en el otro extremo de la mesa.

No habían sido una compañía muy alegre en aquel viaje.

—Padre Markus... —dijo Casanova.

El jesuíta levantó la cabeza de sus papeles y le miró con frialdad a través de un par de gruesos anteojos.

Su cabeza recordaba la de un tiranosaurio: frente estrecha y mandíbulas anchas. El padre Markus era una de esas personas a las que la Naturaleza había obsequiado con un rostro trapezoide. Estaba calvo en su mayor parte, salvo un semicírculo de mechones color arena en torno a la nuca. Sus fríos ojos grises se entrecerraron.

—¿Sucede algo, Jaime? ¿Algo en lo que yo pueda ayudar? —Su voz era suave y cortés.

—Hay visibilidad cero y avanzamos sobre terreno desconocido.

—¿No tienen navegación por satélite? ¿Radar? ¿Mapas? Me sorprende. —Su *sorpresa* se hallaba teñida de irónica frialdad—. Me temo que en esas cuestiones no pueda serle útil.

—Tenemos todo eso, padre, aunque ninguna de las tres cosas nos advierten de una posible grieta en el suelo de cuatro o cinco metros de ancho, en el que este vehículo cabría perfectamente.

—Esto es *terreno caótico* —dijo el dominico con una mueca de desagrado—, lo peor que hay en Marte para un vehículo.

Markus le dirigió una mirada de desprecio y volvió a concentrarse en Casanova.

—Entiendo. ¿Y qué van a hacer ustedes?

—Por lo pronto, resguardarnos del viento tras un cráter.

El dominico agitó su mano.

—No me gusta, Jaime. Estaremos resguardados para ser sepultados poco a poco en el polvo.

—Poco a poco, padre Enrique. Podemos salir con palas a despejar el terreno. Y allí podremos esperar a que amaine la tormenta.

—Sin duda usted bromea —dijo Markus con una mirada fija—. Esta tormenta cubre Marte de polo a polo. No se trata de un fenómeno local, lleva ya diez semanas en marcha. ¿Sugiere que aguardemos sentados sobre nuestros traseros otras diez

semanas, sin otra diversión que desenterrar nuestro vehículo de vez en cuando?

Más o menos esa es la idea.

El padre Enrique se mostró inseguro.

No sé si haríamos mejor en regresar ahora mismo. Esta expedición me pareció una completa locura. Desde el principio.

Markus entrecerró aún más los ojos.

—¿He oído bien? ¿Ignoran que yo soy el jefe de esta misión?

Casanova sonrió con frialdad. ¿Qué diría Markus si supiera que las cosas eran muy diferentes a como imaginaba? El padre Enrique Kramer era un funcionario de la Curia, enviado por la Santa Sede para vigilar a Markus. Según las órdenes selladas podía asumir el mando en cualquier momento de la misión, de acuerdo con su criterio. Se las habían mostrado a Casanova, pero no al padre Markus.

—No lo ignoramos —dijo Casanova, con voz suave—. Sin embargo, sucede que quien está al mando del vehículo es Luis; y eso le confiere la autoridad absoluta del comandante de un barco.

—Ya veo. ¿Cree que su autoridad durará mucho cuando informe de su desobediencia? No volverá a conducir nada más complicado que una carretilla.

—Es posible que no, padre. Pero Luis y yo preferimos ser conductores de carretilla vivos, a héroes muertos y deshidratados por la atmósfera marciana.

Markus se encogió de hombros.

—Como quiera. Pero admita que su incompetencia nos hará perder un tiempo valiosísimo.

Casanova necesitó todo su autocontrol para no darle un puñetazo.

—Permítame recordarle que tanto Luis como yo desaconsejamos un viaje así en esta época del año.

—Eso es cierto, padre Markus —corroboró el dominico—, y yo soy testigo.

Markus volvió a sonreírles venenosamente.

—Sin embargo, tuvieron que inclinarse ante mis órdenes, ¿eh? Bien, si quieren quejarse, redacten un informe por triplicado y mándenlo a Nuevo Vaticano. A mí me importa un bledo.

El vehículo se detuvo y cesó el susurro de la arena sobre la carrocería. Los viajeros examinaron el exterior por una portilla.

Se hallaban resguardados en la zona de aire en calma tras el obstáculo. Como siempre, Casanova se sorprendió al ver caer las partículas de polvo del cielo, reflejándose en los haces de luz de los faros. A pesar de la baja gravedad marciana, los granos de polvo se posaban con la rapidez de un puñado de perdigones. Era debido a la tenue atmósfera, que impedía que las partículas más gruesas se mantuvieran suspendidas.

Al anochecer, la temperatura exterior bajó a ciento cincuenta grados bajo cero.

Las rocas se cubrieron de una fina escarcha. La atmósfera marciana es seca en términos absolutos, pero el intenso frío hacía que la misma estuviera al borde de la saturación. Un pequeño descenso de temperatura bastaba para que el escaso vapor de agua se sublimase en hielo, sin pasar por el estado líquido. Al amanecer, el calor del sol lo evaporaría, y la escarcha desaparecería como por ensalmo.

Casanova se puso un traje espacial y salió con una pala y un cubo. Recogió una buena cantidad de escarcha mezclada con tierra; una vez dentro del todo terreno, bastaría con calentarla un poco para obtener agua.

A menudo le gustaba considerarse a sí mismo, y al resto de los colonos marcianos, como beduinos del siglo XXI. Aprovechaban los magros recursos del planeta en beneficio de la vida humana. En sus viajes extraían agua de la atmósfera o del permafrost. En caso de necesidad, podían extraer oxígeno calentando la roca para descomponer los peróxidos, tan abundantes en el suelo marciano... y que daban lugar a extrañas reacciones químicas, que habían desconcertado un siglo antes a los expertos de la NASA, en tiempos del Proyecto Viking.

Casanova se apoyó en la pala, observando aquel extraño entorno.

La visibilidad era tan reducida como antes. El polvo suspendido en el aire tenía ahora un color blanco amarillento a la luz; los granos actuaban como núcleos de condensación del hielo. Las rocas se encontraban cubiertas de escarcha. A la luz de los faros, las partículas de polvo brillaban como finísimos copos de nieve.

Tras la cena, el mezquino temperamento del padre Markus pareció suavizarse.

En realidad, apenas había probado bocado; eso sí, bebiendo en abundancia el seudocoñac marciano.

Más tarde, y después de la cuarta copa de mejunje etílico, el jesuíta estuvo más hablador. A una pregunta de Álvarez respondió:

—¿Que qué eshero encontrar? ¡Oh, sanc-ta sim-pli-plici-tas! —dijo con lengua estropajosa por el alcohol—. ¡Arqueología, muchacho! Ar. Que. O. Lo. Gí. A.

Dio puñetazos en la mesa a cada sílaba.

Casanova sonrió. La dipsomanía/de Markus era casi legendaria.

—¿En Marte? —dijo Kramer con cinismo—. Esto es absurdo, padre. Jamás ha habido vida aquí. Este planeta está tan seco como... un hueso.

Recién pronunciado, se dio cuenta de lo poco adecuado de su metáfora. Huesos significan vida. Markus también se dio cuenta, a juzgar por su sonrisa burlona.

—Seamos realistas —insistió—. Llevamos veinte años aquí, ni la CEMM, a la que pertenece nuestro amigo Santiago Casanova, ni nadie, ha encontrado jamás pruebas de que alguna vez hubiera vida en Marte. ¿Qué le hace pensar que ahora va a ser diferente?

—Porque ahora eshtoy yo aquí. —El padre Markus se señaló con el pulgar—. Yo esploré las ruinas de los sabeos y las culturas preishlámicas de Arabia.

Y —exclamó con pendenciera arrogancia— deshcubrí los oh-orrp-rígenes del culto de Yahveh...

Sus labios se curvaron en un gesto que podía ser tanto una sonrisa como una mueca de desprecio.

—¿Les sorprende? Encontré pruebas de que Yahveh era adorado como dios del trueno entre los ca-aaaa-naneos m-me-ridionales, mucho antes de Abraham. Su culto comprendía ritos que luego se prohibieron en el Levítico. Mis descrubi... descur-bi... des-cubri-mientos arrojan lush sobre los ooorígenes del j-judaísmo y sus creencias religiosas anteriores a la ca-uuutividad de Ba-bi-lonia y aun a la eshistencia de la Biblia...

—Pero ¿qué relación puede tener todo eso con Marte...? —preguntó el dominico.

—Más de lo que ibaginan... —Y dejó pasar un largo y enigmático silencio.

Después añadió con aire soñador:

—Shí, estoy acoshtumbrado a trabajar en un entorno hostil. ¡En el centro mismo de Islam! Mis inveshtigaciones sobre el origen preisláaa-mi-co de ciertas Su-u-u-ras del Corán me atrajeron también el odio de los mu-sul-ma-nesh.

—Padre Markus —dijo Casanova con sosiego—, pronto descubrirá que Marte es un entorno infinitamente más hostil que todo cuanto haya conocido en su vida.

El padre Markus dejó su copa sobre la mesa, fulminando a sus compañeros con la vista. Hubo un tenso silencio. Markus se encogió de hombros.

—Lo lamento, tovarishi. —Suspiró con teatralidad—. Todos debemos cumplir nuestros deberes para mayor gloria del Al-tí-si-mo. Cada uno debe arrastrar su crush, como hizo el Señor. Ahora les ha tocado a ustedes la crush de estar a mis órdenes.

Bostezó con no menor teatralidad y se dirigió, tambaleante, a su litera en la parte posterior.

—De momento me voy a dormir. Hagan el favor de abagar la lush al shalir.

Álvarez, un tanto molesto por la escena, se disculpó y se fue a dormir también. Durante un instante el padre Enrique y Casanova se miraron en silencio.

—Ese hombre está completamente loco —musitó al fin el dominico.

—Relájese —dijo Casanova, en voz baja y con una sonrisa tranquilizadora—, ahora ya no corremos ningún peligro.

—No me gustan este tipo de situaciones. Casanova le dirigió una larga y pensativa mirada. Una vez más consideró que las órdenes religiosas tenían demasiado Poder en aquel planeta. Habían sido la cabeza de playa de la colonización, habían luchado por domar aquel mundo en los lempos realmente duros; ahora no iban a hacerse a un lado discretamente. Las continuas disputas entre las diferentes órdenes eran un síntoma de la lucha por el poder librada entre los religiosos de Marte.

—Son inevitables —dijo Casanova.

—Lo que no impide que sigan sin gustarme —insistió el dominico con tozudez.

Una semana más tarde, cesó la tormenta y reanudaron la marcha. Tres semanas más tarde, llegaron a Elysium sin más incidentes. Y cuatro semanas más tarde, el padre Markus exclamaba triunfal:

—¡¡¡Schliemann, te he superado!!!

2029 d. C.

El ultraligero zumbaba a baja altura, sobre la pista de suelo batido. El piloto, un barbudo monje franciscano, puso proa al viento y redujo gas gradualmente. El liviano aparato descendió, tocó tierra, se alzó medio metro y volvió a tocar tierra, bamboleándose sobre su tren de aterrizaje triciclo debido al terreno mal nivelado. Finalmente rodó con lentitud hacia una especie de granero que hacía las veces de hangar, y se detuvo.

El franciscano cortó el encendido y bajó con torpeza del aparato. Era demasiado grande y robusto para aquel avioncito, pero se las arreglaba lo mejor que podía. Se pasó la mano por la frente limpiándose el sudor, y despegó su suéter marrón de lana de su espalda.

Hacía un calor endiablado en aquel sitio, el lecho seco del mar de Aral, en el centro de la meseta de Ustyurt. Aquél había sido el escenario de la sangrienta guerra entre Uzbekistán y Kazakistán, a finales del siglo pasado. Las nucleotácticas habían alterado el clima de aquella región, secando el pequeño mar interior y condenando a la muerte por hambre al noventa por ciento de sus primitivos ocupantes.

El suelo arenoso parecía formado por trozos de vidrio triturado y estaba demasiado cálido. Los granos de sal se introducían en sus sandalias, haciéndole penoso el caminar.

Cinco hombres que se hallaban sentados a la sombra del edificio corrieron a su encuentro.

Los colonos se inclinaron con respeto.

—Bienvenido, Reverendo Padre —dijo el de más edad.

El franciscano los observó. Eran individuos musculosos, de piel curtida y renegrida por la vida al aire libre y el trabajo duro. Vestían saharianas y pantalones cortos de tela recia, muy gastados y remendados. Se cubrían con anchos sombreros; ropas baratas y prácticas, enviadas desde Europa por la *Velwaltungsstab*. El franciscano pudo ver con claridad el emblema rojo en cada una de las solapas.

—Llamadme sólo *hermano*. Soy un monje, no un sacerdote. Hermano Álvaro Corella —señaló su escapulario, donde aparecía su foto bajo una cruz, y más abajo: «Corella; O.F.M.», en caracteres latinos y cirílicos.

Les sonrió, para suavizar la sequedad de sus palabras, y tendió la mano al hombre mayor que le había saludado. El hombre dudó; por un momento el franciscano temió que se la besaría. Pero se limitó a cogerla sin apretar, como si fuera quebradiza.

—¿Podéis conducirme hasta lo que habéis hallado? —Fray Álvaro contuvo la tentación de levantar un pie del suelo ardiente.

—Desde luego, rev... hermano Álvaro. No está muy lejos... hacia allí.

Señaló hacia el sureste con un dedo de uña enlutada.

El franciscano fue conducido hasta la parte trasera del hangar, donde les esperaba

una vieja furgoneta de fabricación japonesa.

El monje caminó pesadamente tras los colonos; además de la gruesa y cortante sal, el suelo se hallaba sembrado de guijarros y grava, con aristas no menos cortantes.

El hombre mayor le recordaba al franciscano la famosa estatuilla egipcia llamada Cheik-el-Beled («el alcalde del pueblo»).

Probablemente son egipcios, pensó. Descendientes de los cristianos coptos expulsados por el Quinto Jihad. Y ahora emigrantes forzosos en esta región dejada de la mano de Dios.

El problema era que la *Verwaltungsstab* no podía dejar aquel pasillo de acceso a Europa despoblado. Aquellos hombres trabajaban duramente intentando recuperar la habitabilidad del lugar, pero a la vista de los resultados, fray Álvaro opinaba que aquel trabajo podía ser más duro que la terraformación de Marte.

Fray Álvaro era meteorólogo, y trabajaba también en aquel proyecto, desde el instituto de Nueva Buhara; la única cosa que merecía el nombre de *ciudad* en aquel olvidado rincón del mundo.

—Esas sandalias no son adecuadas para caminar por el desierto, hermano —dijo el que fray Álvaro había bautizado in pectore como *El alcalde del pueblo*—. Vais a lastimaros los pies.

Se sentó en una piedra y empezó a quitarse las botas de lona verde y suela de goma.

—¿Qué haces?

—Con mis botas caminaréis mejor. Me parece que mi pie es más grande que el vuestro.

—¿Y tú irás descalzo? —dijo el franciscano, alzando las cejas. *El alcalde del pueblo* se encogió de hombros y le mostró la planta del pie, encallecida como el cuero. El hermano Álvaro dudó un momento, pero la idea de meter sus pies en aquellas botas sudadas y malolientes le hizo sentirse ascético.

—Gracias por tu caridad, hermano, pero deja tus botas donde están y démonos prisa. Aguantaré hasta volver a la Misión.

Dudando, *El alcalde del pueblo* se volvió a calzar. —Bueno, la verdad es que la furgoneta nos llevará la mayor parte del camino. Si queréis.— La furgoneta era probablemente el único vehículo a motor de todo el pueblo; el olfato indicaba que su uso habitual era el transporte de estiércol. Fray Álvaro y *El alcalde del pueblo* subieron a la cabina, este último al volante, mientras los restantes colonos se acomodaron en el suelo. El motor de arranque giró un par de veces y el vehículo se puso en marcha, arrojando una invisible nube de gas: motor de metanol, adivinó el franciscano. —Por cierto, hermano— dijo *El alcalde del pueblo*, —me llamo Abdul Kasim. Soy el alcalde del pueblo —el hermano Álvaro pestañeó, sorprendido al oír sus pensamientos en voz alta.

—Me alegra mucho conocerte, amigo Abdul. Pero... ¿adónde vamos?

No muy lejos, sólo un par de kilómetros. Llegaremos pronto. Mirad, ése es nuestro pueblo: Alto-Amu.

Alto-Amu era un grupo de chozas destartaladas, desdibujadas por la distancia y las capas de aire caliente, de las que sobresalía el campanario y la torre distribuidora de agua. No lejos del poblado se veían los huertos, protegidos por invernaderos de plástico, mil veces remendados y parcheados. Cultivos hidropónicos, por supuesto.

La furgoneta se introdujo por un estrecho valle, que el franciscano reconoció como el cauce seco del río Amu.

—¿Qué tal os va la vida aquí? —preguntó.

—Oh, pues... vamos adelante —dijo con timidez el alcalde Kasim.

Fray Álvaro se secó el sudor de la frente.

—¿Tenéis bastante agua?

—La suficiente y nada más. Hay un manto acuífero bajo tierra, pero está muy profundo. La mayor parte de nuestra agua viene de las montañas.

El monje se abanicó con la mano, deseando vestir ropas más holgadas. Su suéter de lana con capucha y sus pantalones, ambos del color marrón de los franciscanos, se le pegaban al cuerpo por el sudor y le picaban. Abrió la ventanilla, para aprovechar la corriente de aire producida por la marcha, pero aquello no mejoraba las cosas.

Observó a los colonos, mal vestidos y mal calzados, pero no parecían pasar hambre. Tenían una esperanza para el futuro... partiéndose la espalda en el intento, eso sí, pero para muchos era peor.

La furgoneta se detuvo. El monje parpadeó, escapando de sus soñolientas meditaciones.

—Ya estamos, hermano Álvaro —dijo el alcalde.

Frente a ellos se elevaba un escarpado montículo de cascotes. Un cráter de impacto. La cicatriz había revelado accidentalmente algunas características del subsuelo; rocas de tipo ígneo, negras como el carbón o grises, salpicadas de cristales de olivino, color verde botella, o plateadas chispitas de mica.

El hermano Álvaro observó los dibujos producidos por el agua al fluir, indicando su presencia bajo la superficie.

—Lo vimos caer hace dos jornadas. Fue como la lanza de Dios clavándose en mitad del desierto —dijo Kasim. El fraile se sorprendió ante tan literaria expresión.

Treparon por las laderas del montículo, cubiertas de escorias y costras de lava negra. Los pies del hermano Álvaro se asentaban de modo inseguro, y recibió un doloroso golpe en el tobillo. Se dio un breve masaje, rechazando la ayuda del alcalde Kasim. No era nada, sólo un arañazo.

Siguieron subiendo. Cuando llegaron arriba, fray Álvaro jadeaba, más cansado de lo que hubiera creído.

El cráter tendría unos cincuenta metros de diámetro. El franciscano calculó que el objeto que lo produjo no podía ser mayor que un balón de fútbol. Todo su interior estaba tapizado por una intrincada forma vegetal. Ésta nacía del centro geométrico del cráter, y extendía sus raíces como tentáculos por toda la cara interior.

Las raíces tenían un color verdinegro, y el grosor de la muñeca de un hombre; sobre ellas crecían miles de flores, parecidas a girasoles de color granate. Todas las corolas parecían apuntar hacia un mismo punto del cielo.

—¿Dices que el meteorito cayó hace un par de días? —preguntó el franciscano.

—Así es, hermano... ¿por qué?

—No soy un botánico, claro, pero estoy seguro de que todo eso no ha podido crecer en un par de días.

—Pero, yo os doy mi palabra...

Fray Álvaro alzó una mano para tranquilizar a Kasim.

—Te creo, te creo. Pero es... asombroso.

2034 d. C.

El doctor Tariq Al-Andalusí irrumpió enfurecido en la sala de trabajo de su observatorio astronómico. El único ocupante de la misma, su joven alumno Mohamed Alí, le dirigió una mirada de asombro.

—¿Quién ha sido el estúpido hermano de un perro judío que ha manipulado estas lecturas? —vociferó el astrónomo.

Se encontraba muy irritado; hacer astronomía pura, en los tiempos que corrían, era una tarea difícil. Era prácticamente una afición de tiempo libre. De no ser por la necesidad de mantener la vigilancia sobre los satélites cristianos y sus bases y naves espaciales, los Creyentes no tendrían siquiera satélites de observación.

El observatorio del Kilimanjaro era una creación personal del doctor Tariq. Suya exclusivamente había sido la iniciativa de la construcción de un observatorio que centralizara la información de la red de satélites, resultado de patear cientos de oficinas, de lamer metafóricamente traseros encumbrados y de gastar aliento cerca de los Imanes, a los que Dios no había dotado del discernimiento para distinguir un planeta de una estrella. Habían sido muchos años de esfuerzo; sólo cuando empleó el truco del almirante norteamericano Rickover, padre del submarino atómico (*le digo al Presidente que los rusos van a mandar un hombre al infierno, y recibo cien millones de dólares para mandar un americano al mismo sitio*) fue cuando logró por fin obtener un éxito moderado.

En la plegaria vespertina nunca dejaba de orar para que los satélites no se averiasen allá arriba.

Con ello, naturalmente, había adquirido compromisos de todo tipo; los datos que llovían del cielo eran *secretos militares*, y el análisis subsiguiente una tarea de defensa. Aquello había representado muchos inconvenientes al principio, hasta que logró convencer a los Imanes. La investigación de las distantes estrellas y galaxias merecía la pena. Los Imanes habían cedido y retirado las reglas de seguridad más ofensivas; ahora el doctor Tariq trabajaba con bastante libertad. Por ello se había irritado enormemente al descubrir algo raro en las imágenes archivadas en el ordenador.

—¿Qué pasa, doctor? —trató de calmarlo Alí.

—¿Qué me dices de esto? —El doctor Tariq señaló indignado una amplia zona blanca en el centro de un listado de ordenador—. Alguien ha borrado las lecturas obtenidas por *Jomeini L5/3*. Fíjate, nada en un espacio de tres horas.

—Hmmm... —Alí jugueteó ociosamente con su rosario—. Vamos a ver.

Examinó una serie de números y letras que el ordenador había impreso en una esquina. Se dirigió a un teclado y empezó a manipular. En pocos momentos, una serie de listados aparecieron en un monitor.

El dedo de Alí señaló unas líneas luminosas. Para cada archivo de la memoria,

aparecía una lista de quienes lo habían leído o editado: nombre del operador, hora, fecha, y tipo de operación.

—Nadie manipuló los archivos —dijo al fin.

El doctor Tariq miró la pantalla, inseguro. Su cólera empezaba a enfriarse.

—¿Estás seguro?

—Seguro. Los archivos gráficos son de tipo *sólo lectura*, a menos que alguien le cambie el tipo y luego lo abra para escritura. Y eso aparecería aquí.

—Pero no puede ser —meditó el astrónomo—. El satélite no pudo quedarse ciego durante tres horas, así, sin más. Maldita sea, si se ha estropeado...

—No hagas mala sangre, viejo. ¿Un matecito?

Alí dijo esta frase en castellano. Había nacido en Argentina como Arturo Pérez; al convertirse a la Verdadera Fe había adoptado el nombre de un legendario boxeador norteamericano. El doctor Tariq era de Cádiz, y acostumbraban a hablar en dicho idioma cuando se hallaban solos.

—Pero... sí, gracias.

Se dejó caer en una silla, examinando pensativo el listado. Alí puso a hervir agua en una jarra y sacó el paquete de yerba mate.

Llenó la calabacita de hierba hasta dos tercios de su volumen y la sacudió durante un rato. Su jefe examinaba ceñudo el papel.

—Mohamed, no lo entiendo. Si el satélite hubiera resultado dañado, lo habríamos detectado.

—¿Dónde apuntaba durante esas horas? —preguntó Alí. Añadió azúcar, colocó en el mate un tubito de metal, la *bombilla*, y echó el agua hirviendo.

—A Sagitario, creo. Una zona de la nube de Oort. —Tariq señaló el papel de ordenador con un dedo sarmentoso.

Mohamed sacudió la cabeza.

—Bueno, recemos a Dios, clemente y misericordioso, para que nuestro querido satélite no haya sufrido ningún contratiempo.

Dijo esto último con una leve sonrisa. A pesar del tiempo transcurrido desde la conquista de Sudamérica, Argentina no era una nación con mayoría islámica como Perú, por ejemplo; y el doctor Tariq siempre había sospechado que la conversión de Alí era puramente de boquilla, y que en el fondo era tan tibio como él mismo. Por supuesto, jamás lo dijeron en voz alta, ni siquiera estando solos.

Quien ceba el mate es el primero que lo prueba. Alí sorbió un poco, y añadió más azúcar. Le alargó el mate al doctor Tariq, junto con una servilleta de papel. Éste limpió la bombilla.

—Voy a ver cuándo... —succionó la caliente infusión con impaciencia, hasta que se oyó un fuerte GRGRGRGRGRGRGR— cuándo habrá tiempo libre.

Se levantó bruscamente y buscó la agenda de trabajo. Leyó la programación para

las próximas semanas.

Tal como sospechaba, casi llena —murmuró.

Alí añadió más agua hirviendo y chupó a su vez.

—¿Qué sucede ahora?

—No podemos volver a confiar en *Jomeini L5/3* hasta que no cotejemos sus datos con los de algún otro satélite. Pero están todos ocupados durante las próximas semanas.

—Sós el director. ¿No podés hablar con algún otro y que ceda el turno?

Alí añadió agua y azúcar al mate y se lo pasó al director.

—Podría, aunque no me gusta. Después de tanto insistir en que se respeten los turnos de trabajo... —sorbió, pasando las páginas— y además, algunas de estas observaciones son de importancia estratégica... pero, espera. Esta noche hay un par de horas libres.

Como el observatorio dependía de los satélites, era utilizable las veinticuatro horas; de noche había menos usuarios. Era el momento en que solían acudir estudiantes avanzados.

—No voy a poder estar aquí —dijo. Su propia agenda estaba igual de repleta—. Alguno de mis doctorandos podría...

Alí recibió el mate del doctor y le volvió a echar agua.

—¿Querés que yo me encargue? Sólo es cuestión de apuntar alguno de los satélites libres hacia ese sector y ver qué sucede.

—De acuerdo, si no tienes inconveniente.

—Ninguno. —Alí succionó el mate con un gorgoteo.

Esa misma noche, Alí encendió las luces del observatorio y se dirigió a la sala de terminales. Dio un rápido vistazo a los monitores, alineados como centinelas uno junto a otro, transcribiendo interminables listas de números enviados desde los satélites artificiales, y se sentó frente a la terminal central. Tras una ojeada al menú pidió INCIDENCIAS. Se dirigió hacia la cocina para prepararse un «mate cocido», en taza, mientras el ordenador procesaba. INCIDENCIAS era un programa capaz de seleccionar los datos de algún interés recibidos desde los satélites que había redirigido.

Alí apartó la tetera del fuego cuando el pitido le avisó que el agua estaba hirviendo. Colocó en su interior una cucharada de mate y un puñado de piñones. Se había acostumbrado a tomarlo así desde que había llegado a África, aparte de la forma tradicional. Vertió la infusión en una taza y se dirigió hacia la sala de terminales.

INCIDENCIAS había concluido su trabajo. Una lista de acontecimientos aparecían en el monitor. Ninguno demasiado interesante.

Un satélite meteorológico preveía el inicio de un tornado en Mexi-Texas; varios

nuevos incendios registrados en los escasos restos de la antigua selva amazónica; un repentino ennegrecimiento infrarrojo en el Índico indicaba escasez de plancton. Aquél sería un asunto para el Consejo Marino...

Las fotos sobre Ucrania mostraban un inicio de plaga de roya o algo así. Bien, eso lo compensaría. Escasez de pescado en la India, escasez de trigo en Occidente.

Pasó rápidamente sobre los infinitos ojos que, desde el cielo, inventariaban los recursos de la Tierra o las perturbaciones de su cambiante atmósfera. ¿Algún indicio de actividad solar?

De repente se detuvo ante algo sorprendente. Uno de los satélites situado en el punto de Lagrange 4... sí, era uno de los que apuntaban hacia Sagitario, había registrado un aumento inesperado en... ¿qué? La pantalla mostraba:

CEB-254: 188 PHE-68/A: 136 ILB-471: 48 16:00 GMT
CEB-254: 199 PHE-68/A: 132 ILB-471: 54 16:10 GMT
CEB-254: 261 PHE-68/A: 128 ILB-471: 50 16:20 GMT
CEB-254: 259 PHE-68/A: 133 ILB-471: 46 16:30 GMT
CEB-254: 340 PHE-68/A: 115 ILB-471: 52 16:40 GMT
CEB-254: 424 PHE-68/A: 128 ILB-471: 53 16:50 GMT
CEB-254: 407 PHE-68/A: 127 ILB-471: 49 17:00 GMT
CEB-254: 501 PHE-68/A: 101 ILB-471: 51 17:10 GMT
CEB-254: 521 PHE-68/A: 113 ILB-471: 53 17:20 GMT
CEB-254: 615 PHE-68/A: 111 ILB-471: 51 17:30 GMT
CEB-254: 648 PHE-68/A: 110 ILB-471: 51 17:40 GMT
CEB-254: 682 PHE-68/A: 123 ILB-471: 47 17:50 GMT
CEB-254: 798 PHE-68/A: 105 ILB-471: 50 18:00 GMT
CEB-254: 777 PHE-68/A: 149 ILB-471: 48 18:10 GMT
CEB-254: 885 PHE-68/A: 159 ILB-471: 53 18:20 GMT
CEB-254: 866 PHE-68/A: 149 ILB-471: 48 18:30 GMT
CEB-254: 906 PHE-68/A: 131 ILB-471: 45 18:40 GMT
CEB-254: 952 PHE-68/A: 109 ILB-471: 45 18:50 GMT

Qué raro, pensó.

Los listados tenían un aspecto bastante normal, sin embargo *CEB-254* mostraba un aumento insospechadamente alto, en un período de apenas tres horas.

¿Qué sería el experimento *CEB-254*? Consultó una lista impresa.

Silbó: era un contador de positrones de alta energía. Aquello le hizo arquear las cejas.

Por descontado, en la radiación cósmica se encuentran presentes casi cualquier tipo de partículas. Pero antipartículas... Aunque Allí no era astrofísico, todo el mundo sabe que existe una asimetría básica entre partículas y antipartículas. Las

antipartículas podían existir, claro, y a veces se obtenían en los aceleradores junto a la partícula correspondiente; o bien eran producidas en ciertas reacciones nucleares.

Pero en el Universo primitivo, en los primeros milisegundos de la Gran Explosión, toda la antimateria existente se habría aniquilado al contacto con la materia. Era la leve superioridad numérica de ésta la que había permitido la existencia de la materia, gracias a Dios. En teoría, todo el Universo debería ser de materia. No existían planetas de antimateria, ni estrellas ni galaxias.

¿O sí?

Alí se rascó la cabeza. O bien la teoría se hallaba equivocada, y en algún lugar del cosmos se estaban lanzando al espacio torrentes de antipartículas... o bien esos positrones eran generados en alguna exótica reacción estelar o galáctica. Pues los positrones que se mueven a una velocidad cercana a la de la luz deben estar acelerados por el inmenso aunque débil campo magnético de la Galaxia.

¿Y cuál era el número de positrones que llegaban? Utilizando el lápiz óptico, señaló un apartado del experimento *CEB-254*, correspondiente a un mes atrás. De inmediato, el ordenador mostró una parpadeante lista de números. Mohamed Alí se puso en pie de un salto.

CEB-254: 3 09:00 GMT

CEB-254: 3 09:10 GMT

CEB-254: 0 09:20 GMT

CEB-254: 0 09:30 GMT

CEB-254: 1 09:40 GMT

CEB-254: 0 09:50 GMT

CEB-254: 0 10:00 GMT

CEB-254: 0 10:10 GMT

CEB-254: 1 10:20 GMT

CEB-254: 0 10:30 GMT

CEB-254: 0 10:40 GMT

CEB-254: 0 10:50 GMT

CEB-254: 0 11:00 GMT

CEB-254: 0 11:10 GMT

Con incredulidad, detuvo el listado y pidió al ordenador que presentara los resultados acumulados de todo el mes anterior.

¡En ese tiempo, el aparato no había llegado a contar cien positrones! ¡Y en dos horas había pasado de casi doscientos al millar!

Aquello era absolutamente increíble. Pegó su nariz al monitor, paseó nervioso por la sala, se enredó con un cable y, al tirar de él, hizo caer una impresora al suelo.

—No, no, tranquilízate —dijo mientras se llevaba las manos a las sienes—, no

puede ser, no existe nada capaz de justificar ese aumento, el satélite debe de haberse descompuesto, igual que *Jomeini L5/3*. Sí, eso debe de ser...

Recordó aquella vez que un astrónomo novato afirmó, muy orondo, haber descubierto un nuevo quasar; pero se trataba de unas palomas, que habían anidado en la antena y dejado abundantes *huellas* de su estancia en el lugar.

Pero dos satélites fallando, casi simultáneamente, mientras apuntaban al mismo sector del firmamento... era demasiada casualidad.

Decidió pedir una confirmación. En estos casos, lo mejor es actuar científicamente. Dio las instrucciones al ordenador de que orientase la antena de otros satélites, e iniciase una solicitud de datos.

Veinte minutos más tarde llegaba la información.

Jomeini L-4/78 informaba de partículas altamente energéticas con carga positiva (el detector no podía discriminar).

Al-Kindi L-5/34 mostraba un inesperado aumento de rayos gamma. ¿Podría tratarse de positrones aniquilándose con el propio aparato detector?

Al-Farabi L-5/12 detectaba partículas con masa y carga que las señalaban como positrones.

Pero lo importante eran las fechas y lugares: los satélites habían registrado, con algunas décimas de segundo de diferencia, una serie de sucesos compatibles con una repentina lluvia de positrones.

¿Todos, al mismo tiempo?

Pero, si los satélites estaban en buenas condiciones, entonces se encontraba ante un nuevo tipo de fenómeno cósmico, no un montón de cagadas de paloma. ¡Algo que nadie había encontrado antes!

Positrones, en una cantidad ampliamente detectable. Eso significaba antimateria. Antimateria significaba energía sin límites.

¡Por fin, y gracias a Dios (clemente y misericordioso), la Fortuna se digna sonreírme!

En lo más hondo de su ser siempre había sabido que algo así sucedería. No tenía ni idea de qué podría tratarse aquello, sin embargo estaba seguro de que valdría algo. Sintió ganas de echar a correr hacia el teléfono. Seguro que alguna agencia cristiana estaría dispuesta a valorar aquella información.

Se detuvo. ¿Debería informar antes al profesor Tariq? Parecía lógico, pues él se hallaba allí en calidad de ayudante suyo... Se encogió de hombros. Le informaría en cuanto le fuera posible, ahora cada segundo contaba. En ese momento alguien, en algún lugar del mundo, podría estar teniendo los mismos pensamientos que él. Se dirigió al radioteléfono a toda prisa.

Le pidió al ordenador asistente del teléfono que le marcara el número de alguna revista científica del Norte. Antes que nada tenía que registrar la observación como

propia. Si alguien reclamaba el derecho de haber sido el primero, esa llamada sería decisiva. Después ya habría tiempo de todo lo demás...

Qué cosa tan fuera de lo común. El ordenador había marcado el número, pero la pantalla sólo mostraba interferencias.

—¿Qué sucede? —gritó irritado.

—No lo sé, señor —respondió el ordenador, con calma inhumana—. No puedo obtener una línea clara.

¡Por las peludas orejas de Sheitan! Alí dio un puñetazo en la mesa. Justo ahora se estropeaba el teléfono.

—Sigue intentándolo. Y avísame en cuanto tengas línea.

—Así lo haré, señor.

Regresó a la sala de terminales mordiéndose las uñas, ¡justo ahora se encontraba aislado en lo alto de aquel jodido volcán!

Nervioso, caminó en círculos. Volvió al teléfono.

—¿Sigues sin tener línea?

—No, lo siento, señor. He probado en varias bandas. Nada hasta el momento, señor.

¡Malditos africanos! Regresó a la sala de pésimo humor. Revisó los números, y... sí, allí estaban. Los observatorios habían registrado el aumento de positrones de forma progresiva. Llevado por una intuición pidió al ordenador que buscara alguna relación entre los tiempos de diferencia de registro y las posiciones entre los satélites.

¡Coincidía! Los satélites con mayor separación angular de la línea Tierra-Luna habían registrado los positrones antes que los más cercanos. Aquello significaba que un haz de positrones a la velocidad de la luz barría el espacio acercándose a la Tierra.

Sintió un escalofrío de aprensión. Se trataba de radiación de antimateria. Y un frente de antipartículas que avanzaba hacia ellos, bueno, haría horas que ya habrían llegado a las capas altas de la atmósfera terrestre. ¿Sería ésa la causa de que la radio no funcionase?

Pidió al ordenador los últimos datos de los satélites.

Jomeini L-4/78 no responde...

Al-Kindi L-5/34 no responde...

Al-Farabi L-5/12 no responde...

—¿Qué sucede? —se preguntó en voz alta. El ordenador no dijo nada—. Creía que las emisiones por satélite eran microondas, inmunes a las interferencias.

—Así es, señor.

—¿Recibes alguno de los satélites lagrangianos?

—De *Khayyam L-5/7*, señor.

—Bien, hazme un volcado de datos.

La pantalla empezó a llenarse de números. Los ojos de Alí se abrieron con

profundo horror.

¡Dios misericordioso!

El recuento de positrones aumentaba en progresión geométrica. Los números cambiaban ante sus ojos: 30064, 60312, 120463, 240393, 480880, 961227... tan enormes que el ordenador empezó de pronto a imprimirlos en forma exponencial: $1.92E+6$, $3.85E+6$, $7.70E+6$, $1.54E+7$, $3.08E+7$, $6.17E+7$, $1.23E+8$, $2.47E+8$, $4.93E+8$, $9.85E+8$, $1.98E+9$, $3.95E+9$, $7.88E+9$...

¡Ocho mil millones de positrones por minuto y centímetro cuadrado!

¡Y seguía aumentando! De repente se interrumpió.

—¿Qué sucede? —gritó de nuevo, esta vez al borde del pánico.

—He perdido el contacto con *Khayyam L-5/7*, señor.

Alí se volvió hacia una de las ventanas. Un fuerte resplandor penetraba por ella desde el exterior, a través de la cortina. Observó el reloj en un gesto mecánico. Las cuatro, faltaban dos horas para que amaneciera.

Poco a poco, con paso temeroso, se acercó a la ventana; subió la persiana, abrió la doble hoja...

Los cielos estaban en llamas.

El cristal de la ventana crujió... se combó hacia dentro... y estalló. Los fragmentos volaron hacia él como vampiros sedientos de sangre, mordiendo con saña su rostro y pecho.

Pero el desastre ya había empezado en todo el hemisferio. A Mohamed Alí ni tan siquiera le cupo la gloria de ser el primero en morir.

Desde su punto de origen, el denso haz de positrones se dirigió al sistema solar interno. Su velocidad era el 99,9999 % de la de la luz, tan cerca de ella que, para un observador que se moviera con el haz, un metro equivalía a un milímetro y medio, y un día a cinco segundos. Las oscilaciones aleatorias del campo magnético solar, y algo más, impidieron que se mantuviera enfocado en un solo punto, pero a pesar de eso...

Las estaciones espaciales fueron borradas del cielo. *Copérnico L-4*, la mayor de la *Velwaltungsstab*, apenas tuvo tiempo de advertirlo. A lo largo del gigantesco cilindro, las colosales ventanas de cinco kilómetros estallaron casi simultáneamente como un vaso de vidrio lleno de agua hirviendo. Sus diez mil habitantes se vieron lanzados al espacio junto con el aire, la tierra, el agua de los lagos y las grandes piscinas de cerog, casas, autos y triciclos eléctricos, aviones a pedales, sin apenas tiempo de darse cuenta de qué los mataba.

Shin Nihon (Nuevo Japón) era una gigantesca estación espacial situada en Lagrange número 5. Su forma era tórica, con el lado interno transparente. En el cubo había un complejo de espejos que reflejaban los rayos solares, proporcionando luz para la fotosíntesis.

El interior de la gran rueda en rotación se había recreado con minuciosidad la atmósfera del Japón feudal del siglo XVI. Era un terreno formado por valles encajados entre ásperas montañas, cubiertas por bosques de robles, pinos y criptomeras, entre los que se extendían los arrozales y los huertos de coles o rábanos y las plantaciones de mandarinos. También se erguían réplicas de los principales volcanes de la madre patria: el Fujiyama, el Minami y el Aso-san, contruidos con basalto lunar y espaciados ciento veinte grados, para no desequilibrar la gran rueda.

Shin Nihon estalló, arrojando sus robles centenarios al espacio, como si se tratara de un puñado de bonsais arrastrados por un tifón. Kobayashi Kunio, el famoso multimillonario, contempló el increíble espectáculo de toda aquella belleza que él mismo había colaborado a construir, destrozada, arrancada por un poderoso huracán que los lanzaba girando al vacío, a la muerte.

¿Qué maravilloso haiku podría componerse ante este espectáculo!, pensó un segundo antes de morir.

Todas las naves espaciales en ruta a la Luna o la Tierra sufrieron el mismo destino: el metal de sus cascos se puso incandescente y se convirtió en una rugiente mezcla de plasma y rayos gamma.

Los colonos de la Luna tuvieron algo más de suerte, excepto aquéllos a los que la

lluvia mortal sorprendió en la superficie. La mayor parte de las edificaciones eran subterráneas; quienes estaban en ellas pudieron advertir cómo la corteza lunar se calentaba por la aniquilación de electrones y positrones... e iniciaban una nueva era de vulcanismo. En poco tiempo se fundieron los mares.

Como la mano de un viajero rasga indiferente una telaraña que se interpone en su camino, así el haz de antipartículas fue barriendo la etérea red de ondas que enlazaba la Tierra con los diferentes asentamientos humanos.

En Marte, la pérdida de contacto con la Tierra llamó la atención de algunos operadores de comunicaciones. Al principio refunfuñaron contra aquellos botarates de la Tierra, que no sabían mantener estable un haz de microondas. Pero pronto comprendieron que algo muy grave estaba sucediendo.

La Tierra había sido alcanzada en su atmósfera. Aun a la velocidad aterradora del rayo, los gases de la misma frenaron buena parte de las partículas, de modo que sólo una fracción de los positrones llegaron al suelo. Las altas capas emitieron un destello de rayos gamma y ultravioleta; los electrones de los cinturones de Van Allen, confinados por el campo magnético de la Tierra, colisionaron con los positrones a una velocidad jamás lograda en ningún acelerador de partículas, creando avalanchas de todas las partículas conocidas por la ciencia y muchas más desconocidas. El pulso electromagnético, provocado por la monstruosa deflagración de la antimateria en la alta atmósfera, creó un potencial que se descargó sobre el suelo. Todo aparato eléctrico atrajo sobre sí la cólera del cielo encendido, sin embargo no fue eso lo peor: los colosales cortocircuitos entre la tierra y el cielo sirvieron de canales conductores a los positrones, que cayeron por toda la superficie del planeta, produciendo efectos comparables a una lluvia de bombas H.

De polo a polo, de la isla de Ellensmere al mar de Weddell, de Novaya Zemlya a Nueva Zelanda, de Murmansk a Port Elizabeth, de la Tierra de Fuego a las Spitzberg. No habían residuos de fisión ni cenizas radiactivas, aunque los intolerables destellos de radiación sentenciarían a miles de millones de infelices a una muerte rápida o a una muerte lenta y horrible por radiaciones o leucemia... la descarga creó brillantes nubes de plasma que iluminaron la noche, girando, retorciéndose y ondulando en las minúsculas oscilaciones del campo magnético de la Tierra...

Algunas partes fueron menos dañadas. Las escasas regiones primitivas de África y Oceanía; los polos, en los que el rayo tuvo que atravesar un mayor espesor de aire. Los campesinos africanos levantaron la vista de sus sembrados de sorgo y sus vacas acribilladas de moscas tsé-tsé; los polinesios, desde las cubiertas de sus barcos o las redes de pesca; los mineros que extraían el carbón antártico dejaron de perforar; los esquimales detuvieron sus trineos eléctricos y miraron al cielo, contemplando

extraños juegos de luces que no eran la aurora boreal. En cambio, las gentes de los Andes o el Tíbet, con un escudo de aire más delgado sobre sus cabezas, sufrieron horriblemente de espantosas quemaduras que atravesaron sus gruesas ropas.

Los lugares donde habían instalaciones eléctricas o de telecomunicaciones fueron los más afectados; de hecho, eran el principal conductor de antimateria. Belgrado, Cheliabinsk, Sofía, Brisbane, Dniepropetrovsk, Kabul, Addis Abeba, Belo Horizonte, Argel, Viena, Jarkov, Milán, Sapporo, Nagoya, París, Osaka, Roma, Buenos Aires, Madrid, Berlín, Los Ángeles, Dhaka, Bogotá, Leningrado, Bagdad, Bangkok, Lima-Callao, Bombay, Tokio, Moscú, Ciudad de México...

Vaticano voló en un segundo. Millones de peregrinos murieron en la Meca.

Muchos millones más, en todo el mundo, quedaron expuestos al hambre y la sed.

El cielo estaba encapotado con nubes oscuras como carbón hilado, tan densas como rocas. Violentos relámpagos saltaban entre ellas, iluminándolas siniestramente. A lo lejos, los rayos caían al mar, transportando positrones desde la estratosfera, levantando gigantescos surtidores allí donde entraban en contacto con las aguas moribundas.

A Susana, todo aquello le impresionaba; de repente adquiría conciencia de la tridimensionalidad del cielo y las nubes, de lo horriblemente real que era todo.

El helicóptero volaba a ciento veinte metros sobre la superficie del océano. Las olas saltaban hacia él como si quisieran atraparlo. Los dos hombres y las dos mujeres que formaban el equipo de rescate esperaban, sentados en unos bancos laterales. Lucas y Ozu Shikibu observaban por las ventanillas, aunque la tarea de localizar a la presa recaía en Karl, a cargo del sonar aire-agua.

Susana, acurrucada y abrazando sus rodillas, parecía absolutamente indiferente a todo.

—¿Algún rastro de nuestro amigo, Karl? —preguntó el piloto por el interfono.

El aludido volvió la cabeza, apartando por un momento los ojos de la pantalla.

—Casi lo pierdo, pero aún sigue ahí. A unos setenta metros al sur de nuestra vertical... —precisó— ahora vira al sureste.

El aparato viró levemente a babor.

—Ese delfín zigzaguea como si estuviera borracho —comentó Lucas—; no lo pierdas, o nos va a dar un trabajo de mil demonios volverlo a encontrar.

—Descuida.

Lucas se rascó el omóplato, retorciendo el brazo en un ángulo anatómicamente improbable. Se sentía incómodo; como los demás del equipo de rescate, llevaba puesto un traje de buzo de fluopreno, y aún no se había acostumbrado a la gravedad de la Tierra. Ni al calor. Sudaba y le picaba todo el cuerpo, generalmente en lugares inaccesibles. Sintió un fuerte deseo de sumergirse. Confiaba en que el piloto les acercase lo suficiente al animal.

—Está asustado —dijo Susana, decidiéndose por fin a hablar. Lucas la miró con atención, como si se hubiese dado cuenta por primera vez de su presencia.

Era una mujer de pelo rojizo, muy corto, delgada, pequeña de cuerpo, pero de brazos y piernas musculados; no parecía tener ni un gramo de grasa superflua. Su rostro hubiera sido bonito, de no estar permanentemente fruncido. Apenas se había movido desde que subió a bordo. Lucas no la había visto nunca hasta entonces, ella era terrestre, pero había oído hablar de ella y de su habilidad con los delfines.

—No creo —dijo Karl—. Estamos demasiado alto para...

—Está asustado —repitió Susana, como si no hubiese oído—. Un delfín solitario no tiene sentido. Algo le ha debido separar del resto de su cardumen. Está

desorientado y tratará de meterse mar adentro. Si se sumerge más, lo perderemos.

Lucas sabía que estaba en lo cierto, al menos en lo último. A fin de cuentas, ella era la experta. Shikibu, Karl y él, ni siquiera habían visto el mar hasta hacía unos meses. Los tres pertenecían a la primera generación de humanos nacidos en Marte. Lucas siempre había soñado con visitar la Tierra, pero no en estas circunstancias. Se lo había pensado demasiado. Ahora jamás sabría como fue el mundo de sus padres.

—¿Por qué dices que un delfín solitario no...? —empezó a preguntar Shikibu.

—Es largo de explicar —le cortó Susana.

La persecución se prolongaba demasiado. Preguntó:

—¿Qué fondo tenemos?

—Unos setenta y cinco metros —dijo Karl, siempre mirando la pantalla del sonar—. Si Susana tiene razón, puede que se confíe si no nos ve. Deberíamos subir más.

—Tengo razón —dijo Susana. *Estúpidos marcianos*, pensó mientras los observaba, siempre atenta a todo cuanto la rodeaba, y al mismo tiempo siempre distante.

Shikibu tenía rasgos orientales, algo regordeta, con un rostro bastante atractivo. Karl parecía un dios vikingo; más de dos metros de altura, físico de culturista, una espesa mata de pelo rubio que caía sobre sus hombros. Lucas, por el contrario, era pequeño y moreno, con un rostro redondo de rasgos achinados, quizá de origen indio. El pelo muy negro y liso, cortado de una forma descuidada.

—Pero entonces lo perderemos —objetó Shikibu.

—A esta profundidad, ya deberíamos verlo con la cámara de infrarrojos —dijo Susana—. Es difícil confundirse, no queda mucho plancton. Ni casi nada de lo demás.

Su tono de voz era sombrío; por una vez, Lucas compartía sus sentimientos.

La Tormenta de Positrones había destrozado los ecosistemas marinos. La capa de ozono no se había regenerado lo suficiente. Los ultravioleta duros habían matado mucho plancton. Sin suministro vegetal, las cadenas alimenticias marinas se habían desplomado. Repentinamente pensó que el delfín que acosaban debía de estar medio muerto de hambre, el pobre bicho.

Para empeorar la situación, el mar se iba volviendo radiactivo. El bombardeo de positrones había originado complicadas reacciones nucleares en la alta atmósfera, como en un colosal experimento de colisión de partículas. Una leve pero incesante lluvia de isótopos iba cayendo del cielo al mar.

—¡Ahí está! —exclamó Shikibu señalando el monitor.

Lucas se asomó a la ventanilla. El agua era verdoso azulada y seguía muy picada, pero se distinguía una figura fusiforme y oscura, que se deslizaba con apenas unos movimientos de la cola. Estaba casi a ras de las olas; de vez en cuando rompía la superficie. Lucas se preguntó si trataría de tomar aire.

—Descendamos —propuso Shikibu.

—No —dijo Susana.

—¿No, por qué?

—Sería peor. Lo asustaremos aún más. Yo saltaré con paracaídas y lo tranquilizaré. Dadme un cuarto de hora, luego bajad.

—¿Crees que es el mejor modo de capturarlo? —dudó Karl. Susana se volvió hacia él con vivacidad.

—¡No hemos venido a capturarlo!

—Pero no tenemos paracaídas. —Lucas trató de aliviar la tensión.

—Yo sí —dijo Susana. Se dirigió a la trasera de la cabina, donde habían amontonado el equipo. Buscó y encontró un paquete con un arnés.

—¿Estás segura? —preguntó Lucas.

—Sí. He hecho parapente desde los acantilados. No hay peligro.

—Pero... —Shikibu le puso la mano en el hombro—. Bueno, te ayudaremos con el equipo.

Entre Shikibu y él, con no pocas contorsiones, le pusieron el paracaídas, el impulsor eléctrico, las botellas de gas, el cinturón de plomo, las aletas y la máscara. Cuando acabaron, Susana parecía una mezcla de extraterrestre y árbol de Navidad. La ayudaron a caminar hasta la portezuela y Lucas la abrió.

—Recuerda —casi aulló Shikibu en el ventarrón—. Aguarda quince segundos, hasta que estés fuera del viento del rotor. ¡Suerte!

Susana asintió. Dio un paso fuera y saltó; descendió como un proyectil, y al poco tiempo se abrió el paracaídas.

Suspendida entre el cielo y el mar, volando sin más ayuda que sus ojos, cerebro y músculos, Susana se sentía completamente a sus anchas. El paracaídas tenía un elevado coeficiente de planeo, y ella lo guiaba tirando de las cuerdas. El delfín era claramente visible, allá abajo entre sus pies. Trazó un amplio círculo en torno a él mientras descendía.

El helicóptero era un abejorro zumbante que se alejaba y descendía. Sin duda luego se aproximarían a ras de las olas.

Ni por un momento temió que no pudieran encontrarla. El paracaídas era de un vivo color naranja; y, después de todo, ella se sentía más segura en el mar. Los delfines podrían ayudarla a llegar a tierra.

La superficie ya estaba cerca. Se ajustó la máscara y se preparó para el impacto, la barbilla contra el pecho, las piernas flexionadas. Con un gran chapoteo, chocó con el agua. Soltó el pasador y se liberó del paracaídas, que quedó flotando.

El pequeño motor que llevaba a la espalda la impulsó mientras se sumergía. Respiraba una mezcla de oxígeno y helio; el anhídrido carbónico era filtrado por un cartucho de cal, y automáticamente se le añadía oxígeno puro. El equipo era poco

voluminoso y lo llevaba cómodamente en el pecho.

Cuando llegó a unos cincuenta metros, se detuvo. Susana giró lentamente sobre su eje; estaba rodeada por el *muro azul*. El delfín no aparecía. Se sacó la boquilla y llevó a sus labios el instrumento que ella misma había diseñado y del que nunca se separaba.

Silbó una melodía:

Soy amigo.

Volvió a ponerse el tubo. Oyó un débil clic-clic-clic. El delfín la estaba examinando. Emitía secuencias de clics en frecuencia sónicas y ultrasónicas, procesando rápidamente los ecos para obtener *imágenes acústicas*, incluso del interior de su cuerpo. No se movió. Se quitó el tubo y silbó otra melodía:

Amigo. Buenalimento.

Vio moverse algo en la distancia azul, casi invisible. Abrió una bolsa que llevaba sujeta al muslo y sacó unas galletas de soja y maíz con sabor a pescado, una receta de creación propia. Silbó:

Buenalimento. Ven. No te muerdo.

Una sucesión de silbidos.

¿Tú Nadadora de dos Colas en el Arrecife?

Susana sintió una gran alegría. El delfín la había reconocido.

Sí. ¿Nombre-firma tuyo?

El delfín contestó:

Buceador en la Pleamar. Estoy hambriento. La Cosa que vuela me persigue.

El delfín dijo todo esto con un único y largo silbido modulado, que contenía su *nombre-firma* y el resto de la información. La posición de su cuerpo, mientras nadaba, decía más cosas, referentes a sus lazos de parentesco y situación sexual; pero Susana ignoró toda esa información extra. Silbó:

Las aguas son seguras. La Cosa que vuela es amiga de Nadadora.

El delfín permaneció un momento como dudando. Susana oyó un chapoteo sobre su cabeza. Maldijo; ahora que estaba obteniendo resultados... silbó apresuradamente:

Nadadores de Dos Colas. Amigos de Nadadora. Si tú vienes, Nadadora te da alimento.

El delfín se acercó velozmente a Susana. Se detuvo a pocos metros de su brazo, frenando sin aparente esfuerzo. Su morro, bien provisto de dientes, mordió las galletas y se las zampó en un periquete. Susana le palmeó el lomo cariñosamente.

¿Sabe a pescado y no es pescado?, preguntó Buceador.

Come y no hagas preguntas. Susana le entregó otra galleta.

Sus compañeros los rodearon, pero se mantuvieron a distancia. Susana emprendió la tarea de persuadir al delfín para que fuera con ellos. Karl intentó ayudarla con un sintetizador de sonidos, pero ella hizo señas negativas. El acento de aquel cacharro

desconcertaría a Buceador.

Lucas había preguntado si no sería mejor un dardo anestésico, pero Susana se negó en redondo. Era peligroso: los músculos respiratorios de los delfines son voluntarios, y el anestésico podría matarlo por asfixia. Estaban preparados para evitarlo mediante el equipo de respiración asistida, pero el riesgo era grave. No, el método de Susana era el más adecuado.

Entre los tres bajaron un tanque de plástico plegable, en el que acomodaron al delfín. El helicóptero lo izó mediante la grúa, y luego los subió a ellos. Empezaron el viaje de vuelta, mientras Susana silbaba al delfín con su extraña flauta y lo alimentaba con galletas.

Parecía la mujer más feliz del mundo.

Vista desde el aire, la isla parecía un puzzle a medio armar. Su costa era muy recortada, con entrantes y salientes. Recios acantilados se erguían, desafiando las olas; al socaire del viento y el mar, se extendían incitadoras playas de blanca arena. En el centro, se alzaba una escarpada montaña con un gran edificio en su cumbre.

Con ironía, Lucas le preguntó a Susana:

—¿Te has fijado en la costa? El trazado es una fractal. Y la montaña está en el punto exacto para tener una buena vista desde el hotel... ¿Qué opinas de tanta artificiosidad? —Sí.

—Perdona, ¿cómo has dicho?

—Hace años vivía en una isla como esa, y...

Lucas esperó durante un largo rato a que Susana completara la frase; luego se encogió de hombros, al parecer la chica no tenía ganas de hablar.

Toda su atención parecía estar concentrada en la isla.

Efectivamente, era artificial. El sistema había sido desarrollado por los constructores japoneses: primero se levantaba una complicada estructura de alambre, sobre la que se depositaba por electrólisis el carbonato de calcio contenido en el agua del mar, hasta formar un verdadero arrecife artificial. Se entregaban con puertos, bahías, escolleras, rompeolas; incluso alcantarillado y emisarios submarinos. El Lloyd's de Londres cubría los seguros en caso de destrucción por las tormentas o huracanes.

Ahora, aquella isla, se había convertido en la sede local del *Proyecto Arca*. Reunía varias condiciones favorables; aparte de las viviendas e instalaciones prácticamente intactas, contaba con un pequeño reactor nuclear de fusión, todavía operativo.

En la aproximación final, Susana pudo distinguir más detalles: barracones prefabricados, sólidos y funcionales. Gente entrando y saliendo de los edificios. Y grandes tanques de hidrógeno y oxígeno, electrolizados del agua del mar gracias al reactor: combustible de cohete para naves espaciales.

Era fácil percibir que toda aquella gente no era de la Tierra, se movían con dificultad ante el tercio de peso extra. Marcianos, llegados a millares después del desastre, bajo la bandera del llamado *Proyecto Arca*, se habían hecho con el total control de la situación. La maltrecha población de la Tierra se hallaba demasiado aturrida para preguntarse por los verdaderos móviles de los colonos, y por qué estaban tan preocupados por salvar a los delfines.

La Tierra había sido atacada por no-se-sabe-quién; pero las colonias de Marte no resultaron afectadas por lo que cayó sobre la Tierra. Y cuando no parecía haber ninguna esperanza, aparecieron ellos, como ángeles salvadores llegados desde Marte.

Ángeles salvadores de personas... y delfines.

En su estrecho tanque, Buceador en la Pleamar se estaba poniendo nervioso. Susana, imaginando la sensación de claustrofobia que el delfín estaba sufriendo, silbó una frase para tranquilizarlo; pobrecillo, sólo iba a cambiar de celda.

Descendieron del aparato, y Susana vigiló que el delfín fuera manejado con cuidado.

Los responsables del *Proyecto Arca* habían construido lo que llamaban con sorna *establos*: habían cerrado varias caletas con redes antisubmarinas de acero, y allí instalaban a los delfines. No le agradaba la idea de encerrarlos como a bestias, pero comprendía que, hasta que no acabaran de comprender la situación, no era posible hacer otra cosa.

De alguna forma, ella también se sentía enjaulada.

Al principio le había parecido una gran idea eso de salvar a los delfines, pero con el tiempo se preocupó más y más. Le intrigaba para qué querían llevar a aquellas criaturas fuera de la Tierra, el único mundo del Sistema Solar con agua líquida.

Decidió que había llegado el momento de poner las cosas en su sitio.

—Te acompañaré, Susana —dijo Lucas, empujando dos bicicletas.

La isla carecía de medios de transporte terrestre, excepto algunas furgonetas de reparto y varios carritos de golf.

Susana y Lucas pedalearon por un camino de tierra batida, dirigiéndose al extremo más alejado de la isla, donde una nave espacial sobresalía sobre las copas de los árboles. Y, como siempre, Susana sentía una indefinible sensación de rareza.

Se detuvieron al borde del minúsculo astropuerto. Unas bajas casamatas protegidas con sacos terreros albergaban a los técnicos de lanzamiento; algo más alejado, un gran edificio (al principio un club de golf) servía para fines administrativos.

Dejaron las bicicletas y entraron en el vestíbulo. Lucas guió a Susana hasta una de las oficinas de la planta baja, cuya puerta abrió tras golpear levemente con los nudillos.

El hombrecillo, perdido en sus aparatosas vestiduras cardenalcias, levantó la vista de su terminal de ordenador, y arqueó un poco las cejas al ver a Susana. Se volvió hacia ella, lentamente, sonriéndole con amabilidad desde detrás de un atestado escritorio. Corto pelo canoso, peinado hacia atrás, lentes bifocales que albergaban unos ojos grises.

—Puedes retirarte, Lucas —dijo con una voz que era casi un susurro.

Esperó a que saliera y ofreció asiento a Susana.

—Estoy a cargo de la sección local del Proyecto Arca. Soy el cardenal Enrique Kramer de la Iglesia de Marte. Espero que esto no le haga despertar ideas

preconcebidas, Susana.

Dijo esto con una sonrisa, como si fuera una broma repetida muchas veces. ¿De qué le sonaba ese nombre? Algo que había leído sobre... De pronto recordó.

Enrique Kramer, vaya Hombrecito. Heinrich Kramer y Jakob Sprenger, los dominicos del siglo xv autores del Malleus Maleficarum. El libro de cabecera de los cazadores de brujas. Seguro que hacen muchos chistes a sus espaldas.

Respiró con fuerza mientras intentaba relajarse. Aquel individuo de aspecto amigable no parecía un inquisidor, sino más bien un atribulado burócrata.

—¿El gobierno de Marte ha colocado a un cardenal al frente de esta misión? —preguntó la chica.

Kramer sacudió la cabeza, aún no se había acostumbrado al título. Éste le había sido conferido poco antes de partir hacia la Tierra.

—¿Le sorprende?

Susana se encogió de hombros de forma bastante poco cortés.

—Usted... es más joven de lo que creía. Ha sido una gran suerte para nosotros encontrarla. He leído todos sus libros sobre delfines.

—¿Es una mentira piadosa?

El cardenal se limitó a sonreír.

—A medias. Los más técnicos se me escapan por completo. Los otros, los de divulgación, sí los conozco. Son más accesibles para nosotros, pobres profanos...

Ella se encogió nuevamente de hombros.

—Los escribió un programa procesador de estilo. Un *negro* electrónico, por así decir.

—¿Siempre es tan franca?

—Siempre que puedo.

—Estupendo, yo también voy a ser franco con usted. La hice venir porque...

—Usted no me ha hecho venir. Llevo tres semanas trabajando para ustedes, y durante todo ese tiempo nadie se ha tomado la molestia de explicarme de qué iba todo esto. He intentado, inútilmente, una y otra vez, hablar con el tipo que estuviera al mando; hasta hoy, que he decidido no dar un paso más hasta aclarar cual es mi situación aquí.

—En ese caso su decisión ha sido providencial, porque yo también deseaba verla...

Enrique Kramer parecía fascinado por aquella mujer que se sentaba al borde de la silla, como si temiese quemarse las posaderas. Con sus deshilachados pantalones de lona, deteriorados por el agua salada, y la arrugada sahariana adornada con pins en forma de ballenas, delfines o tortugas marinas... era fácil olvidar que era una etóloga, una renombrada especialista en conducta animal, que había sido la primera en comunicarse con una especie no humana: los delfines.

Los exploradores del *Proyecto* la habían encontrado en un atolón, a unos cientos de kilómetros de allí. Su embarcación había naufragado durante la Tormenta de Positrones, pero había sobrevivido sin problemas: recolectaba cocos, cogía moluscos y cangrejos, pescaba con lanza... Como los polinesios, estaba acostumbrada a pasar más tiempo en el agua que en tierra.

Además, los delfines la ayudaban. Al pensar en ello, Kramer, que tenía su vena poética, no podía evitar un escalofrío; era una especie de Diana cazadora del océano. Y ella le devolvía la mirada con unos ojos que parecían hechos de dura obsidiana.

—Debe perdonarme —añadió Kramer—, pero mi trabajo me ha obligado a retrasar este encuentro. Tiene razón, debería de haber hablado con usted hace mucho.

Susana hizo un gesto con la mano cuyo significado quedó bien claro para el religioso: a ella no le interesaban nada sus excusas.

—¿Para qué quieren a los delfines? —preguntó la etóloga.

—Queremos ayudarlos —dijo rápidamente Kramer—. Intentamos salvar cuantos sea posible. Seguro que Lucas ya se lo habrá explicado. Muy pronto todos los mares de la Tierra serán inhabitables...

Se levantó, pero ella permaneció sentada.

—Creo que ustedes me ocultan muchas cosas. ¿Han montado toda esta operación sólo para rescatar unos cientos de mamíferos marinos? ¿Puro altruismo? ¡No me haga reír!

Kramer recordó lo que se decía sobre el difícil carácter de aquella mujer.

—Los estamos salvando de una muerte segura.

—Salvarlos, ¿para qué? ¿Qué futuro les aguarda?

—Los necesitamos. No se trata de altruismo, los necesitamos.

—¿Para qué?

El hombre hizo una pausa, meditando.

—Por favor, venga conmigo.

El cardenal la guió hasta un carrito de golf, aparcado al exterior. El carrito zumbó a lo largo del camino, llevando a Susana y a Kramer en dirección a la nave espacial.

Era la primera vez que Susana veía de cerca una de aquellas naves. Una lanzadera, enteramente similar a las muchas otras que despegaban y aterrizaban cada pocos días, llevándose delfines fuera del planeta.

—Lamento no haberle mostrado esto antes, doctora Sánchez —dijo el religioso, utilizando por primera vez su título—; pero la necesitábamos aquí abajo, para capturar... rescatar a los delfines. Ahora requieren su presencia allá arriba.

Susana se sorprendió.

—¿Quiere decir en Marte?

—Sí. Nuestra misión es muy amplia, muy compleja; usted es un elemento de gran importancia. Fue una suerte encontrarla. Usted descifró el lenguaje de los delfines

y...

—Eso es una estupidez —dijo ella—. Sólo fui la última en una larga cadena de investigadores que me precedieron. Mi aportación fue mínima, comparada con los trabajos de Diana Reiss, de Kenneth Norris, o John Lilly.

—Es usted muy modesta.

—Es la verdad.

—Bien, en ese caso, ¿qué me diría de entrar en un campo en el que muy poca gente ha trabajado antes que usted?

—¿Delfines?

—No.

—Entonces no me interesa.

—Usted ha hablado en sus libros de lo complicado que resulta interpretar el lenguaje de los delfines. Y sin embargo, ellos son prácticamente nuestros primos hermanos, respiran nuestro mismo aire y comparten nuestro mundo. ¿Qué me diría si le propusiera interpretar el lenguaje de una criatura con la que no tenemos absolutamente ningún punto en común?

A pesar suyo, Susana se sintió interesada.

Llegaron al pie de la lanzadera. Estaba preparada para el despegue, y la torre de lanzamiento ya la había colocado en posición.

—¿Nota algo raro en ella? —preguntó el cardenal. Susana frunció el ceño.

Era el clásico vehículo espacial reutilizable: un fuselaje aerodinámico de cuerpo sustentador, con unas cortas y gruesas alas en delta y un timón. Despegaba en posición vertical, con un tanque cilíndrico adosado a la panza, y aterrizaba en vuelo planeado.

Nada de especial; Susana conocía muchas variantes de este diseño básico.

Quizá fuese el material que la revestía, de un color rojizo con brillo casi metálico, como esmaltado; quizá fueran las curiosas portillas circulares de la proa. El caso era que no se parecía a ningún modelo que hubiese visto, en la holovisión o en alguna revista.

—¿Quién las fabrica?

—Es una pregunta sencilla —meditó Kramer—, pero un tanto difícil de responder. Suba conmigo, por favor.

Kramer hizo un gesto de *todo está bien* a un técnico que se acercaba, y subieron a la torre de erección. Un montacargas les llevó hacia arriba. Kramer lo detuvo a mitad de altura.

—Examine el fuselaje de cerca.

Extrañada, Susana se acercó a la nave espacial. No veía nada especialmente raro; sólo la curva superficial del fuselaje, revestida de losetas refractarias en forma de rombo.

Notando la mirada del religioso en su nuca, Susana rozó una loseta con el dedo. Le llamó la atención lo firmemente adheridas que estaban al casco, como si formaran parte de él. Pero esto no era posible; debían reemplazar las que se perdían en cada reentrada.

Mirándolas con atención, observó que las losetas se superponían. Esto despertó en ella una imagen que la sobresaltó. ¡No podía ser!

Lo rechazó con incredulidad, pero no podía expulsar de su pensamiento el repentino terror helado que la invadía.

—Esta nave espacial tiene... ¡escamas!

Miró a Kramer a los ojos, parapetados tras las bifocales, y el religioso le dedicó una sonrisa de ratón.

—Cierto, cierto. La nave está cubierta de escamas, como las de un pez o un reptil. En respuesta a su pregunta, nadie la ha fabricado.

»Ha crecido sola.

En la ingravidez, Osato flotó hacia la bodega del transbordador, donde Susana comprobaba el estado de los delfines. Dos cetáceos flotaban en un tanque cilíndrico transparente, en el que vagaban enormes burbujas.

—¿Qué tal el despegue?

Osato Takeuchi era una mujer enorme. Casi dos metros de altura, dotada de la complexión de un levantador de pesos. Vestía una ajustada camiseta azul que se apretaba contra sus gigantescos pechos, y dejaba al aire sus musculosos brazos. Antes del Exterminio había sido campeona de *sumo* femenino, en Marte.

Susana giró la cabeza hacia ella. Su cuerpo inició una lenta rotación en sentido contrario.

—Lo aguantaron mejor que yo —dijo—. No sienten la aceleración dentro del agua. ¿Es siempre así?

—¿El mareo, quiere decir? —Osato se ancló en uno de los soportes del tanque—. Es un efecto de la ingravidez.

—Se quejan de desorientación. —Susana señaló al tanque—. No saben dónde es arriba.

—Pasará cuando lleguemos a la *gran nave*.

—Me alegro. Ya es bastante difícil explicarles qué es el vuelo atmosférico. En cuanto al viaje espacial... uf.

—¿Es realmente necesario hacerlo?

Susana frunció el ceño.

—Suponga que unos seres extraños le meten en una jaula y, sin previo aviso, le dan un paseíto por la cuarta dimensión. ¿No agradecería que al menos le informasen de lo que le hacen?

—Claro, claro... —La japonesa trató de cortarle—. Si puede dejarlos solos, le agradecería que me acompañase a la cabina de mando.

Susana echó un último vistazo a los delfines y silbó algo.

La gigantesca *nave* era muy extraña. Y enorme; una esfera de color bronce mate, de unos novecientos metros de diámetro. Su superficie estaba dividida en diez sectores de polo a polo, formados por placas hexagonales de tamaños decrecientes. Al igual que el pequeño transbordador en el que viajaban, no parecía un objeto construido.

En el polo, como un ojo gigantesco, había un enorme portalón circular rodeado de un reborde cóncavo. Alrededor de éste se levantaban dos filas concéntricas de enormes espinas doradas. Susana calculó que cada una alcanzaría los cincuenta metros de longitud.

—¿Qué son? —preguntó señalándolas.

—Los sentidos de la nave.

¡Los sentidos! Qué rara expresión.

La nave crecía ante sus ojos, como un pequeño planeta. Para completar la semejanza, incluso giraba con lentitud.

—Una revolución y media por minuto —murmuró Osato—. Eso son ocho grados y medio por segundo, más o menos. Con cuatrocientos cincuenta metros de radio, una aceleración de un g en el ecuador.

La compuerta mediría muy bien dos veces la eslora del transbordador. Se abrió, deslizándose en dos mitades; ahora el ojo tenía una pupila que emitía una luz azulada. El transbordador se deslizó hacia la abertura.

Una enorme cámara aparecía ante él, girando lentamente como un descomunal tubo de la risa. En las paredes había una serie de abrazaderas o grúas, sin duda para amarrar cualquier nave auxiliar que llegase.

El transbordador atravesó la entrada con una leve sacudida, como si chocase con algo elástico. Suavemente, se deslizó hacia el centro de aquel hangar; mientras, la compuerta se cerró con un gran estruendo de metal rechinante.

Dos abrazaderas lo rodearon con suavidad, tirando hasta hacerlo descender poco a poco sobre la pared del cilindro. Susana sintió que la fuerza centrífuga la apresaba, al acercarse al suelo curvo.

—Podemos salir —dijo el piloto—. Presión de media atmósfera. Hay oxígeno en proporción adecuada.

—¿Pero qué dice? No pueden haber llenado el hangar tan rápido —exclamó Susana. Osato se volvió a ella.

—¿No ha oído cerrarse el portalón? Eso quiere decir aire.

—Tiene razón, pero... —No supo qué decir.

—Es una especie de... bueno, barrera de fuerza o algo así, que impide que escapen las moléculas de aire, pero no los objetos mayores. ¿Se ha dado cuenta de que la nave pareció tropezar con algo al entrar? Era la presión del aire al otro lado. Como al meter la mano en el agua; hay una leve resistencia en la superficie, como una membrana invisible, debido a...

—Sé lo que es la tensión superficial —dijo Susana, algo irritada.

Salieron de la cabina, cerrando la puerta a su espalda y abrieron la esclusa. Un remolino de viento los zarandeó, mientras se igualaban las presiones de ambos lados. Indudablemente, había aire.

La cámara era una antesala cilíndrica, la mitad de larga que ancha. Susana distinguió compuertas de varios tamaños, y una especie de planchas deslizantes, grúas y otras cosas. Le recordaba la cubierta de un portaaviones. La seudogravedad era débil, como un quinto de g aproximadamente.

Osato la condujo a una puertecita, en la base del cilindro opuesta a la entrada.

—Detrás del mamparo hay un hangar —explicó—. Esta antecámara es sólo para lanzar o recibir naves auxiliares. Las compuertas son, obviamente, una medida de seguridad, por si falla el quién-sabe-qué que retiene el aire.

Susana se sintió inquieta. No le gustaba que su vida dependiera de un artefacto que ella no pudiera controlar. Y ahora, los colonos marcianos admitían no tener ni idea de cómo funcionaba aquel sello invisible.

Tras la cámara cilíndrica, se abría el hangar de quinientos metros de largo, repleto de transbordadores como el que les había traído; debía haber una veintena, si no más. Parecía el aparcamiento de un centro comercial un sábado por la tarde.

Por el suelo había unos raíles, sin duda para remolcar las naves a la antecámara. La iluminación procedía de racimos de tubos luminosos, agrupados en el eje de la cámara.

—Nada de esto estaba aquí, por supuesto —aclaró la japonesa—. El casco crece prácticamente vacío, excepto los motores.

Siguieron a lo largo de la generatriz del cilindro, con pasos ágiles por la baja gravedad. Susana calculó que caminaron unos trescientos metros; más o menos, estaban casi en el centro de la esfera.

Llegaron a una abertura en el suelo curvo, de la que arrancaba una rampa descendente que bajaron. Los condujo a una especie de galería colgante o balcón sobre el bosque... Se asomaron a la barandilla y contemplaron el paisaje desde una altura de unos trescientos metros.

Bajo ellos se desplegaban, como si lo observaran desde un globo, grandes parches verdes, un pequeño lago, fuentes e hileras de arbolitos. El suelo se curvaba como un valle.

Gradualmente, Susana se fue haciendo una imagen. El interior de la esfera escondía un hábitat toroidal, como un donut dentro de un pomelo. El torus estaba situado justo bajo el ecuador, el lugar adecuado para disfrutar de la máxima gravedad.

La antesala y el hangar formaban un cilindro a lo largo del eje de rotación, del polo al centro de la esfera. El cilindro encajaba en el agujero del torus. ¿Qué habría en el resto del volumen de la esfera? ¿Almacenes, combustible, motores? Preguntó a Osato.

—No lo sabemos con certeza. Bueno, en realidad hay grandes tanques esféricos para combustible. Los llenamos de agua y... eso es todo, la nave funciona.

—Pero los motores...

—No tenemos ni idea. Son de fusión, evidentemente, pero no sabemos cuál es su aspecto, o su tecnología. Están encerrados en una especie de cápsula, de unos cien metros de diámetro, cerca de la popa de la nave.

—¿Nunca han intentado abrir esa cápsula?

—Sííí. La explosión creó un falso amanecer en todo un hemisferio de Marte. No

hemos vuelto a intentarlo desde entonces.

Ahora se encontraban debajo del hangar cilindrico, sobre una galería anular de tres metros de alto, que colgaba de la parte interna del torus. Un breve paseo les permitiría contemplar todo aquel mundillo a vista de pájaro.

La luz que iluminaba el paisaje emanaba de debajo de la galería. Eran como moscas sobre la pantalla de una lámpara.

—Éste es el modelo de mayor tamaño. Existen otros dos más, menores. En Marte se están produciendo ahora docenas de naves como ésta, para evacuar a todo aquél que quiera abandonar la Tierra.

—¿Para llevarlos a dónde?

—¿Cómo dice?

—Si va a evacuar a toda esa cantidad de gente de la Tierra... ¿dónde los llevaran? No creo que las instalaciones de Marte puedan admitir un gran número de refugiados. ¿Dónde piensan meter a toda esa gente?

La enorme mujer la miró un rato; luego se encogió de hombros.

—No me lo pregunte a mí, yo sólo trabajo aquí.

—¿Y tienen pensado evacuar también a los delfines?

Osato alzó las cejas.

—¿Le sorprende?

—No estoy acostumbrada a tanta generosidad por parte de los humanos.

—Lo dice como si usted no fuera humana.

—Sólo por un error evolutivo. ¿Por qué ese repentino interés por los delfines?

—Ha acertado. No se trata de altruismo ni nada parecido. Los necesitamos. Necesitamos a los delfines para pilotar naves como ésta.

—Sí, eso fue lo que me dijo Kramer. Pero no lo entiendo, ¿porqué?

—No sé por qué. Simplemente es así como funcionan. Necesitan ser controladas por un sistema nervioso vivo, con capacidad para orientarse en un entorno tridimensional. Los transbordadores pueden manejarse con un ordenador de los nuestros, pero una nave grande es otra cosa. Ahí es donde son indispensables los delfines.

Los corredores de la nave eran circulares, con refuerzos anillados en las paredes; Susana se sentía una rata caminando por la tráquea de un gigante muerto. No existían cámaras de la forma habitual, todas eran redondeadas, como visceras que buscasen el máximo espacio entre las cuadernas. Los mamparos, en los lugares en que no estaban cubiertos por aparatos o algún producto de factura humana, eran de una sustancia que recordaba más al cuerno o a la quitina que al plástico. No había luces, excepto los tubos instalados por los humanos.

Oh, por supuesto, la nave no estaba viva en sentido estricto. Pero, según afirmaban Osato y Kramer, había crecido y se había desarrollado. No era un simple

objeto inerte.

Pero era inimaginable que la evolución hubiera producido un vehículo espacial. La única explicación era la ingenética.

La sala de mandos no se parecía a nada de lo que Susana había esperado. Estaba situada bajo el hangar cilíndrico, pero se accedía a ella desde la galería sobre el torus. Un diseño extraño, pero extraña era la nave.

La sala era esférica, de atmósfera muy húmeda, y en su pared no había ni un solo instrumento, ni siquiera una portilla. En su centro flotaba un delfín sujeto por un complicado arnés; una especie de chorros de aspersión mojaban su fina piel. Del muro salían unos cables blancos que se adherían a su cuerpo, con terminaciones en forma de ventosa.

Susana le acarició el lomo; según el veterinario de la nave, parecía estar desarrollando una infección.

—Hemos tratado de controlar las naves con ordenadores, a través de bio-interfaces —dijo Osato—. Pero no son tan eficientes como un cerebro vivo.

—Los cerebros vivos procesan en paralelo.

—Sí. Un ordenador es demasiado lento. Pero no vale cualquier cerebro vivo, tiene que ser el de un delfín.

Aquello tenía sentido. El cerebro del delfín había evolucionado de manera diferente al de la mayoría de los mamíferos. No había desarrollado el neocórtex, conservando las características básicas de las primitivas formas de vida terrestres; sin embargo, desarrolló rasgos especializados propios. El sonido viaja más rápido en el agua que en el aire, y el cerebro del delfín se había adaptado para percibir e interpretar la información acústica a la velocidad requerida.

—Esto va a dolerle —dijo Osato, y aplicó un algodón, mojado en antiséptico, sobre la piel de Surcador Audaz del Gran Océano del Espacio (su tarea exigía un nuevo *nombre-firma*, más adecuado que Acantilado Imperturbable en la Tormenta). Unos silbidos irritados indicaron su protesta por la poca delicadeza de los Cuatro-Patas.

Susana tomó el silbato e interpretó *malo-hoy bueno-mañana*. Surcador se tranquilizó.

—Es increíble cómo los controla usted. —La japonesa no ocultó su asombro. Susana se encogió de hombros.

—No los controlo en realidad. Ellos ni siquiera entienden el significado de esa palabra. Yo... no sé cómo decirlo.

—¿No tienen leyes, o jefes, o...?

—No. No lo necesitan. Son salvajes y libres, pero no conocen el egoísmo o la explotación. Son... no hay nada adecuado para describirlos. Independientes, ¿entiende?, y al mismo tiempo solidarios.

La doctora Osato la miró con unos penetrantes ojos rasgados.

—Usted se siente más a gusto entre ellos que entre los humanos... Perdón, no es mi intención entrometerme en su intimidad...

—Qué más da. —Susana suspiró—. Lo cierto es que adoro el tiempo que paso con los delfines. Hay algo en ellos, su belleza, su misterio... en realidad no lo sé, pero... siento que me gustaría ser uno más.

Calló y la japonesa respetó su silencio. Entre dientes, Susana silbó una aceptable imitación de *malo-hoy bueno-mañana*.

Surcador Audaz cerró los ojos y se dejó empapar por el Universo. La nave, creada por y para mentes no humanas, le suministraba una imagen que los centros sensoriales de su cerebro podían interpretar. Algo de lo que carecían los no-Nadadores.

La nave le enviaba una imagen sónica, lo más parecido a hallarse de nuevo en el océano. Surcador Audaz notaba una sensación de libertad como nunca la había experimentado; aquello compensaba el desagradable confinamiento, aunque fuese en compañía de la Adiestradora.

La sensación de orbitar en torno a un cuerpo celeste era como cabalgar la pendiente de una ola: moverse al mismo tiempo que se está quieto.

Allí podía percibir el eco del Sol, distante pero fuerte, como una colosal isla. La Tierra y Marte eran mojones de sonido, tan claros como dos escollos a ambos lados de un canal. El efecto Doppler daba la sensación exacta del movimiento relativo entre ambos planetas.

Más allá había otros ecos; Júpiter y Saturno. Urano no era perceptible, estaba (calculó mentalmente con ayuda de la nave) al otro lado del Sol. Neptuno era un diminuto bip perdido a lo lejos. La lentitud de los planetas exteriores apenas los distinguía entre los cardúmenes de estrellas.

Surcador Audaz ajustó la trayectoria, con un leve impulso neural similar a un movimiento de una aleta. Ya empezaba a sentir cómo comenzaba la lenta caída hacia Marte; en la interpretación de Surcador Audaz, estaban en una corriente favorable.

Susana subió hasta el mirador de proa para disfrutar de la aproximación final a Deimos.

La pequeña luna marciana brillaba sobre el negro fondo espacial como un árbol de Navidad gigante. Tenía más aspecto de ser un artefacto, una ciudad en el espacio, que un objeto natural. La sensación se acentuaba con las enormes bocas de los hangares abiertos al vacío, intensamente iluminados y rodeados de luces parpadeantes de aviso.

Toda su superficie estaba salpicada de lucecitas, que brillaban como polvo plateado en su lado oscuro. Algunas eran ventanas que daban al interior, otras, más potentes, señalizadores o balizas para las naves en tránsito.

—¿Asombroso verdad? —preguntó Osato que se había situado en silencio junto a Susana.

—Nunca soñé que tuviéramos todo esto aquí. Y sólo llevamos en Marte... ¿cuánto?

El rostro de luna de Osato se iluminó con una sonrisa.

—Las bases de la *Velwaltungsstab* en Fobos y Deimos se establecieron durante la escalada de tensiones que siguió al Quinto Jihad... hace treinta años.

Susana asintió. Siempre las malditas guerras y tensiones Norte-Sur. Todo aquello formaba parte de la Historia que le habían hecho aprender cuando era niña.

Las instalaciones en Marte habían sido en parte una salvaguardia ante el temor a una guerra nuclear a gran escala... y en parte, un medio de desanimar al Islam mediante un espectacular despliegue de tecnología. Pero la temida Guerra de los Siete Sellos no llegó a estallar, después de todo, y la cabeza de puente se mantuvo en manos de la Iglesia.

Las primeras naves de la *Velwaltungsstab* estaban a cargo de religiosos por buenas razones. La convivencia en espacios cerrados había causado problemas, incluso en las pequeñas estaciones lunares o lagrangianas. Los religiosos, en cambio, estaban acostumbrados a vivir confinados en un espacio cerrado y a una rutina invariable, durante prolongados períodos de tiempo. Además, a pesar de los medios de protección, los viajeros del espacio estaban más expuestos a radiaciones que las gentes que viven en un planeta, lo que podría conducir a malformaciones infantiles. Poco antes de la Tormenta de Positrones, incluso se había especulado con la posibilidad de que la primera nave que viajase a otra estrella estaría pilotada por religiosos. Un viaje así duraría años. Los proyectos de tan largo alcance sólo pueden ser realizados por un organismo inmortal, una comunidad de personas con una meta.

Desde Fobos y Deimos se había organizado la conquista del Planeta Rojo... justo antes de que los japoneses empezaran a convertirlo en el Planeta Amarillo. Los conflictos diplomáticos añadieron leña a una situación ya de por sí caldeada.

Finalmente se había llegado a un acuerdo; por el Tratado Marciano, inspirado en el Tratado Antártico, las naciones interesadas en establecer asentamientos en Marte declararon la desmilitarización y el uso pacífico del planeta, durante un período de cien años, así como una política de cooperación científica. Los yacimientos minerales que se descubrieron no eran lo bastante tentadores como para poner a prueba los buenos propósitos del Tratado.

—El Exterminio nos dejó en una situación de indefensión total —siguió diciéndole Osato—. De repente estábamos solos frente a una naturaleza hostil; los ambiciosos planes de terra-formación quedaron en casi nada...

Se constituyeron órganos de gobierno. Una Asamblea General, formada por representantes de los colonos, en número proporcional a la población: un cincuenta por ciento de ciudadanos que pertenecían a diferentes órdenes religiosas, principalmente a la Compañía de Jesús. El otro cincuenta por ciento se repartía entre varias compañías japonesas, y los técnicos de la *Velwaltungsstab*. El desequilibrio estaba matizado por la separación entre Iglesia y *Velwaltungsstab*, así como la esperanza de que la Iglesia tenía un índice de natalidad del cero por ciento, lo que a largo plazo la convertiría en una fracción minoritaria.

El poder ejecutivo se repartía en una serie de órganos: Consejo de Seguridad, Secretaría General y Consejo de Economía y Recursos, en tanto que el Tribunal Superior formaba el máximo órgano judicial.

—La maquinaria funciona sin demasiados chirridos. Somos una mezcla —ironizó Osato— de cuartel y comuna anarquista.

La nave se fue aproximando poco a poco, lo que proporcionó a Susana una nueva sorpresa. Un enjambre de gigantescas esferas traslúcidas flotaba alrededor de la pequeña luna marciana; en su interior ingrávido fluían líquidos y se movían formas oscuras.

—¿Qué es? —preguntó a Osato.

—¿Eso? Son embriones de naves —respondió la japonesa, con desenvoltura. Susana la miró boquiabierta y se volvió hacia fuera. ¿Le estaba tomando el pelo?

—Mira, ésa está a punto de eclosionar —señaló, pasándole unos prismáticos—. Una lanzadera, me parece.

Su índice apuntaba a una de las esferas, que tenía un aspecto arrugado. La atónita Susana pudo ver cómo se rasgaba lentamente, dejando escapar una insignificante nubecilla de vapor; sin duda el contenido líquido del *huevo de astronave* habría sido recuperado.

De entre la nubecilla emergió un objeto alargado. Era un transbordador, efectivamente.

—Feliz cumpleaños —murmuró estupefacta.

Iván Lenov se tumbó boca arriba y cruzó las manos sobre la nuca. La rojiza luz del amanecer marciano, tamizada por una cortina de láminas, dibujaba líneas paralelas en el techo. Se encontraba en un humilde apartamento cercano al astropuerto de Santa Marina; el único establecimiento de Marte que merecía el nombre de *ciudad*.

Escuchó el sonido, necesariamente breve, del agua al correr. Gabriela salió del baño, secándose las axilas con una toalla que, supuso Lenov, habría sido rosa en algún momento de su historia. La arrojó y gateó por la cama hasta atrapar el paquete de tabaco de la mesita, paseando sus generosos pechos por el rostro del ruso.

—¿Un cigarrillo?

—No, gracias, encanto.

Se sentía feliz; el sexo era la única válvula de escape que nunca le había fallado; sobre todo desde su llegada a Marte. Y, a pesar de lo prosaico del lugar, Gabriela era una chica más que aceptable según los gustos de Iván; una atractiva mulata de cuerpo exhuberante, experta y juguetona.

Pero lo que el ruso apreciaba más era que se podía conversar con ella. No siempre estaba seguro de que comprendiera, pero al menos sabía escuchar maravillosamente bien. A todos esos tipos que gastaban su dinero en psicoanalistas, pensaba, les vendría bien una sesión completa con Gabriela.

—Sigues preocupado por ese bicho, ¿eh, Vania? —dijo la mulata en japonés, con un divertido acento brasileño.

Eran sorprendentes las habilidades lingüísticas que desarrollaban las prostitutas de Santa Marina. Lenov se preguntó si algún científico habría escrito alguna vez un estudio sobre este tema. En aquel barrio cercano al astropuerto (auténtico corazón de la ciudad) era excepcional la que no chapurreaba algo de japonés. Natural, eran sus mejores clientes. Los nipos llevaban varios años trabajando en las nuevas y extrañas naves marcianas. En realidad, por eso estaba él allí.

—Tú no lo comprendes, yo trabajo con delfines, pero para mí son algo más que animales útiles. *Tik-Tik* es un compañero, un camarada, no me gusta verlo enfermo.

—Pero ¿qué le pasa?

—Según el veterinario, una simple congestión del orificio respiratorio, consecuencia del jodido aire enlatado que respiramos aquí. Nada grave, pero le tendrá apartado del trabajo durante un mes. En cualquier caso no me gusta, ese delfín es muy importante para mí.

—¿Por qué?

—Lo conozco desde hace años. Trabajábamos juntos en el arrastradero, en la Tierra, y me ha salvado la vida más de una vez. Además, si estoy aquí es gracias a él.

—¿Qué quieres decir?

—Fue comprado por los japoneses hace un par de años, para traerlo a Marte. Y

fue él quién me recomendó como cuidador. Recuerdo que pensé que a alguien se le había aflojado un tornillo... ¿Para qué coño querían un delfín en Marte? Este planeta está más seco que el ojo de Manolo...

—¿El ojo de... quién?

—Manolo el Tuerto, mi compañero en el *sub*. No sé nada de él desde el Exterminio, y me temo lo peor... Quién sabe, quizás ese delfín también me salvó la vida al traerme aquí...

—Y además así te he conocido, *machote*. ¡Venga!, no te preocupes, estoy segura de que tu pececito se pondrá bueno pronto.

—Un delfín no es un pececito —suspiró Lenov con paciencia—. Ni siquiera es un pescadote. Son mamíferos, como tú o como yo... Esto creo habértelo explicado cien o doscientas veces.

Ella se arrodilló a su lado.

—Oye, ¿también tienen *ferramenta*?

—¿Cómo?

—Esto.

Cogió el pene de Lenov. El hombre echó a reír.

—Claro que sí.

Gabriela también soltó una carcajada y apagó su cigarrillo.

—Oye, ¿qué tal si te olvidas de tu pececito un rato?

—¿Qué propones? —preguntó el ruso con una sonrisa picara.

—¿Te apetece un francés o un griego?

Sí, pensó Lenov, *tiene gran facilidad con los idiomas...*

Tras desembarcar a los delfines, Susana fue alojada en un pequeño apartamento situado en uno de los corredores que partían del muelle. Era diminuto, apenas quince o dieciséis metros cuadrados, pero lujoso; incluso tenía bañera de hidromasaje al estilo japonés. Y esto fue precisamente lo primero que Susana se decidió a probar. Ni siquiera deshizo su equipaje, una descolorida mochila de lona que arrojó sobre la cama.

Se tumbó en la bañera, con unos visores de relajación sensorial cubriendo sus ojos, y conectó, con un gesto de su mano, el dispositivo que generaba las burbujas de aire caliente. Una suave película de mylar se cerró entorno a su cuerpo, evitando así que el agua escapase en la débil gravedad de la pequeña luna.

Era difícil admitir que aquello estuviera sucediendo. Que todo su mundo, todo lo que había amado en alguna ocasión, hubiera desaparecido para siempre, y que ella estuviera tomando un *jakuzzi* en Deimos.

Pensó en sus padres, en sus hermanas... qué lejanos le parecían ahora esos recuerdos. ¿Era aquella su vida, o era un sueño casi olvidado?

Recordó a sus amigos delfines, reunidos en torno a ella, a la luz de la inmensa

luna de los trópicos, ejecutando con maestría hermosos *poemas-danza* que narraban antiguas y épicas batallas contra tiburones...

Canciones de cachalotes que hablaban de calamares gigantes, y su fantástica civilización perdida en las profundidades abisales...

Leyendas de viejos marinos enamorados de sirenas...

Todo aquello sí que merecía ser real, mucho más real, pero tanto una cosa como la otra se habían esfumado; envueltas por una horrible tormenta de fuego; sin apenas dejar huella.

Llevaba apenas media hora en el baño, cuando sonó el timbre de la puerta. Salió del agua y se puso una bata de seda que encontró en un armario.

Al abrir se encontró con un hombre alto, con una melena de un blanco inmaculado, cuidadosamente recogida en una cola de caballo. Su indumentaria era de estilo vagamente oriental, o más bien veneciano, y su aspecto general impecable. Unas gafas de montura de oro daban a su mirada una especie de aureola, y un cierto aire de benevolencia.

—Mi nombre es Santiago Casanova. Espero que el viaje desde la Tierra le haya resultado cómodo, Susana.

—¿El viaje? Bastante agradable —respondió Susana, fascinada por aquel hombre con aspecto de ejecutivo renacentista—. ¿Quién es usted?

—Soy el principal responsable del CEMM; su cicerone en Marte.

—¿Cómo ha dicho? El responsable del...

Casanova se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz y dijo:

—Oh, discúlpeme. Del Centro de Exobiología y Medicina Marciana, Ce-E-Eme-Eme —deletreó, añadiendo con leve ironía—: Las siglas y los acrónimos, ya sabe usted, son una vetusta tradición burocrática.

—Ya veo. Exobiología. Ha debido tener mucho trabajo últimamente.

—No imagina cuánto... disculpe, creo que la he interrumpido.

Casanova dirigió una mirada hacia la bañera.

Susana se aseguró de que la bata de seda seguía firmemente cerrada. Era preciosa, con complicados bordados de un estilo similar a las ropas de Casanova.

—En realidad ya había acabado.

—¿Le gustaría descansar? Puedo regresar más tarde. El transbordador a Marte no partirá hasta mañana.

—Ya he descansado bastante durante el viaje.

—Estupendo —Casanova entrechocó sus manos—, entonces nos pondremos inmediatamente en marcha. ¿Me acompaña?

Susana hizo una mueca sardónica.

—¿Le importaría que me vistiera primero? No creo que esta bata sea lo más adecuado.

Casanova carraspeó y se volvió hacia la puerta.

—Oh, disculpe, por supuesto. La esperaré fuera.

Susana tardó sólo un minuto en salir, ataviada con un ajustado suéter azul marino y unas deshilacliadas bermudas.

Casanova la condujo a través del dédalo de corredores que horadaban Deimos como un queso Emmental, o el peñón de Gibraltar. La superficie de que se disponía debía de ser enorme, juzgó Susana, aunque sólo se ocupase una fracción del volumen de roca.

Llegaron a una estación. El tren era una sucesión de pequeñas cabinas presurizadas de forma rectangular, sobre raíles de acero. Los mismos eran sorprendentemente gruesos, teniendo en cuenta que debían soportar muy poco peso. Pero lo más extraño era que los raíles tenían una doble pestaña, y los vagones, ruedas arriba y abajo de los mismos.

—La estación de transbordo está al otro lado de Deimos —decía Casanova—. El tren nos llevará en cinco minutos.

Ante la forma en que Susana observaba el tren, pareció fríamente divertido.

—¿Ha pensado en las dificultades del transporte en un mundo tan pequeño?

—¿Qué dificultades? —preguntó Susana.

—Las distancias son cortas, pero ¿cómo recorrerlas en un tiempo razonable, con esta velocidad de escape? Sólo doce kilómetros por hora y... fsssss.

Hizo un gesto de avión despegando con la mano. Susana comprendió. Durante el trayecto, si el tren superaba esa velocidad, la gravedad de Deimos no lo podría retener. Por eso los raíles estaban diseñados así: para que el vagón colgase de ellos. Muy ingenioso.

—¿Qué pasa si descarrila a toda velocidad?

—Oh, nada grave. El tren escaparía del campo de gravedad de Deimos y se pondría en órbita en torno a Marte. Volveríamos a coincidir en la siguiente órbita, treinta horas más tarde —dijo Casanova con toda naturalidad.

Se abrió la esclusa y el tren rodó con suavidad fuera de la estación, con un zumbido apenas perceptible, sobre la quebrada superficie. Los raíles desaparecían tras el horizonte; en un mundo tan pequeño, el horizonte se hallaba a apenas doscientos metros.

—¿Conoce al padre Markus? —preguntó Casanova—.

¿Ha oído hablar de él?

—No... un momento, ¿Markus, el jesuíta arqueólogo?

—Sí.

Susana frunció el ceño mientras luchaba por recordar lo que decía la contraportada de un libro suyo, leído mucho tiempo atrás. Trataba de... sí, de las influencias de las lenguas semíticas en el griego *koiné*.

—Sólo tengo referencias bibliográficas sobre él. Una autoridad reconocida en lenguas muertas; y al parecer hablaba varias con fluidez. Fenicio, ugarítico, acadio, hitita, sumerio...

—Habría sido un buen intérprete en la corte de Asurbanipal.

—Y sus excavaciones en el Cercano Oriente aclararon muchas dudas sobre los orígenes de las grandes religiones monoteístas.

—Aclararon *demasiadas* dudas —admitió Casanova con cierta sorna.

El tren empezó a acelerar. Cuando alcanzó los doce kilómetros por hora, los pasajeros se encontraron ingravidos. Cuando los superó, una débil fuerza tiró de sus cuerpos hacia el techo. El interior del vagón giró para adaptarse a la nueva situación.

El tren les condujo hasta un anexo del espaciouerto, donde un gran cartel indicaba en varios idiomas que la entrada estaba restringida a los jesuitas. Tras identificarse ante los guardias de la entrada, Casanova le mostró el transporte Deimos-Fobos.

Era un vehículo con la estética de un cementerio de coches. Un armazón cilíndrico con grandes tanques esféricos de combustible, varios contenedores herméticos, y una cabina en forma de doble cono rematándola en lo alto. Un tubo neumático permitía acceder a ella, ya que el hangar estaba al vacío.

—Lo llamamos un *saltador* —explicó Casanova—. Lo usamos para transporte de carga o pasajeros a la órbita de Deimos o a la de Fobos. Es un viaje corto y todo *cuesta abajo*.

Atravesaron el tubo y se introdujeron en la cabina. Casanova cerró la compuerta y, tras un chequeo del tablero, salieron al espacio. Dada la baja velocidad de escape de Deimos, ni siquiera tuvieron que sentarse.

Se separaron de la pequeña luna, elevándose sobre su horizonte. La quebrada superficie de Deimos se hundía bajo ellos. La navecilla se inclinó, y se dirigieron hacia el lado que miraba a Marte. Pronto el gran bulto naranja del planeta, treinta y dos veces mayor que la Luna vista desde la Tierra, apareció sobre el curvo horizonte. Con lentitud comenzó a escalar el cielo.

Marte se encontraba en la fase de lleno, despidiendo una brillante luz que iluminaba la cabina. El Sol se hallaba en la dirección contraria, ya que habían despegado durante el día de Deimos. Susana estaba fascinada: el brillante Sol, Marte, la oscura superficie de Deimos.

Susana observó alrededor intentando orientarse.

—Parece que caemos hacia Marte —dijo.

—De eso se trata. Aunque nos encontraremos con Fobos en el camino. Marte será la segunda parada.

Si Deimos parecía un huevo desde el espacio, Fobos parecía una patata. Pero, al contrario que Deimos, Fobos daba una impresión de abandono desolado. No había luces de navegación ni instalaciones visibles. La superficie era tan oscura como el carbón, con un aspecto verdaderamente ominoso.

El trípode de aterrizaje del saltador la tocó.

—¿Cuánto mide de altura? —preguntó Casanova.

—Un metro sesenta y cuatro —dijo Susana—. ¿Vamos a salir al exterior?

—Sí. Este espaciopuerto no es un sitio tan importante como para tener un tubo de desembarco. Y en el lugar al que vamos necesitaremos trajes.

Abrió el *guardarropa* y seleccionó un par de trajes de entre varios de diferentes tallas. Cuando ambos se hubieron embutido en su interior, Casanova vació el aire de la cabina y salieron afuera, a una especie de balcón que la rodeaba.

—¿Vamos a viajar en eso? —preguntó la mujer, con suspicacia.

Eso era una plataforma en la que dos hombres podían ir de pie, uno delante, pilotando, y otro detrás, sujeto a unas anillas como el pasajero de un autobús. Entre ambos se hallaba la propulsión cohete y sus tanques de propelente. Las toberas orientables se encontraban al extremo de dos largos brazos semejantes a los de un manillar, que sobresalían del centro, a la altura de los hombros de un ser humano.

—Creí que utilizaríamos mochilas impulsoras...

—Y lo es. Una mochila tándem, llamada familiarmente una *alfombra voladora*. Lo considero preferible a una individual; hace falta cierta experiencia para volar sobre Fobos. No se debe sobrepasar los veinticinco kilómetros hora...

—Ya.

—No se preocupe, Susana. Sujete su cinturón a la estructura, cójase de las anillas y disfrute del paseo.

Susana hizo lo que le decía, no muy segura de la última parte. Había unos enganches para el cinturón y estribos para asegurar los pies. Cuando se sintió firmemente sujeta, dijo *adelante*.

Los cohetes silbaron a través de la suela de sus botas y la *alfombra voladora* se alzó, a una velocidad prudente, aunque algo inquietante para Susana. Iba paralela al suelo, ascendiendo en ángulo de cuarenta y cinco grados. Pronto el saltador quedó atrás. La terrestre se alegró de que la oscuridad le impidiese ver el suelo.

El silbido de los cohetes se redujo en volumen. Ahora se limitaban a compensar la insignificante atracción de Fobos y se mantenía la velocidad horizontal adquirida, como mandan los cánones newtonianos.

El Sol había empezado a trepar poco a poco por el cielo, seguido de la enorme hoz anaranjada de Marte en cuarto menguante. Era mucho más imponente que visto

desde Deimos. Desde aquella corta distancia, Marte era ochenta veces más ancho que la Luna de la Tierra, cubriendo un cuarto de cielo. Cuando estuviese en la fase de *Marte lleno*, los rasgos superficiales serían visibles a ojo desnudo, e iluminaría el terreno como un gigantesco plafón.

—¿Ve esa mancha? —El brazo de Casanova señaló a Marte. Susana logró distinguir una brillante mancha blanca en la oscuridad de la noche marciana, cercana al lado diurno.

—La veo.

—¿Sabe qué es? Es el Olympus Mons. Es tan alto, que su cima es iluminada por el Sol al amanecer y al atardecer, mientras es de noche en el terreno circundante.

Susana no habló, impresionada por el fantástico panorama.

Miró hacia el enorme y cambiante mundo rojo. La hoz iluminada se ampliaba poco a poco... pero no, comprendió, era Fobos quien creaba este efecto. Marte tiene un día de poco más de veinticuatro horas, pero Fobos giraba en torno a él tres veces y media cada *sol*, un día marciano. Era eso lo que creaba las fases.

—Estamos llegando.

La voz de Casanova le trajo de nuevo a la realidad. Susana bajó la vista hacia el suelo. Ante ella se erguían las imponentes murallas de un enorme cráter.

—El cráter de Stickney. Situado en el ecuador de Fobos y casi en el centro de la cara que mira a Marte —explicó Casanova, manipulando los controles.

La *alfombra voladora* se dirigió vertiginosamente hacia la superficie. Cuando los cohetes se apagaron, Susana se soltó con precaución y flotó hasta el suelo.

—Diez kilómetros de ancho —dijo Casanova abriendo los brazos—, el cuarenta por ciento del diámetro de Fobos. Cubre prácticamente este extremo. ¿Qué le parece?

La etóloga echó una ojeada en torno; al hallarse cercanos a su muralla, el circuito completo de la misma era invisible. En aquel pequeño mundo, el horizonte estaba a trescientos metros. Las paredes del Stickney se perdían tras él.

No lejos habían máquinas. Se trataba de aparatos mineros, la mayoría robotizados, algunos con cabina a presión. Al parecer, habían estado ocupados en alguna clase de excavación cerca de los muros.

El Sol se estaba ocultando tras Marte: Fobos empezaba uno de sus frecuentes eclipses de sol. La hoz luminosa del planeta se reducía más y más.

—Pues... impresionante.

—No digo eso —fue la réplica impaciente—. Me refiero al tamaño del cráter. ¿Se imagina qué clase de impacto tuvo que crearlo? Un poco más y pulveriza Fobos.

—¿Dónde quiere ir a parar exactamente?

Casanova encendió un foco de la *alfombra voladora*, iluminando un sector de la ladera cercano a las excavadoras. Le hizo una señal a Susana y ambos se acercaron allí.

El hombre señaló la zona excavada. La cicatriz dejaba al descubierto un material parecido a la cera, que parecía formar el núcleo de la pared del cráter.

—¿Qué es?

Casanova dijo:

—Fibra de monocarbono, dispuesta en red cristalina, fundida...

«Artificial.»

Dejó que aquel concepto empapara la mente de la etóloga; añadió:

—Fobos está cayendo con lentitud hacia Marte, como un satélite artificial. No se preocupe —sonrió—, aún tardará varios millones de años en estrellarse.

—Pero... —Mil preguntas bullían en la mente de Susana, como peces capturados en una red—. ¿Cuál era la misión de esta... cómo lo ha llamado... fibra de monocarbono?

—En un remoto pasado —explicó Casanova—, Marte y Fobos se encontraban unidos por un cable elaborado con ese material...

»Un cable enormemente resistente. La órbita de Fobos debía ser geosincrónica... o más bien, aresincrónica. Es decir, que Fobos daba una vuelta en torno a Marte cada sol, de modo que parecía estar fijo en el cielo para un observador en la superficie. El cable era un ascensor espacial, o torre orbital, utilizado para enviar masas al espacio.

»Hace quinientos millones de años, más o menos, el cable se rompió y la mitad cayó sobre el ecuador marciano. El otro extremo golpeó Fobos con inimaginable violencia, como una goma tensada que se rompe, frenando su velocidad.

—¿A qué altura corresponde una órbita... aresincrónica?

—Veinte mil cuatrocientos cuarenta kilómetros desde el centro de Marte, diecisiete mil cincuenta kilómetros desde la superficie —fue la pronta respuesta.

—¿Y a qué ritmo se acerca Fobos a Marte?

—Unos seis centímetros al año. Aún tardará más de cien millones de años en chocar, pero mucho antes se habrá hecho trizas por la fuerza de marea.

El Sol resurgía tras el horizonte marciano. Susana consultó el reloj del traje: apenas habían pasado cincuenta minutos desde el inicio del eclipse. Pronto el Sol descendería tras el horizonte de Fobos. Las sombras se alargaban con tal rapidez que se veía a simple vista; a medida que lo hacían, la hoz luminosa de Marte crecía.

—¿Ha dicho quinientos millones de años?

—Exacto. En la Tierra, nuestros más próximos antepasados eran aún gusanos marinos. Y en Marte había una civilización capaz de construir torres orbitales. Éste fue el descubrimiento de Markus.

El cráter de Hall tenía seis kilómetros de diámetro; y estaba situado en el polo Sur de Fobos.

Marte y el Sol empezaron a hundirse hacia el norte.

La visión de ambos era tan espectacular desde Hall como desde el ecuador de

Fobos, donde se hallaba Stickney. El Sol giraba en torno al horizonte cada siete horas dieciocho minutos, sin ponerse durante casi un año terrestre, por la misma razón que en los polos terrestres el día y la noche duran seis meses. Marte permanece inmóvil en el cielo, sobresaliendo del horizonte como una gran joroba rojiza, pasando por las fases cada siete horas dieciocho minutos, con el consabido eclipse.

Sería hermoso verlo desde allí; pero Susana ya no se sentía con humor para contemplar el paisaje. Además, el campamento jesuíta ya estaba a la vista. Tenía un curioso aspecto budista. Constaba de varias cúpulas; tales cúpulas no eran hemisféricas, sino con forma de boca de trompeta o pie de copa. Parecían esos santuarios acampanados donde se guardan reliquias de Buda.

Había una buena razón de ingeniería, claro está. En la Tierra, la cúpula debe soportar su propio peso. En baja gravedad, el problema es menor; casi nulo, en el caso de Fobos. Sin embargo, los mundos de escasa gravedad son mundos de atmósfera no menos escasa. El principal esfuerzo que soporta la cúpula es la presión interior del aire, de modo que la curvatura debe ser convexa hacia el interior, a lo que se debía la forma de boca de trompeta.

Salieron de la cámara de descompresión del campamento, y de los trajes, en este orden. Suspirando con alivio, Susana se dirigió al baño para ponerse el mono de faena que le tendió un silencioso jesuíta. Les condujeron por túneles y corredores subterráneos, hasta una sala equipada con aparatos de visión y sonido. Casanova conectó uno de los monitores.

—Le mostraré una reconstrucción de la catástrofe.

La reconstrucción era una película de imágenes tipo *alambre*, generadas por ordenador. Marte aparecía como una esfera giratoria, formada por líneas de luz roja, siguiendo los paralelos y meridianos.

Fobos aparecía como una esferita azul que giraba en torno al planeta, a seis radios de distancia. Aquella era la situación cuando Fobos giraba en órbita geosincrónica, o *aresincrónica*. Una línea amarilla conectaba la pequeña luna con el planeta.

—Esto es antes de la catástrofe —anunció Casanova, sin necesidad—. Ahora...

Un indefinido objeto en forma de punto verde golpeó a Fobos. El impacto redujo su velocidad, por lo que dejó de moverse en órbita circular. Adoptó una órbita elíptica, cuyo apogeo se hallaba en su antigua órbita y su perigeo cercano a Marte. La nueva órbita apareció en azul.

Pero Fobos no llegó a recorrerla ni una sola vez.

La nueva órbita, más cercana, exigía una velocidad angular mayor. El período de Fobos sería ahora de menos de un sol. Resultado: una colosal tracción sobre el cable, que se partió. Parte de él retrocedió y golpeó a Fobos, la otra parte se curvó con lentitud y cayó sobre Marte.

La velocidad de Fobos disminuyó tras el segundo impacto, de modo que su órbita

volvió a ser circular, ahora mucho más cercana al planeta.

—Suponemos que el segundo impacto con el fragmento de cable, combinado con el efecto de marea y la disipación de energía al cambiar el eje de rotación de Fobos... ejem, bueno, la cosa no está clara y no entiendo mucho de mecánica celeste... hizo que Fobos adoptase la presente órbita a 2,75 radios del planeta. Ahora viene una vista desde el satélite.

En efecto, apareció una patata formada por meridianos y paralelos elípticos de color azul. El cable, un delgado cilindro formado por docenas de líneas amarillas paralelas, sobresalía de un extremo.

De improvviso, algo verde golpeó a Fobos en el ecuador, alzando un surtidor de puntitos azules.

—Eso fue Hall —dijo el hombre—. Justo bajo nuestros pies.

El cable se partió, rizándose; golpeó por segunda vez a Fobos, lanzando una nube de puntitos azules y amarillos.

—Y eso fue Stickney.

La película llegó a su fin.

Ambos guardaron un pensativo silencio, que Susana rompió para preguntar:

—¿El Valle Marineris fue abierto por la torre al caer?

Casanova asintió.

—Y provocó un largo invierno nuclear del que Marte jamás se recuperaría.

—Jesús —musitó la mujer. Respiró hondo para tranquilizarse y preguntó:

—¿Qué hay de las instalaciones de Fobos? ¿Queda algo?

—Ah. —Casanova se puso en pie—. No se ha encontrado gran cosa, excepto... venga.

La habitación a la que le condujo era muy peculiar. Excavada en roca, con una pesada puerta de acero, era lo más parecido a una bóveda acorazada que se hubiera podido construir en un monasterio. Casanova la abrió con una llave.

Los restos no eran muy impresionantes. Un centenar de pedazos retorcidos y medio fundidos de un metal negro, de menos de cinco centímetros de largo. Susana escuchó distraída las estimaciones sobre masa y tamaño del objeto que golpeó al pequeño mundo... o a la estación espacial.

—El objeto se vaporizó. La estación debió de ser en parte orgánica —explicó Casanova—, como la nave que la ha traído hasta aquí. Fobos se puso al rojo por el impacto y... bueno, todo en su interior se transformó en una masa casi homogénea. La composición de los restos es muy variada: paladio, titanio, osmio. Los encontramos incrustados en la roca, en dondequiera que excavemos.

—¿Qué hay de Deimos? —preguntó Susana—. No lo he visto en la reconstrucción.

—No sabemos qué papel tenía —reconoció el hombre—. El padre Markus

sostiene que era una especie de contrapeso del conjunto Fobos-cable. Su órbita es muy cercana a la aresincrónica.

Susana contempló ensimismada los restos y dijo con voz débil:

—Y la Tierra ha sido ahora atacada por los mismos que destruyeron Marte hace quinientos millones de años.

—Eso parece.

Susana pensó en la próxima etapa: el propio Marte. ¿Qué le aguardaba allí, en la cuna de aquella civilización extraterrestre?

Esto es sólo un anticipo, dijo para sí con un escalofrío.

El avión marciano no tenía un aspecto demasiado patológico. Era como un lápiz, largo, estrecho y debidamente ahusado. Tenía cola bideriva, y la planta motriz constaba de dos motores cohete, situados en góndolas en la parte trasera del fuselaje; era ligero y veloz como un albatros. La diminuta cabina tenía capacidad para un piloto y un pasajero, o dos pasajeros que fuesen muy delgados.

Lo grotesco eran sus alas.

Tenía la superficie alar de un campo de fútbol, necesaria en la tenue atmósfera marciana. Susana veía, a través de la ventanilla, hectáreas (así se lo parecía) de mylar plateado, casi transparente. Tenía la sensación de cabalgar sobre una enorme mariposa.

El borde del Valle apareció en el campo de visión. El avión picó levemente... y se zambulló dentro.

El Valle Marineris es un cañón de dos kilómetros de profundidad, quinientos de ancho y tres mil de largo, siguiendo con exactitud el ecuador, a lo largo de un quinto de circunferencia del planeta.

La etóloga contempló fascinada el imponente murallón que se deslizaba a estribor.

¡El resultado de la caída de una torre orbital construida hace quinientos millones de años...! se repetía una y otra vez, luchando para que mi mente se ajustara a esta nueva realidad.

El avión se alejó de las quebradas paredes. Las perdieron de vista, mientras volaban hacia el centro del Valle. Parecían sobrevolar una llanura, entre dos remotas cordilleras.

La zona central se bifurcaba en los hundimientos de Melas Chasma y Ophir Chasma; el ciclópeo barranco alcanzaba allí su anchura máxima y una profundidad de doce mil metros.

—La base de la Torre debía encontrarse en algún lugar de la región de Lunae Planum —explicó Casanova, que pilotaba—, en el ecuador marciano; al caer golpeó Marte con la fuerza de un látigo gigantesco.

El avión se elevó, recorriendo parte de su camino a lo largo del Valle y parte a lo ancho. Casanova examinó un mapa informatizado, e introdujo algunos datos en el autopiloto. Después se volvió hacia Susana.

—Podríamos comer algo, si tiene apetito.

—Sí, gracias.

El hombre abrió una minialacena situada a su derecha. Frunció el ceño, examinándola.

—Confío en que no le importará una dieta vegetariana. O casi.

—¿No tienen...? —La etóloga que había en ella comprendió de inmediato—. No,

claro. Las plantas producen diez veces más calorías por unidad de superficie que los animales.

—Aparte de producir oxígeno. No, no podemos criar animales grandes, me temo. —Sacó una bolsa. Contenía bocadillos envueltos en papel y pequeñas cajas de cartón—. Como mucho, ovejas y gallinas. Y principalmente para obtener leche, huevos o fibras textiles. La carne es sólo un valioso subproducto. Tampoco cerdos; no podemos permitirnos el lujo de criar animales que sólo sirvan para carne. Hay un proyecto para criar una raza de cerdos que consuman residuos vegetales, indigeribles para el hombre. Pero tales restos se utilizan para fabricar papel. Así que me temo que los embriones congelados lo estarán mucho tiempo. A veces ruego al cielo que nos mande un buen terraformador.

Suspiró.

—Ni vacas ni cerdos. Este planeta parece diseñado por Moisés, Mahoma y Mahatma Gandhi. —Abrió una mesita plegable—.

Veamos qué hay por aquí... Puedo ofrecerle hamburguesas de soja con sabor a glutamato, bocadillos de queso, pollo, pescado...

—¿Pescado en Marte?

—Importado del sector japonés. Tienen piscifactorías.

—Oh. Supongo que los crían con algas cultivadas en tanque.

—Exacto, fertilizadas con biorresiduos. El plancton es un vegetal muy productivo, usted lo sabe mejor que yo. Así que, si es ictiófaga, está de enhorabuena.

Ella sonrió; seleccionó una especie de ensalada de maíz, lechuga y pescado en aceite.

—Estoy de enhorabuena. —Lo desenvolvió—. ¿Qué hago con la caja?

—Allí hay un recipiente para residuos de diferentes tipos, échelo en el compartimiento adecuado —suspiró de nuevo—. En Marte reciclamos hasta los gases de los eructos.

—Las pirámides de Elysium —anunció Casanova horas después, señalando por la ventanilla.

Se encontraban a 15 grados latitud norte, 198 grados longitud oeste. Susana miró hacia abajo y contempló la extensa planicie de Elysium. La sombra del avión avanzaba hacia cuatro objetos dispuestos simétricamente: dos pirámides tetraédricas de gran tamaño, alineadas en una especie de rejilla invisible, en oposición a dos pirámides más pequeñas, que parecían dos miniaturas a escala de sus hermanas mayores.

—Las mayores alcanzan el kilómetro de altura —dijo Casanova—. Restos de la civilización marciana. Cuatro edificios, tan grandes como montañas.

—Esas dos grandes pirámides y las dos pequeñas... —meditó Susana en voz alta.

—Las llamamos Sub1 y Sub2.

—... se diría que están en formación, como una familia de leviatanes.

Casanova sonrió ante la idea.

Caía el crepúsculo cuando aterrizaron. El sol se hundía en el horizonte, con un espectacular despliegue de escarlata y oro, un efecto de la pulverulenta atmósfera del planeta rojo. Venus y la Tierra rivalizaban en el firmamento.

Ponerse los trajes espaciales en aquella cabinita fue todo un ejercicio de contorsionismo. Cuando Casanova vació la cabina y pudieron bajar, Susana se sentía casi aliviada.

Bajo la incierta luz, caminaron sobre el polvoriento suelo hasta la base de una de las pirámides mayores. Se erguía imponente, recortándose contra el cielo rosado, como un enorme colmillo geológico de piedra rojiza. La mujer calculó que, desde la cima, podrían verse las dos pirámides menores más al sur. En todo caso, la gemela se distinguía bien incluso al nivel del suelo.

Susana se detuvo, respirando pesadamente. El interior de su traje estaba resbaladizo por el sudor. El terreno estaba dividido en parcelas cuadradas por pivotes y cordeles, aquéllas a su vez subdivididas en cuadraditos menores. Apenas había espacio para caminar entre ellas. Los trabajadores extraían paletadas de tierra que tamizaban en busca de cualquier objeto pequeño, valiéndose de un sistema de grandes cribas superpuestas, de diferentes tamaños de malla. Éstas oscilaban movidas por pequeños motores, lanzando nubes de finísimo polvo que el viento se llevaba.

—Son antiguos mineros de la *Verwaltungsstab* —le dijo Casanova señalando a los trabajadores—. Por supuesto, supervisado por un equipo multidisciplinario de técnicos y arqueólogos jesuitas, a fin de evitar que destruyan algo valioso, si apareciera.

—No parece un objeto artificial visto desde aquí—comentó la etóloga alzando la vista.

Un submarinista egipcio le había descrito las pirámides de Gizeh:

Las ves de lejos y no parecen gran cosa, contaba. Tú dices: pues no es para tanto, un montón de piedras. Pero ves que te acercas y te acercas, y empiezas a decir: vaya, no son tan pequeñas como parecen. Y cuando estás al lado, te quedas sin aire y dices: esto no lo han levantado hombres como nosotros, es imposible.

Las enormes construcciones marcianas, vistas de cerca, eran mucho más impresionantes. Aquellos tetraedros de roca tenían más de ochocientos metros de arista, superando en mil veces el volumen de la mayor de las tumbas de los faraones. Y éstas no las habían hecho hombres. Literalmente.

Con sus dedos enguantados, Susana siguió las grietas de la roca.

—¿Hay más de estas estructuras? —preguntó.

—Oh, sí —dijo Casanova—. La Pirámide del Domo, a 41 grados de latitud norte y 9 grados de longitud oeste. Cosa de dos mil kilómetros de aquí. A trescientos

kilómetros al norte del Domo, la pirámide del Borde del Cráter. Más cerca de aquí, en el cuadrángulo de Cebrenia, unos 35 grados norte y 213 oeste, el Pentágono, un inmenso objeto que parece truncado, de unos quince mil metros de alto; la Pista, que va de este a oeste y tiene protuberancias cada pocos cientos de metros, y una gran melladura llamada la Cantera. Pero éstas de Elysium son las únicas que nos han llegado perfectamente conservadas.

Susana intentó rascarse la barbilla, pero su mano chocó con la placa facial del casco. No se habituaba a aquella armadura; allá en los mares de la Tierra, estaba más acostumbrada a la libertad de la escafandra autónoma.

Siguiendo las indicaciones de Casanova, avanzó por el estrecho túnel que daba acceso al interior de la pirámide. Atravesaron una compuerta neumática instalada por los técnicos de Markus en la zona más estrecha del corredor, y al fin ambos pudieron librarse del aparatoso traje espacial.

Caminaron hasta una abertura con forma triangular, y atravesaron otro largo pasillo horadado en la roca. El pasillo terminó súbitamente; Susana pensó que habían vuelto a salir al exterior, pero la luz que les rodeaba era artificial. Estaban dentro de la pirámide, la primera en la que entró Markus, con cuyo nombre había sido bautizada.

Una criatura en forma de sapo, con seis brazos, se materializó repentinamente a escasos metros de Susana.

La cabeza del marciano era parecida a la de un sapo, ancha y de gran boca. Su piel lampiña y verdosa estaba cubierta de verrugas, también como las de un sapo. Tenía seis patas con dobles articulaciones, y un rabo pelado salía de su trasero. Sus ojos emitían un brillo amarillento. Si la escala era uno-uno, el ser era del tamaño de un chimpancé.

Susana extendió una mano, atravesando la figura.

—Un nativo de Marte —dijo Casanova con voz profunda.

Susana contempló boquiabierto los fantasmas de los marcianos, conforme iban apareciendo. Se volvió hacia Casanova:

—¿Hologramas?

—Los marcianos dejaron mucha información en forma de hologramas —explicó el hombre, como si se tratara de la cosa más natural del mundo.

Los marcianos, observó Susana, no guardaban relación con los vertebrados terrestres. Aquellas criaturas tenían tres pares de extremidades, algo inexistente en el árbol evolutivo terrestre. Las manos anteriores tenían tres dedos y un pulgar oponible, largos y divididos en cuatro falanges, con las yemas almohadilladas. Las centrales tenían también cuatro dedos, ninguno oponible. Las inferiores, cuatro dedos cortos, gruesos y de piel recia.

A juzgar por las imágenes, el par central era una especie de comodín. Podía asir objetos, pero no manipularlos con delicadeza, y también ayudar en la locomoción. Las manos centrales estaban siempre listas para, nunca mejor dicho, echar una mano a las anteriores o posteriores.

—Investigar la vida de los marcianos —decía Casanova mientras caminaban por la amplia sala— es como recomponer un puzzle: las imágenes han sido fotografiadas y clasificadas por sus actitudes, hemos recopilado un vasto archivo gráfico.

Fue señalando lo que se había descubierto. Los hologramas los mostraban comiendo, durmiendo en una especie de cunas triangulares, empuñando herramientas adaptadas a sus manos, fabricando telas, muebles o metales, investigando la Naturaleza con instrumentos de vidrio y metal curiosamente similares a los terrestres... Las representaciones eran tanto estáticas como dinámicas: corrían sobre cuatro o seis extremidades, trepaban a árboles en forma de candelabro, flotaban en el agua, nadaban con brazadas que les hacían parecer barcas de seis remos.

Sobre su vida diaria habían abundantes referencias. Cultivaban unas plantas herbáceas de las que colgaban unos racimos carmesíes, pescaban una especie de medusas con patas, o trabajaban en talleres o factorías. Viajaban en barco o automóvil y volaban en aviones semejantes a murciélagos; también conocieron los viajes espaciales. Nunca aparecían cazando, sin embargo, ni luchando entre ellos.

—¿De dónde han salido todos estos hologramas? —preguntó Susana—. ¿Qué

soporte ha podido durar todo ese tiempo?

—Se lo mostraré.

Casanova avanzó hacia el centro de la gran sala. Allí se abría un gigantesco pozo, de paredes perfectamente lisas. Habían colocado vallas de protección, pintadas en vivos colores, en torno a su perímetro, y una manguera luminosa descendía hacia las profundidades. Un pequeño ascensor había sido adosado a la pared.

A una orden suya, unos asistentes les proporcionaron un par de trajes térmicos, semejantes a los utilizados por los exploradores polares.

—¿Hace frío ahí abajo?

—Mucho frío. Ese pozo desciende cinco kilómetros en la corteza marciana. A esa profundidad desemboca en una especie de caverna tallada en la roca viva. La temperatura es de sesenta grados bajo cero, así que conecte la calefacción del traje antes de que llegemos abajo.

Descendieron. La manguera luminosa discurría frente a ellos como una serpiente de fuego, proyectando sombras fantasmagóricas contra las paredes pulidas como cristal. Susana siguió el consejo de Casanova y conectó la calefacción. El frío aún no había empezado a dejarse sentir, pero el fantasmal aspecto del túnel vertical le provocaba escalofríos.

El ascensor se detuvo en el centro de una caverna cuyo techo estaba apenas a dos metros de altura, pero se extendía a su alrededor, hasta donde alcanzaba la vista. Las paredes eran de roca cubierta de escarcha.

—Ésta es la parte realmente importante de la pirámide. El resto es sólo un reclamo... —Casanova buscó la palabra adecuada—, una boya señalizadora.

Al hablar emitía un espeso vaho blanco. Realmente hacía frío. Susana se colocó la capucha y la máscara para caldear el aliento.

Casanova se puso en marcha hacia el fondo de la cueva, alejándose de la boca del túnel. Se cruzaron con varios técnicos y trabajadores, todos embutidos en trajes térmicos.

—¿No podrían calentar esto un poco?

—No. Y hay una buena razón. Ahora la verá.

Después de caminar unos minutos, alcanzaron la pared de la cueva. Esta relucía a la luz de los focos instalados en el techo, como una gigantesca joya multicolor.

Susana se fijó con *más* atención. Toda la pared estaba recubierta por prismas triangulares de unos quince centímetros de lado, cuidadosamente apilados unos contra otros. A izquierda y derecha, la pared luminosa se perdía en la distancia. Susana se sintió como una mosca en el escaparate de una joyería.

—Parecen diamantes.

Casanova sacó uno con cuidado y se lo entregó a Susana. El prisma medía unos veinte centímetros de largo, y era de un peso sorprendente. Había algo en su interior.

—Son diamantes. Carbono cristalizado —dijo Casanova, y ante la mirada de incredulidad de Susana añadió—. Creemos que artificiales, pues todos son exactamente iguales, incluso a nivel atómico. Pero lo más valioso está en su interior, fíjese...

Susana lo miró al trasluz. Efectivamente, en el centro geométrico del diamante parecía flotar una pequeña burbuja ovalada, de apenas dos centímetros de diámetro.

Y en el interior de la burbuja habían unos cristales.

—¿Qué es? —preguntó Susana.

—Tardamos mucho en averiguarlo. Es ADN. Ácido desoxirribonucleico cristalizado.

—¡Oh!

—El mejor sistema para guardar información, el más compacto y fiable. Ése es el legado de los marcianos, Susana.

—Pero ¿ADN? ¿Similar al nuestro? Al terrestre, quiero decir.

—Prácticamente idéntico. Pero, no se sorprenda tanto, todo esto no puede ser casual. Construyeron las pirámides sobre terreno geológicamente estable, pensando en que durarían hasta que se desarrollase vida inteligente en la Tierra... y que sufriría el mismo destino que Marte. Ambas son almacenes... tal vez «bibliotecas» sería una mejor palabra... de cristales de ácido nucleico.

—Información viva...

—Sí, complejos como virus e inertes como microchips. Aquí se guardan los cristales-simiente de las naves espaciales que usted ya conoce. De los hologramas que ya ha visto. Y otras cosas, productos de la biomecánica marciana que vamos descubriendo día a día... —Se permitió un toque de humor—. Almacenados en los recipientes más caros del mundo.

—¿Cómo los leen...? Quiero decir, ¿cómo los activan?

Casanova sonrió detrás de su máscara y volvió a colocar el prisma en su lugar.

—¿Recuerda que, cuando vio las pirámides desde el avión, comentó que le parecían algo viviente, como una familia de leviatanes caminando en formación?

—Sí, pero...

—Con ese comentario se acercó más a la verdad de lo que jamás hubiera imaginado.

—¿Qué?

—Las dos pirámides menores son organismos vivos.

Era noche cerrada cuando partieron en un vehículo terrestre. Les acompañaban algunos empleados de la *Velwaltungsstab*, que aprovecharon el viaje para dormir. Susana no pudo hacerlo. Sentía una fuerte sensación de irrealidad, encerrada con media docena de durmientes, en una cabina oscura, recorriendo un paisaje extraterrestre igualmente oscuro.

Su litera estaba al lado de la ventanilla. Se dedicó a contemplar el terreno, cubierto por la fina y brillante capa de escarcha nocturna. Pero apenas podía distinguir detalles en la rojiza noche marciana. Logró reconocer a Fobos en el negro cielo; se movía casi tan rápido como un dirigible de carga.

Estaba demasiado inquieta para leer. La diminuta luna se puso, y volvió a salir, y a ponerse, mientras viajaban por el desierto gélido.

Las horas pasaban lentamente.

Llegaron a Sub1 al amanecer. Del suelo se elevaba vapor de agua, que se sublimaba en nubecillas de cristales de hielo, en el aire glacial de las alturas.

Al entrar, Susana se fijó en la pared exterior. La mayor parte del volumen de la pirámide lo ocupaba un grueso caparazón rocoso, que hubiera soportado una guerra atómica, en palabras de Hans Wilhelm Scalfaris, el técnico grecoalemán que los guió.

—Estas dos estructuras —explicó— son células de quinientos metros de diámetro. Es la única forma de describirlas.

Sonrió satisfecho, como si él las hubiera inventado.

—¿Qué otra cosa, sino un ser vivo podría perdurar quinientos millones de años? —siguió diciendo—. Es la única máquina capaz de autorrepararse indefinidamente.

—¿Aquí fabrican las naves espaciales? —preguntó Susana, un tanto estúpidamente. Estaba fatigada, inquieta, destemplada, y sus ritmos circadianos eran un verdadero barullo. Tal vez a ello se debía la sensación de rareza, que no la había abandonado.

—Sólo los huevos. El proceso de crecimiento se desarrolla en órbita.

Susana asintió, como si fuese lo más lógico del mundo.

—Ya lo he visto.

—En realidad, aún no hemos llegado a comprender la función de una milmillonésima parte del ADN contenido de las dos pirámides. Markus sostiene una curiosa teoría —Scalfaris sonrió con benevolencia—: algunos contienen memorias codificadas de antiguos grandes hombres, mejor dicho, grandes marcianos; sus Einstein, Mozart, Goya, Shakespeare...

Suspiró y añadió, un tanto grandilocuente:

—Pero no hemos aprendido lo suficiente como para activarlos. Hay tanto por investigar todavía... somos como eruditos del Renacimiento, escrutando los libros del pasado en busca de luz. Tenemos una biblioteca que nos mantendrá ocupados estudiándola, durante el próximo millón de años.

—Pero no tenemos un millón de años para la visita —recordó Casanova—. *Paracaló*, Hans...

—Desde luego. Seguidme, *hite*.

Así lo hicieron. El lugar era muy distinto a la excavación de la Gran Pirámide. Aquí pululaban técnicos con bata blanca, guantes y gorro de cirujano, en un ambiente

pulcro y aséptico.

—La pirámide hunde una especie de radículas a gran profundidad en el suelo marciano —explicaba Scalfaris—. De allí obtiene los componentes químicos, requeridos para sus procesos de síntesis o su mantenimiento...

Dio unas palmadas en la pared rocosa.

—Las pirámides están hechas para durar. Ya habéis visto el caparazón. Ni siquiera los rayos cósmicos lo penetran, sólo unos pocos neutrinos. De hecho, tenemos instalado un observatorio de neutrinos solares en una caverna lateral.

—Eso protegerá al ADN de mutaciones —dijo Susana.

—Sí, lo que garantiza su óptima conservación. Bueno, aquí está lo que llamamos *el complejo interno*.

Estaban en una sala tallada en la roca. Un gran ventanal permitía una visión del hueco interior de la pirámide. Susana se acercó a mirar.

Aquello recordaba una especie de laboratorio gigante, o una factoría química con intestinos de vidrio. Era un laberinto de tuberías, conductos, bolsas, tanques, canales, cisternas, depósitos... Los tubos, en su mayor parte transparentes, palpitaban, se agitaban, o se estrangulaban como válvulas, para cerrar el paso de algunas sustancias.

Parecía el citoplasma de una célula, en efecto. En alguna parte debería estar el núcleo, el cerebro central del complejo, pero no sabría reconocerlo.

—Lo que no comprendo es... no importa. ¿Cómo funciona?

—Verá. Suponga que necesita, qué diré yo, hemoglobina de jaguar. ¿Cómo haría para obtenerla?

—Iría a un banco de ADN, el de la World Life por ejemplo —respondió Susana sin dudar—; cogería ADN de jaguar, seleccionaría el gen de la hemoglobina, lo clonaría, las copias clónicas las integraría en plásmidos, incubaría éstos en un medio de cultivo con bacterias y, cuando los plásmidos se incorporasen al ADN bacteriano, las bacterias me producirían toda la hemoglobina de jaguar que necesitase.

—¡Exactamente! —Scalfaris soltó el adverbio como si Susana hubiese ganado un automóvil con su respuesta—. Pero aquí vamos más allá. Podríamos obtener el jaguar entero.

—¿Y si necesito un retablo del siglo xv?

Casanova parpadeó, como si no esperase una pregunta así. Scalfaris respondió sin inmutarse.

—Si se conforma con una fotografía, sería casi lo mismo. Primero, naturalmente, hace falta que alguien haya codificado cada punto de la imagen, y la haya registrado en forma de una larga secuencia de ADN. Luego... es cuestión de disponer de un mecanismo decodificador adecuado. Como éste. —Señaló al complejo interior.

—¿Quiere decir que los marcianos podían almacenar en ADN cualquier clase de información? Aparte de jaguares, me refiero.

—Almacenar y manipular. Como un ordenador. Los hologramas de los marcianos, ¿los ha visto, verdad?, salieron de aquí.

—¿Y si lo que necesito es... otra pirámide?

Esta vez Scalfaris pareció sentirse inseguro.

—Pues... es una buena pregunta. Pero si encontráramos la información adecuada, no veo por qué no. Aún hay mucho ADN que examinar; allí debe de estar codificada la información para construir otra pirámide. Supongo.

Los tres permanecieron un momento en silencio, meditando. Casanova lo rompió.

—Esto me recuerda un cuento que leí una vez. Un sacerdote azteca ha pasado toda su vida buscando sin éxito el nombre de Dios; está escrito, según la tradición, en un lugar donde todos lo pueden ver, pero de modo que no pueda ser destruido. El sacerdote es condenado por los españoles a ser devorado por un jaguar. Y entonces, en el momento de morir, lee el nombre de Dios escrito en las manchas de su piel.

—Podríamos hacerlo —exclamó Scalfaris.

—Pues no lo haga —dijo Susana, aún mirando el complejo—. Los creyentes de una religión rival despellejarían a los pobres jaguares.

—Susana, te presento a Benazir Rajman. Benazir, Susana Sánchez, la *Dama Delfín*.

La etóloga frunció el ceño.

—Me han hablado mucho de usted y su excelente labor —Benazir le estrechó calurosamente la mano.

—Muchas gracias. Yo... —trató de encontrar una expresión amable que no revelase su ignorancia sobre la otra mujer. Sintióse una boba, repitió—: Muchas gracias.

Benazir Rajman sonrió con dulzura. Era una mujer de unos treinta y cinco años, alta y de largo pelo negro, con las cejas finamente arqueadas, nariz recta y cuello nefertítico. Sus rasgos eran grandes y atractivos. Llevaba un vestido occidental y una cadena de oro al cuello, con grandes discos de ese metal.

—¿Me acompaña? —Benazir hizo un gesto de invitación—. ¿Qué le parecería recorrer el Sistema Solar? A pie.

Casanova soltó una risa discreta y Susana consideró que también debía hacerlo.

—Esto es *Hoyle*, la segunda Gran Pirámide de Elysium —dijo Benazir—. Está enteramente dedicada a la visión cosmogónica de los marcianos. Describe el Sistema Solar y la Galaxia, tal y como eran hace quinientos millones de años, según los conocimientos científicos que poseían.

Se encontraban en la base de la pirámide, un perfecto triángulo equilátero de ochocientos metros de lado. Los cuerpos del Sistema Solar estaban representados en hologramas a escala, iluminados por el globo solar que ocupaba el centro.

Les guió a través de aquella increíble maqueta.

—Éste era el Sistema Solar de los marcianos. A escala. Mercurio está a siete metros del Sol; la Tierra, a dieciocho metros; Marte, a veintisiete metros, etcétera. Similar al nuestro, aunque con ciertas diferencias.

Se detuvo junto a una diminuta esfera roja que flotaba en la oscuridad. Marte, comprendió Susana. Cuando Benazir se acercó al holograma que lo representaba, éste se hinchó como un globo. Susana no pudo evitar un sobresalto.

Marte era claramente un mundo habitado.

La esfera mostraba luces de ciudades en su lado nocturno, así como la torre orbital. Parecía una Tierra en miniatura, con grandes mares y extensas zonas de bosque. Sus dos grandes cicatrices actuales, el Valle Marineris y Olympus Mons, no aparecían por ningún lado.

Susana, fascinada, localizó la Tierra y se acercó a ella. Era tal y como debería de haber sido hacía quinientos millones de años, con las masas terrestres desplazadas de su posición, antes de que se formase el supercontinente de Pangea.

También estaba representada una casi irreconocible Luna.

—Bien, tiene la proporción y el tamaño adecuados —explicó Benazir sobre su

hombro—, sin embargo, está mucho más lejos.

La superficie lunar estaba repleta de cúpulas y hábitats.

Susana se acercó a Venus, moviéndose entorno al Sol como un cometa de período corto.

El planeta estaba ocupado por un gran océano, del que sobresalían dos continentes-isla.

—Los hemos identificado como la Tierra de Istar y la Tierra de Afrodita — Benazir apuntó con el dedo—, así como numerosos archipiélagos, correspondientes a las regiones Alfa y Beta, el monte Hator y otros inexistentes en la actualidad.

—¿Por qué Venus ha sido representado girando al revés?

—Es curioso —dijo la astrónoma— pero una segunda mirada al Sistema Solar actual puede mostrarnos muchas cosas; algunos indicios nos hablan de un pasado tormentoso. Venus, por ejemplo, es hoy el único planeta que tiene giro retrógrado. Algo debió golpearlo tan fuerte que le hizo dar una vuelta de campana. Al igual que Marte, que fue convertido en el mundo desierto que conocemos.

—¿Y la Tierra? —preguntó Susana—, si sufrió un destino similar, ¿dónde están los restos de esa civilización?

—Eso fue antes de la Era Primaria —recordó Casanova—. No se han conservado muchos fósiles de esa época; y los que hay son algo enigmáticos. Hay pocas rocas sedimentarias tan antiguas. Los procesos metamórficos debieron borrar toda huella de fósiles.

—Los restos únicamente han perdurado en Marte, un planeta frío y seco, sin apenas actividad orogénica —añadió la astrónoma—. Quizá por eso fue el elegido como emplazamiento de todo esto.

El Júpiter del pasado se parecía mucho al actual, aunque sin la mancha roja. Benazir tocó su superficie holográfica; esta vez no se formó una representación clara de una criatura, sino una estilizada forma verde brillante, casi enceguecedora, rodeada de ideogramas.

—¿Qué significa? —preguntó Susana.

—¿Te recuerda a algo en concreto? —preguntó a su vez Benazir.

—Un cohete. —Susana se encogió de hombros—. Un submarino. Un delfín. Un pez. Un cigarro puro. ¿Qué es?

—Markus piensa que es una especie de deidad de los marcianos —dudó Benazir—. Lo ha llamado *Taawatu*.

—¿Qué piensas tú?

—No lo sé —admitió Benazir—. Lo cierto es que los marcianos se preocuparon de diferenciarlo del resto de los hologramas. Realmente parece un dios, pero... me cuesta admitir que seres tan avanzados tuvieran supersticiones. Creo que más bien hace referencia a algo real, y de una gran importancia.

—Ahora comprendes por qué necesitábamos a alguien con experiencia en comunicación con no-humanos —dijo Casanova. Parecía dubitativo—. Quizá tú puedas darnos algo de luz.

—Creo que... —musitó Susana, sin apartar la mirada del estilizado ideograma— esperáis demasiado de mí.

—En realidad —suspiró Benazir— cualquier aportación será de gran importancia. A Susana no le hacía ninguna gracia toda aquella responsabilidad, pero dijo:

—Me pondré a trabajar inmediatamente.

—Estupendo, pero antes quiero mostrarte algo más —dijo Benazir.

Caminaron hacia el borde de aquel Sistema Solar en miniatura, a casi setecientos metros. Tras atravesar la órbita de Neptuno vieron un intenso resplandor rojo que se formaba ante ellos, tomando el aspecto de unos ideogramas de aspecto siniestro.

—Una advertencia —musitó Benazir antes de que Susana tuviera tiempo de preguntar.

—El color de la sangre de los marcianos era roja, igual que la nuestra —dijo Casanova—. Quizás el color rojo tuviera para ellos las mismas connotaciones que para nosotros...

Susana no estaba muy convencida. En China, el rojo es el color de la buena suerte, pero siguió escuchando.

—Con bastante fiabilidad —siguió diciendo Casanova—, nuestras sondas interplanetarias han establecido que el haz de positrones fue disparado desde un año luz de distancia... —inspiró aire— y empleo deliberadamente la palabra *disparado*.

—¿Qué clase de arma podría hacer algo así?

Casanova se encogió levemente de hombros.

—Nuestros misteriosos enemigos tienen la capacidad de crear antimateria en grandes cantidades, y empujarla hasta alcanzar velocidades relativistas. Para hacer algo así necesitarían disponer de un acelerador lineal del tamaño de un planeta, por lo menos...

—Pero esa precisión... —dudó Susana— desde un año-luz de distancia...

—El haz viajaba a velocidad relativista —explicó Benazir—. Por ello no tuvo mucho tiempo de dispersarse por la repulsión eléctrica —Susana la miró con cara de no entender—; el tiempo transcurría más despacio para esos positrones, debido a la velocidad, muy cercana a la de la luz. Eso debió facilitar la labor de apuntar el rayo con precisión.

»La anchura del haz, al llegar al Sistema Solar interior, la estimamos en unos diez segundos luz, lo que implica que en su origen debió tener menos de un segundo de apertura... para ser más precisos, si hubiera procedido de con exactitud un año-luz de distancia, unas 7 centésimas de segundo.

—¿Y es posible que...? —Susana buscó las palabras adecuadas—. Quiero decir,

al parecer, nuestros enemigos provienen, o se han establecido, en la nube de cometas que rodea el Sistema Solar...

Benazir asintió.

—Hace años que se especula con la posibilidad de que la vida naciera en los cometas, en la nube de Oort...

—La hipótesis de la *panespermia* —comentó Susana pensativa—, propuesta por Fred Hoyle hace más de sesenta años...

—Precisamente. ¿Qué opinas tú?

—Nunca me ha convencido. Y Hoyle era astrónomo, no biólogo.

Benazir sonrió ante la evidente falta de tacto de Susana.

—Orwel y Crick eran biólogos, y pensaban igual...

—El que Crick ganara el Nobel por el descubrimiento de la doble hélice debió subírsele a la cabeza.

—De cualquier forma —intervino Casanova intentando reconducir el tema— creemos que, los que nos dejaron estos hologramas, querían advertirnos sobre un peligro que vendría de la Nube de Oort... Y hay algo que continuamente nos ha estado visitando desde Oort...

—¿Te refieres a los cometas de período largo? —preguntó Susana.

—Exacto —dijo Benazir señalando a su alrededor—. Aquí también están catalogados más de un centenar de cometas. Ninguno de ellos se corresponde con cometas de la actualidad, claro, pues ya sabemos que los cometas son efímeros, muy pocos sobreviven a unas pocas aproximaciones al Sol. Pero es evidente que los cometas preocupaban a los antiguos marcianos; y ahora también deberían empezar a preocuparnos a nosotros.

Benazir meditó un momento antes de continuar:

—Acompañadme.

Condujo a Susana y a Casanova hasta una pequeña sala adosada al gran espacio del planetario. En ella había una pequeña litera, aparatos proyectores, ordenadores... Parecía a la vez el lugar de descanso y de trabajo de la astrónoma. Quizás ella no hacía grandes distinciones entre una cosa y otra.

Benazir tomó un micro y dijo: *reproduce*. El ordenador de la sala atenuó las luces e iluminó una pantalla mural.

Apareció un panorama desértico, cuyo cielo azul indicaba la Tierra. En la arena rojiza se destacaban matas de hierbas espinosas y cactus. Una gran mancha blanca, reluciendo cegadora bajo el sol, indicaba un lago salado seco.

La mujer dijo: *pasa*. El cuadro siguiente mostraba un cráter de impacto. La lava se había solidificado, formando una pendiente no muy pronunciada de roca volcánica. Con esfuerzo, un hombre trepaba por la resquebrajada costra; era la única referencia para calcular las verdaderas dimensiones del cráter.

—Mar de Aral —explicó Benazir—, en la frontera entre Kazakistán y Uzbekistán. Esta filmación fue obtenida hace casi diez años, por el padre Álvaro.

—¿Quién? —preguntó Susana.

—Álvaro. Un franciscano —explicó Casanova—, ya lo conocerás...

Nueva diapositiva. Mostraba el interior del cráter, tapizado por una singular vegetación.

—Más tarde fueron encontradas formaciones similares repartidas por toda la Tierra. Se calcula que algunas tenían varios años de edad. Fíjate en todas esas flores. No hay nada en la Tierra semejante a eso, los botánicos lo juran por lo más sagrado. Pero eso no es lo más extraño. *Pasa.*

Un mapamundi con discos rojos sobre varios continentes. Casi todos caían entre ambos trópicos. Habría un centenar.

—En toda la Tierra, en cada una de esas formaciones vegetales, todas sus corolas apuntaban un mismo punto en el firmamento, a pesar de la rotación del planeta... Dirigimos nuestros telescopios hacia ese punto, y encontramos esto. *Pasa.*

La imagen presentaba un cometa sobre el cielo estrellado; desplegaba una espectacular cola, adornada con extraños rizos, abultamientos y volutas.

—Éste es el cometa Arat —explicó la astrónoma acercándose a la pantalla—. Cuando lo encontramos aún no había desarrollado esa cola. Pero no tuvimos mucho tiempo para disfrutar del espectáculo. Nuestro mundo fue destruido poco después de su descubrimiento. Justo en el momento de máxima aproximación entre la Tierra y este cometa. Como si hubiera viajado hasta el Sistema Solar interior sólo para presenciar la muerte de nuestro planeta.

»Todos sabemos como la supersticiones populares atribuyen a los cometas la capacidad de anunciar las grandes catástrofes. Para nuestra desgracia —tuvo una sonrisa de amarga ironía—, la leyenda se ha transformado en una terrible realidad.

—¿Quieres decir... —a Susana le costaba admitirlo— que esas plantas establecieron alguna especie de comunicación con el cometa...?

—Sí.

—¿Cómo?

—Por radio, quizá —contestó la astrónoma—. Estamos ante un organismo biocibernético, similar a los encontrados aquí. No es difícil imaginar a todas esas plantas actuando como potentes emisoras de radio; sobre todo si crecen con esa forma de antena parabólica.

¿Cómo podía haberse desarrollado una invasión tan silenciosa?, se preguntó Susana. Estudió con atención las imágenes; las plantas alienígenas debieron germinar en puntos poco habitados, incluso en el superpoblado planeta.

—Quizá la Tierra ha sido vigilada por alienígenas desde tiempo inmemorial —dijo Benazir—. No sabemos desde cuando, pero sí cómo podrían haberlo hecho:

cometas. ¿Se imaginarán los peces y crustáceos abisales que un batiscafo es un portentoso signo celeste?

—Un pensamiento extraordinariamente paranoico —dijo Susana.

—Creo que nos conviene ser un poco paranoicos. Nos guste o no, estamos en guerra contra una especie alienígena...

»Y ellos ya han dado el primer golpe...

La nueva base del *Proyecto Arca* en el océano Pacífico llevaba en servicio menos de un mes. El helicóptero que transportaba a Lucas Gimeno se posó con suavidad en su flamante pista de aterrizaje.

Karl le esperaba acompañado de una muchacha. Era habitual verlo asediado por las más hermosas jóvenes; pero esta vez se había superado a sí mismo. La muchacha parecía muy joven, y su belleza sólo podía ser calificada como espectacular.

—Sandra —dijo Karl—, te presento a Lucas Gimeno.

—Karl me ha hablado mucho de ti —ella le tendió la mano. Su acento era vagamente eslavo.

—Es un placer. Eres... maravillosa —contestó él, alhelado.

Realmente lo era: labios gruesos, rostro ovalado con una amplia frente, cabello castaño oscuro, muy ensortijado, ojos un poco rasgados, cuerpo de ensueño, que se adivinaba bajo el ajustado mono azul del *Proyecto Arca*...

—Eh, tranquilo —dijo Karl, pasando un brazo sobre los hombros de la muchacha—. Estás devorándola con los ojos, y Alexandra es una Persona Muy Importante.

—No me llames Alexandra —protestó ella.

Lucas se volvió hacia su amigo, sintiendo un extravagante ataque de celos.

—¿Qué quieres decir?

Pero fue ella quien habló:

—Me han traído hasta aquí desde la base de Clozet, para enseñaros el manejo del nuevo equipo llegado de Marte.

—¿Qué? —Lucas miró a su amigo, esperando que le aclarara si aquello era un camelo—. ¿Tú eres el nuevo monitor de que nos habló el coronel Toranaga?

—¿Tienes algo contra las mujeres? —preguntó aquella jovencita, con una mueca irónica.

—Nada en absoluto, me encantan —exclamó Lucas—. Es una tradición familiar: la mitad de mis antepasados fueron mujeres. Pero tú no eres marciana.

—No —admitió ella—; nací en la Tierra, y jamás he salido de ella. Y hasta el Exterminio viví en una minúscula comarca de Uzbekistán. ¿Pasa algo?

—¿Qué edad tienes?

—Sé un poco más galante, Lucas. Eso no se le pregunta a una señorita —se ofendió Karl. Ella declaró:

—Diecinueve.

Lucas sacudió la *cabeza*.

—No cabe duda de que los has empleado bien, pero no creo que hayas venido aquí para adiestrarnos.

La joven se sonrojó. Había algo más que mordacidad en su voz.

—Te crees único, ¿eh?

—Karl y yo somos los mejores. Nadie puede enseñarnos nada sobre el equipo marciano. Karl, pon punto final a este pitorreo.

—Estás meando fuera del tiesto, Lucas —le amonestó su amigo—. Esto va en serio.

—¡Pero venga ya!

—Eres un poco cabezorro, Lucas —dijo ella con una risita.

—No me gusta que me tomen el pelo.

—No te importará seguirme, entonces.

—Cariño, te seguiría hasta el fin del mundo si me lo pidieras —dijo Lucas, melosamente.

—Te lo pido, aunque no vamos allí. Tan sólo hasta el Hangar 30.

¡*El Hangar 30!* Lucas se inquietó.

—La entrada está restringida en esa zona —dijo. Una broma es una broma, pero aquello iba demasiado lejos...

—¿Queréis complacerme, apuesto galán? —dijo zalamera.

—Por supuesto. Pero podríamos ir a jugar a otro sitio, por ejemplo la cantina, te invito a...

Ella se dio la vuelta y empezó a caminar. Karl fue tras ella, no sin antes gruñirle «cretino» a su compañero. Lucas se encogió de hombros y les siguió.

Una semana atrás, el transbordador había descargado media docena de grandes cajas metálicas, llevando el emblema del *Proyecto Arca* bien visible, herméticamente cerradas y rodeadas de un aura de secreto. Las cajas se almacenaron en el Hangar 30, protegidas por fuertes medidas de seguridad; Lucas no había vuelto a saber de ellas.

Hasta que, unas horas antes, el coronel Toranaga le había informado que él y Karl habían sido seleccionados para probar el nuevo equipo. Y que el monitor llegaría en unas horas.

Lucas se preguntó a qué tanto aspaviento. Los antiguos marcianos estaban resultando una mina de ideas, y una semana sí y otra también, les llegaban noticias sobre la última maravilla de la civilización marciana. Lucas y Karl estaban acostumbrándose a una tecnología en continuo cambio.

Sin embargo, el sigilo que rodeaba al Hangar 30 le tenía muy aprensivo.

El Hangar 30 estaba cerrado por una valla metálica, con alambre de espino en la parte superior. Sandra, siempre seguida por los dos, se detuvo ante la puerta. Por el rabillo del ojo Lucas vio al guindilla salir de la garita y avanzar hacia ellos, con una mano levantada.

Y el dedo en el gatillo del Kalashnikov.

Vaya, se dijo Lucas mientras improvisaba mentalmente una disculpa. Pero quedó atónito cuando el centinela, al verla acercarse, sacó un aparato de control remoto,

apretó un botón, y la puerta se deslizó a un lado.

En cambio, a ellos les miró con cara de pocos amigos. Y amigos con bastante mala leche, además.

—Ay, chicos, qué tonta soy. —Sandra les alargó un par de tarjetas, con una sonrisita viperina—. Se me olvidaba, esto es para vosotros.

Eran dos pases magnéticos. Lucas examinó el suyo y silbó. Era Código Azul, nada menos.

Sandra se estaba poniendo el suyo en la solapa. *¡Código Plata!*

¡Al parecer, aquello no iba de broma!

El impertérrito cancerbero miró y remiró los dos pases. Los pasó por un lector de tarjetas que llevaba al costado. Se encendió una luz amarilla. Volvió a mirarlos. Hizo que apretaran sus pulgares contra un círculo de plástico en el lector. Se encendió una luz verde. Los levantó a la altura de los ojos. Comparó sus rostros con los de las fotos que llevaban impresas.

Y finalmente emitió un rezongo que debía ser de asentimiento. Les devolvió los pases y alzó un reluctante par de dedos hacia su sien.

Lucas se sentía como si hubiera aprobado el examen de ingreso en la Mafia. Con sobresaliente.

Entraron en una gigantesca nave, capaz de albergar un par de transbordadores. Un grupo de científicos marcianos aguardaban en el interior.

—Llegas con retraso, Sandra —dijo uno de ellos saliendo al encuentro de la chica.

—Tuvimos un problema de... persuasión —dijo ella, lanzando una mirada socarrona a Lucas.

Pero el joven sólo tenía ojos para las seis moles que se alzaban tras los científicos, como petrificados cíclopes.

—Por todos los... ¿Qué se supone que es *eso*?

—Las nuevas armas llegadas de Marte. Representan lo último descubierto en los bancos de las pirámides.

Eran tremendos. Cinco metros de altura, con una enorme cabeza ovoide, cubierta por las familiares escamas de todo diseño marciano, con una cresta de las famosas púas doradas, los órganos sensoriales. No tenían cuerpo, únicamente una especie de cilindro metálico del diámetro de un tronco de árbol, bajo el breve cuello articulado que sujetaba la cabeza. Del cilindro colgaban los brazos y las piernas. Éstas se doblaban hacia atrás, como las de un ave. Aquéllos eran tan largos que se apoyaban en el suelo. Terminaban en tres garras escamosas, de aspecto muy siniestro.

El conjunto era una mezcla de orangután cabezudo y papagayo.

—Sandra es una especie de genio manejando esos chismes —siguió explicándole Karl—. Por alguna causa, encaja perfectamente. Pero han descubierto que esta

habilidad puede conseguirse tras un duro aprendizaje.

—Y nos ha tocado a nosotros estar a las órdenes de esa niña.

—No te quejes, Lucas, tú eras el que quería estar al *dernier cri* de Marte.

Mientras tanto, y con total displicencia, Sandra se desnudó por completo, y subió a una plataforma situada junto a uno de los autómatas. Ésta ascendió hasta situarse junto al cabezón que, con un sonido pegajoso, se abrió como las valvas de una almeja descomunal. Desde abajo, Lucas vio tensarse fibras de aspecto orgánico. Sandra desapareció en el interior.

—Su turno, caballeros —dijo uno de los científicos. Apuntó con el pulgar a dos plataformas similares, como Robespierre señalando la guillotina a unos nobles franceses.

Karl y Lucas se desnudaron y subieron a sus respectivas plataformas. Éstas se elevaron; las cabezas se abrieron igual que la del robot de Sandra.

Lucas miró dentro... y sintió como si su almuerzo se negara a ser digerido. En la mitad inferior, le esperaba un lecho de carne grisácea, mojada y palpitante. Parecía una ostra cruda de dos metros de largo.

—Métase dentro —dijo el científico que estaba junto a él.

—¿Está de guasa?

—Es seguro. No tiene nada que temer. La chica ya lo ha hecho.

Lucas se estremeció al pensar en Sandra tumbada sobre aquel lecho mojado y pringoso. La buscó con la mirada, pero la cabeza de su robot ya se había cerrado. Se volvió hacia Karl y lo vio entrar despreocupadamente en aquella... cosa.

Bueno, él no iba a quedarse atrás.

Metió un pie. Aquella ¿carne? era tan fría, húmeda y viscosa como había imaginado. Se dio la vuelta y se sentó. ¡Puajjj! Sus nalgas desnudas tocaron aquella repugnante sustancia.

—Tumbese —le instó el científico—. Y extienda los brazos.

Se tumbó, muy lentamente, y extendió sus brazos a ambos lados de su cuerpo. Cuando todo él estuvo en íntimo contacto con aquel material, éste empezó a ponerse tibio. Intentó incorporarse; no pudo. ¡Su espalda estaba pegada a aquella asquerosidad!

Mientras se preguntaba cómo era posible, vio algo horripilante. La sustancia empezó a deformarse, generando un sinfín de pseudópodos que se extendieron por su torso, brazos y piernas. Mientras avanzaban por su carne, su color viraba del gris al granate.

Lucas necesitó de todo su autocontrol para no vomitar, cuando comprendió que aquella cosa estaba *¡alimentándose de su sangre!*

Nuevamente intentó incorporarse; comprobó que estaba firmemente adherido a aquella porquería. Y de forma más sólida, a cada minuto que pasaba.

—Dios mío —gimió—, que alguien me saque de aquíííí...

—No se preocupe —dijo el científico—, no hay nada peligroso en esto.

—¿Lo ha probado usted? —aquel cabrón con bata blanca no se dignó responder. La tapa empezó a cerrarse como la de un féretro.

—No estoy seguro de poder soportar esto —dijo Lucas, intentando ser razonable.

La cabeza se cerró con un chasquido, y hubo un inacabable período de oscuridad. Lucas decidió empezar a gritar, cuando se hizo la luz a su alrededor.

Una iluminación extraña, que mostraba colores algo equívocos. No era como si la cabeza del robot se hubiese vuelto transparente. En absoluto.

Era mucho más raro. No podía ver su propio cuerpo; ni siquiera tenía una visión periférica de su nariz. Trató de mirar atrás... y casi se desmayó del susto.

No sentía la conocida tirantez de los músculos del cuello.

¡Sin embargo, veía el hangar a sus espaldas, como si su cabeza hubiera girado sin esfuerzo ciento ochenta grados! La sensación era enloquecedora. ¿Qué le estaba pasando?

Por lo que sabía sobre los instrumentos marcianos, Lucas sospechó que aquello era una ilusión, proyectada directamente en su cerebro por el mejillón pegajoso que le envolvía. No estaba viendo por medio de sus ojos, sino del extraño sistema sensorial de la cosa. Para comprobarlo, los cerró: seguía viendo sin dificultad.

En apariencia, solamente la visión estaba afectada. Al tacto, su cuerpo seguía envuelto en... uaagh.

Es tan sólo un autómatas, se dijo. Otra jodida máquina marciana. Se preguntó si también podría ver el ultravioleta, o el infrarrojo.

—¿Cómo te sientes? —la voz de Karl retumbó en su cabeza. La ilusión también se extendía al sonido.

—Como si me hubiera corrido en los calzoncillos.

—Lucas —era Sandra—, ten cuidado con lo que dices. Todos podemos oírte.

—Lo siento. No lo sabía.

—Bien, vamos a comenzar con el primer capítulo: aprender a andar.

El robot de la chica cobró vida y avanzó hacia él, con movimientos fáciles y vigorosos. Se detuvo a pocos pasos frente a Lucas.

—Adelante, Lucas, un pasito. Animo, pero con cuidado. No hemos encontrado taka-taks de ese tamaño.

Lucas observó que los científicos se habían esfumado prudentemente. Estaba claro, se suponía que él iba a manejar aquel cacharro, ¿pero cómo?

—Estoy pegado aquí dentro, como un condenado sello en la lengua de una vaca. ¿Cómo esperas que me mueva?

—Intentad andar con normalidad.

—¿Con normalidad?

—¿Karl?

—Lo estoy intentando.

De repente, el robot de Karl cobró vida. Pero una vida muy diferente a la de Sandra. Empezó a sacudir brazos y piernas, como si tuviera la enfermedad de Parkinson. De repente empezó a avanzar de lado, sin control.

—Ayayayayay... —oyó gritar a Karl.

—Párate —vociferó Lucas—, te vas a romper la cabeza, idiota.

El robot describió una especie de confuso paso de baile, y acabó estrellándose contra la fila de tres robots vacíos. Chocó contra el primero, desplazándolo contra el segundo, que chocó contra el tercero con un gran estruendo. Lucas esperó verlos caer como fichas de dominó; se sorprendió al ver que eso no sucedía. Los robots vacíos se movieron, zapateando contra el suelo, hasta conseguir volver a quedar equilibrados e inmóviles.

—No hay ningún peligro —dijo Sandra con tranquilidad—; los robots no pueden caer.

—Se han movido como si tuvieran vida propia —dijo Lucas, estupefacto.

—Y la tienen —explicó la chica—. Una vida vegetativa, sin voluntad. Su sistema nervioso no es más complicado que el de una lombriz. Es un cuerpo con reflejos, pero sin mente. Necesitan de nosotros para moverse; sólo tenéis que desear andar, y ellos se ocuparán del resto.

—Parece muy fácil dicho así, pero...

—Y es fácil —insistió Sandra—. Inténtalo tú, Lucas.

Fácil. Como decían en el Zen, «el águila no vuela; abre sus alas, y siente que está volando».

Es una bella frase. Pero Lucas no conocía declaraciones de águilas al respecto.

Intentó concentrarse. Es difícil hacerlo cuando estás sepultado en una jalea viscosa. Se esforzó por empujar su pierna derecha hacia delante; no consiguió moverla ni un milímetro. Pero la pata derecha del robot se elevó lentamente y se detuvo en el aire, como si hubiera quedado congelado al ir a dar un paso. El cuerpo se inclinó levemente a la izquierda, guardando un equilibrio perfecto. Lucas no había intervenido en esto último.

—Estupendo, Lucas, lo estás haciendo muy bien.

Animado por las palabras de la chica, bajó la pata y elevó la otra. Dio un par de inseguros pasos hacia delante. El robot no perdió el equilibrio en ningún momento.

El Zen estaba en lo cierto, después de todo...

—Muy bien, Lucas —dijo ella—, tienes verdadero talento.

—¿Lo dices en serio?

—No. Pero no ha estado mal. Karl, tu turno.

El robot de Karl anduvo torpemente hacia ellos.

—Muy bien —dijo ella—; ahora salgamos del hangar. Seguidme.

La siguieron con la elegancia de un par de borrachos sobre patines. Lucas estaba seguro de que, si alguien estaba grabando eso, se reiría de sí mismo cuando lo viera. En ese momento no tenía tiempo ni humor. Estaba demasiado absorto en el proceso de mover un pie metálico tras otro.

Una sucesión de extraños caracteres, verde fosforescente, aparecieron en el aire frente a él. Algunos cambiaban rápidamente, desapareciendo por la parte inferior del campo de visión, otros permanecían inmóviles.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿El qué?

—Esos símbolos.

—Escritura marciana. No te esfuerces, nadie la entiende totalmente.

—Pero... —aquello no le gustaba a Lucas— puede ser importante. Quizá me esté preguntando: *Va apegarse usted un leñazo morrocotudo: ¿cancelar, aceptar o ayuda?*

—Sin duda es importante, los que diseñaron estos robots se preocuparon de que resultaran bien visibles para el conductor. No te preocupes, Lucas, en Marte están trabajando duro para descifrar la escritura marciana.

Con esta exigua esperanza, salieron a una gran explanada situada tras el hangar. Lucas observó que se había acondicionado como campo de entrenamiento. Vio varias dianas fijas y guías para las móviles.

El robot de la chica se plantó en mitad de la pista.

—Quedaos ahí atrás —dijo, elevando una de las manos mecánicas con naturalidad. Lucas observó el par de cilindros metálicos que habían surgido bajo la *barbilla* del robot. ¿Cañones?

Efectivamente, el robot de Sandra se volvió raudo hacia una de las dianas; los dos tubos empezaron a vomitar fuego. La diana saltó por los aires, destrozada en un abrir y cerrar de ojos. Un segundo después, otra de las dianas fijas corrió igual suerte. Cada una de aquellas dianas tenía un diámetro de diez metros, y las ametralladoras del robot las habían reducido a astillas en décimas de segundos. Su potencia de fuego era realmente inconcebible.

Un blanco móvil surgió de una trampa en el suelo, a la derecha, y corrió sobre los rieles cruzando frente al robot. La cabezota giró con vivacidad, y el móvil quedó rápidamente envuelto en fuego.

Un nuevo móvil surgió a unos pasos frente al robot, y se elevó en el aire como un misil. El corpachón mecánico se flexionó hacia atrás, doblando las largas patas, y abrió fuego contra el objeto que se elevaba en aquel difícil ángulo, haciéndolo estallar antes de que recorriera unas decenas de metros.

El robot de Sandra se volvió hacia ellos. Los dos cañones humeaban bajo su cabeza ovoide; la cresta de púas doradas le daba un aspecto decididamente maléfico.

A su alrededor seguían lloviendo minúsculos fragmentos del último blanco.

—Bueno —dijo la chica, alegremente—, ¿qué os ha parecido la *demo*?

Lucas había esperado ansioso el momento de abandonar el traje. Se preguntaba cómo lo sacarían, temiendo que la cosa podría durar horas; no fue así. Los técnicos abrieron la cabeza del robot, aplicaron una especie de electrodo a la tibia masa que lo llenaba, y de inmediato ésta se retiró de la piel de Lucas, dejándole en libertad.

Se reunió con Sandra y Karl en la cantina de la base, después de media hora bajo la ducha, restregándose la piel con una esponja áspera.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Sandra.

—Como un caramelo usado. Me pica todo el cuerpo.

—Es psicológico. No tardará en pasar.

Lucas observó las ronchas rojizas en el cuello de la chica y en el de su amigo. Imaginó que bajo el mono de reglamento tendrían el cuerpo cubierto de marcas iguales, como él.

—¿Psicológico, eh?

—Te acostumbrarás.

—Eso me temo. —Alzó una mano llamando a la camarera—. ¿Qué estáis tomando?

—*Kumiss*. Leche fermentada —dijo Karl, alzando un vaso lleno de un fluido blanquecino.

—No me digas.

—Sandra lo ha puesto de moda. El auténtico *kumiss* se hace con leche de yegua, pero...

—¿Qué va a ser, Lucas?

La camarera —Lucas recordó que su nombre era Ana— se inclinaba junto a él, esperando.

—Pruébalo, hombre, no seas aprensivo.

Sandra sonreía, dibujada en su cautivador semblante aquella perenne expresión de chacota.

—Vale, tomaré también uno de éstos. Después del robot, ya no me asquea nada.

Ana regresó al cabo de un momento con el brebaje y se lo sirvió.

—Puedes dejar ahí la botella, preciosidad —dijo Karl sonriéndole.

Lucas miró el vaso al trasluz, tomó un largo trago y dijo:

—No está mal del todo. Veremos qué viene después.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su amigo.

—Me refería a los armatostes marcianos... No puedo imaginar qué otra cosa encontrarán todos esos grandes meollos que están trabajando ahí arriba.

—¿Echáis de menos Marte? —les preguntó Sandra.

—Nunca has estado allí, ya me lo dijiste —dijo Lucas—. Bueno, si hubieras

estado, no preguntaría eso.

—¿Por qué?

—Marte es el culo del Sistema Solar, cariño —se adelantó Karl—. Lucas y yo nacimos allí, y no le tenemos ningún apego. Se parece tanto a una patria como una madre a un trozo de alambre. La Tierra sí que es un sitio por el que combatir.

—Deberíais de haberla conocido en otros tiempos —dijo la chica con melancolía.

—Sí, algo hemos oído.

—Lo que una vez fue, volverá a ser, o dejaré de ser quien soy —dijo Karl, elevando su vaso. No quedaba muy coherente, pero brindaron por ello.

—Con ayuda de artilugios como esos robots —dijo Sandra dejando su vaso sobre la mesa—. Por eso debemos continuar, aunque todo parezca una locura.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó Lucas.

—¿Lo dudas? —Sandra parecía confusa.

—¿Qué provecho puede tener algo así? Ha sido diseñado para la lucha cuerpo a cuerpo, ¿contra qué enemigos? Hasta ahora todo se ha resuelto lanzándonos un maldito rayo de antimateria. ¿Cómo podemos luchar contra algo así?

Sandra le miró a los ojos, muy seria.

—Estoy segura que esos robots tienen una misión que cumplir. Si los antiguos marcianos se tomaron la molestia de dejarlos ahí para nosotros...

—¿Para nosotros? ¿Cómo puedes decir eso?

—Por lo que sé, se le han hecho algunas modificaciones; básicamente están tal y como los dejaron los viejos marcianos, ocultos en largas espirales de ADN artificial, esperando a que nosotros los desarrolláramos.

—Igual que las naves. Ya lo sabemos.

—Sí. Pero vosotros habéis conducido esas cosas con una especie de enlace neurálgico. Algo muy fino, sin duda, y que fue diseñado centenares de millones de años antes de que el primer australopiteco vagara por la Tierra. ¿Cómo pueden encajar tan bien en nuestros sistemas nerviosos?

Lucas y Karl reflexionaron un instante.

—Quizás, los marcianos eran muy parecidos a nosotros —aventuró el segundo.

—Eso es improbable.

—¿Entonces? —dijo Karl, sirviéndose otro vaso de aquella pócima—. Quizá tengas una respuesta mejor.

—Puede que no. —Sandra le tendió el suyo—. Puede que no...

Lucas tomó otro trago de *kumiss*. No tenía demasiado alcohol, pero sospechó que tanto su amigo como la chica empezaban a estar algo cocidos.

Markus vestía el ajustado mono de faena jesuita, sin insignias; sus vértebras y costillas se adivinaban bajo la tela negra.

—Entra y siéntate —dijo a Susana, que buscó en vano una silla.

El diminuto compartimiento era una confusión de papeles, libros y fotografías. Markus, impaciente, apartó un montón de papelotes y una botella vacía, descubriendo una litera. Las sábanas estaban sucias y arrugadas.

Susana había logrado llegar hasta Markus, tras varias semanas de duro trabajo en las pirámides. Había avanzado mucho en la interpretación de los ideogramas marcianos; quizá por eso el viejo buitre aceptaba la entrevista.

Markus vivía como un eremita, en un habitáculo ubicado en la cima de la pirámide que llevaba su nombre. Seguía los trabajos que se realizaban bajo él mediante una línea conectada con el ordenador principal, observándolos y juzgándolos, como un Zeus cascarrabias desde lo alto del Olimpo. Mientras, seguía trabajando en solitario, con sus libros y sus viejos pergaminos.

Susana sospechaba que se había convertido en una figura más decorativa que útil. Pero, aun así, había querido verle.

—Siéntate —insistió—. Creo que han reprogramado a los robots de limpieza. Los han destinado a otro uso. No hay que desaprovechar mano de obra; o pinza de obra. De todos modos, odio esos malditos cacharros.

La mujer obedeció. Su pie tropezó con una botella de licor vacía, que rodó por el suelo, para estrellarse con un tintineo contra otras, ocultas bajo la litera.

—Así que eres tú la que habla con los delfines, como san Francisco de Asís.

Susana apretó los puños. Se preguntó cuál sería el estado de Markus en aquel momento. *No olvidas que Markus es un genio*, le había dicho Casanova. *Pero sólo cuando consigue mantenerse sobrio más de dos horas*.

—He estado trabajando con los ideogramas que aparecen sobre el holograma de Júpiter, en Hoyle y...

—*Taawatu...* vienes a preguntarme sobre *Taawatu*; ¿verdad? Oh, sí, conozco tu trabajo. Champollion. Ventris... Durante toda mi vida, querida hija, he intentado comprender a las gentes de otras épocas. Lo consideraba como mi talento especial. Sumerios, hititas, amorreos, cananeos, acadios, elamitas... Caminar por las ruinosas calles de Ur, de Bogaz Kieu o de Ctesifón, me hacían sentirme por instinto un sumerio, un hitita o un persa de la dinastía sasánida. Pero aquí, mi instinto, me ha fallado lamentablemente. ¿Qué tendrán que ver los habitantes de las arenas de Marte, que levantaron estas pirámides hace millones de años, con los que hollaron las tierras de Mesopotamia, de Anatolia, de Irán, hace apenas unos insignificantes tres o cuatro milenios? ¡Prácticamente ayer!

»Y aquellos pueblos que inventaron la civilización eran humanos. Los marcianos

difieren de ellos tanto como un triceratops de una lechuga...

Se detuvo un momento, y luego añadió de repente:

—Lo que quiero que entiendas es que, ante todo esto —abrió los brazos, como pretendiendo abarcar la pirámide entera—, me siento perdido, incapaz. No puedo aprender a pensar como un no humano. Tú me llevas eso de ventaja. ¡Fantástico! Te admiro y te envidio.

—Gracias. —Susana dejó escapar la palabra entre los dientes, no muy segura de la sinceridad del elogio.

El arqueólogo captó el tono.

—No hace falta que me des las gracias. Nunca hago cumplidos vacíos —dijo desdeñosamente—; es una costumbre hipócrita e insultante para la inteligencia del otro.

—Estoy de acuerdo.

—Sí, sé que lo estás. Tú y yo somos muy parecidos, querida niña. Siempre hemos estado solos, ¿verdad?

Una de las manos de Markus se posó sobre la rodilla desnuda de Susana. La mujer, asombrada, miró primero la mano y luego fijó la vista en los ojos del jesuíta.

Éste sintió como si dos láseres le taladrasen las retinas. Retiró rápidamente la mano y dijo:

—Ejem... Me he informado bien, antes de permitirte llegar hasta aquí. Siempre lo hago. La soledad es una droga: la detestas, aunque acabas por no poder vivir sin ella... —Markus se acercó a la chica; entrecerró los ojos hasta transformarlos en dos ranuras—. La naturaleza tiene a veces bromas crueles, ¿verdad? Tú has nacido en una especie que no es la tuya, y yo en un tiempo que no es el mío. Nuestra angustia es inmensa; el resto de los humanos son incapaces siquiera de comprenderlo...

—Yo... —Susana parpadeó— no he venido aquí para hablar de eso.

—Cierto, debes disculpar a este viejo tonto... ¿dónde estaba?

—*Taawatu*... —insinuó Susana.

—Ah, sí. Sí. Sí. Forma parte de una larga historia —suspiró Markus—. Al principio de mi carrera me interesaban, sobre todo, los orígenes de las religiones en Oriente Medio.

—Hay un largo camino hasta Marte —dijo Susana, sin conseguir eliminar el tono de recelo de su voz.

—Sin duda, pero... —Markus vaciló un momento— está la cuestión de la cosmogonía de esos pueblos. De todas las cosmogonías. Empecé estudiando los relatos de la Creación, según las diferentes culturas del Medio Oriente, con el fin de hallar influencias en la Biblia. Y las conclusiones...

Markus se pasó una mano por sus ralos cabellos y miró en torno, como buscando algo.

—¿Puedo ofrecerte una taza de café?

—¿Café?

—Así lo llaman. Una forma de tomar su nombre en vano. —Rebuscó por todas partes—. Se trata de sucedáneo a base de malta tostada, centeno, y no sé qué más. Ah, aquí te escondes.

De debajo de la cama sacó una cafetera y un tarro lleno de un polvo negro.

—Aquí vivimos de sucedáneos —dijo, abriéndola y cargándola—, y sucedáneos de sucedáneos, lo que es peor. Marte es el planeta de los sucedáneos. Y también un sucedáneo de planeta.

Enchufó la cafetera y empezó a hablar, levantando un dedo.

—Todos los relatos de la Creación tienen varios puntos en común. El Ser Supremo crea el universo con su palabra, su calor o incluso su sudor. Ejemplos son la Biblia y el *Popol Vuh* maya. En otros relatos, aunque también aparece la divinidad, la principal causa es el propio poder evolutivo de la materia. La creación no se hace a partir de la nada: puede ser a partir de un huevo cósmico, una pareja humana o de una materia caótica y amorfa, el océano o las aguas. En los primeros versículos del Génesis se dice que la Tierra estaba «confusa y vacía». Pero ahí está el problema...

—¿Sí?

—En hebreo, confusa y vacía se dice *tohu wa bohu* —dijo Markus—. Puesto que en hebreo no hay vocales, se escriben THW y BHW. Ahora bien, si se añade una *mem* al final, se obtendría THWM y BHWM, que se leen respectivamente *Tehom* y *Behom*.

Susana se impacientó con estas demostraciones eruditas.

—Aún no veo dónde va usted a parar.

—Paciencia, dilecta muchacha. —Markus alzó la mano con fingida benevolencia—. *Tehom* y *Behom* se convertirían en plural en *Tehomot* y *Behomot*. Esto... ¿conoces el libro de Job? *Behemot*, el primer animal creado, como un buey gigantesco con una cola mayor que un cedro y cuyos huesos son como tubos de bronce. Los judíos, algunos de ellos, creen que la carne de *Behemot* saciará a los justos después de Juicio Final. En fin, yo siempre creí que era una versión legendaria del hipopótamo... Pero, prosiguiendo, *Tehomot* es también un nombre sospechoso. Recuerda a *Tiamat*. ¿Sabes de quién hablo?

—No.

La cafetera silbó. Markus acercó dos tazas, las limpió con un paño y sirvió el humeante bebedizo negro.

—Mitología babilonia —explicó, mientras le alargaba la taza—. El dios *Apsu* y la diosa *Tiamat*, las aguas del Cielo y de la Tierra, engendraron a *Anu*, dios del Cielo, padre de *Ea*, dios del conocimiento y padre de *Marduk*. *Marduk* mató a *Tiamat*, dividiendo su cuerpo, separando así *las aguas del Cielo* y *las de la Tierra* —dijo la última frase con voz aguda. Susana recordó repentinamente las palabras del Génesis

—, y con barro y con la sangre del dios rebelde *Kingu* creó al Hombre. Resulta interesante comparar el relato con el de los maoríes: el Cielo y la Tierra estaban estrechamente abrazados, hasta que sus hijos los separaron y apareció la luz. *Tiamat* se escribe de varias formas: *Tamtu*, *Tamdu*, *Taawatu*... todos términos con la misma raíz.

—¿Y usted cree que el *Tohu*, *Tehom* o *Tehomot* de la Biblia es ese *Taawatu*?

Markus miró su taza casi olvidada, y engulló la infusión de un trago.

—Sí, *Taawatu*, y también creo que está relacionado con el origen del mito del *Leviathán*. Como sabrás, el *Leviathán* era una temible criatura acuática. Nosotros la hemos identificado con la ballena, pero quizá los hebreos pensaran en algo así como un cocodrilo del Nilo. Y esto también es una constante en muchas mitologías: el dios supremo vence a algún monstruo enorme, y con sus restos crea el Universo. Lo cual podría considerarse que simboliza la victoria del cosmos sobre el caos, del orden sobre la entropía.

»Es evidente que, en algún momento durante el destierro en Babilonia, se suprimieron varios de los mitos más antiguos de la Biblia, al considerarlos no inspirados por Dios. ¿Te asombra? Ya Jeremías se lamentaba del *cálamo mentiroso de los escribas*...

Susana bebió un sorbo precavido; confiaba que el calor hubiera matado a los microorganismos. Markus prosiguió:

—¿Conoces los relatos persas sobre la Creación? En un tiempo infinitamente remoto existían *Ormuz*, que habitaba en la luz, y *Ahrimán*, que habitaba en las heladas tinieblas exteriores. *Ahrimán* cruzó el vacío que los separaba y atacó a *Ormuz*.

»*Ormuz* hizo un trato con *Ahrimán*, limitando la lucha en el tiempo para que no fuera eterna. Recitó el *Ahuna Vairya*, plegaria fundamental del zoroastrismo, y *Ahrimán* se hundió en el abismo durante muchos, muchos, años.

»*Ormuz* creó entonces a los inmortales benéficos, el cielo, la tierra, las aguas, el Buey Primordial y a *Gayomart*, el Hombre Primordial.

»*Ahrimán*, instigado por la Primera Mujer, la Ramera, penetró a través del cielo y corrompió la Creación, mató a *Gayomart*, de cuyo cuerpo dividido un millón de veces, nació la Humanidad entera, y al Buey, del que surgieron animales y plantas.

»*Ahrimán* había vencido, pero quedó atrapado en el mundo material. El nacimiento de Zoroastro significó el principio de la derrota de *Ahrimán*. Al cabo de los años, *Ahrimán* será derrotado; el mundo acabará, llegará el salvador *Saosshyans*, quien convocará el Juicio Final, dispensará la bebida de la inmortalidad y creará un nuevo mundo, y todo volverá a empezar.

Escrutó el rostro de Susana buscando signos de comprensión. Al no encontrarlos añadió:

—El Fin del Mundo es también una constante en todas las religiones...

—Eso sólo demuestra nuestro miedo ante la muerte —replicó Susana—, incluso a nivel de especie.

—Sí, cierto, pero lo extraño es que tanto los relatos de la Creación, como los del Juicio Final son muy parecidos. Muy a menudo, la destrucción del Universo viene precedida por la aparición de un héroe que rescata a sus elegidos; por lo general se trata del propio fundador del pueblo. Se libra una batalla con las fuerzas del mal, y se crea un nuevo mundo...

»En la época posterior al destierro, los fariseos consideraban peligrosas estas especulaciones; se las llamaba *ma'asse merka-bhah*, “Cuestiones del Carro”, por el carro de la visión de Ezequiel... —Alzó una ceja—. Pero ahí están, nadie consiguió jamás acallarlas... Voces del pasado que nos hablan, una y otra vez, de una guerra entre el Bien y el Mal, entre la Luz y las Tinieblas...

Susana le miró decepcionada.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Dímelo tú, querida niña. ¿Lograste descifrar los ideogramas que rodeaban el holograma de Júpiter?

—No ha sido difícil —mintió Susana. En realidad, lo había sido, y mucho—, no se trata de un lenguaje, sino de un conjunto de jeroglíficos dejados por los marcianos para ser interpretados por una especie distinta a la suya. Gran parte de mi trabajo ya había sido previsto por ellos.

Los inteligentes marcianos habían hecho un esfuerzo similar al de los técnicos de la NASA cuando grabaron un mensaje en la sonda Pioneer 10. Pero el abismo entre dos especies que habían habitado épocas tan remotas entre sí, no había sido sencillo de saltar.

—Benazir tenía razón —siguió diciendo Susana—, quienes construyeron estas pirámides querían que viajásemos hasta Júpiter. Pero no puedo asegurarle que vayamos a encontrar allí a *Taawatu*. Ni a ninguna otra deidad persa o babilonia.

—¿Qué decían los símbolos que aparecen cuando nos acercamos al límite del sistema solar?

—Peligro. Peligro mortal. También ahí Benazir había acertado.

Markus se rascó ruidosamente la barbilla, cubierta por una descuidada barba de tres días.

—Te diré lo que pienso, Susana: *Ángeles Caídos*, *Abura Mazda*, *Prajapati*, *Taawatu*, *Leviatán*, todos significan una misma cosa. Lo cierto es que estos nombres carecen de importancia; fueron creados por hombres que vivieron hace apenas unos milenios, y que interpretaron una realidad mucho más antigua; una realidad que escapaba a su comprensión.

—¿Qué realidad?

Markus tomo aire, y dijo casi de carrerilla:

—Hace millones de años, los marcianos tuvieron conocimiento de una raza que habitaba Júpiter; una raza que estaba en guerra con otra que llegó desde la Nube de Oort; desde la oscuridad, *Ahrimán*, ¿recuerdas?

»Pero los marcianos fueron exterminados en el transcurso de esa guerra, y la Humanidad nació en medio de este conflicto, que aún no ha terminado, como un bebé alumbrado durante un bombardeo.

»De alguna forma, todo esto, quedó grabado en nuestro subconsciente, e inspiró todas las religiones de la Tierra.

Susana sacudió la cabeza escéptica.

—Eso es imposible.

—Tú eres etóloga, ¿no? No puedes ignorar lo que es la *memoria racial*.

—No existe tal cosa, es sólo un mito. Cuando morimos, las células de nuestros cerebros se destruyen, evidentemente. Cualquier información que pudieran contener se pierde para siempre.

—No, si se encuentra almacenada en el ADN.

—Absurdo, ¿cómo iba a...? —Susana empezó a comprender lo que Markus estaba insinuándole desde hacía bastante rato—. A no ser que...

—Alguien la colocara ahí, sí. ¿Y quién mejor para hacerlo, que nuestro creador?

Markus le dio la espalda, y cruzó sus brazos sobre su pecho. Su mirada pareció perderse en algún punto infinitamente lejano.

—Pero...

—Te he presentado el escenario de un grandioso campo de batalla —dijo Markus como si estuviera entrando en trance—. ¿Aún no lo has entendido? La raza humana fue creada para cumplir un objetivo en el curso de esa guerra...

Markus se volvió hacia ella.

—He oído que se está preparando una expedición para visitar Júpiter, y ese cometa descubierto por Benazir...

Aturdida por la inesperada pregunta, Susana acertó a decir:

—S-sí, creo que la *Hoshikaze* ya está casi lista.

—Y tú irás en ella...

—Sí.

—Estupendo. Ya lo sabía, por eso he querido hablar contigo. Quiero pedirte un favor.

—¿Sí?

—Cuando llegues a Júpiter, saluda a Dios de mi parte.

Vista desde lejos, la *Hoshikaze* era algo impresionante: una de aquellas gigantescas astronaves esféricas, rematada en el enorme espejo de un impulsor de fusión. Una nave viviente... al parecer, se las podía estimular para que desarrollasen unas partes más que otras. Y eso era en lo que los técnicos marcianos habían estado trabajando; habían modelado aquella nave para una única e importante misión: el viaje a Júpiter.

El militar que parecía estar al mando les avisó que ya habían llegado. A Susana le llamó la atención; llevaba el mismo uniforme que los japoneses, pero era de raza negra.

—¿Quién es? —preguntó Susana en voz baja.

—Es el teniente Shimizu Yonu, de las fuerzas de paz de la Kobayashi —le susurró Casanova.

—Mercenarios —dijo ella, con tono neutral. *Fuerza de paz privada, bonito eufemismo*, pensó.

—Profesionales especialistas en técnicas de combate —rectificó Casanova.

—¿De dónde son?

—Norteamericanos, principalmente. *Shimizu Yonu* es la forma japonesa de *John Smith*. Y no es un chiste, se llama así de verdad.

Los soldados tomaron los sacos de lona con su equipaje y, usando diestramente sus sandalias adhesivas, atravesaron la escotilla de acceso a la *Hoshikaze*. Bueno, *soldados* parecía un término exagerado; charlaban animadamente, señalando la extraña forma de los corredores.

Algunos eran japoneses, el resto eran de raza negra o blanca. De éstos, algunos latinos y otros anglosajones. Tenían entre veinte y treinta años y aparentaban buena forma física. Les había escuchado hablar entre ellos en un inglés estándar, mezclado con palabras japonesas y españolas. Era el *hisponglés*, una jerga habitual entre los pueblos ribereños del Pacífico.

Eran un total de siete mujeres y ocho hombres. Casanova se los fue presentando. Susana hizo un esfuerzo por memorizar sus nombres: la sargento Ono Katsui, el sargento Walter Fernández, que además era especialista en medicina espacial, la cabo Oji Toragawa y el cabo Michael Harris. Los demás eran: Shimada Osato, Kiyoko Fujisama, Jennifer Brown, experta en trajes espaciales; Elizabeth Thorn, Diana Sanders, Masuto Tadeo, Michaelson, Williams, Martínez, Johnston... Todos poseían algún grado de adiestramiento técnico: electrónica, informática, mecánica, etc.

No parecía haber distinciones de rango entre ellos. Vestían informalmente, con ropas de trabajo funcionales y cómodas, sus sacos al hombro. Ó más bien, sobre el hombro, flotando como extraños globos infantiles.

Pero todos parecieron cuadrarse cuando apareció el comandante Okedo.

—Bienvenidos a bordo de la *Hoshikaze*, damas y caballeros —sonreía éste. Era

un hombre de unos cuarenta años, bastante alto para ser japonés. Tenía un rostro enjuto, adornado con un estrecho bigote. Señaló a una mujer oriental que esperaba junto a él—. La primer oficial, Ikeda Yuriko y yo les conduciremos hasta los alojamientos...

—*Hoshikaze*. «Viento estelar» —tradujo Susana, interrumpiéndole—. ¿Debo entender entonces que esta nave está bajo jurisdicción japonesa?

Okedo y Shimizu se miraron.

—Mis guardias y yo —dijo el teniente Shimizu con cierta dosis de solemnidad— pertenecíamos a la fuerza de paz privada de la Kobayashi. Por desgracia, esta compañía ya no existe, y nuestras fuerzas están ahora bajo la bandera de Marte, según la resolución del Consejo de Seguridad.

—Lo mismo puedo decir de mi tripulación—añadió Okedo.

—No sabemos qué vamos a encontrar en el cometa —intervino con diplomacia Casanova—. Pero debéis estar preparados para cualquier cosa. Estos hombres y mujeres son los mejores profesionales de que disponemos.

—Gracias —dijo Shimizu. Okedo inclinó un poco la cabeza.

Yuriko les guió hasta el fondo del hangar. Era una mujer diminuta, con el cuerpo de una niña de doce años y un rostro ovalado, semejante a una máscara de porcelana. En la ingravidez, sus movimientos eran delicados y precisos, tan elegantes como los de un actor de teatro *no*.

A pesar del tamaño de la nave, les informó, el espacio habitable no era demasiado grande. La mayor parte de su volumen correspondía a tanques de combustible; era un vehículo creado para velocidad. La *carga de pago* estaba formada por un gran anillo situado tras la base del hangar y ligeramente mayor en radio. Era de construcción humana, pues las naves vivientes marcianas parecían consistir en el casco y poco más. En el hangar cilíndrico se almacenaban contenedores de carga, algunos vehículos auxiliares y varias sondas espaciales, que podrían usar según sus necesidades.

—Como podéis ver —decía la oficial—, el hangar está presurizado de modo permanente. No obstante debo recordaros que, para mayor seguridad, está prohibido permanecer en él sin traje cuando esté abierto el portalón. Se avisará con tiempo cada vez que se vaya a abrir; si eso sucede y no lleváis el traje, abandonad el hangar. Ese vestuario de allí es hermético y contiene dos trajes; puede usarse como refugio de emergencia.

A través de la suave palabrería, Susana adivinó la verdad. El misterioso campo de fuerza que impedía escapar el aire estaba fuera de control humano, y si fallaba, adiós. El comandante no quería correr el riesgo.

Miró pensativa a la puerta del hangar, el portalón, como decía la oficial. Susana se prometió cumplir la regla a rajatabla. Tampoco se fiaba un pelo.

—El anillo con los alojamientos —proseguía Yuriko—, lo que llamamos «la cubierta», gira para proporcionar pseudogravedad. De este modo evitamos tener que hacer girar toda la nave, una tarea engorrosa.

—¿Y cómo bajaremos a él? —preguntó uno de los *mercenarios*, como mentalmente los llamaba Susana. Yuriko sonrió.

—Ahora veréis.

En el centro de la base circular del hangar había una escotilla. Se podía llegar a ella por seis escaleras radiales.

Susana empezaba a entender la estructura interna de la nave. Como en un pólipo o estrella de mar, todo se disponía simétricamente en torno a un eje, en este caso, el eje proa-popa. Bien, tenía su lógica.

—Aunque no vamos a él —dijo—, os mostraré cómo llegar al puente de mando. El puente, junto con la cámara de pilotaje de los delfines, y una pequeña cámara de descompresión, se hallan a proa y en torno al portalón. Ahora podríamos ir caminando, pero cuando estemos bajo aceleración habrá un problema. El hangar será un pozo vertical. Debemos usar eso.

Señaló a un punto de la pared curvada del hangar. En el laberinto de vigas y riostras que soportaban las sondas, se distinguían la jaula de un montacargas y una especie de escalera de incendios. Las dos estaban adosadas y recorrían longitudinalmente la pared cilíndrica.

—Lo llamamos *la crujiá*. De todos modos, rara vez tendréis que ir. La escotilla que hay al lado de la base da a un túnel que lleva al tanque de los delfines. Subamos por aquí—señaló a una de las seis escaleras radiales—. Si alguno es propenso al mareo, que no mire hacia atrás. De todos modos recordad que no se puede caer en la ingravidez.

Ascendieron sin problemas y atravesaron la escotilla, que Yuriko llamó «escotilla axial», pues estaba exactamente en el eje. Se hallaron en una amplia cámara cilíndrica que giraba con lentitud. En la pared curvada habían tres grandes aberturas. De cada una partía un túnel cilíndrico, recorrido por una escalera vertical.

—Es como una estación espacial de rueda —dijo uno de los *mercenarios*.

—Exacto, y estamos en el cubo. Lo llamamos *cámara axial*.

Puede usarse como cámara de descompresión, en caso de que el hangar pierda el aire. Éstos son los radios. Bajad por esa escalera, y poco a poco irá aumentando la fuerza centrífuga. Es sencillo.

—Ya veremos lo sencillo que es bajar el equipo a cuevas —murmuró una *infante*. Yuriko lo oyó.

—Naturalmente, detendremos el giro de la cubierta para ello. Sigo: la diferencia con una estación espacial de rueda está en que, cuando estemos en aceleración, el anillo no girará y serán corredores horizontales. Todo en esta nave está pensado para

girar noventa grados.

La primer oficial señaló otra escotilla, situada justo enfrente de la axial.

—Da acceso a la bodega de carga. Aquí se almacenarán provisiones y otros productos, que no se necesiten de inmediato y necesiten estar presurizados.

Era un largo compartimiento cilíndrico, alineado con el eje de la nave. Estaba dividido por unos tabiques transversales, con una gran abertura circular en el centro de cada uno. A Susana le recordaba los segmentos de un anélido.

—Bajemos a la cubierta y os mostraré los camarotes.

Tampoco fue difícil bajar. Su peso fue aumentando conforme descendían, sin llegar a ser molesto. Una vez alcanzaron el fondo, pudieron caminar normalmente sobre la cubierta.

Los habitáculos, alineados como departamentos de un tren, apenas ocupaban una parte de ella. Había almacenes para equipo y víveres, un comedor, la *sala de juegos*, destinada a gimnasio y lugar de reunión, la enfermería, un quirófano de campaña y la sala de hibernación. Susana sintió un ligero repeluzno ante las cámaras semejantes a ataúdes.

—Bajo aceleración, será un corredor circular que rodeará la base del hangar —siguió explicando Yuriko—. En caída libre, como ahora, la cubierta gira, y el arriba corresponde a la cámara axial. Seguidme.

Los camarotes eran cabinas con una forma casi cúbica. Cada uno contenía dos literas que se podían cerrar con puertas corredizas, con aire acondicionado, luz para leer, un pequeño televisor y una taquilla para objetos personales.

Los camarotes tenían dos puertas, una de ellas en el techo. Al ver sus caras, Yuriko sonrió.

—Cuando estemos en aceleración, usaremos las puertas del techo, que entonces será la pared que da al corredor. Los muebles pueden girar noventa grados para adaptarse a ambas situaciones. Ahora os asignaré los camarotes.

Iván Lenov había supervisado en persona las instalaciones de los delfines. Para acomodarlos, los ingenieros habían ideado una piscina a partir de uno de los tanques esféricos de combustible.

La nave transportaba agua en sus tanques, más fácil de almacenar que el hidrógeno líquido; de ella se obtenía por electrólisis hidrógeno para la fusión y oxígeno para el sistema de soporte vital.

El tanque estaba lleno de agua salada en un ochenta por ciento, y podía girar sobre su eje cuando la nave no aceleraba, de modo que Tik-Tik y Semi tuvieran siempre suficiente espacio libre para nadar y un hueco lleno de aire en forma de tubo, donde podían respirar. Cuando la nave acelerase, el volumen de aire adoptaría la forma de un casquete. El sentido de la rotación era contrario al de la cubierta, para dar un momento angular cero. Claro está, el tanque, mucho más masivo, debía girar

más despacio. Pero a los delfines no les afectaba.

La flotación de un cuerpo no está influida por la gravedad. Su masa y la del volumen de agua que desplaza se multiplican por el mismo factor. Obvio. Pero Lenov estaba especialmente orgulloso de otra idea.

Tanto en aceleración como en rotación, el ecuador siempre estaría sumergido. Sugirió la instalación de una compuerta y un túnel que comunicase el tanque con la cabina de pilotaje. Los delfines podían moverse por él con ayuda de una cinta transportadora, cada vez que se relevasen: una instalación funcional y práctica. Los mandos eran simples y los delfines podían accionarlos presionando con el morro. Lenov no se veía recorriendo media nave con un delfín en brazos, a cada cambio de turno.

Sólo había un inconveniente, pero era pequeño. La esfera giraba en el interior de otra un poco mayor, estacionaria, de la que partía el túnel, con agua relleno el espacio intermedio. Éste relleno no giraba, y los delfines debían vencer la corriente para entrar y salir. Una insignificancia para aquellos poderosos nadadores.

Mientras estaba dando los últimos toques, alguien se acercó a él.

—Supongo que es usted el señor Lenov... —dijo una voz de mujer, en un ruso muy aceptable. Lenov, cogido por sorpresa, alzó la vista.

—Sí, eh... —leyó el TIM de la mujer— doctora Rajman.

Se quitó la máscara de soldar y contuvo un silbido de admiración. Le tendió la mano. Ella se la estrechó.

La mujer llevaba el pelo recogido en una larga y elaborada trenza, tan negra como el mismo espacio. Fue una verdadera sorpresa; pero no había esperado encontrarse con esa beldad de piel oscura y grandes ojos color avellana.

—¿Cómo se encuentran sus delfines, señor Lenov? ¿Será apropiada esta piscina?

—Oh, sí, por supuesto —Lenov se alegró de que tocara un tema familiar. Empezaba a sentirse como un zopenco—. Pero no los llame «mis delfines», no les gusta. Sus nombres son: Salta Olas Como Torpedo Furioso, éste de ahí. La otra es una hembra, *Fuyu no Ara-Umi*. Muy hermosa, como ve.

—¿*Fuyu no Ara-Umi*? ¿Se llama de verdad «Mar Invernal Embravecido»? —tradujo ella divertida.

Se le formaban dos graciosos hoyuelos en las mejillas cuando sonreía. Lenov también sonrió.

—Tienen unos nombres muy rimbombantes. A Salta Olas Como Torpedo Furioso lo llamo «Tik-Tik»; y a *Fuyu no Ara-Umi* la llamo «Semi», por su voz. Parece una chicharra.

—¿Por qué lleva un nombre japonés?

—La educaron en un instituto de la Kobayashi, en las islas Daito. El otro es un viejo amigo mío. Se llevan bien, los delfines siempre lo hacen. En eso son superiores

a los... ejem... los humanos.

Carraspeó al darse cuenta de lo que decía. *Macho y hembra. Sin duda se llevarían pero que muy bien.*

La mujer no dio señales de haber captado el equívoco. Alargó una mano hacia el tanque y Tik-Tik se alzó del agua, como esperando un obsequio de pescado. Lenov trató de recordar dónde había oído el nombre de ella.

—Benazir Rajman. Así que usted descubrió ese cometa raro.

—Sí —sonrió ella—. Imagino que le habrán puesto al corriente de nuestra misión.

—Más o menos —dudó el ruso—; no creo haber entendido ni la mitad de todo... Bueno, hace un año no lo hubiera creído...

Benazir se inclinó sobre el borde del tanque. El delfín se había alejado, y preguntó:

—¿Lleva usted mucho tiempo con los delfines?

—Toda mi vida, doctora... ¿puedo llamarla Benazir?

—Por supuesto.

—Precioso nombre. ¿De dónde es usted?

—Marroquí.

—Conozco ese país. Maravilloso.

—Usted es ruso...

—*Da*. ¿Tanto se nota?

—Me temo que sí.

—Bueno, en realidad mis padres eran emigrantes georgianos. Pero yo nací en San Petesburgo... casi por casualidad.

Apoyó los codos sobre la barandilla.

—¿Dónde empezó a trabajar con delfines? —preguntó ella.

—En Moscú.

—¿No queda el mar un poco lejos de allí?

—No... es decir, sí, claro. Pero yo empecé entrenándome con ellos en el Instituto Paulov. Desde pequeño había soñado hablar con ellos. Con enterarme de cómo veía el mundo una inteligencia no humana... quiero decir...

—Le comprendo.

—Sí. Como suele decirse, algunos de mis mejores amigos son cetáceos. En mi oficio, decimos que un delfín es más fiel que...

Se detuvo. Iba a decir *que una mujer*, pero temió ofenderla. Improvisó un dicho ingenioso.

—... que un cepillo de dientes.

—Bien, bien —dijo Benazir sacudiendo la cabeza—. Un cepillo de dientes, ¿eh?

—Ajá.

—Bueno, tengo que irme...

—No le he mostrado el corredor de acceso —dijo Lenov rápidamente— es diseño mío, le gustará.

—En otra ocasión. Ahora tengo cosas que hacer.

—Que lástima.

—No se canse demasiado, Lenov. Hasta luego. —Se despidió con un gesto de la mano mientras desaparecía por la escalerilla de acceso.

El ruso la vio marchar, inclinándose levemente hacia la escalerilla para admirar sus bien torneados tobillos.

—¿Está usted a cargo de los delfines?

La voz retumbó en el espacio vacío. Lenov se volvió, sorprendido e irritado. Al parecer, hoy era el día de visita en *Acualandia*. Otra mujer le observaba desde la barandilla de acceso, al otro extremo del tanque.

—¿Quién es usted? —se preguntó cuánto tiempo llevaría allí.

—Susana Sánchez —dijo la mujer mientras recorría el perímetro en dirección a él—. No pude evitar oír lo de su experiencia con los delfines. ¿Cuál era su trabajo antes?

Susana se plantó frente a él. Lenov era un hombre de aspecto tosco, mandíbula cuadrada, musculoso como un levantador de pesas, y con la piel curtida por el sol y el aire libre. Ella era pequeña, pero parecía el doble de curtida que él.

—Trabajaba en la flota del Atlántico de la *Hanashima*. ¿Por qué?

—Usted era un *arador*.

Lenov se sintió repentinamente incómodo. Había casi escupido la palabra, como si se hubiera ganado la vida curtiendo pieles de bebés.

En realidad era un trabajo muy duro, recordó él.

El sol convertía la cubierta de los pesqueros en una plancha candente de quinientos metros de largo, sombreada por las enormes velas controladas por ordenador; interrumpida por las escotillas de las bodegas donde se almacenaban toneladas y toneladas de anchoas. Por medio de una ancha tubería se transfería a bordo parte de la captura diaria. Una interminable cascada de pescado, con destino a millares de hambrientas bocas.

Entonces Lenov tenía la sensación de pertenecer a un ejército en constante guerra por la conquista de proteínas.

Dos remolcadores mantenían extendida la colosal red en forma de embudo aplanado, que se extendía en un frente de un kilómetro. Cualquier cosa no menor que una anchoa era capturada y aspirada mediante un gran tubo.

Cuatro pequeños buques de exploración seguían a los bancos de anchoas mediante sonar, mediciones de la abundancia del plancton y datos meteorológicos acerca de los vientos y corrientes marinas. Media docena de cópteros colaboraban

también en la búsqueda.

A gran profundidad, enterrada en el cieno, colosales rejillas metálicas calentaban el agua del fondo, alimentadas por reactores nucleares submarinos.

El agua caliente ascendía desde el fondo, llevando consigo las sales minerales depositadas; aquello equivalía a arar el mar. Los fosfatos y nitratos fertilizaban el agua, permitiendo que el plancton multiplicara su masa por cien en una semana. Como *abonado* complementario, grandes emisarios submarinos llevaban aguas de desecho desde las ciudades de la costa.

Las anchoas hacían los honores al banquete pantagruélico, reproduciéndose como moscas. Los pesqueros las capturaban en enormes cantidades y los buques factorías las convertían en harina, les añadían colorantes, saborizantes, espesantes y cosas por el estilo. De allí salía la única *carne* que comía el noventa por ciento de la población del Mundo.

—Sí, trabajaba con los subs y con delfines —dijo Lenov sin poder evitar un cierto tono defensivo—. ¿Qué tiene eso de...?

—Ustedes estaban arruinando el océano. En solo cincuenta años habrían acabado con todo el bentos.

Lenov la miró confuso y se echó a reír escandalosamente. Susana le devolvió una mirada de odio.

—Perdóneme; yo no estaba en un arrastrero. Lo mío eran las áreas de afloramiento. —Lenov logró a duras penas contener la risa histérica—. Aunque, tras el Exterminio, esos temas han perdido gran parte de su importancia, ¿no cree...?

—La tienen para mí —dijo Susana—. No me gusta pensar que estos delfines van a ser atendidos por alguien que siente tan poco respeto por la naturaleza.

—La gente tenía que comer, ¿verdad? —dijo Lenov, sintiéndose algo ridículo—. Claro, ustedes los ecologistas los habrían dejado morir de hambre y...

Pero Susana le dejó con la palabra en la boca. Se dio airadamente la vuelta, y desapareció por la misma compuerta que había utilizado Benazir unos momentos antes.

—Escuche...

Por toda respuesta, el ruso escuchó el golpetazo de la escotilla de acceso al cerrarse. Lenov se encogió de hombros y volvió a su trabajo.

—Que no tiemble vuestro corazón, ni se acobarde, dice Jesús. Fijaos en estas palabras, hermanos, porque son fuente inagotable de consuelo y de esperanza...

La *Hoshikaze* había acogido en el hangar a varios representantes de la Iglesia, de las compañías japonesas y de la *Velwaltungsstab*. Todos estaban un poco apretados; la botadura, que incluyó una ceremonia sintoísta, varios discursos laicos, y una misa cristiana, estaba resultando demasiado larga para Susana.

—Que no tiemble vuestro corazón... ni se acobarde —repitió el sacerdote—. Hermanos, todos hemos vivido una intensa experiencia: la experiencia de la propia debilidad, la experiencia del límite de nuestras fuerzas, la experiencia del que no tiene dominio sobre su propia vida, y teme perderla. Pero no olvidéis que el triunfo de Cristo resucitado es el triunfo de la Humanidad redimida del pecado y de la muerte. El Hombre ha sido rescatado para siempre de toda angustia mortal, de toda ansiedad hacia su futuro...

»Cuando Jesús murió, murió también el temor ante la muerte. Uno murió por Todos. Uno resucitó para Todos. Jesucristo, sensible a todo dolor humano, a toda fragilidad, a toda lágrima nacida de la impotencia.

»El Espíritu mismo de Jesús se hace presente allí donde el hombre sufre y le asegura, como dice San Pablo: ...a todo el que sufre, la Victoria final.

Se detuvo, miró a los presentes con la tensión pintada en su rostro. Tendría casi sesenta años, era un hombre grueso y carilleno, con una frondosa barba gris y una nariz pequeña; los ojos pequeños y bastante juntos. Casanova había dicho a Susana que sería el representante de la Iglesia en aquel viaje, y ayudante de Benazir. Su nombre era Álvaro, logró recordar Susana; pensó que el sacerdote tenía cierto aspecto de Papá Noel despistado.

El padre Álvaro continuó en voz más alta, como si aquel descanso le hubiese dado nuevas fuerzas:

—Dios Todopoderoso y Eterno, que en la Resurrección de Jesucristo nos has hecho renacer a la vida Eterna, haz que los Sacramentos den en nosotros fruto abundante, y que el alimento de Salvación fortalezca nuestras vidas. Por Jesucristo Nuestro Señor...

Amén, respondieron como un solo hombre los religiosos allí congregados.

—Bendito sea el Nombre del Señor. Nuestro auxilio es el nombre del Señor. La Bendición de Dios Todopoderoso —su mano se movió vertical y horizontalmente por tres veces—, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, descienda sobre esta nave y su tripulación.

Poco después, los representantes embarcaron en los transbordadores y abandonaron la nave. La *Hoshikaze* se desacopló del muelle orbital y maniobró con

sus motores auxiliares, hasta situarse lo bastante lejos como para encender sin peligro su reactor. Empezó a acelerar lentamente, alejándose de la órbita de Marte.

El gran espejo cóncavo de cuarenta y cinco metros de diámetro se convirtió en una gran boca de fusión. La *Hoshikaze* misma quedó minimizada por el gigantesco penacho de llamas azules, que se formaron a partir de ese punto. Una débil vibración fue sintiéndose por todos los rincones de la nave, y las cosas empezaron a caer hacia un lado ante los ojos de Susana, bajo la acción combinada de la rotación y la aceleración lineal. El comandante Okedo anunció por los altavoces que la aceleración iría aumentando progresivamente, hasta estabilizarse en 1 *g* dentro de una hora.

Susana, frente al camarote, quedó paralizada por la sorpresa. Un hombre y una mujer hacían el amor, despreocupadamente, sobre una de las literas. Ella advirtió su presencia, y le saludó con la mano.

Susana se dirigía al comedor. La larga ceremonia, unida a las extrañas sensaciones que la gravedad cambiante provoca en el estómago, le habían hecho sentir un ligero malestar. Consideró que comiendo algo, quizá, se libraría de él. Pero en la zona de dormitorios pasó junto a una puerta entreabierta, y no pudo evitar mirar en su interior.

Murmurando una disculpa, Susana giró con rapidez, y se alejó corredor abajo.

El comedor-cocina ocupaba el espacio al extremo de la fila de camarotes. Era una espaciosa sala, presidida por un horno de microondas, varios pequeños refrigeradores y los dispensadores de alimento. La mesa tenía forma rectangular. Los bancos estaban sujetos a la cubierta. Del techo colgaba un monitor de vídeo.

La pantalla del dispensador presentaba el menú en caracteres silábicos *kana*; al lado, aparecían unos iconos que indicaban cada plato. *Algún día la humanidad abandonará el alfabeto y volverá a los ideogramas*, pensó.

Marcó algo llamado *kamaboko*. La máquina hizo una serie de ruidos y sirvió un pastel de pescado, teñido de color rojo. Lo calentó en el microondas. Empezó a comer frente al televisor.

Unos minutos después, la chica que había visto copulando, entró en el comedor. Susana la miró de reojo y siguió comiendo.

—¿Qué tal ese pastel? —preguntó la chica. Era una oriental, algo regordeta. Se había vestido con una especie de bata de seda.

No parecía lo más apropiado para una nave espacial, se dijo Susana.

—Bastante bueno...

—¿No me recuerdas?

—¿Perdona? —preguntó Susana confusa.

—Nos conocimos brevemente en la Tierra... tú capturaste aquel delfín...

—¡Oh!, sí. No recuerdo tu nombre.

—La verdad es que no nos presentaron. Me llamo Ozu Shi-kibu —le tendió la

mano y Susana se la estrechó flojamente.

—Regresé a Marte en el viaje siguiente al tuyo.

—Y te asignaron a esta misión. —La voz de Susana no reflejaba ningún interés.

—Sí, soy una especie de azafata o en realidad más bien sobrecargo, especialista en sistemas de soporte vital, carga, traje de vacío y también algo en medicina espacial e hibernación —soltó de golpe—. Sabes, se me ha abierto el apetito con tanta ceremonia de despedida... Creo que me voy a servir uno de éstos.

Señaló el mismo icono. Calentó su pastel y se situó junto a Susana. Ésta se volvió hacia ella, con cara culpable.

—Quiero pedirte disculpas por lo de antes... —murmuró.

—¿Lo de antes?

—Ya sabes. Él y tú... bueno, deberíais haber cerrado la puerta. Yo no esperaba...

—Aguarda un momento. ¿De qué estás hablando?

—Vosotros, ese muchacho y tú...

—¿No te lo han presentado? Es Oshima Kenji, ingeniero de la *Hoshikaze*. Junto con el comandante, Yuriko y yo, formamos toda la tripulación. ¿Les conoces a ellos? Al comandante y a Yuriko, quiero decir...

—Sí. Eh, estabais en... en la cama. Y yo os sorprendí, Ib siento.

—Oye, no debes seguir disculpándote, aquí tú eres la única que consideras eso como importante.

—Pero todos necesitamos algo de intimidad...

—¿En una nave espacial? Los japoneses pensamos que la intimidad debe cada uno buscarla aquí dentro. —Se señaló la cabeza—. Llevamos tantos siglos viviendo en sitios estrechos que hemos tenido que desarrollar una actitud propia ante la intimidad.

Susana recordó el hotel-ataúd de Tokio en que se hospedó cierta vez. Acostumbrada a los amplios espacios del océano, había regresado lista para el manicomio.

—En una nave mucho menor que ésta —decía la parlanchína Shikibu— hemos llegado a convivir veinte personas durante un año. Aquí cada uno va a lo suyo, y nadie considera las necesidades sexuales del compañero como algo ofensivo. No se trata de... —por primera vez tropezó con una palabra desconocida— *seishoku*... cómo se dice...

—Reproducción.

—Sí, eso es.

—No soy una fanática de la moral, ni mucho menos. —Susana había acabado de comer, y arrojó los platos y cubiertos de cartón al sistema de reaprovechamiento.

Hubo un embarazoso silencio, que Shikibu se apresuró a romper.

—¿Qué tal si te cuento algo sobre mí?

—Bien.

—Aunque te advierto que no hay mucho que contar. Nací en el Marte, en Santa Marina, y desde los diez años estoy viajando de un lado a otro, en las naves de la Kobayashi.

—¿Entraste a trabajar a los diez años?

—¿Estás de broma? Nací en la Kobayashi. Vivía en la Kobayashi. Igual que Yuriko, Okedo y Kenji... Mi familia pertenece a esta empresa desde hace tres generaciones. De todos nosotros, tan sólo la del comandante Okedo tiene más antigüedad y rango que la mía.

Dijo todo aquello con sincero orgullo. Susana asintió comprendiendo. Hacia la época del Exterminio, Japón había perdido todo rastro de identidad política. El país del Sol Naciente se había desintegrado en miles de familias influyentes al frente de grandes empresas como la *Hanashima Ltd.*, la *Sanyo*, o la misma *Kobayashi Inc.*, revirtiendo a un estadio anterior a la Restauración Meiji. Un feudalismo tecnológico en el que cada hombre sólo era fiel hasta la muerte al estandarte de su empresa. Lo cual no era una frase hecha, pues cada corporación disponía de sus propios ejércitos y sus propias flotas de barcos y aeronaves de guerra. Y su uso entraba dentro de las estrategias comerciales habituales.

Tan sólo un dios: todas creían en la *satsutaba shúkyó* («religión del fajo de billetes»).

—Nunca me ha gustado depender de nadie —dijo Susana. Shikibu le dirigió una mirada, mezcla de desconcierto y piedad.

—¿Tienes familia? —preguntó.

—Dos hermanas. Pero hace años que no sé nada de ellas. —¿No estás casada?—
No.

Y por el tono en que Susana dijo esto último, Shikibu comprendió que la conversación había terminado.

Las semanas que siguieron fueron de adaptación a la rutina. De momento, Susana no tenía mucho que hacer. La inactividad y la sensación de hallarse en un lugar cerrado, con varias personas desconocidas, la ponía muy nerviosa. Shikibu se dio cuenta de su creciente inquietud.

—Sugiero que aprendas a manejar el traje de vacío —le dijo mientras almorzaban—. Te mantendrá ocupada y te será muy útil.

—¿Lo sugieres?

—Es una orden del oficial de soporte vital. —Shikibu sonrió.

—Acepto la sugerencia.

—Habla con Jenny Brown, yo no tengo demasiado tiempo.

Los trajes tenían un aspecto tosco, de pesada armadura medieval.

—Pero no lo son —le dijo Jenny, una rubia corpulenta, la única mujer anglosajona del grupo—; los trajes articulados pueden soportar una presión interior elevada, en tanto que un traje flexible se hincha como un globo, a menos que se reduzca la presión. Y eso obliga a respirar oxígeno puro. Un gas peligroso de manejar...

»En cambio, con el traje articulado, puedes respirar la misma mezcla de oxígeno y nitrógeno de la nave, sin necesidad de pasar por descompresión.

—Lo sé.

—¿Cómo? Ah, ya recuerdo, tienes experiencia en buceo. Bueno, también evitan que el traje deba ajustarse con exactitud al cuerpo. Las únicas zonas a baja presión son los guantes, para facilitar la manipulación, pero es un inconveniente menor.

Susana asintió. No parecía complicado; el traje estaba diseñado para ser manejado por personas de poca experiencia, tras un entrenamiento mínimo; de modo que Susana se metió confiadamente en el traje por la escotilla dorsal (piernas, brazos, torso, cabeza). Jenny la cerró y le ajustó la mochila con el sistema de supervivencia.

—Tienes seis horas de aire, y la radio alcanza unos diez kilómetros. Si estoy cerca y llevo equipo adecuado, puedo rellenarte los tanques para prolongar la estancia. Pero es un recurso para situaciones límite. Normalmente, los turnos con el traje son de cuatro horas...

»Aquí, los mandos de la radio —señaló—. Altavoz exterior y micrófonos. Se desconectan automáticamente en el vacío. Aquí la grabadora, por si quieres tomar notas. Sólo de audio, pero puede instalarse una de vídeo. Focos...

Fue mostrándole uno por uno todos los aditamentos del traje.

—El peso es de treinta kilos en gravedad normal. Aquí está el casco. —Se lo ajustó—. Listo. Acciona el interruptor general de sistemas.

—Bien.

—*Tanque de oxígeno lleno* —dijo una voz inexpresiva—. *Baterías cargadas. Radio...*

—¿Qué? ¿Quién está aquí? —exclamó.

—... *Biotelemetría activada. Cierres estancos...* —siguió la voz.

—¿Dónde?—Era Jenny.

—... *Traje operativo.*

—Hay alguien dentro de mi traje.

—Tú, naturalmente.

—Quiero decir, una voz...

—¿Una voz? Oh, entiendo. Es el nuevo modelo. El traje lleva un microordenador. Lo chequea al activar los sistemas y te informará verbalmente si hay algún problema.

—¿No puedes hacer que se calle?

—¿Estás loca? Debes saber en todo momento el estado de tu traje. Venga, ayúdame a ponerme el mío.

Susana la ayudó a su vez a vestirse.

—Vamos afuera.

La cámara de descompresión se hallaba sobre la proa, cerca del puente. Ahora, bajo aceleración, la salida era *arriba*. Las dos ascendieron por una escalerilla.

Susana se halló rodeada por el vacío. Parecía estar en medio de una llanura, con un horizonte claramente curvado. El sol asomaba sobre la curva del casco. Su sombra era larga y negra.

—*Sujétate con el cable* —dijo Jenny—. *Estamos bajo aceleración; si te caes...*

—Rodaré sobre el borde del mundo.

—*Y abajo te espera el reactor de fusión. «Asada» es un término demasiado suave. Quedarías descompuesta en átomos.*

—No me soltaré.

Parecía un mundo alienígena pintado por Jean Giraud.

El casco estaba formado por grandes placas en forma de exágonos alargados, como la armadura de algún fabuloso animal. De ella surgían una especie de excrecencias, espinas de unos tres metros de largo, bultos hemisféricos de medio metro, y otras... cosas. ¿Defensas, órganos sensoriales, adornos? Recordó que aquella nave había crecido como un organismo vivo. Se sentía como una diminuta gamba sobre un erizo de mar.

—*Consumo de oxígeno en aumento* —dijo el traje—. *Elevo la dosis. Sudación en aumento.*

—Calla.

No existía otro artefacto humano que la escotilla a sus espaldas, y una plancha de metal ante ella. Caminó en torno al sobresaliente bulto de la cámara. Oculta del sol,

pudo ver la bóveda estrellada sobre su cabeza. No pudo ver el cometa Arat, su próximo objetivo, y no tenía ganas de preguntar.

Recordó que estaba posada sobre el único fragmento de materia en muchos millones de kilómetros a la redonda. Se sintió todavía más pequeña, una bacteria sobre un portaobjetos, con las estrellas mirándole inexpresivas como microscopios. Estaba infinitamente más sola que en el más remoto océano de la Tierra, siempre rebosante de vida.

Marchaban escupiendo un minúsculo fuego solar, recorriendo una distancia insignificante a escala cósmica, para enfrentarse con un enemigo inimaginable; un ridículo ejército de bacterias...

—Ya tengo bastante. Volvamos.

—¿Tan pronto? Has de aprender a...

—Lo haremos dentro.

Cuando acababa su trabajo en el tanque de los delfines, Lenov frecuentaba la sala de recreo, donde se ejercitaban los guardias de la Kobayashi. Era una forma de mantener su buena forma física. Después de todo, no faltaban profesores.

Pero no era fácil concentrarse con la espectacular Benazir observando cada uno de sus movimientos. Llevaba la ropa que le habían dado los guardias de la Kobayashi: unos pantalones ajustados y un suéter que no le llegaba a la cintura.

—Iván, ¿por qué interrumpes el *kata*? —exclamó la instructora, la sargento Ono Katsui, escandalizada—. ¡Lo estabas haciendo perfecto! ¿Verdad, muchachos?

Ono era una auténtica luchadora. Su esbelto cuerpo estaba bien provisto de músculos, y a pesar de ello sus movimientos eran elegantemente femeninos. Una combinación que sólo podría darse en una mujer oriental.

—Desde luego que sí—dijo George Martínez, un hispanoamericano de acento culto que empuñaba un bastón de madera—. Tienes talento, y nos igualas en destreza a los que estamos aquí.

Señaló a Joe Michaelson y Kiyoko Fujisama, que habían interrumpido su práctica. Al igual que Lenov, cada uno esgrimía un *bokken*, una réplica de la *katana* en sólida madera de roble. Por ello se protegían con cascos, petos, guantes y perneras, como los que usan los porteros de jockey. En el *kendo* pueden haber accidentes.

Joe se quitó el casco. Su negro rostro relucía de sudor.

—Puedes apostar, amigo. ¿Dónde aprendiste a manejar así el *bokken*?

—Tenía amigos japoneses. En la flota pesquera...

—Ah, sí.

Benazir se había acercado a ellos, aplaudiendo discretamente.

—Eres un hombre sorprendente —dijo—. ¿Tienes otros talentos ocultos?

Lenov se sonrojó... o él pensó que se estaba sonrojando.

—Únicamente soy un aficionado. —Se limpió el sudor del rostro. ¿Te gustaría

aprender? Es una buena forma de hacer ejercicio.

Benazir miró durante un instante el *bokken* de Lenov. Luego, lo acarició distraídamente con un dedo.

—Lo siento, pero pasarse las horas desenvainando y cortando enemigos imaginarios en lonchas... no es para mí.

Kiyoko, una joven con aspecto deportivo, dijo:

—Es cierto que aprender a luchar con *bokken* o *katana* no tiene aplicación práctica hoy en día. Pero esa no es la finalidad de las artes marciales. Es realidad son un medio de desarrollar la concentración, disponibilidad y autodominio.

—Exacto —exclamó Kiyoko—. Su meta es la búsqueda del equilibrio, la armonía, la actitud justa, la estética del movimiento, la calma dentro de la acción, la acción dentro de la calma...

—Las artes marciales son parte de una filosofía —dijo Ono—. No deben ser consideradas como un arma.

—Para eso, no hay nada como un buen rifle láser —añadió Joe, socarrón.

—¿Piensas seguir con los *katas*? —preguntó Ono a Lenov—. Si quieres podrías cambiar un rato.

—¿Qué me propones?

—Tú con *bokken* y yo con bastón —sugirió Ono—. Te demostraré cómo las gastaban los pacíficos monjes budistas.

—Adelante —les invitó Benazir con una sonrisa cruel—, yo me quedaré a mirar, si no os importa.

Con una mirada de resignación hacia la astrónoma, Lenov se preparó mentalmente para recibir la paliza de su vida.

Susana dejó sus ropas en un ordenado montón y saltó desde la pasarela hacia las frías aguas del tanque. Una breve aceleración y su cuerpo penetró el agua como un torpedo. Sintió el estimulante cosquilleo de mil burbujas recorriendo su cuerpo, la agradable presión húmeda que envolvía su cuerpo como una manta. Contuvo la respiración mientras se hundía lentamente en el líquido. Una juguetona forma gris se delizó junto a ella. La acarició distraídamente; era Semi.

La entrada al tanque estaba en uno de los polos de la esfera, provista de una escalera de acceso cuando la nave estaba en aceleración. En ese extremo había una pasarela con barandillas, al borde del agua. El volumen estaba calculado para que, en rotación, la pasarela quedase también al borde del agua. Bastaba con girar noventa grados las secciones del piso. Aquel era el territorio de Lenov; había equipo diverso, herramientas, algunas sillas, un par de mesas, un ajedrez, etc. No había vuelto a tener problemas con él. A su manera tosca, el ruso era escrupulosamente caballeroso. Él no había mencionado aquella primera discusión, ni ella tampoco había insistido en el tema.

Lo cierto es que rara vez se le acercaba. Cuando ella salía del agua, él procuraba mirar a otro lado, o darle la espalda.

Mientras seguía hundiéndose, Susana dejó que su mente fluyera con suavidad: *Una niña... bañándome en las tibias aguas del mar Egeo...*

Papá había sido destinado a Salónica unos meses atrás, y este lugar aún le parece un paraíso a Susana.

Había una cala, muy pequeña, cerca de su casa, a la que en verano acudía a diario. Tenía un difícil acceso, por lo que era raro encontrar gente allí.

Trepaba con cuidado a una roca, y se lanzaba en una espectacular zambullida.

Una y otra vez.

Contener la respiración, hundirse hasta el fondo, braceando con fuerza. Allí se sujeta con ambas manos a una roca o a una esponja; clava sus uñas en ella y mira hacia arriba. Las olas rompen sobre su cabeza, y ella resiste todo lo posible, contemplando aquel mundo extraño que la rodea, sentada en el fondo del mar, imaginando que es una sirena, una criatura adaptada a aquel entorno, y que puede permanecer allí cuanto tiempo quiera...

Aguanto hasta que los pulmones me arden, y regreso veloz a la superficie. Al aire...

Estaba sentada en el fondo, como otras tantas veces, mirando hacia donde los azules se superponen hasta formar un muro uniforme.

Ve algo y esfuerza sus ojos para enfocararlo.

Una forma, casi una sombra, surge del muro azul, y empieza a cobrar relieve y

color... se acerca a ella en línea recta, con una actitud nada temerosa... acostumbrada a los diminutos peces del coral, aquello le parece monstruosamente grande... la criatura está casi sobre ella, y le vienen a la cabeza las advertencias de papá sobre los tiburones que, de repente, le parecen muy juiciosas.

Patalea con desesperación, hasta la superficie. Las piernas le cosquillean, espera sentir la dentellada de un momento a otro.

Nerviosa, mira hacia abajo, temiendo ver surgir al monstruo que la arrastrará hacia las profundidades.

Pero emerge a un par de metros frente a ella y, evidentemente, no es un tiburón. El animal le devuelve una mirada divertida, echa la cabeza hacia atrás, y se carcajea con su estrecha boca repleta de dientes, que ahora parecen inofensivos.

Se siente aturdida. ¡Aquel bicho se estaba riendo de ella! Y eso no parecía propio de un animal.

Una nueva inmersión le revela algo fascinante: hectáreas de delfines, jugueteando en las aguas someras como bebés felices. Parecen sentirse atraídos por el suave fondo de la playa. Frotándose contra él se desprenden de los parásitos y alivian sus picores.

Aquellos delfines iban a ser mis únicos amigos...

Susana salió de su sueño.

A través de la ondeante masa de agua del tanque, había escuchado gritar claramente su nombre. Semi pasó junto a ella, rozándola con su cuerpo tibio y suave; la etóloga se cogió a la aleta del delfín, que la arrastró rápidamente a la superficie.

Vio a Lenov en la pasarela, a punto de saltar al agua. Era él quién había gritado.

—¿Está bien? —preguntó el ruso con la voz claramente alterada—. ¿Qué demonios hacía durante tanto tiempo ahí abajo?

Susana sacudió la cabeza para apartar las greñas de sus ojos. Dijo con furia:

—¿Ahora se dedica a espiarme, Lenov?

—Y un cuerno espiarla. ¿Qué pretendía hacer...? Llevaba más de cuatro minutos bajo el agua.

Ella nadó hacia la pasarela.

—¿Ha conocido usted a alguien que se ahogara en una piscina en compañía de un delfín?

—No —dijo Lenov confuso—, pero...

—Entonces déjeme en paz. Lo que hiciera no es asunto suyo.

—Permita que le recuerde que está en la única parte de la nave que es asunto mío. —Su voz era tan fría como educada.

Susana se mordió la lengua. No debía olvidar que Lenov era el responsable de los delfines. Al resto del personal, si bien el tanque no les estaba prohibido, tampoco se les alentaba a ir sin permiso. Un informe negativo del ruso y a Okedo podría ocurrírsele prohibirle la entrada. Era una eventualidad en la que Susana no podía ni

pensar.

—De acuerdo, lo siento. Lamento haberle asustado, pero no era mi intención; mi marca está en diez minutos bajo el agua, así que...

—¿Cómo ha dicho? ¿Diez minutos?

—Sí.

—Eso es imposible.

Susana se encogió de hombros.

—No para mí. ¿Puede tirarme el albornoz?

—Sí, claro.

Lenov tomó dicha prenda y notó algo sobre ella...

—¿Me lo da?

—Cuidado que no se moje.

Lo arrojó. Susana sacó un brazo fuera del agua y lo atrapó en el aire. Se lo puso mientras trepaba hasta la pasarela.

Lenov miró al trasluz el diminuto objeto. Una cápsula.

—¿Por qué ha cogido eso?

—¿Y qué es *eso*? —El ruso sostuvo la cápsula entre índice y pulgar.

Esta vez Susana estuvo a punto de perder los estribos. Intentó arrebatársela a Lenov, que apartó la mano.

—¿Qué es? —insistió.

—Es usted un... —Susana intentó contenerse—. Ha estado hurgando en mis ropas.

—No he hurgado *en* sus ropas. Estaba *sobre* sus ropas y no pude dejar de verlo.

Susana tendió su mano derecha.

—Devuélvame.

—De acuerdo. —Lenov obedeció—. Pero ¿de qué se trata?

—Un... preparado a base de algas —dijo Susana guardando la cápsula en un bolsillo del albornoz—. Vitaminas. Ahora, si me disculpa...

Lenov esperó hasta que Susana hubo abandonado el tanque y abrió su puño izquierdo. En él había un poco del polvillo blanco que contenía la cápsula.

... *Santificado sea Tú Nombre...*

... *Venga a nosotros Tú Reino...*

... *Hágase Tú Voluntad...*

... *en la Tierra...*

Era agradable rezar, consideró el padre Álvaro en la soledad de su camarote; dejar que la mente pisara los mismos caminos una y otra vez, dejando la realidad atrás como postes junto a la cuneta, transformándola en algo intangible, casi anecdótico.

... *en el Cielo...*

Estaba sentado en el borde de su litera, su cabeza descansando entre sus manos,

su frente perlada por un sudor frío. Acababa de despertar...

La misma pesadilla de siempre.

El Exterminio... todos aquellos cadáveres amontonándose en las calles... cadáveres pequeños, hinchados, cadáveres de niños...

... *El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy... y perdona nuestras ofensas...*

... *así como...*

Poco antes de la *Tormenta de Positrones* había visitado periódicamente *Alto-Amu*. Ser recibido por un enjambre de chiquillos, se había convertido en una agradable costumbre; los hijos de los colonos, que revoloteaban ruidosos en torno al aparato apenas se detenía.

Habían pasado cinco meses desde que descubriera aquella extraña planta cerca de aquel poblado. Fray Álvaro casi se había olvidado de ella. En realidad, nadie se había tomado la molestia de explicarle de qué se trataba. Cuando los expertos llegados desde Europa se hicieron cargo del asunto, él pasó a convertirse en un cero a la izquierda.

No le importaba en absoluto. Había descubierto algo mucho más precioso en aquel poblado olvidado por Dios.

—Ayúdame con esto, venga —dijo el religioso dirigiéndose a la parte de atrás del ultraligero, cercado por la barahúnda de chavales.

El paquete cilíndrico estaba envuelto por una lona y atado con cuerdas. Nerviosos, los muchachos le ayudaron a soltarlo.

Lo depositaron con cuidado sobre el suelo de arena y lo desenvolvieron. Contenía un grueso tubo de cobre de unos veinte centímetros de diámetro, y un juego de lentes.

—Id montándolo... Con cuidado. —Él ya les había enseñado a hacerlo.

Una de las niñas se acercó al religioso y le tendió un librito muy delgado, forrado cuidadosamente con papel de periódico. El franciscano la reconoció: Alexandra, una pequeña encantadora.

—¿Lo has leído? —preguntó fray Álvaro, pasando con rapidez las páginas repletas de los ingenuos dibujos del aviador francés.

—Sí. Es fantástico —dijo la chiquilla, abriendo sus grandes ojos oscuros—. Me ha gustado mucho, hermano.

Fray Álvaro sonrió. *El Principito* había sido el primer libro que él había leído en su vida. Las imágenes de la *serpiente abierta* y la *serpiente cerrada* habían formado parte de su infancia.

—Quédatelo —dijo el franciscano devolviéndole el librito—, como mi regalo.

—¿Qué?... ¿de veras? Gracias.

—¡Ya está, hermano! —gritaron a coro los chicos.

Fray Álvaro se acercó al telescopio que él mismo había construido, y comprobó que estaba perfectamente montado sobre su base. Sacó un pequeño ocular de un

bolsillo y lo encajó en un orificio lateral. Después se dirigió al ultraligero y volvió con un grueso filtro de color verde.

—Hoy exploraremos el Sol —anunció mientras colocaba el filtro en la boca del telescopio—, la fuente de toda nuestra luz. Y los astrónomos siempre nos hemos dirigido hacia la luz... como las polillas. —Los niños rieron con escandalosa sinceridad—. Ajá, ya está.

—¿Podemos mirar ya?

—Podéis mirar. —Fray Álvaro se apartó a un lado para que los chiquillos pudieran ir acercándose al ocular—. La gran bola verde es el Sol. Todo el Sol. Y la mancha que se ve de este lado es algo más grande que la Tierra.

—¿Todo eso es el Sol?

—Sí, nuestro Sol.

—Pero es de color verde...

—No, no. El Sol no es verde, pero lo ves verde por efecto del filtro. Sin él, el Sol, lastimaría vuestros ojos....

Los chavales se amontonaron, empujándose.

—Vamos, vamos, de uno en uno. A ver, ahora te toca a ti. Dejad que las chicas pasen primero, sed caballerosos.

Alexandra se inclinó sobre el ocular y exclamó: ¡Ohhh!

—Esas manchas oscuras que ves —le explicó el religioso acuclillándose junto a ella— son más grandes que el lago Aral, más grandes que toda la región de Ustyurt, más grandes que la Tierra entera.

—¡Caray!

Álvaro pensaba que todo ser humano tenía algo dentro que le instaba a contemplar el Universo; no era algo que precisase meditación, simplemente les empujaba a desear comprender cómo funcionan las cosas. A comprender a Dios...

—La mancha que ves de mi lado es algo mayor que la Tierra; acaba de aparecer por efecto de la rotación...

—Gracias, hermano Álvaro.

—No me lo agradezcas a mí, Sandra, es tu Sol. Nuestro Sol. La única cosa que disfrutamos que es propiedad de todos.

En Italia solía llevar su telescopio por las calles montado sobre unas ruedas, y cuando un niño preguntaba *¿eso qué es?* Respondía: *Es un telescopio, ¿quieres mirar por él?* Naturalmente que quería.

En una ocasión, escapó de noche del monasterio para, aprovechando que sus padres no estaban, montar su telescopio en casa de un chico.

Repitió esto varias veces, hasta que, finalmente, fue descubierto.

Fray Álvaro se estremeció. No quería recordar aquello; dolía como un nervio expuesto, al ser tocado por descuido. Era mejor encerrarlo en un rincón de su mente y

tirar la llave...

Habían dicho cosas terribles de él... sus propios hermanos... Acusaciones nauseabundas. No quería recordar aquello...

El provincial le había dicho: *Yo te creo, hermano. Creo en tu inocencia. Pero éste es también tu principal pecado, no es bueno mantenerse tan inocente en un mundo tan sucio como éste.*

Después le destinaron a *Alto-Amu*. El lugar más remoto que lograron encontrar. Ignoraban el gran favor que le estaban haciendo.

Mirar el Universo es una cosa, comprenderlo es otra muy distinta.

... *Así como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden...*

Lenov golpeó con los nudillos la puerta del camarote de Susana.

—¿Puedo pasar?

—Es mi turno de sueño, Lenov —respondió Susana desde el interior de su camarote—, ¿no puede regresar en otro momento?

—Es... importante.

—De acuerdo —respondió la mujer con tono de fastidio, y la puerta se abrió con un susurro neumático.

Susana estaba sentada sobre su litera, vestida con lo que parecía su uniforme habitual: pantalones cortos y camiseta. Había decorado las exiguas paredes con innumerables fotos de delfines y ballenas.

—Bonitas fotografías ¿Las ha hecho usted? —dijo el ruso acercándose.

—¿Qué quiere? Tengo ganas de estar sola.

Lenov abrió los brazos.

—Siempre está sola.

—Ése es mi problema. ¿Ha venido ha decirme eso o está intentando ligar conmigo?

Lenov sonrió.

—Ni lo uno ni lo otro. En realidad, vengo a confesarle que no he jugado limpio con usted...

Se detuvo, esperando que Susana dijese algo; ella siguió contemplándole en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho. Lenov decidió continuar.

—Tomé una muestra del contenido de esa cápsula...

—¿La... cápsula?

—... se la llevé al sargento Fernández, para que la analizara...

La etóloga estalló:

—Usted no tenía ningún derecho a...

—Por favor. —Alzó la palma de la mano—. En el tanque, sin duda que lo tengo. ¿Sabe lo que es? Qué tontería, claro que lo sabe. Un mejunje conocido como *meta-éxtasis*. Consulté la biblioteca de la nave: el *meta-éxtasis* es el nombre popular de una

mezcla de drogas sintéticas. Usted se ha estado metiendo bajo el agua, en *mi* tanque, con esa droga corriendo por sus venas. Me decepciona usted, Susana.

Susana sonrió con sarcasmo.

—¿No lo sabía? Ésa es mi especialidad: decepcionar. Siempre lo consigo. Sólo es cuestión de tiempo.

—Pero... no lo entiendo, ¿por qué hace algo así? —Deje de comportarse conmigo de esa forma tan paternalista. Usted no se parece en nada a mi padre.

Apenas lo hubo dicho, Susana comprendió que esto no era cierto. En realidad, Lenov sí se parecía a su padre; tenía el mismo aire de suficiencia, la misma actitud de héroe varonil capaz de controlar cualquier situación. Y el mismo inevitable atractivo.

—Creía que era usted ecologista —dijo él con tono de reproche—; que amaba lo natural, todo eso...

Susana tenía dos opciones; o lo expulsaba de su camarote con cajas destempladas (en cuyo caso él iría al momento a hablar con Okedo), o intentaba ser razonable. Decidió la segunda.

—¿Cómo consigue comunicarse con los delfines? —preguntó.

—¿Qué? —Lenov la miró confuso. Bien.

—Usted trabaja con delfines; habla con ellos, ¿cómo?

—Mediante un programa de ordenador, obviamente.

—Un traductor.

—Sí.

—¿Y sabe quién descifró su lenguaje?

—Usted. Pero...

Susana tomó aliento.

—El ordenador tan sólo puede darle una traducción en los casos más sencillos. Su lenguaje es holístico.

—¿Holoqué?

—Holístico. El todo es más que la suma de las partes, ¿comprende?

A Lenov, la expresión le recordaba a *holografía*. Asintió con la cabeza.

—No hay sustantivos, adjetivos, verbos, todo eso. La orientación del cuerpo del que habla, altera el significado del mensaje. No es lineal. Es como... un cuadro. Debe verse como un todo, no descomponerlo en partes. Consta de una trama de sucesos en el espacio-tiempo y sus ligaduras causales, formando... ¿cómo decirlo? Espere.

Escribió algo en una libreta y le mostró el resultado.

—Esto es una pálida imitación de lo que sería, escrito, el lenguaje de los delfines. El ruso leyó:

adentro en que se odian dos colores

el tablero en su severo ámbito

hasta el alba mágicos fulgores

las formasen su grave rincón
los jugadores las lentas piezas
rigen irradian los demora
torre caballo alfil reina rey
homérica ligero oblicuo armada postrero

—No entiendo nada —dijo confuso—. Trata sobre el ajedrez, eso seguro. Jugadores, tablero, las piezas, dos colores que se odian. Y esa línea final... Me rindo. ¿Qué es?

—Las dos primeras cuartetas de un soneto de Jorge Luis Borges:

*En su grave rincón, los jugadores
rigen las lentas piezas. El tablero
los demora hasta el alba, en su severo
ámbito en que se odian dos colores.»
«Adentro irradian mágicos fulgores
las formas: torre homérica, ligero
caballo, armada reina, rey postrero,
oblicuo alfil y peones agresores...*

Lenov movió la cabeza abstraído; contempló el papel mientras Susana pensaba en el soneto. Parecía singularmente adecuado para la situación que vivían.

Como en el ajedrez, todos eran peones. La mano del jugador gobernaba su destino. Y Dios mueve al jugador.

¿Qué dios detrás de Dios empezó la trama?

Lenov seguía examinando la hoja.

—Intente imaginar qué pasaría si nuestro lenguaje fuera el equivalente sonoro del dibujo.

—Entiendo lo que quiere decir...

Lenov miró a la mujer con admiración. ¡Mierda!, ella *hablaba* con los delfines sin ningún tipo de ayuda, excepto aquel silbato.

—Los sentidos humanos son... poco adecuados. En ocasiones no son lo bastante poderosos, en otras resultan poco sutiles.

—¿Quiere decirme que necesita una droga para hablar con los delfines?

—Un *fármaco* que me ayuda a hablar con los delfines —rectificó ella, sentándose al borde de la litera—. Verá, cuando comprendí mis limitaciones sensoriales, intenté superarlas. Al principio tenía ideas muy románticas. Me interesé por lo oriental, la meditación, el desarrollo interior, todo eso. Había oído hablar de yoguis que podían permanecer enterrados durante horas... ¡Era justamente lo que necesitaba!

—¿Y...?

—En su mayor parte, mentira. Falso, supercherías. Trucos de salón para

convencer a unos cuantos crédulos... Créame, Lenov, sólo la Ciencia ha dado respuestas verdaderas a la Humanidad.

»Así que, entre el *Ki* y la Química, tuve que conformarme con la Química.

—Sigue pareciéndome peligroso.

—Lo es, para alguien que sólo busque paraísos artificiales; pero yo lo uso según prescripción médica. Me someto a chequeos regulares... Con su ayuda he logrado descender al fondo del Océano, y hablar con los delfines en su medio y con su lenguaje. No corro ningún peligro en su querido tanque.

Lenov lo pensó un momento. Después asintió lentamente.

—De acuerdo, aceptaré su palabra sobre eso...

—Gracias. —Susana le sonrió. *Y por mí puedes irte al infierno.*

... en todas las pantallas de la nave...
 ... disco solar crece con mucha más velocidad...
 ... no creo que el casco se caliente...
 ... un momento peligroso...
 ... esta nave tiene un duro pellejo...
 ... demasiado cerca del Sol...
 ... pensáis hacer si...

Susana rebulló. Intentó concentrarse en las palabras de Benazir, por encima del mare mágnum del puente.

—Nos ocultaremos tras la sombra del cometa —le explicaba la astrónoma—. Eso nos permitirá aguantar el tiempo suficiente para bajar y echarle una miradita.

—Pero ¿y si se desintegra?

—No hay problema. Esta nave ha sido diseñada para viajar impulsada por un pequeño sol. Claro que tendremos que alejarnos lo más rápidamente posible, pero...

—¿Qué esperas encontrar ahí?

Benazir se distrajo un momento mirando el cometa. Éste seguía creciendo en la pantalla central.

Había recorrido un largo camino para llegar allí. Dos años antes del *Exterminio*, hastiada del fanatismo supersticioso de sus compatriotas, había abandonado su casa, sus amigos, y había huido hacia el Norte. Un joven mercenario *fedayin* le había ayudado a cruzar el Puente de Gibraltar. Fue inmediatamente enviada a Marte por la *Velwaltungsstab*. Sus hipótesis referentes al cometa Arat, fueron tomadas muy en serio por sus colegas europeos. Al principio esto la había desconcertado, eminentes científicos varones la escuchaban atentamente y con admiración. Sonrió. No eran tan igualitarios como presumían, aunque había de reconocer que se esforzaban en serlo.

—Perdona, ¿cómo has dicho? —preguntó volviéndose hacia Susana.

—¿Qué esperas encontrar?

—Semillas.

—¿Has dicho... semillas?

—Ajá.

—Pero...

—Fred Hoyle sostenía que las epidemias de gripe, entre otras, tenían su origen en microbios procedentes del espacio. ¿Conoces la historia?

—Sí, afirmaba que la enfermedad no podía extenderse horizontalmente, de un enfermo a otro. Las epidemias eran similares en áreas de igual longitud geográfica.

—Exacto. Su argumento era que los vientos soplan en dirección más o menos paralela a las líneas de latitud y, según él, esperaríamos cambios en la difusión de las

enfermedades en zonas de diferente latitud, pero no en las de diferente longitud.

»Cuando empezaron a aparecer las plantas alienígenas por toda la Tierra, aplicamos los diagramas de Hoyle sobre difusión de materia proveniente del espacio... y encajaban a la perfección.

Benazir señaló la pantalla, Susana se volvió, y contempló la esplendorosa cola cometaria.

—Esa cola está formada por gases, restos de materia, elementos diversos arrancados por la presión solar del núcleo del cometa. Éste va dejando tras de sí un rastro de escombros. En ocasiones la órbita de la Tierra puede atravesar estas corrientes meteóricas, interceptando los escombros cometarios que producirán periódicas lluvias de meteoros.

Estrellas fugaces, un bonito espectáculo para disfrutarlo antes del Exterminio.

—¿La Tierra atravesó el rastro del Arat?

—Sí. Qué casualidad, ¿verdad?

—Es... horrible.

—Al contrario, es perfecto. La esencia del viaje espacial rentable reside en reducir al máximo el uso de energía y materia, evitando así costes prohibitivos de transporte. Si queremos enviar una máquina muy compleja a, digamos... un año luz de distancia, nos resultará más práctico mandar la información necesaria para construirla, no la máquina en sí.

—Una *semilla* —comprendió Susana—, que a su llegada a un planeta adecuado, esto... germinaría, produciendo todos los instrumentos, ojos, oídos, transmisor de radio, etc., necesarios para estudiar el lugar y transmitir los resultados.

Susana empezaba a comprender las posibilidades de aquella biotecnología: sondas microscópicas, orgánicas, inundando la galaxia, moviéndose a velocidades relativistas, con un consumo de energía prudente, y un riesgo imperceptible de impacto meteorítico. Al ser tan ligeras, las aceleraciones violentas tendrían unos efectos inerciales mínimos; bastaría simplemente con dispararlas al espacio interestelar desde un satélite orbital. ¡O un cometa!

El padre Álvaro llevaba más de doce horas ininterrumpidas en el observatorio. En ese tiempo, solamente había comido un *sandwich* que le había traído Benazir. Se sentía agotado, pero feliz como un niño con un juguete nuevo.

La coma cubría ahora la mitad del firmamento visto desde la *Hosbikaze*. Pronto se sumergirían en ella; ya estaban lo bastante próximos como para distinguir su estructura interna. El halo de gases, que con tal claridad destacaba cuando estaban lejos, se había enturbiado al acercarse, hasta convertirse en una casi invisible neblina. Habían varias capas y subdivisiones en la coma, producto de la interacción de gases y polvos con la luz y el viento solar. La coma interna era rica en polvo, opaca y lechosa, con penachos irregulares de gas.

Por fortuna, esto limitaba el espacio para la búsqueda, ya que el núcleo debía estar en el centro de la coma. El padre Álvaro recordó haber leído sobre las dificultades que tuvo la sonda Giotto para localizar el núcleo del Halley.

Por fin, la nave penetró en la coma externa. El comandante ordenó una reducción de velocidad, a fin de dar más tiempo a la búsqueda y disminuir dicho riesgo.

La envoltura de gas era tenue, invisible a no ser por su fluorescencia azul. La coma interna era una ameba irregular no más grande que la Luna, con brillantes pseudópodos. Los penachos de gas se elevaban como surtidores en un fuerte día de viento, curvándose lejos del sol, cambiando su configuración de hora en hora.

Era el resultado de la interacción de los gases ionizados con el viento solar y el campo magnético solar. El radar no les servía de ayuda, el polvo daba ecos muy confusos.

El sacerdote trataba de levantar un mapa de los penachos, cuando de su reloj de pulsera surgió el sonido de un carillón. Se levantó y cogió los documentos que necesitaría.

La reunión comprendía un grupo pequeño de personas: el comandante Okedo, Benazir, el padre Álvaro, Susana y el teniente Shimizu.

En ella, los dos astrónomos expusieron sus resultados. Susana apenas oía, absorta en la pantalla.

Los planetas y lunas no varían de aspecto excepto en los rasgos de sus atmósferas, si las tienen. Ahora, en cambio, los viajeros de la *Hoshikaze* veían a un pequeño mundo sufrir cambios espectaculares día a día. El Arat había desarrollado dos colas: una compuesta en su mayor parte de polvo, de color dorado-amarillo, que se curva graciosamente a lo largo de sesenta millones de kilómetros; la otra, azulada como la llama de un mechero Bunsen y compuesta por gases, recta y mucho más corta: sólo diez millones de kilómetros.

La distancia entre la nave y el cometa era casi igual que la de la Tierra a la Luna. Siguiendo con el plan previsto, la tripulación había lanzado una de las sondas, según una trayectoria que atravesaría las colas recolectando materia, tanto en forma de gas como de polvo. La bautizaron *Kumotori*, Pájaro de las Nubes.

—La envoltura de gases y polvo, cabellera o coma —explicó Benazir a los reunidos—, posee un radio de unos seis mil kilómetros: ¡tan grande como la Tierra misma! En ese volumen de 904 800 kilómetros cúbicos, deberíamos localizar el núcleo de apenas unos kilómetros de radio.

—¿Le queda mucho tiempo de vida? —preguntó Shimizu.

—Tan sólo meses. La cola corta revela un contenido escaso en volátiles; la superficie debe estar casi toda ella formada de granulos sólidos de silicatos y materia orgánica, mezclados con bolsas de hielos de donde emerge la coma. Los cometas son *bolas de nieve sucia*. Éste es una *bola de suciedad nevada*.

—¿Han averiguado algo más concreto? —preguntó Okedo— ¿Hay algo anormal en ese cometa?

—Nada de momento —dijo el franciscano—. Es perfectamente normal.

—El padre Markus nos advirtió sobre la posibilidad de una Civilización Galáctica asentada en las nubes de Oort —insistió Okedo—. Los cometas serían, entonces, sus medios de comunicación. Markus supone que los halos cometarios de las estrellas se interpenetrarían en sus extremos más alejados; mezclando sus cometas, y sus civilizaciones...

—El padre Markus es un hombre extraordinariamente heterodoxo —sonrió el padre Álvaro—, incluso para ser jesuita.

—¿Usted no cree que esto sea cierto? —preguntó Okedo.

—No. La nube de Oort no puede extenderse mucho más allá de las cien mil unidades astronómicas. Es fácil demostrar que el agujero negro que ocupa el centro de la galaxia, a treinta mil años luz de nosotros, tiene fuerza suficiente para liberar de la débil atracción del Sol a cualquier cometa situado a distancias cercanas a las 200 000 u.a.

—Eso no es relevante, padre —le cortó Benazir, y se volvió hacia Okedo—. Comandante, ese cometa parece normal, pero me habría sorprendido si esto no fuera así. Es evidente que nuestros enemigos quieren permanecer ocultos, pero no debemos dar nada por sentado, en ningún momento.

—No voy a dar nada por sentado —dijo Okedo—. Déjeme eso a mí, es mi trabajo; sólo quiero saber si, en el caso de que existiera algo fuera de lo común en esa bola de nieve, usted lo detectaría.

—Sí, ésta es mi respuesta. He pasado toda mi vida estudiando los cometas. Notaría al instante que algo anda mal.

Los ojos le brillaban. Tendrían que confiar en ella, nadie se había posado jamás en un cometa.

Entraron en la coma interna. Era como viajar dentro de un enorme tubo de neón que parpadease con lentitud.

El casco registró muy pocos impactos, lo cual les tranquilizó. A Okedo solamente le inquietaban los chorros, que hacían balancearse un poco a la *Hoshikaze* al rozarlos. Por fortuna, la coma de un cometa no es muy densa; en condiciones normales, ese volumen de gas cabría perfectamente en una habitación.

Benazir creía haber localizado el punto de emergencia de los chorros de gas, que sería el núcleo. No estaba muy segura, ya que los chorros variaban mucho en intensidad y dirección, debido a la rotación del núcleo.

Y al fin lo consiguió. Señaló con ademán triunfal un punto en la pantalla. De él surgían grandes penachos de luz, como una gloriosa corona... y, casi invisible, una manchita oscura en la que ninguno de ellos se habría fijado. El comandante Okedo

ordenó igualar velocidades.

—¿Por favor, Vania, puedes echarme una mano con el traje? —dijo Benazir, complacida por la mirada de atolondramiento que le dedicó el ruso.

Apoyándose en el firme brazo de Lenov, Benazir se introdujo en la parte inferior de su traje con un movimiento felino.

Todos se habían reunido en la sala de juegos, el local más amplio de la *Hoshikaze*. Shimizu designó a los que iban a bajar con Benazir y él: el sargento Fernández, la cabo Oji Toragawa, Joe Michaelson, Jenny Brown, Masuto Tadeo, Diana Sanders y Shimada Osato. Mientras se metían en sus trajes de vacío, los demás desembalaron y alinearon, sobre una amplia mesa, una asombrosa cantidad de armas blancas y de fuego.

Susana no podía creer lo que veía. Parecía una película oriental de *ciberninjas*: espadas, *katanas*, pistolas, bayonetas, cuchillos, revólveres, subfusiles, rifles automáticos, escopetas recortadas, incluso un par de cilindros que reconoció como rifles láser. Una a una las fueron repasando con meticulosa precisión, limpiándolas de grasa, haciendo chasquear sus mecanismos, comprobando sus medidores de munición. Las culatas eran plegables, especiales para su manejo con el traje de vacío.

Durante el viaje, los guardias de la *Kobayashi* le habían recordado a Susana un alegre grupo de deportistas. Pero ahora se dio cuenta de que eran combatientes listos para la acción. Su llaneza de trato se había extinguido.

—Con exactitud, ¿qué esperáis encontrar ahí abajo? —le preguntó a la cabo Oji.

—No lo sé —dijo ella con despreocupación—. Pero, sea lo que sea, estaremos preparados.

—¿Tú crees? —El tono de Susana era decididamente burlón—. Si se trata de las mismas criaturas que incineraron la Tierra entera con sólo hacer así —chasqueó los dedos—, y queréis pelear con ellas a tiros y sablazos... No lo puedo creer.

Con un chasquido seco, el sargento Fernández ajustó un cargador en el arma que había elegido, un subfusil HK-07.

—Un cuchillo puede ser tan mortal como un rifle láser. O más, depende de quien lo maneje.

Benazir se acercó al grupo, con un gesto de preocupación apenas visible a través de la placa facial. Estaba a punto de suceder lo que había deseado desde hacía tanto: pisar la superficie de un cometa. Pero, como a Susana, todas aquellas armas la ponían nerviosa. Se preguntaba si serían necesarias en realidad.

—¿Estáis ya todos? —dijo Shimizu a través de su altavoz exterior—. Levantad la mano los que falten. ¿Nadie? Bien, muchachos, en columna de a uno, y seguidme.

El grupo fue hacia la cámara de descompresión. Ahora la cubierta giraba sobre su eje. Pero Okedo había previsto el giro a un cuarto de gravedad, de modo que los

hombres cargados pudieran ascender por los radios sin problemas.

A quinientos metros de la superficie, el núcleo del cometa parecía cubierto de sangre coagulada rojo-negruczca. Benazir no pudo evitar esta macabra metáfora mientras caía hacia el diminuto mundo.

El traje espacial llevaba a su espalda una enorme mochila conteniendo el sistema de soporte vital, el equipo de radio y los propulsores de helio. Dos reposabrazos como los de un sillón de barbero llevaban los mandos de los propulsores; dos estribos que sobresalían por debajo servían para apoyar los pies. Se suponía que el astronauta debía desplazarse con las piernas flexionadas, como si fuese sentado.

Las piernas no les serían de mucha ayuda, la gravedad de aquella bola de nieve no sobrepasaba los 0,00001 *g*. Un ser humano pesaba allí apenas un gramo, una zancada enérgica le haría saltar del cometa. Debían confiar en los chorros, más que en sus músculos, demasiado gulliverianos en aquel planeta pigmeo.

Benazir manipuló el mando de control de actitud y cabeceó hasta dirigir sus pies hacia el cometa. Cuando estuvo cerca de la superficie, disparó los chorros para reducir velocidad y estiró las piernas. ¡Chof!

No fue un *cometizaje* suave ni digno. Se había hundido hasta las axilas en aquella cosa rojo-negruczca. La cabo Oji se aproximó a ella.

—¿Te encuentras bien, Benazir? —Sí... uf... Gracias.

Salió apoyándose en las manos. Por suerte, la corteza del cometa no era más sólida que la ceniza de un cigarrillo.

Oteó a su alrededor para orientarse. El grupo flotaba cerca de la superficie, formando una tosca esfera. En la bóveda celeste podía ver la mole de la *Hoshikaze*, una insólita luna rematada en la gran copa de la tobera de fusión. La nave estaba brillantemente iluminada por el cada vez más cercano Sol, cuya luz se reflejaba en su panza e iluminaba el paisaje. La temperatura sería pronto insoportable.

Otra fuente de luz iluminaba el paisaje, un penacho que brotaba justo debajo del horizonte. El impresionante chorro ascendía hasta salir del cono de sombra del núcleo, reflejando la luz del Sol.

El terreno era muy irregular, formado por aquella materia oscura, hielo pardo rojizo o blanco en algunos puntos. Recordaba poderosamente la lengua de un glaciar; la costra rojo-negruczca recubría el hielo como una morrena.

En algunos lugares, trozos de costra habían protegido al hielo subyacente contra la luz solar, en tanto que el circundante se había vaporizado. El resultado era una especie de mesas en forma de hongo, similares a las que pueden verse en los glaciares o a las *chimeneas de hadas* que se forman por acción de la lluvia. Había docenas de ellas; Benazir se inclinó para observar debajo de una, admirando la perfección geométrica de los cristales de hielo.

—Deberíamos tomar muestras directamente del penacho —dijo Benazir.

—Walt —preguntó la cabo Oji—, ¿a qué distancia estamos de eso?

—Pues... el horizonte estará a unos sesenta metros. No más allá de cien.

—¿Tan cerca? Bien, vamos.

Propulsados por sus mochilas recorrieron la superficie, a muy baja velocidad.

Era todo un problema. Como bastaba un leve impulso para escapar de la gravedad del cometa, se veían obligados a inclinarse hacia delante, paralelos al suelo, y efectuar un breve disparo de los chorros para evitar salir disparados y volar más o menos a una distancia constante del terreno.

Conforme Benazir y Oji se acercaban al penacho, el cielo se volvía azul. La astrónoma estaba fascinada; los gases y polvos desprendidos del Arat por el calor solar formaban una turbulenta y efímera atmósfera que, al no ser retenida por la débil gravedad, se elevaba y formaba la coma.

Allá arriba era el turno de las partículas cargadas procedentes del Sol, el campo magnético solar y la débil presión de la luz las que se encargaban, por un proceso muy complejo, de dar forma a las colas. Éstas emitían luz por dos procesos distintos: la cola de gas presentaba una hermosa fluorescencia al ser bombardeada por la luz azul-violeta. La cola de polvo, formada por partículas más grandes, dispersaba el espectro solar, dando un color amarillo.

Benazir se acercó al borde del penacho...

—¡Ooohhh! ¡Venid a ver esto! —exclamó atónita.

La base del surtidor de gases era una especie de circo de varios cientos de metros, una depresión ancha y poco profunda cuyo fondo estaba formado de hielos blancos. En él se alzaban una especie de mesas como las que ya había observado, como hongos de sombrerillo negro y tallo blanco.

Pero lo más sorprendente era la nieve. A medida que el hielo se calentaba y se convertía en vapor, arrastraba en su ascenso fragmentos sólidos que se iban evaporando en la subida. El resultado era que nevaba... hacia arriba. Copos grandes y pequeños subían majestuosos, desintegrándose en el proceso.

—¿Qué hacemos, Benazir?

—Tomar una muestra de gases —dijo ella—. Debemos saber qué se cuece en esta caldera.

—Bien. ¿Cómo lo haremos?

—Muy fácil. Esperad aquí.

—¿Qué?

Benazir accionó su chorro y se lanzó a atravesar la base del surtidor.

—¿Pero qué...?

—¡Benazir, mate! ¡Espera!—gritó Oji.

—¿Nan? —sonó la voz alarmada del comandante Okedo, hablando desde el puente de la *Hoshikaze*.

—No pasa nada, comandante —dijo Benazir—, voy a recoger unas muestras de gas... el chorro es tan tenue que no se siente nada... excepto que el cielo se vuelve más y más azul. ¡Es maravilloso!

Con una mano, abrió los recipientes sellados al vacío que llevaba al costado.

—¡Tendríais que probarlo, es estupendo! —exclamó Benazir, riendo como una muchacha. Fernández y Oji la siguieron.

Benazir tenía razón, era maravilloso. Podrían estar volando en ala delta sobre los Alpes.

Un gran trozo de sustancia oscura se elevó mayestáticamente, como una nube sólida de hollín. Benazir lo vio a tiempo, y se desvió con prudencia. De todos modos dudaba que un choque con aquella materia pudiese causarle daños a ella o su traje.

Los tres llegaron sin novedad hasta el otro extremo del circo.

—*Benazir, no deberías correr esos riesgos* —le recriminó Shimizu—. *Estamos aquí para algo. La próxima vez déjales ira ellos en primer lugar. Jenny, no te separes de ella.*

—*A la orden.*

—*Lo siento* —se disculpó Benazir.

Su tono de voz era tan sincero que Shimizu no pudo menos que soltar una risita.

—*Iremos en tres grupos de tres* —ordenó—. *Joe, Shimada y yo seremos el grupo A. Oji, Masuto y Diana, el B. Benazir, Jenny y Walter serán el C. Desplegaos, manteniendo contacto visual. ¡En marcha!*

Dar la vuelta al hemisferio no les llevó más de una hora. Tomaron muestras de cada tipo de superficie: hielos blancos o rojos, costras negras, en lugares escogidos al azar, a fin de garantizar su homogeneidad. En cada equipo había un cámara que filmaba en vídeo.

Benazir, ayudada por Fernández, hizo detonar una pequeña carga explosiva hundida en el hielo. La cabo Oji instaló el radiofaro. Era una precaución esencial; el núcleo era un cuerpo pequeño, su superficie era de dos kilómetros cuadrados, y podían tardar mucho en localizar la nave.

Mientras tanto, la *Hoshikaze* se acercó hasta casi rozar la superficie. El padre Álvaro y los cuatro tripulantes se hallaban reunidos en el puente, en torno a los vasitos de té, contemplando las imágenes transmitidas desde el Arat.

Benazir les hablaba desde una pantalla. Su rostro apenas se distinguía bajo el casco.

—*Tenemos una novedad. El sondeo sísmico indica que hay agua líquida a unos cuatrocientos metros de profundidad* —informó.

—*La mitad del radio del cometa* —dijo Okedo.

—*¿Es eso normal?* —preguntó Shikibu.

—En absoluto —contestó el sacerdote mientras comprobaba los datos transmitidos por Benazir—. Ese cometa es demasiado pequeño para contener un núcleo líquido de ese tamaño. Aquí parece regir un nuevo principio.

—¿No puede haber algún error? —A Shikibu le parecía muy extraño.

—No. Las ondas S desaparecen a los 456 metros de profundidad, creando una zona de sombra donde únicamente llegan ondas P rezagadas...

—Un momento. ¿Qué son las *ondas P* y *S*?

—Ondas sísmicas —explicó el padre Álvaro, con un punto de impaciencia—. Las ondas *S* no se propagan en medio líquido. Son como vibraciones de la cuerda de un instrumento musical, ¿comprenden? El líquido no ofrece resistencia a doblarse. Las ondas *P* son distintas, de compresión. Como el sonido. El líquido les hace perder velocidad. Provocando un pequeño terremoto con explosivos, se registran las ondas en diferentes puntos... y, bueno, el resultado está claro. El núcleo produce una sombra de ondas *S*. Por el tamaño de la sombra podemos deducir el del núcleo líquido.

—Benazir —dijo Okedo hablando por la radio—, ¿tienes alguna explicación para eso?

La voz de Benazir titubeó.

—*Parece que hay algo de material radiactivo interior. Eso lo calienta algo... por otro lado, el hielo es un buen aislante, de modo que el núcleo pierde calor muy despacio... Pero este cometa no tiene bastante masa como para mantener una bolsa de agua de ese tamaño en su interior. Creo que deberíamos hacer llegar una sonda hasta allí.*

—¿Cómo vamos a hacerlo? —Okedo arqueó las cejas—. Hay mucho hielo que retirar.

—He pensado algo —dijo Kenji, el ingeniero, un hombre muy joven y con aspecto de universitario—. Es un poco arriesgado, pero podría funcionar. Tenemos un máser de comunicaciones muy potente; pues bien, vaporizaremos unos cuantos miles de toneladas de hielo...

—¿Cómo? —exclamó el sacerdote, asombrado.

—... aproximadamente un octavo de su masa, y llegaremos hasta lo que sea.

—¿Tan sólo un poco arriesgado? —se mofó Okedo.

—No tenemos otra opción, comandante. No disponemos de nada que nos permita excavar lo bastante aprisa. Nos detendremos a unas decenas de metros por encima de la bolsa de agua, y terminaremos el trabajo con métodos más tradicionales.

El comandante arrugó la frente.

—Podemos estudiar el plan. De momento, doctora, ustedes deben regresar.

—*¿Tan pronto?*—dijo Benazir, frustrada—. *Comandante, es el peor momento. Nos preparábamos para introducir una sonda robot por una grieta. Tiene aspecto de*

ser bastante profunda.

—Las reglas son estrictas. —Okedo sacudió la cabeza—. Turnos de cuatro horas como mucho, una hora de descanso a bordo por cada hora al exterior. Teniente Shimizu, reúnanse y regresen.

A diferencia de la nave que los llevó a Marte, la cabina de pilotaje para los delfines podía inundarse de agua, cuando estaban bajo aceleración. Ahora, en la ingravidez, estaba vacía.

Para Semi seguía siendo una novedad nadar en el aire. Sólo podía moverse agarrando con la boca una serie de cables elásticos tendidos a lo ancho, o mediante repetidos coletazos. Pese a todo no le desagradaba; la atmósfera era cálida y saturada de humedad.

Susana flotaba a su lado, sudando por todos los poros de su piel. No llevaba sobre el cuerpo más que un intercom de pulsera y su silbato. Aquello era una sauna tibia.

Para los delfines, la nave era una enorme caracola.

Su lenguaje no tenía lugar para la metáfora; en caso contrario, se habrían comparado a sí mismos con cangrejos ermitaños, en una concha varios números demasiado grande.

La diferencia era que aquella caracola tenía inteligencia; pero no mucha más que los pólipos que se fijan a tales conchas, protegiendo y camuflando al cangrejo, a cambio de aprovechar las migajas de su comida y gozar de una movilidad de la que carecían sus parientes, fijos a la roca.

De modo que Tik-Tik y Semi vivían, trabajaban y holgaban en una feliz simbiosis con la nave.

Eran quienes disponían de más espacio libre para moverse. Ciertamente, el agua no sabía igual. Al principio del viaje sintieron leves achaques, que se agravaron con el tiempo. Nadie se había molestado en explicarles que procedía de los casquetes polares marcianos, y que se le había añadido una mezcla de sales en proporciones iguales a las del agua marina.

Aunque no era del todo igual. Susana descubrió que le faltaban minúsculas cantidades de ciertos minerales; tan minúsculas que el análisis químico apenas las detectaba, pero imprescindibles para la vida (ni siquiera ella podía traducir «oligoelemento» al delfines).

Remedió el problema añadiéndolos a su comida.

Susana recibió la convocatoria de Okedo a través del intercom. Empezaba a hartarse de esas reuniones. La verdad, ella pintaba poco.

—Me marcho —silbó.

—Tan pronto, *amigamí* —contestó el delfín—. ¿Qué ocurre en *úpequeño-raro mundo*? ¿Volveremos a nadar con *fuego-peso*?

—No lo sé. Volveré pronto.

Susana abandonó la cabina, se secó lo mejor que pudo y se vistió. El puente estaba a poca distancia. De nuevo se había reunido la cumbre: el comandante Okedo,

el teniente Shimizu, Benazir, el padre Álvaro, y además la primer oficial Yuriko y el ingeniero Kenji.

—... a ninguno de nuestros intentos de comunicación —decía Okedo—, y nuestro ordenador ha estado enviando mensajes en todas las longitudes de onda desde que llegamos. Si hay alguien ahí, es evidente que quiere permanecer oculto. Quizás esto les haga salir.

—¿Y le parece que eso es prudente? —decía Shimizu.

Okedo hizo un gesto de contrariedad.

—No, no lo es —admitió—. Pero no podemos hacer otra cosa. Hemos viajado hasta aquí para obtener respuestas; hasta ahora hemos averiguado muy poco.

Susana tomó asiento.

Se pasó la lengua por los labios; necesitaba urgentemente una Iso-Cola para reponer las sales perdidas. Aunque fuese agua con sal.

—Pero el peligro... —decía Yuriko.

—Es muy grande, cierto, pero somos prescindibles. —Shimizu asintió con gravedad.

—Creo que esto es una locura. —Susana había captado el tema de discusión—. Si este cometa es lo que supone Benazir, lo que vamos a hacer no va a gustarles nada a sus dueños.

Okedo y Shimizu le miraron con desagrado, como molestos por su intrusión. Pero estaban obligados a escucharla. O formaba parte del equipo directivo, o no tenía derecho a estar allí.

—Susana —dijo Benazir, conciliadora—, si el Arat es lo que yo creo, podría ser semejante a una sonda robot. Lo más probable es que, a quienes lo enviaron, no les importe ya lo que pase con él. Ya ha cumplido su misión. En cambio, podemos aprender mucho sobre ellos.

—Ya. Comprendo. —Susana se volvió hacia la pantalla.

Tal como lo presentaban, no debía haber riesgos, excepto el puramente físico de volatilizar unas cuantas megatoneladas de hielo. El argumento de Benazir parecía muy racional.

Deseó que realmente lo fuera.

—De acuerdo, vosotros —dijo el teniente, consultando una lista—. Va a bajar un segundo grupo. Iremos yo, la doctora Rajman y Jenny, como antes. Y Katsui, Harris y Johnston.

—¿Y los demás? —preguntó Jeremy Williams, un rubio corpulento y de cuadrada mandíbula.

—Tranquilo, Jerry, ya te tocará —dijo alguien.

—Sí, en el viaje siguiente —dijo la sargento Ono Katsui. Era un buen plan, bajaban tres con experiencia y tres novatos.

—Esta vez llevaremos un esqueleto —dijo Shimizu—. Enviaremos una sonda robot a la grieta, y veremos qué guarda este sitio en las tripas ¿Está todo claro?

—¿Quién pilotará el esqueleto, teniente?

—Shikibu. —La aludida alzó una mano. Era la que más contacto tenía con los combatientes, y Kenji había pasado a segundo plano.

—¿Alguna pregunta más? Bien, a los trajes y luego al hangar.

Lo que llamaban el *esqueleto* era oficialmente un VOT (Vehículo Orbital de Transferencia.) Era un extravagante artilugio que llevaba un nombre bien puesto; apenas un armazón vagamente alargado impulsado por cohetes. Como en un autobús atestado, los pasajeros iban de pie, sujetos por cables de seguridad al armazón.

Era sencillo y fácil de manejar, y se utilizaba para llevar personas o carga entre dos naves en órbita.

Los seis se acomodaron, mientras Shikibu se ataba ante el puesto de piloto. Pulsó un interruptor y se encendieron las luces del tablero.

—Listo, Yuriko —dijo a la radio—. Abre el portalón.

El esqueleto se alzó bamboleándose y se dirigió hacia la gran compuerta. Hubo una leve sacudida mientras cruzaban el misterioso campo que retenía el aire.

Pese a haberlo visto muchas veces en las pantallas, Shikibu sintió su ánimo sobrecogido ante el cometa. El firmamento presentaba un aspecto fantástico y cambiante, los gases y polvo de la coma reluciendo en azul, amarillo y carmesí.

La navecilla se aproximó gradualmente al núcleo rojo negruzco.

Los dos grupos se dividieron.

—Ono —dijo Shimizu—, ve tú con la doctora.

—*A la orden.*

—Los demás, vamos a la grieta. Shikibu nos llevará.

El esqueleto se elevó y alejó, mientras Ono y Benazir se posaban en la superficie helada del cometa. Benazir estaba absorta con los mapas de densidad que le mostraba un pequeño monitor en el interior de su casco. Ono miraba a un lado y a otro, intrigada por la novedad. Ambas mujeres avanzaron sobre el hielo, apenas rozándolo, impulsadas por sus mochilas.

Recorrieron unos cientos de metros. Benazir se detuvo a cinco metros sobre el hielo.

—Es aquí —dijo—. Éste es el punto donde la corteza es más delgada.

—¿*Estás segura?*—preguntó Ono.

—Por supuesto.

—*OK. Voy a marcar el lugar.*

No era tan fácil como parecía. En la Tierra hubiera bastado con una bengala. En el océano, con un colorante. Allí había que operar de otra forma.

Primero, las dos se elevaron un centenar de metros. Ono tomó un cilindro

alargado, acabado en punta. Del otro extremo salía un fino cable. Lo alineó visualmente con el punto señalado y dejó el cilindro flotando, con el morro puntiagudo apuntando hacia el punto señalado por Benazir. Con esa gravedad, tardaría mucho en caer.

—*Aleémonos unos metros, Benazir.*

Retrocedieron mientras Ono desenrollaba el cable. Éste acababa en una cajita cuadrada con un botón. Lo apretó.

Una brillante llamarada surgió de la cola del cilindro, que salió disparado hacia el Arat. El cable se soltó de las manos de Ono. Esperaba que el cohete no se desviase. Y que el cronometraje fuera exacto.

Cuando el cohete estuvo a unos cincuenta metros, estalló, esparciendo una gran nube verde fluorescente. Las gotitas de colorante impactaron contra la superficie helada, tiñéndola de un llamativo verde fluorescente.

Benazir habló por la radio:

—Ya está, comandante.

El grupo del teniente se deslizaba sobre el Arat en el esqueleto, pilotado por Shikibu. La joven estaba fascinada. Aquello de poseer el grado más bajo de la tripulación tenía sus ventajas, la mandaban a los sitios más emocionantes.

—*Ahora posaré mis pies en un mundo nuevo. ¡Cuando lo cuente en casa...!*

El cabo Michael Harris, un rubio delgado que le había dedicado varias miradas apreciativas, le dijo:

—*Procura aterrizar sobre ellos, guapa. Con esta gravedad, es fácil posar primero la nariz.*

Ed Johnston y Jenny Brown se echaron a reír.

—*Un pequeño paso para la Humanidad, pero un gran paso para Shikibu* —dijo la última.

El teniente Shimizu se fijaba en un mapa fotográfico.

—La grieta debe aparecer ante nosotros dentro de poco. Afinad la vista, muchachos.

—*¡Allí!* —Señaló Mike Harris—. *Vira un poco hacia la derecha.*

—*Hacia estribor, querrás decir* —rectificó Shikibu.— *Vale, hacia estribor. Es que nunca me acuerdo de cuáles son babor y estribor.*

El esqueleto se inclinó un poco. Allí aparecía: un profundo tajo en la costra del pequeño mundo. Resplandecía con un color blanco.

El esqueleto se acercó poco a poco hasta detenerse con suavidad, bajo la experta mano de Shikibu.

—*Fin de trayecto* —anunció—. *Podéis bajar a estirar las piernas.*

Los cinco se apearon, flotando sobre la superficie. Se aproximaron a la grieta.

Era una suerte que cayeran tan lentamente. Era muy profunda, de cincuenta o

sesenta metros de ancho y, como ya sabían, varios kilómetros de largo. El fondo no se podía distinguir; la luz del Sol no llegaba.

—El Gran Cañón del Arat —dijo Shimizu—. Esto merecería música de Dvorak. Venga, vamos a descargar la sonda. —*Teniente...*— Dime, Shikibu.

—*¿Puedo bajar al fondo? No podemos caernos.* —Nada de eso.— *Pero...*

—No discuta, oficial. Ahora estamos en tierra y mando yo. —*En Tierra, exactamente...*— Bueno, ya sabes lo que quiero decir. —*Oooooohhhh.*

Shimizu examinó la grieta. Quizá se estaba pasando de precavido.

Pero había algo que no le gustaba en aquel lugar. Algo que no sabía decir qué era.

Se encogió de hombros. Para eso estaba la sonda.

En el puente, el comandante asintió pensativo.

—Muy bien —dijo—. Alejaos de ahí, Benazir.

Okedo se volvió hacia el intercomunicador, y ordenó al delfín que situara la *Hoshikaze* en la perpendicular de aquel punto. En momentos así, no le gustaba recordar que no tenía ningún control directo sobre la nave. Pero, después de todo, no era distinto a depender de un ordenador.

Lenov se acercó a Okedo y dijo por su micrófono.

—Benazir, alejaos de ahí, rápido.

Okedo le miró un tanto rígido. Tampoco acababa de gustarle que toda aquella gente deambulara por su puente. Todo aquello era tan poco militar...

—No te preocupes, Vania, ya me han oído. Y además, no empezaremos a disparar hasta que la sargento me confirme que están en un lugar seguro.

—*¿No podríamos subirla a bordo antes de disparar el máser?*

Okedo bufó.

—Eso sería lo mejor, desde luego. Pero necesitamos alguien ahí abajo que controle el progreso de la perforación. Debemos andar con cuidado, si nos excedemos podemos atravesar el cometa. No tenemos experiencia con un tipo de trabajo así, por una razón muy sencilla.

—Nadie lo ha hecho antes.

—Sí. Claro que... Benazir ya no es necesaria ahí abajo —llamó—. Benazir.

—*¿Sí, comandante?*

—*¿Quieres subir a bordo?*

—*¿Es una broma, comandante?*

—No es una broma, es una tontería que os arriesguéis las dos.

—*Yo he diseñado esta misión, comandante. Haga subir a Ono, si así se siente más tranquilo.*

—*¡Ni hablar!* —dijo la aludida. Rápidamente rectificó—. *Eh... lo siento, comandante. A sus órdenes.*

—Bien, Ono, puedes seguir ahí abajo si lo deseas.

Definitivamente, todos aquellos civiles, no estaban resultando una buena influencia para sus hombres.

Tik-Tik empezó a mover la nave hacia el punto indicado. Para él no era muy distinto de nadar. Aquella máquina le proporcionaba un entorno perfectamente ajustado a sus instintos.

Ahora se sentía como si nadara por aguas turbias; el cometa era como un gran risco bajo el mar. Lo bordeaba con facilidad, sin sentir ninguna corriente que lo empujara hacia él.

La *Hoshikaze* estaba a varios cientos de metros sobre la zona marcada de verde chillón. Kenji desconectó la alineación automática del máser, que lo mantenía permanentemente orientado hacia Marte, e inclinó el reflector hacia el suelo con los mandos manuales. O lo intentó, ya que el montaje no podía inclinarse en ángulos tan extremos.

—Por favor, comandante, setenta grados de cabeceo sobre el meridiano treinta.

—Bien. —Okedo dio las órdenes oportunas al ordenador, que las traduciría y transmitiría al delfín.

—Correcto —anunció Kenji al cabo de unos minutos—. Tenemos la zona en el monitor.

—Ono, ¿estáis en lugar seguro?

—Sí, comandante.

Okedo se volvió hacia Kenji alzando en pulgar.

—Muy bien, dispara.

El ingeniero inspiró y giró un interruptor. Nada visible surgió del espejo, claro está. Pero, bajo ellos, empezó a burbujear una región elíptica de la superficie.

—Benazir, Ono, ¿todo bien?

—Sí, comandante.

—Recordad, no os acerquéis a la zona marcada.

—Descuide, comandante, no lo haremos.

Esperaba que fuera así. Okedo recordaba cómo queda la carne al microondas.

Kenji estaba mucho más tranquilo. Mantuvo un dedo sobre el interruptor principal, listo para apagarlo al menor problema.

Shimizu seguía con aburrimiento los progresos de la sonda. Bostezó. Miró el reloj. Volvió a bostezar. *Quien invente una manera práctica de comer un sándwich con traje espacial se hará rico. Mierda, si pudiera almorzar...* Pero no se podían ingerir más que alimentos líquidos o en papilla. Le hacían sentirse como un bebé comiendo potitos.

La pantalla no mostraba nada especial, salvo las paredes de hielo. Harris estaba al control y Johnston vigilaba los monitores. Pero también ellos sentían cierto muermo. La sonda seguía su ruta programada, arriba, abajo, desplazamiento a lo largo, arriba,

abajo, desplazamiento...

En cuanto a los monitores, se estaba grabando todo. Así que, si no surgía algo inesperado, no habría más que recoger la sonda cuando regresase, como un perrito fiel. Shikibu había entablado una batalla de bolas de nieve con Jenny; incluso eso parecía aburrirlas.

Volvió a mirar a la grieta. Nada más que muros blancos de hielo. Hielo, hielo, más hielo.

Le recordaba una grieta que vio en la lengua de un glaciar, practicando alpinismo. Un compañero suyo estuvo a punto de matarse al resbalar y caer en ella. Quizá fuera ésa la fuente de su aprensión.

Benazir y Ono observaban la operación a prudente distancia. Un nuevo penacho se elevó sobre ellas, desde el punto alcanzado por el máser. Era mucho más espectacular que un penacho natural, un monstruoso geiser del diámetro de un campo de fútbol. El máser estaba sublimando toneladas de agua por segundo.

—*¡Increíble!* —exclamó Ono echando la cabeza hacia atrás.

—*Atención, Benazir.*

—¿Sí, comandante?

—*Hemos cortado el rayo. Cuando se extinga el penacho, quiero que Ono se aproxime a la zona afectada para comprobar los resultados.*

—Muy bien.

—*Despacio, ¿eh?*

Las dos mujeres guardaron unos minutos, mientras el penacho amenguaba. Poco a poco, la tormenta ascendente de nieve, vapor y hielo empezó a ceder. Ono se puso en marcha.

Con lentitud se aproximó al borde del amplio cráter que el máser había abierto en la corteza del cometa. Aquello era impresionante. Se acercó y lo rebasó, con toda su atención puesta en retroceder a la menor señal de peligro.

No pasó nada. Sobrevoló el cráter; algunos copos aislados ascendían alrededor de ella, no era peor que una nevada de la Tierra.

—*¿Cómo va la cosa, Ono?* —preguntó Okedo por la radio.

—*Todo normal. El hielo se va evaporando muy despacio. ¿Reciben la señal de vídeo?*

—*Sí, pero descríbelo con palabras.*

—*Bien. El cráter es un gran hemisferio, de paredes perfectamente lisas y blancas. Se hunde unos treinta metros en el interior del hielo... Bueno, no del todo hemisférico. Es un poco más profundo que ancho.*

Benazir intervino.

—Comandante, creo que debería aumentar la potencia del máser. A este paso tardaremos mucho.

—*Permiso denegado. No nos precipitemos.*

—*Comprendido* —dijo Benazir, resignada.

—*Paciencia, doctora. Os relevaremos en una hora. Avísame cuando vuelvas a bordo.*

Benazir vio a Ono acercarse despacio hacia ella.

—*Comandante, puede continuar cuando guste* —dijo cuando estaba a unos pocos metros.

—*De acuerdo. Atención, lo activamos... ya.*

El penacho resurgió escasos minutos después.

—*Alfil negro come peón y jaque. Mate en tres jugadas. Si rey blanco a tres alfil, entonces reina negra come caballo y mate. Si rey blanco a tres caballo, entonces...*

El ordenador del traje de Shimizu describió minuciosamente la masacre. Su propietario dijo:

—OK, OK. Entrego el rey. —La verdad era que apenas prestaba atención al tablero, que brillaba en la pantalla de su antebrazo.

—*¿Desea jugar otra partida? Diga sí o no.*

—No.

—*Gracias por un juego tan interesante.*

—De nada, capullo.

Bostezó. Alístate en la Kobayashi, vivirás mil aventuras en mundos exóticos. Ja. Quien dijo que el ejército es un noventa y cinco por ciento de aburrimiento absoluto y un cinco por ciento de terror absoluto, fue un sabio.

Preguntó a Johnston:

—*¿Está ya de regreso esa puta sonda de los cojones?*

—No, *mi teniente.*

—Bueno. No dejes de avisarme.

—*No, mi teniente.*

—Voy a dar una vuelta.

—*Sí, mi teniente.*

Shimizu se deslizó con sus chorros sobre la grieta. Miró abajo por enésima vez. ¿Qué era lo que estaba mal? No había nada. Sólo hielo... hielo blanco...

El traje avisó:

—*Ritmo cardíaco en aumento. Noventa pulsaciones. Cien puls...*

—¡Johnston!

—*¿Teniente?*

—Al cuerno la sonda.

—*Pero, mi teniente...*

—Es una orden. Ya la recuperaremos por control remoto desde la nave. Si podemos.

—*Sí, mi teniente.*

—Atención todos, llamada general. Reúnanse de inmediato en el esqueleto.

—Adiestradora en el Cosmos —silbó Tik-Tik.

Tuvo que hacer un esfuerzo de concentración para entender lo que el delfín le decía. Su mente estaba ocupada por una marea de miedos y sensaciones. Y todos nacían de aquella miserable bola de hielo.

Susana había preparado un sencillo mensaje a partir de una docena de variaciones lógicas (diseñadas por ella misma) de los ideogramas marcianos, que podría traducirse por: «¿Hay alguien ahí?» No era muy original, de acuerdo, pero se enfrentaba a la imposibilidad de transmitirlo por otros medios que no fueran la radio común. No sabía con qué clase de órganos sensoriales contarían los hipotéticos receptores. Había acudido a la cabina de pilotaje, allí estaban las conexiones entre la nave y los delfines, y ella esperaba encontrar, con la ayuda de Tik-Tik, un canal de emisión, o algo parecido.

—Adiestradora en el Cosmos —repitió Tik-Tik.

Tomó el silbato que siempre colgaba de su cuello.

—Oigo.

—El pequeño-raro mundo hace ruido nuevo. Me pregunto si es/no es grave, peligroso.

—No lo sé.

No supo qué pensar. ¿Qué significaría lo que él llamaba *ruido nuevo*?

—Comunícate con Máquina-Que-Piensa.

—Oído.

En la sala de juegos, los guardias de la Kobayashi estaban siguiendo las operaciones en el cometa, a través de los monitores. O pretendiendo hacerlo. El aburrimiento empezaba a hacer mella en ellos. La cabo Oji Toragawa leía un librofilm; Kiyoko Fujisama jugaba al *go* (y perdía, por cierto) con George Martínez. Joe Michaelson jugaba al *gin-rummy* con el sargento Fernández. Shimada Osato practicaba la meditación zen. En cuanto a Diana Sanders y Masuto Tadeo, nadie sabía dónde estaban.

El padre Álvaro se había quedado dormido en su silla del observatorio. Se despertó, sin saber por qué, un presentimiento, una sensación de que algo estaba a punto de ocurrir. Se llevó la mano a su grueso cuello, estaba dolorido y entumecido. Se levantó, y se acercó a las pantallas de lectura de los sismógrafos repartidos por todo el cometa.

—¡Jesucristo misericordioso! —gritó, y se abalanzó hacia el intercomunicador.

Benazir sintió algo a través de sus botas.

—Qué raro... —musitó Benazir, y levantó una mano indicándole a Ono que se

detuviera. La japonesa obedeció extrañada. ¿Qué estaba pasando? Flotaba como un globo a unos cinco metros sobre la astronoma.

—*Benazir...*

—*Shhh...*

La astronoma deseaba comprender qué era aquello. Era un raro cosquilleo, como hormigas ascendiendo por sus piernas. Se agachó hasta tocar con sus manos enguantadas la superficie de hielo.

La sargento miró a su alrededor desde su posición privilegiada. Pequeños copos de nieve se elevaban en torno a Benazir. La japonesa empezó a asustarse.

—*Benazir, sal de ahí.*

Benazir intentó escuchar, a través del suave zumbido de su traje, a través de los latidos de su corazón. Aguantó la respiración. Pero no oía nada, únicamente un débil cosquilleo...

—*Benazir... —Calla.*

Tuvo una idea. Se tendió sobre el suelo hasta medio enterrar su casco en la crujiente superficie. Si los micrófonos exteriores podían...

Era muy débil. Como los ecos de una tormenta muy lejana. O como el retumbo que se oye al apoyarse los pulgares sobre los oídos.

Ono descendió hacia ella, sus brazos extendidos para coger a la astronoma por la mochila.

Benazir se había agachado aún más, hasta colocarse a cuatro patas sobre el hielo. O no la oía, o no hacía caso a sus llamadas. Ono se dispuso a elevarse con ella, como un águila atrapando a un becerro.

—*Benazir...*

—*Comandante* —dijo el padre Álvaro por el intercomunicador—, *apaguen el máser, algo raro está...*

Yuriko dio la voz de alarma. Okedo se volvió hacia ella.

—¿Qué sucede...?

—*Comandante...* —dijo la voz del sacerdote.

—*Calle* —le cortó Okedo, olvidando su habitual cortesía.

Yuriko estaba leyendo un mensaje del ordenador.

—*Algo está... una vibración... En todas partes, afecta a todo el cometa.*

—*Kenji, deten el rayo* —dijo Okedo.

Kenji desconectó el máser y observó la pantalla. Allí no se apreciaba nada, pero Yuriko estaba mirando con mucha atención los caracteres que aparecían en su terminal. Palideció.

Golpeó con el puño el grueso botón de alerta y la sirena aulló.

—*¡Informa de una vez, Yuriko!* —ordenó Okedo.

—*Creo que es un ataque, comandante.*

—Ono, Benazir, alejaos de la superficie —dijo Okedo con voz tranquila por la radio—. Vania, lo siento, en un momento así debes abandonar...

Pero el ruso no estaba allí. Había salido tan aprisa del puente que sus sandalias adherentes no lograron agarrarse al suelo. Iba flotando hacia la cámara de descompresión, medio chocando con las paredes.

Fernández exclamó «mierda», soltó las cartas y se lanzó como un rayo al intercom. No pudo comunicar con el puente.

—Mierda, mierda, mierda... ¡Que alguien busque a Masuto y Diana, y que vengan aunque estén follando! ¡De prisa!

Liz Thorn y Jerry Williams formaban el equipo de rescate. Su única misión era permanecer en el hangar, con el traje espacial puesto, listos para salir a una orden del comandante Okedo. Ambos tenían bastante experiencia con los trajes espaciales. Cuando la alarma sonó, se pusieron de inmediato los cascos y se prepararon junto al esqueleto.

—*Equipo de rescate* —dijo la voz de Okedo—, *prepárense para salir cuando lo ordene.*

—¿Qué pasa?

—*¡Ahora no!*

La vibración se había transformado en pocos segundos en un bramido horroroso, que parecía avanzar hacia ella como un tren de mercancías. Benazir decidió poner espacio por medio, y cuanto antes. Intentó elevarse; descubrió que en su actual posición esto no le era posible. La vibración era muy fuerte, y el suelo bajo ella parecía desmenuzarse. Era como intentar ponerse en pie sobre arenas movedizas.

—*¿Adónde?* —preguntó Shikibu al teniente.

—Con Benazir y Ono. Hemos de recogerlas.

Harris dijo:

—*Mi teniente, con todo respeto, ¿puedo pregun...?*

—¡La grieta, Mike, la grieta! ¿No te has dado cuenta?

—*¿La...?*

—Es blanco. Hielo blanco, cuando en la superficie hay materia orgánica marrón, rojiza, qué se yo...

—*No comp...*

—El hielo no se ha evaporado, Mike. No ha tenido tiempo. Y estamos cerca del Sol. Mierda, no nos hemos dado cuenta de que es reciente. Este jodido cometa está a punto de resquebrajarse. ¡Jenny, trata de contactar con la nave! ¡Dale caña, Shikibu!

Las manos de Ono estaban a punto de cerrarse sobre la mochila de Benazir,

cuando vio moverse algo en el borde de su campo de visión. Se volvió hacia allí, y gritó.

Era como si un gran tiburón avanzara bajo el hielo elevando con su aleta un surtidor de hielo pulverizado. Otra imagen le vino a la mente: el penacho de un tren avanzando por una planicie inmensa. Ono vio que no era el único. Otras columnas de hielo serpenteaban hasta donde alcanzaba la vista. Comprendió que se estaban abriendo enormes grietas por toda la superficie del diminuto mundo.

Benazir vio el frente de hielo pulverizado avanzar hacia ella como una bestia enfurecida. Aunque era imposible, creyó oírla rugir un segundo antes de que la alcanzara.

Hubo un crujido, y Benazir se sintió empujada hacia atrás por una mano gigantesca, envuelta en una nube de hielo y vapor. Su cuerpo chocó violentamente contra el de Ono, y ambas mujeres se vieron lanzadas hacia el espacio, como si un géiser monstruoso hubiese nacido bajo sus pies.

—¡*Butsu!* —gritó Shikibu.

El cometa entero había estallado como una gran carcasa de artefacto. En un silencio tan absoluto como horrible, varias explosiones menores sucedieron a la primera, como si cada uno de los grandes pedazos se desmenuzara a su vez. Parecía imposible que nada pudiera permanecer vivo en medio de aquella catástrofe.

De repente comprendió que ellos no eran inmunes. Las voces de los cuatro guardias le aturdían los oídos. Oyó al teniente ordenar silencio a gritos.

Un bloque enorme, tan enorme como una montaña, se alzaba ante ellos. Shikibu calculó que iban a chocar con él. Accionó los chorros laterales para esquivarlo. Casi lo logró. El esqueleto pasó rozando, y con un crujido se partió en dos. Shikibu se vio lanzada fuera del estrafalario vehículo. Enormes bloques de hielo aceleraban girando locamente junto a su cuerpo. Había perdido de vista a los demás, envuelta en aquella niebla... Soltó un grito aterrado. Fue golpeada una y otra vez por grandes trozos de hielo que rebotaban contra su traje, y éste a su vez contra fragmentos mayores, como una hoja de papel arrastrada por un huracán. Una gran pieza le golpeó la espalda, cortándole la respiración. El traje crujió.

Cálmate, cálmate, cálmate, cálmate. De nada serviría si revienta como un globito en el vacío. Vaya si es difícil ponerse el traje uno mismo, Lenov casi se dislocó el codo, ahora, por fin, traje operativo, vaya voz de lata que tiene, pero es un buen mecanismo, no sales al espacio con la bragueta desabrochada, el botón de vaciado de emergencia, Lenov lo oprime, un huracán en miniatura barre la cámara. Luz roja. Ya podía salir.

—*Mayday. Disfunción de traje. Pérdida de aire. Incremento presión. Mayday.*

Disfunción de traje. Pérdida de aire. Incremento presión. Mayday. Disfunción de traje. Pérdida de aire. Incremento presión...

Shikibu se dio cuenta de que era el suyo. Hacía frío y se llenaba de niebla. Los oídos le zumbaban como si le taladrasen los tímpanos con dos barrenas... trató de tragar saliva.

Susana se precipitó como una flecha en la cubierta. Los guardias parecían presa de la histeria. Nadie les informaba de nada en medio del desbarajuste. Agarró el brazo del sargento Fernández.

—No lo sé, querida, pero creo que voy a tener trabajo extra. Susana se puso de puntillas, tratando de ver algo en los monitores.

—Shikibu, fuga —informó Kenji con voz seca—. Harris, fuga. Shimizu, perdido contacto radial. Johnston, perdido contacto radial, informó fuga antes de enmudecer. De los demás no hay noticia.

—Cuatro de siete. ¿Ningún muerto?

—Ninguno confirmado.

—De acuerdo. —Los dedos de la mujer ya volaban sobre las teclas, precisos y seguros.

Okedo preparó un programa para evaluar la energía de los impactos y los posibles daños en el casco, listo para cuando acabase Yuriko. Nunca había pilotado una nave más grande que ésta. Tenía aspecto de fortaleza. Pero también era un blanco más grande.

A través de sus botas, Lenov oyó el sordo rumor del portalón al abrirse. Caminó los escasos metros y se asomó al hangar, sellado por aquel inexplicable campo de fuerza. Una forma se movía, uno de aquellos armatostes en forma de jaula. Se aproximaba con lentitud al portalón. Justo a tiempo. Lenov calculó a ojo.

En un momento dado, flexionó las piernas y saltó con todas sus fuerzas, los brazos extendidos.

Ono sacudió la cabeza, había perdido el sentido cuando el cuerpo de Benazir la golpeó. Estaba girando locamente sobre sí misma, como una peonza. El interior de la placa facial estaba cubierto por una película de sangre, empujada hacia allí por la fuerza centrífuga. Recordó que se había golpeado la nariz contra el visor. Casi no le dolía. Miró fascinada en torno suyo, al parecer se había perdido lo más espectacular del viaje.

Los primeros datos empezaron a llegar.

—Los cinco fragmentos mayores en tamaño no van a chocar con la nave.

—Gracias, oh Buda —exclamó Okedo—. Adelante, Yuriko.

—Los menores... bueno, ninguno supera los veinte metros...

—Si tienes las estimaciones de masa, pásalas a mi terminal.

—Sí, ahí va.

Okedo vio aparecer los números. Su programa empezó a trabajar. Ni siquiera Yuriko había logrado localizar todos, muchos eran demasiado pequeños para aparecer en el radar...

¿Serían lo bastante como para abrir una brecha?

Como respondiendo a su pregunta mental, llegó el primer topetazo. Ése no era ninguno de los detectados...

El cuerpo de Lenov chocó con el almacén. Se sujetó con dedos frenéticos.

—*¿Qué haces, loco? Podrías haberte matado. ¿Quién carajo eres?*

—Lenov, y vengo a ayudaros.

—*¿Mierda, no necesitamos tu ayuda! Bájate de... nú, qué estoy diciendo...*

Lenov leyó «Williams, Jeremy» en el display frontal del casco.

Empezaba a serenarse. ¿Qué estaba haciendo?

El otro («Thorn, Elizabeth») dijo:

—*Vania, hablo totalmente en serio. Yo estoy al mando de esta cosa y punto. Quieres ayudarnos y nos ayudarás, me ha impresionado tu numerito acrobático. Con una condición.*

Liz era una mujer alta y fuerte, una verdadera atleta. Lenov decidió que no le convenía cabrearla.

—*Nada de histeria. Está bien, acepto. He hecho una locura.*

—*Todos tenemos derecho a hacerlas. Pero ...*

—...no cuando hay siete vidas en juego, reconozco mi error.

—*Exacto. —Inesperadamente, Liz le dio una palmada en un glúteo—. Sujétate fuerte al esqueleto.*

Por un instante, Lenov no se dio cuenta de que hablaba de aquella navecilla. Creyó que hacía un chiste macabro.

—*¡Benazir, no te muevas!* —Era la voz de Iván.

Benazir, estupefacta, observó en torno suyo, con ojos maravillados. La niebla formada por polvo de hielo que lo había envuelto todo empezaba rápidamente a despejarse, empujada por el viento solar.

—*¡No pienso hacerlo! ¿Qué...?*

—*No te inquietes... el cometa ha estallado.*

—*¡¿Quéee?!*

Estaba rodeada por dos o tres enormes icebergs y un centenar más pequeños. De no ser porque flotaban en el espacio interplanetario, parecería el Ártico. Logró ver que al cometa le faltaba un gran mordisco.

—*Se ha fragmentado en... varios trozos y han salido despedidos. Tenemos que recoger a los otros, Harris y Johnston... No te preocupes, te localizaremos. Ten paciencia y espera. Tu traje emite una...*

Benazir apenas podía oírle. El traje le había inyectado un potente sedante.

Milagrosamente, no había muerto nadie. Harris y Johnston estaban en la enfermería y fuera de peligro. Jenny Brown había llegado a Harris antes que el grupo de rescate; un minuto más y habría muerto.

Shimizu no tenía nada; la avería del traje era sólo de la radio. Shikibu logró parchear su propio traje y ahora estaba sentada en primera fila, fresca como una rosa. Cuando Fernández acabó su informe, el comandante tomó la palabra.

—Les felicito a todos por su excelente actuación en esta crisis. —Sonrió brevemente—. Nos encontramos en una situación nueva y extraordinaria. Me temo que antes teníamos un mundo para estudiar; ahora tenemos varios.

—¡Oh, vamos, jefe! —exclamó la sargento Ono Katsui, mirándole de reojo sobre su nariz vendada—. No pretenderá que volvamos a esa nevera.

—¿Y por qué no? —dijo Shimizu, sentado a la derecha de Okedo—. El núcleo sigue intacto.

—Pero ¿no se ha fragmentado todo el cometa? —preguntó Susana.

—Oh, no —repuso Benazir—. El núcleo ha sido lo bastante pequeño como para sobrevivir... es más, creo que el hecho de que fuera líquido lo provocó todo. Bastó que se abriera una pequeña vía hasta el núcleo, y el agua hirvió en el vacío. Fue la presión de vapor lo que provocó el...

—Reventón —sugirió Fernández.

—Sí. Esto arrancó aproximadamente un tercio de la masa del cometa; los dos tercios restantes siguen formando un solo cuerpo, porque el agua se heló y logró bloquear la pérdida. Ahora, hay un fragmento que contiene la mayor parte del agua líquida del núcleo... la diferencia es que esa burbuja de agua líquida está ahora más cerca de la superficie.

Okedo frunció el ceño.

—Lenov, ¿los delfines están preparados para usar sus trajes?

—¿Eh? Perdón, comandante. Sí, en perfectas condiciones.

Se levantó, y los demás también lo hicieron.

—Bien, por hoy creo que es suficiente. Doy por terminada la reunión. —Hizo una breve inclinación—. Doctora Sánchez...

—¿Sí?

—Quiero hablar con usted, ¿puede venir a mi camarote?

El camarote de Okedo estaba decorado con varias artísticas caligrafías y algunas fotos astronómicas: Saturno, la Galaxia de Andrómeda, la Nebulosa de Orion. El conjunto era curiosamente armónico.

—¿Ha oído hablar de aquel samurai que exigió *¡denme posada!*, y tiró su sable a la tormenta? —dijo Okedo.

Susana recitó:

yadokaseto
katana nagedasu
fubukikana

—Veo que ha leído a Buson.

—Sí, aunque era inferior a Bashó en profundidad humana, lo superaba en finura y sensibilidad. Además, ese *haiku* está enmarcado a su espalda. Magnífica caligrafía.

—*Domo arigato*. Era de mi bisabuelo. —Se giró en su silla para admirarla—. Creo que ha llegado su turno, Susana; voy a mandar a uno de los delfines al interior del cometa...

—Estoy preparada —dijo la etóloga rápidamente.

—¿Qué tal se maneja con los trajes?

—No son complicados.

—Hoy han podido morir siete personas que estaban a mi cargo, pero no tengo otra opción que arrojar nuevamente mi sable a la tormenta... A no ser que... ¿cree usted que un delfín podría ir solo?

—No. Ellos aún no entienden completamente todo esto. Podría asustarse, reaccionar de una forma imprevisible.

—Ya sé que usted tiene una gran experiencia como buceadora; pero ahí dentro tendrá que enfrentarse a un entorno distinto al que conoce. Usted también podría reaccionar de una forma imprevisible.

—He estado nadando en el tanque durante todo el viaje, y he adquirido habilidad con el traje espacial.

Okedo suspiró.

—Tenga cuidado, mucho cuidado. Ya he estado a punto de perder a un civil.

Susana sintió el impulso de exclamar: *¡Los delfines son civiles también!* Pero sabía que el argumento carecía de fuerza para todos excepto ella misma.

Benazir no podía refrenar la risa. Había lágrimas en sus ojos. Iván Lenov estaba sentado frente a ella, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándola con aire divertido.

—Cuando se me ocurrió, me pareció una buena idea.

Estaban en el camarote de Benazir, que se había recuperado perfectamente de la tensión que había vivido horas antes.

—Pero... —dijo ella secándose las lágrimas con el dorso de la mano— ¿qué intentabas hacer exactamente?

—No lo sé. En ocasiones mis músculos toman la iniciativa frente a mi cerebro.

Benazir volvió a reír.

—Okedo no está precisamente feliz por tu actuación.

—Sé que fue un desatino, pero...

—¿Sí?

—Vi como ese cometa estallaba en mil pedazos ante mis ojos, y... pensé que podría hacer algo. No podía quedarme con los brazos cruzados ante la pantalla. Pensando que tú estabas fuera... —Benazir le miró con ternura, y apoyó una mano en la mejilla del ruso.

—Vania —sonrió—, eres de lo que no hay.

—Tú sí que eres de lo que no hay.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente en serio.

—Dime —Benazirladeó la cabeza—, ¿qué piensas de mí?

—Al principio me intimidabas.

—Te... ¿intimidaba?

—Sí, me intimidabas. Me decía: «Vania, esta mujer está a años luz de ti. Ten mucho cuidado, no vayas a decir una burrada» —el ruso echó sus cabellos hacia atrás con la mano—. Lo cierto es que nadie me explicó cómo tratar a una mujer que es más inteligente que yo.

—¿Te preocupaba eso?

—Todas las mujeres hermosas que he conocido acostumbraban a mirarme por encima del hombro. Todas las inteligentes igual... Me preguntaba qué resultaría de una combinación de belleza e inteligencia a partes iguales...

—Entiendo lo que quieres decir.

—¿Lo entiendes?

—Sí. No es fácil mantener una personalidad sana cuando eres atractiva para los hombres.

—Explícame eso.

—He tratado fatal a algunos de mis amantes, y luego se han arrastrado para volver junto a mí. Es difícil de entender. Modelamos nuestra personalidad gracias al contacto con los demás; pero ¿cómo puede interpretar esa falta de respuestas negativas una adolescente hermosa?

»En ese aspecto, en el Sur las cosas eran más sencillas: hermosas o no, las mujeres nunca significan nada.

—Me alegro que decidieras huir al Norte.

—¿Sigo... intimidándote?

—No. Quiero decir... —Lenov se frotó la barbilla—. Ya no me preocupa eso; ya no trato de impresionarte, porque ahora sabes como soy; ya no puedo ocultártelo; en fin, que ya no tiene remedio. En el fondo es un descanso.

Benazir acercó su rostro al de Lenov.

—Me gusta como eres —dijo, y le besó.

Susana había completado el proceso de introducirse dentro de su traje espacial, pero aún faltaba media hora para la salida. Sin saber qué otra cosa hacer, se sentó en un banco del vestuario.

—¿Le importa si me siento un rato junto a usted?

Era el padre Álvaro. Susana dejó pasar un largo paréntesis antes de contestar.

—Siéntese —dijo al fin, con indiferencia.

No había cruzado una palabra con el sacerdote en todo el viaje.

Sabía que se encargaba de ayudar a Benazir en su trabajo, por lo que debía tener conocimientos de Astronomía.

—Se ha preparado demasiado pronto.

—Eso parece —la cabeza de Susana parecía diminuta, surgiendo del anillo metálico que sujetaría el casco.

—¿Está asustada?

—¿Que si estoy asustada? Estoy acobardada, no hago esto todos los días, ¿sabe?

—Disculpe, tan sólo quería... —El sacerdote decidió empezar de nuevo—. Su ficha dice que usted es católica.

—¿Eso dice? —la etóloga parecía francamente asombrada.

—No tengo mucho trabajo aquí como sacerdote, ¿sabe? —Sonrió con tristeza—. Usted, George Martínez, y Walter Fernández son los únicos católicos romanos a bordo. Claro que, por otro lado, como astrónomo estoy fascinado. Doy gracias a Dios por haberme permitido vivir esta experiencia.

Susana se encogió de hombros.

—No debe tener miedo —siguió diciendo el sacerdote—. Dios estará con usted ahí abajo, protegiéndola, cuidando de usted.

—Dice que es astrónomo...

—En realidad soy meteorólogo —sonrió—, pero mi pasión es la astronomía.

—Corríjame si me equivoco, hay cien mil millones de estrellas en nuestra galaxia...

—Aproximadamente... —el cura la miró con aire desconcertado—, sí.

—Y se conocen, al menos, cien mil millones de galaxias en el Universo. Cada una de las cuales, quizá, conteniendo tantas estrellas como la nuestra...

—Sí.

—Y además están los quasars, los agujeros negros, los pulsars... ¿me equivoco?, usted es el experto.

—No se equivoca.

—Y usted piensa que... la *entidad* que creó todo eso, que lo controla día a día, tiene tiempo para preocuparse por el destino de esta mínima partícula de vida, perdida en el más remoto rincón del Universo...

El sacerdote volvió a sonreír.

—Le contaré una historia. Durante el Exterminio estuve a punto de morir; perdido en mitad de un desierto, enfermo de radiación. No había ninguna esperanza de que pudieran localizarme. En realidad, era muy improbable que alguien lo intentara, con todo lo que estaba pasando...

—Pero le encontraron. —Susana miró el reloj con impaciencia.

—Sí; comprendí que Dios quería mantenerme con vida, porque me había reservado un papel en todo esto. Yo era tan sólo un *monje menor*, un hermano, pero me ordené sacerdote, y cuando llegaron los hombres del *Proyecto Arca* me uní a ellos... Usted, aunque ahora su mente esté llena de dudas, también ha recorrido un largo camino para llegar hasta aquí. Un camino trazado por el Señor. Él cuidará de usted ahí abajo, como cuidó de mí cuando estaba solo y perdido. Estoy seguro de ello...

La mirada del hombre era cálida y sincera.

—Es casi la hora —dijo Susana poniéndose en pie—. Gracias por sus palabras, no me han servido de gran cosa, claro, pero aprecio su esfuerzo.

Tik-Tik había trabajado durante un año en el Ártico y contaba con más experiencia que Semi en nadar bajo los hielos. Aunque Lenov no estaba muy seguro de que el caso fuera comparable al actual. Como en todo, nadie podía presumir de experto.

Se había ofrecido para acompañar a Susana, sin éxito. Okedo fue tajante; arriesgar a los dos era inaceptable. Tuvo que conformarse con un modesto papel de auxiliar.

Lenov y varios guardias lo transportaron hasta el hangar. En la ingravidez, el cetáceo no pesaba nada, pero su masa era considerable. El ruso montó un complicado artilugio de poleas que facilitó la tarea.

Era digno de verse: un enorme mamífero acuático, flotando en el aire y protestando en delfines por la sequedad del mismo, mientras lo rodeaban varias personas semidesnudas y flotando asimismo en el aire, tirando de aquí y empujando de allá, sudando como estibadores, maniobrando con cuidado al atravesar las escotillas.

Jenny Brown y Ozu Shikibu embutieron al delfín en el interior del traje de vacío diseñado para él. El ordenador haría aparecer sus mensajes en el monitor del traje de Susana (había encontrado la manera de desactivar la voz del ordenador; los mensajes serían escritos). La cabo Oji Toragawa también se introdujo en su traje.

Atravesaron el portalón, y humanos y delfín se encontraron en el exterior.

Susana puso los dedos sobre una cajita provista de teclas, instalada en su muñeca. Era una ingeniosa réplica electrónica de su viejo silbato, fruto del talento de Kiyoko Fujisama. Lo prefería al ordenador.

—¿Cómo te encuentras? —silbó. Se utilizaba igual que el silbato, excepto que no

tenía que soplar por él.

—*De maravilla* —repuso el delfín.

Eso era bueno. Lenov dijo:

—Cuida a Susana, muchacho.

Por primera vez desde que el cometa se condensó a partir de la nebulosa solar, su blanco interior de hielo era iluminado por el sol. El fragmento grande presentaba un aspecto más tosco e irregular que el cometa entero; parecía una gigantesca piedra de sílex, tallada por un cavernícola torpe. Susana tenía la sensación de aproximarse a un enorme ventisquero.

—*Susana* —la llamó Oji—. *¿Qué te parece eso de ahí?*

—*¿Dónde?*

—*A la izquierda. ¿No te parece que la superficie tiene un aspecto distinto del resto?*

Susana estudió el blanco muro, que conservaba los volátiles encerrados en él cuando el sol aún no brillaba. Las superficies de fractura eran aproximadamente planas, limpias. No obstante, aquella zona parecía una especie de... cicatriz.

—*¿Piensas que aquí fue donde el agua escapó y se congeló?*

—*Sí.*

—*El volcán que llevó a Otto Liddenbrock al centro de la Tierra.*

Bromeaba a medias. Bien pensado, aquello era un volcán... de agua.

Se aproximaron despacio al volcán. Era una mancha difusa de unos cinco metros de diámetro, sorprendentemente similar al cráter de Tycho en la Luna: una deslumbrante mancha blanca de la que irradiaban rayos. Cuando se acercaron a ella, vieron que estaba formada por una masa de cristalitos blancos, como azúcar finamente molido. Susana estrujó un puñado en su mano blindada.

—*Creo que tienes razón* —dijo—. *Los cristales no han crecido mucho. No han tenido tiempo, ¿ves?*

—*Vamos a ver si el... tapón de lava es lo bastante grueso.*

Oji desplegó uno de los instrumentos que habían llevado consigo, una caja de unos cuarenta centímetros de lado de la que salía un cable acabado en una especie de micrófono. Lo enterró en el hielo y apretó un botón.

Nada pareció suceder. Pero Susana sabía que un fino haz de ultrasonidos se había propagado por el hielo.

Unos números aparecieron en una pantallita. La japonesa apretó el botón otra vez, para asegurarse. La misma cifra.

—*Agua líquida a dos metros* —dijo—. *Es mejor de lo que esperaba. Montemos la cámara.*

Desplegaron otra de sus piezas de equipo. Mientras, incapaz de ayudarles, el delfín les observaba, flotando junto a ellos como un torpedo vivo.

Alzaron una estructura en forma de cúpula, formada por tubos de aleación de titanio, que anclaron en el hielo con grapas en tirabuzón. A continuación extendieron sobre ella una resistente cubierta de plástico; originalmente, había sido una gran tienda de campaña para vacío, a la que no habían encontrado uso. Ahora, como una ciudad lunar, encajaba con el cráter de hielo.

Oji, con el corazón latiéndole en el pecho, hizo el último preparativo.

Instaló en el centro de la tienda un objeto cilíndrico acabado en un cono metálico, parecido a la boca de un tabuco, en el centro de tres largueros radiales, separados ciento veinte grados y firmemente anclados en el borde de la tienda. Conectó dos cables al otro extremo y los desenrolló.

Oji flotó hasta Susana, que se había situado al borde de la tienda.

Mientras tanto, había levantado un pequeño muro protector de hielo, y había protegido al delfín tras él.

—¿Lista?

—Supongo que sí —confesó ella. Se resguardaron tras el muro, atándose por cables al suelo.

Llegó el momento de la verdad; Oji tomó una batería portátil. Arrolló un cable a uno de los bornes y ofreció el otro a la etóloga.

—*Si me haces el honor...* —dijo, con exagerada cortesía.

Susana tocó el otro borne con el cable.

—*Arigato gozeimashita.*

Fue como estar sentado bajo la cola de un reactor durante el despegue.

Hubo un brillante resplandor anaranjado, un repentino huracán de vapor y un silbido taladratímpanos, que parecía llegar a través de sus huesos.

La cámara se llenó de inmediato de gas.

El traje dio un suave *bip* y apareció FORMACIÓN DE ESCARCHA SOBRE EL TRAJE en la pantallita sobre la ceja izquierda de Susana. Informe innecesario, ella ya lo había notado. Pronto se disolvió, cuando la temperatura empezó a subir. Susana echó un vistazo sobre el muro. Oji le advirtió que tuviera precaución, pero la etóloga no podía dejar de contemplar, fascinada, cómo el cohete de combustible sólido agujereaba implacable el corazón del cometa.

El espacio interior de la tienda pronto quedó invadido por una turbulenta mezcla de vapor y gases de combustión, que amenazaba con lanzarles girando por los aires. Susana sujetó al delfín con fuerza, silbando algo para tranquilizarlo.

De repente hubo un siseo, como agua derramada sobre una plancha asadora caliente. Un chorro de agua surgió del agujero, como un surtidor. Enormes gotas esféricas flotaron en la cámara, temblando, girando, rompiéndose y juntándose, hasta que la cámara quedó llena de agua en estado líquido.

La llama naranja se extinguió. Hubo un silencio.

—¿Susana?

Era Benazir, desde el puente de la *Hoshikaze*.

—Sí... parece que los fuegos artificiales han acabado —respondió Susana.

—*Aquí no se ve nada* —de nuevo Benazir.

Encendieron los faros de sus trajes. Estaban rodeados de agua líquida. El interior de la tienda era un revoltillo, en el que flotaban minúsculos cristales de hielo y burbujas de vapor.

Examinó el agujero que habían perforado. Se extendía recto hacia las entrañas del cometa.

—*Habremos de ensancharlo* —dijo Oji—. *Vuestros trajes no caben por ahí.*

—De acuerdo.

Con ayuda de un par de piquetas, originalmente martillos de geólogo, empezaron a ampliar la luz del túnel. Fue una tarea penosa, aunque el agua absorbía los golpes e impedía que fueran lanzados por el retroceso, como hubiera pasado en el vacío.

—Será capullo —masculló Susana.

—¿*Qué dices?* —preguntó Oji sin dejar de picar.

—Nada. Estaba pensando en ese cura que hay a bordo de la *Hoshikaze*. Vino a verme poco antes de salir.

—¿*Álvaro? Parece una buena persona.*

—Sí, eso piensa él.

Cuando el orificio fue lo bastante ancho, el delfín y Susana se deslizaron uno tras otro hacia el núcleo líquido del cometa. Susana se aseguró de que la cámara de vídeo sobre su hombro estaba grabando y comprobó el encuadre; el traje usaba como monitor la pantalla de mensajes.

Oji les esperaba en el interior de la tienda llena de agua. Su misión era hacer de enlace con la *Hoshikaze*, pues Okedo temía que las comunicaciones se vieran dificultadas por los amplios muros helados que rodeaban el núcleo del Arat.

Susana, que abría la marcha, descubrió que ya no hacía falta picar más hielo. Desembocaron en un inmenso espacio oscuro, que le recordó una inmersión en la fosa de Tonga.

Pero aquello era infinitamente más siniestro. El faro de su casco no bastaba para taladrar la ominosa oscuridad rojiza que se abría frente a ella. Encendió un potente foco que, en el vacío, iluminaría de un extremo a otro de aquel enorme hueco interior, pero no en la opacidad de aquellas aguas. El haz del foco no revelaba ninguna estructura, solamente oscuridad.

El agua tenía un tono rojinegro, y en ella flotaban infinidad de partículas que danzaban ante la luz de su foco. Era como nadar en sangre.

Susana sintió un fuerte deseo de dar media vuelta y salir huyendo de allí. Pero Okedo, Lenov y los demás estaban siguiendo sus reacciones gracias a la cámara de su

casco. No quería aparecer ante ellos como una cobarde en la primera oportunidad que le daban de hacer algo.

Recordó su experiencia. A veces, uno podía sentirse desorientado por el *muro azul*: sentirse en el centro de una esfera azul-verdosa en la que se confunden arriba y abajo. El buceador debe fijarse en las burbujas, que siempre ascienden. Pero ese recurso no era de aplicación aquí. Y el extraño color de aquellas aguas tampoco ayudaba a tranquilizarla.

Gracias a Dios había venido con un gran nadador. Silbó:

—Adelante, Tik-Tik. Es tu turno.

Susana le cedió el puesto de cabeza. A partir de ese momento tendría que confiar en el extraordinario sentido de la orientación del animal y en su radar natural, amplificado y mejorado por los sentidos electrónicos del traje.

—Precaución. No pierdas el rumbo. —Silbó. Y murmuró para sí—. O nos costará un infierno encontrar la salida.

—*Es un no problema. Fácil.*

A pesar de sus palabras, el delfín le pareció un tanto desconcertado en este nuevo ambiente. No era extraño, debían ser los primeros buzos sobre otro cuerpo celeste. O, más bien, *dentro* de otro cuerpo celeste.

El eco-láser indicaba que el hueco medía 519,13 metros de diámetro, y que había algo, vagamente esférico, ocupando el centro geométrico. Susana instaló un pequeño espejo convexo al lado del agujero, a fin de poder encontrarlo por la nitidez de su eco. Una vez seguros de poder orientarse dentro de aquella oscuridad, empezaron a nadar, Susana ayudándose de sus propulsores de gas.

El delfín se adelantó unos metros, cimbreándose elegantemente dentro de su traje elástico. Súbitamente se detuvo, y giró sobre sí mismo, como si intentara evitar algo.

—¡¡...!! —gritó Tik-Tik. Susana se volvió y estuvo a punto de gritar a su vez.

Un leucocito plateado de tres o cuatro metros de alto estaba a punto de tragársela.

El faro de su casco se reflejaba en un brillante objeto, que cambiaba de forma, desde la aproximadamente esférica hasta la de una patata irregular, ondulando, retorciéndose y temblando. No era el único: otros aparecieron en su campo visual, con los mismos movimientos casi obscenos. Frenética, se giró, descubriendo que estaban rodeados por aquellas cosas.

—*Susana* —dijo la voz de Oji por la radio—, *¿qué sucede?*

Susana trataba de huir, nadando desesperada y torpemente en su traje espacial, olvidándose del propulsor.

Aquella masa informe y brillante se precipitó sobre ella, envolviéndola. Como un frenético y patoso fantasma, atravesó la membrana.

El delfín, por su parte, hizo un esfuerzo por acercarse. La silueta de la Adiestradora aún era parcialmente visible a través de la membrana plateada.

—*Resiste. Voy*—dijo Tik-Tik.

—*¡Susana!* —preguntó Oji.

Se llevó una sorpresa. Oyó a Susana reír.

—Puedes entrar, Tik-Tik. Nopeligro.

Con precaución, el delfín se detuvo ante la cosa. La mano enguantada de la mujer salió y tiró de su aleta igualmente enguantada. Tik-Tik atravesó la membrana.

—*¿Puede alguien explicarme qué está pasando?* —preguntó Oji con voz alterada.

—Una burbuja —exclamó Susana, que aún se reía entre dientes—. Estamos dentro de una burbuja de tres metros.

—*Una burbuja de tres... ¿cómo es posible?*

—Evaporación. —Fue recuperando la calma—. La presión ha bajado, quizá por nuestra causa, quizá por una fuga. Parte del agua se ha evaporado. Se han formado burbujas por todo el líquido y he topado con una... ya veo.

—*Pero... no, no me lo digas. Ingravidez. Las burbujas se han estado fusionando unas con otras, en lugar de ascender a la superficie.*

—Exacto.

—*Pues vaya susto.*

—No lo sabes bien, *tomodachi*. —Susana palmeó afectuosamente el traje de Tik-Tik.

Siguieron avanzando sin alejarse mucho de las paredes.

El delfín fue el primero en verlo.

Se trataba de una especie de cuerda blanca, con el grosor de un dedo meñique. Surgía de la pared de hielo, y se perdía en la oscuridad. Susana la pellizcó tentativamente: era muy recia, y tan elástica como una goma.

—*¿La ves, Oji?* —Se giró para que la cámara de vídeo pudiera captarla.

—*Sí. Pero no muy claro. ¿Qué es?*

—No lo sé. —Intercambió unos silbidos con Tik-Tik—. Desde luego, no se trata de algo natural...

—*¿Qué quieres decir?* —preguntó Oji.

—Acabamos de encontrar algo auténticamente alienígena. Ya no hay duda, Oji. Transmite mis felicitaciones a Benazir; una vez más se ha demostrado que tenía razón. Toda la razón.

—*Las imágenes siguen sin ser claras. ¿Puedes describirlo?*

—Una cuerda. Aspecto orgánico. A juzgar por su orientación, yo diría que se dirige del centro a la periferia del hueco. Vamos a seguirla.

—*¿Hasta el centro?*

—Para eso hemos venido, ¿no?

—*Un momento...*

Hubo un momento de silencio, mientras la japonesa consultaba con Okedo.

—*Adelante —dijo.*

La mujer y el delfín comenzaron a impulsarse a lo largo de la cuerda blanca.

Era como adentrarse en la cueva de un Minotauro cósmico, guiados por un grueso hilo de Ariadna. Susana no veía otra cosa ante sí que un muro de oscuridad, sin otro detalle que rompiera la monotonía que la cuerda blanca tendida ante sí. De vez en cuando, la luz de su faro se reflejaba en una burbuja gigante.

Se hacía mil preguntas sobre la función de aquella cuerda. Era evidente que no era un simple elemento estructural pasivo, como una cuerda terrestre. Debía desempeñar un papel activo. Pero ¿cuál?

Susana calculó que habían recorrido la mitad del radio de aquella vasta cámara, cuando encontraron algo nuevo: una segunda cuerda blanca, a unos veinte metros de distancia. Se detuvieron a examinarla. Susana la describió por radio.

—¿Corre-junto-a?—preguntó Susana al delfín.

—*No. Une-con.*

—¿*Qué decís?* —Era Oji.

—Tik-Tik dice que convergen. Seguimos. Si es así, pronto nos encontraremos con ella.

Siguieron avanzando, sin perder de vista la segunda cuerda. Susana pronto comprobó que el delfín tenía razón: ante ella, las dos cuerdas blancas se fusionaban en una.

—Voy a cortar un trozo de cable, ¿te parece bien?

—¿*Qué?*

—Un trozo de cuerda.

—¿*No crees que puede ser peligroso?*

—No estoy segura de nada. Pero no creo que haga ningún daño.

Entre los adminículos del traje figuraba un cuchillo. Susana lo desenvainó. Aunque el manual garantizaba que podía cortar un clavo, la tarea no era fácil: el cable era fuerte y elástico, cedía ante la hoja sin cortarse. Giró la hoja y empleó el filo de sierra, con lo que logró cortar un poco más aprisa.

La cuerda estaba formada por varios haces, a su vez formado por haces fibrosos, tan fuertes como el conjunto. Susana especuló que aquel cable podría servir como estacha para remolcar un barco.

Con esfuerzo, logró arrancar un trozo cuerda cercano a la bifurcación.

—Sigamos.

Ella y el delfín avanzaron a lo largo de la cuerda blanca; de vez en cuando, la luz de sus linternas se reflejaba en una gran burbuja. Descubrieron nuevas cuerdas blancas que se ramificaban; ya no les prestaron atención. La que seguían iba

engrosándose, a medida que más y más de aquellas cuerdas se le unían.

El fin del cable llegó de improviso. Ante ellos apareció un objeto de color claro, que poco a poco fue perfilándose con una forma regular. Un gran icosaedro. Las fibras blancas nacían del centro de cada una de sus caras. Aquello parecía (Susana no pudo evitar un escalofrío al pensarlo) una araña en el centro de su tela.

—*Fijaos en esas fibras blancas, parten de esa cosa para hundirse en las paredes de hielo. ¿Cuál es su función?* —preguntó Oji.

Susana no necesitaba analizar la muestra de tejido para responder a eso.

—Mielina—dijo.

—¿Cómo?

—Son nervios. Me recuerda la disección de un calamar o un erizo de mar. Las fibras nerviosas suelen ir protegidas por una envoltura blanca de fosfolípidos... Una especie de grasa que lleva el grupo fosfato. Forma parte de la membrana celular.

—*El cerebro del cometa.*

Susana hizo una mueca de desagrado.

—Parece lógico —musitó—, un gran ordenador orgánico. Si es inteligente, quizá logremos comunicarnos con él.

Ella y el delfín se aproximaron, despacio y con recelo.

Susana se estremeció. De repente aquel ambiente alienígena parecía estar afectándole. Casi sintió el frío glacial de aquellas aguas turbias alcanzándole a través del traje. Volvió a estremecerse. El delfín flotaba frente a ella, bañado por la luz azul de su linterna, tan irreal como un espectro. Aquellos cables lechosos convergían hacia ellos desde mil puntos perdidos en la oscuridad...

—Creo que la calefacción del traje se ha estropeado —masculló Susana con los dientes castañeteándole. Qué raro que el ordenador no le hubiera avisado. Pidió un informe de situación. Entre los datos figuraba la temperatura interior, veintidós grados. No temblaba por el frío.

Estaban en el centro de aquel cometa hueco, rodeados de oscuridad, a cientos de metros del agujero por el que habían entrado. A pesar de la proximidad de su amigo cetáceo, Susana no se había sentido igual en toda su vida.

—Salgamos de aquí—dijo.

No fue problema localizar la salida. Durante el regreso, Susana permaneció callada. Se trataba de sensaciones... no, aún más turbio e impalpable que las sensaciones: intuición, sexto sentido, corazonada...

Una parte de ella no podía aceptar la presencia de lo auténticamente alienígena, algo viviente, quizás algo inteligente, extraño hasta la locura, y maligno. Maligno...

Susana no podía conciliar el sueño. Después de los últimos acontecimientos, se sentía vivir en un anticlímax.

Casi todos dormían; en el puente habría alguien de guardia, y en la bodega trabajaban un grupo de militares.

El tanque de los delfines tenía las luces apagadas; únicamente lo alumbraba una fila de focos bajo el agua, proyectando siniestros reflejos contra las paredes.

Sentada a solas junto al agua, con una manta sobre los hombros, intentaba quitarse el frío que la calaba hasta los huesos, un frío que sólo existía en su cerebro. Tomó un par de pildoras, esperando que eso despejara su mente de una vez, que ahuyentara la neblina que parecía haberse condensado frente a sus ojos.

Semi nadó hacia ella en silencio. El delfín hembra presentía su estado de ánimo, e intentaba consolarla. Susana acarició su lomo tibio, distraídamente, con el dorso de su mano.

Algo llamó la atención de sus hiperactivos sentidos. Un reflejo. Se puso en pie, y se acercó a un objeto que colgaba junto a la puerta. Era un sable japonés, una *katana*. Debía de pertenecer a Lenov; Susana había oído que el ruso practicaba las artes marciales en su tiempo libre, y que era bastante bueno.

Recorrió con el dedo el calado decorativo de la guarda; la desenvainó.

Imitaba escrupulosamente la artesanía de los antiguos forjadores. Quitó dos pasadores y sacó la empuñadura, la guarda, y la pieza protectora de la base de la hoja. Levantó la guarda y la miró al trasluz. Uno de los agujeros permitía extraer el cuchillito que iba fijo a la vaina. Los otros representaban el Sol, la Luna creciente, la Osa Mayor...

Y un cometa de ondulante cola.

Todos los pueblos de la Tierra habían considerado a los cometas como mensajeros de la catástrofes. Y aquél había anunciado el peor desastre que se abatiera jamás sobre la Humanidad.

Pero ¿qué era con exactitud aquella bola de hielo?

La niebla empezaba a despejar. Sus sentidos eran ahora casi tan perfectos como los de un delfín, y su mente trabajaba casi tan rápido como el cuerpo de un delfín bajo las olas. Las ideas eran pececitos que intentaban huir de ella. Pero era rápida, muy rápida...

El mundo que surgió del frío, pensó. Uno más entre la miríada de cuerpos que forman la Nube de Oort. Allí habían estado desde la formación de nuestro sistema planetario, reliquias de la nebulosa solar primitiva, verdaderos micromundos fósiles.

A temperaturas de unos pocos grados Kelvin, habían retenido

pacientemente los elementos componentes de la nebulosa. Hielo de agua, de metano, de amoníaco, ácido cianhídrico; silicatos de aluminio, hierro, magnesio, calcio, sodio, potasio...

A pesar de la tenue luz, Susana leyó el nombre de Lenov en caracteres kanji grabados en la hoja. Volvió a montar el sable, con cuidado de no tocar el filo con los dedos.

Allí hubiera seguido, de no ser por algo, o alguien, que disminuyó su velocidad lo suficiente como para que el lejano sol lo estrechara con sus manos gravitatorias. Cayó durante un millón de años, en una órbita elíptica.

Envainó el arma.

Recuerda las palabras de Markus... Una guerra entre los Señores de las Tinieblas, habitantes de la Nube de Oort, y los Señores de la Luz. La raza humana fue engendrada en el transcurso de esa guerra... ¿Solamente fantasías?

Imaginemos por un momento que todo esto es real, la pregunta sigue siendo: ¿por qué? ¿Por qué nos odian de esa forma?

Como una planta que germinara en el hielo, una forma empezó a dibujarse en la superficie del cometa. Emergía con lentitud, como si la empujaran desde abajo.

Su exoesqueleto era traslúcido, con un brillo ceroso. Un manojito de órganos sensitivos se amontonaba en el centro de su cráneo bulboso y asimétrico, al extremo de un tórax tubular. Tenía patas articuladas y dos gruesos sacos a ambos lados de su abdomen, rematado en un gran par de cercos en forma de horquilla.

A su alrededor, en un radio de cientos de metros, emergía una multitud de criaturas semejantes.

—¿Qué haces? —preguntó Lenov impaciente.

—No... bueno, no quiero que nos sorprendan.

Benazir peleaba con el cierre de la puerta corredera. Era demasiado débil y carecía de llave. La mujer intentaba improvisar un cerrojo con ayuda de un alambre.

—Los muchachos no van a entrar. Además, ya saben que estamos aquí, así que...

Eso era cierto. Harris y Kiyoko los habían visto pasar hacia el camarote, y sus risitas de complicidad no dejaban lugar a dudas.

—Nada más llegar, Susana sorprendió a Shikibu y Kenji —dijo la mujer.

Lenov soltó una risita.

—No me digas.

—Es una joven muy patosa, ¿verdad?

—Es lo que mi amigo García llamaba un *cardo borriquero*. Aunque me da pena, parece una persona muy solitaria.

—Sin embargo... ¡Uf! no puedo.

Lenov se incorporó, desnudo, y se acercó a la puerta.

—A ver, déjame.

—Ha llegado el macho —dijo Benazir con sarcasmo.

—Perdona, pero...

—Bueno, bueno. Inténtalo tú.

Lenov tomó el extremo del alambre y lo dobló sin dificultad entre los dos pomos. Las dos hojas de la puerta corredera quedaron trabadas entre sí.

—Ya está.

—Pasas mucho tiempo con esa chica —dijo Benazir apretándose insinuante contra el cuerpo del ruso.

Lenov suspiró. Su corazón latía con furia y un par de gatos se peleaban en su estómago. Si no lograba tranquilizarse, aquello iba a ser un desastre.

—Sólo asuntos profesionales, palabra de honor. —Alzó la mano en un informal juramento—. La mayor parte del tiempo está nadando con Semi y Tik-Tik.

Benazir se quitó el mono de faena y lo dejó caer. Se volvió hacia Lenov. Éste la atrajo hacia sí, con un lánguido movimiento. Ella se detuvo cerca de él, apoyando sus manos en los pectorales del hombre.

Admiró durante un instante el cuerpo de Lenov. Parecía un fuerte y nudoso roble; y era joven. Joven y tenso... Sintió la excitación ascender por su vientre. Lenov besó el esbelto cuello de la mujer.

Las criaturas estaban dobladas sobre sí mismas, en una posición que en un animal terrestre se definiría como *fetal*. Lentamente empezaron a desplegar sus cuerpos; la costra de nieve adherida se desprendía de sus flancos. Muy despacio se irguieron, estirando sus miembros y haciendo funcionar sus articulaciones al unísono, como obedeciendo a una misma señal.

Por primera vez en su breve vida, sus ojos captaron la luz y transmitieron la información a sus pequeños cerebros. Aquellos diminutos órganos no contenían mucha información, y ésta se resumía en una breve lista de prioridades. Como un único ser, las criaturas orientaron sus racimos de ojos hacia la gran nave que llenaba el cielo del cometa.

De toda la parte accesible de la nave, la bodega era el lugar menos visitado, después de la cabina de los delfines. Allí se almacenaba todo el material de disponibilidad inmediata, lo que era preferible a hacer viajes y más viajes a los contenedores del hangar.

La larga cámara cilíndrica estaba dividida en secciones por mamparos transversales, que se convertían en pisos cuando la nave aceleraba. No estaba

sometida a rotación y en ella reinaba la ingravidez. La teoría era que manipular cargas sería más fácil sin peso.

El genio que pensó esto, reflexionó ácidamente la sargento Ono Katsui, no tuvo en cuenta a los bípedos cuya musculatura estaba adaptada a un planeta de alta gravedad. En la ingravidez no se necesitaba tanta fuerza, cierto, pero sí una cantidad de operaciones increíblemente complicada.

Se ata al bulto que pretendes mover un sinfín de polipastos, cuerdas y tornos de mano; si lograbas no hacerte un lío, entonces te apoyabas y tirabas hasta que lo hacías moverse... y entonces habías de frenarlo para impedir que atravesase la pared opuesta. Una gran caja de varios cientos de kilos podía ser peligrosa por su inercia, aun moviéndose lentamente.

Luego venía la parte realmente difícil. Había que repetir toda la operación para trasladar el bulto a lo largo de la bodega, cosa nada fácil, ya que los mamparos que la dividían en secciones estaban comunicados por escotillas circulares que nunca eran lo bastante anchas. Y, para acabarlo de arreglar, había que evitar que el maldito bulto se desviase y chocase contra los otros, embalados e instalados contra la pared curvada.

—Atención a ése que viene —anunció Ono a su equipo.

Se desarrollaba un espectáculo poco habitual: un gran cajón cuadrado se acercaba flotando hacia la escotilla. Y sobre él, George Martínez montado a caballo, atado por la cintura y con una gran pértiga entre las manos. Jerry Williams no pudo contener la risa.

—Pareces un caballero andante lanza en ristre.

—O un balsero llevando una almadía —añadió Diana Sanders.

—Y con cinturón de seguridad —dijo la cabo Oji Toragawa.

—Dejaos de guasas —dijo Ono—. Ojo ahí...

El cajón se acercaba peligrosamente a la pared. George lo advirtió y, cuando estuvo a poca distancia, empujó firmemente con la pértiga, corrigiendo la trayectoria de su *montura*.

Desgraciadamente, el cajón empezó a girar sobre su eje.

Ed Johnston y Shimada Osato, firmemente asentados a ambos lados de la escotilla, emplearon sus pértigas para enderezar la trayectoria y suprimir el giro.

—Cuidado con la cabeza, George —avisó Diana cuando el estafalaro jinete atravesaba la escotilla. Martínez agachó el susodicho apéndice.

—Y aún nos queda el faenón de bajarla hasta la cubierta —dijo la cabo Oji Toragawa.

—¿Quedan muchas cajas? —preguntó Williams.

—No, tan sólo seis.

—Mierda.

—Eh, sargento, ¿nos tomamos un descanso? —dijo Johnston. Ono dudó.

—Bueno; sólo quince minutos. El teniente quiere todo esto en cubierta antes de las ocho.

Los extraños cuerpos de las criaturas se flexionaron hasta que sus cabezas quedaron entre la horquilla que remataba el abdomen. Sus músculos y tendones, fuertes como el acero, empezaron a acumular tensión. En un momento dado, ésta se liberó de golpe. Como muñecos de resorte, saltaron a la vez y despegaron de la blanca superficie de la que habían nacido, cruzando el vacío que separaba al cometa de la *Hoshikaze*.

Las criaturas se liberaron de sus apéndices en forma de horquilla, junto con sus largos filamentos musculares; habían cumplido su misión y ya eran innecesarios, su energía invertida en el salto.

Las criaturas se dirigían lentamente hacia la nave, con ocasionales correcciones de rumbo, gracias a las bolsas de gas que abultaban sus cuerpos.

Susana decidió nadar un poco, estaba segura de que eso la ayudaría a despejar su mente. Desde lo alto de la pasarela, se lanzó ejecutando el salto del ángel. Recta como una flecha, caía lentamente, muy lentamente, como en un sueño, por efecto de la escasa pseudogravedad.

Su cuerpo atravesó la superficie del agua, que se alzó en un lento chapoteo.

Ninguna piscina de la Tierra podía compararse con el tanque de los delfines. La gran esfera tenía ahora un cilindro de aire a lo largo de su eje, por efecto de la rotación. Susana no lo había visto nunca así, ya que durante el viaje estuvo siempre bajo aceleración, y el espacio de aire era un casquete en la parte superior. El espectáculo la fascinaba. Además, la rotación creaba una pseudogravedad muy inferior a la de la Tierra, cosa que antes, bajo aceleración, no sucedía.

Nadó hacia Semi con lentas brazadas de espalda. Los tubos de luz, agrupados en un extremo del eje, la bañaban con una cálida luz blanca.

Flotando de espaldas, Susana admiró la superficie de agua que se curvaba sobre su cabeza, abrazando aquel cilindro de aire, mantenida en su lugar por la fuerza centrífuga. Le hacía sentirse tan segura como en el útero materno. Las olas la recorrían con una elegante lentitud.

Se preguntó si Lenov habría llevado allí a Benazir en alguna ocasión; era un lugar perfecto. Cómodo, a resguardo de visitantes inoportunos, se podía tomar un tonificante baño antes de y después de (y durante, por qué no).

Toda la nave sabía de la relación entre Lenov y Benazir; y ella se repetía una y otra vez que aquello no era asunto suyo, que no le importaba en absoluto. Pero no era cierto.

Intentó imaginar cómo sería el contacto íntimo con otro cuerpo humano... piel, pelos, saliva... Un trozo de cálida carne abriéndose paso hacia su interior...

Sus pezones se endurecieron, no por el frío del agua.

A veces le gustaba pensar en esas cosas; otras se avergonzaba de ellas.

En cualquier caso, se dijo, pensar nunca es malo.

La sonriente cabeza de Semi apareció en el cilindro de aire.

Saludó a Susana elevándose sobre el agua, nadando hacia atrás con alegría.

Susana dejó pasar el suave lomo gris junto a ella, apenas rozándola, y se sujetó con ambas manos a la aleta dorsal del cetáceo. Comprendiendo rápidamente de qué iba el juego, el inteligente animal aceleró, remolcando a la etóloga tras él.

El agua fría refrescó su rostro y su mente.

Las criaturas habían recorrido la mayor parte de aquel salto de kilómetros. Muchas no lo lograron: agotaron sus bolsas de gas sin poder corregir lo suficiente su trayectoria, de modo que iniciarían una vasta órbita en torno al Sol.

Pero muchas otras lo consiguieron. Tan pronto como se acercaban a la rugosa superficie del casco, se aferraban a ella con una especie de almohadilla adherente situada en la base de su abdomen.

La nube de criaturas empezó a reunirse en pequeños grupos, como moléculas de agua condensándose en niebla, que a su vez se reunían en otros mayores. Comenzaron a recorrer la vasta superficie como orugas geómetras, fijándose alternativamente con la almohadilla del abdomen y las patas anteriores.

El padre Álvaro despertó empapado de sudor, con las suaves ropas de su litera completamente revueltas. Su corazón palpitaba desbocado como si quisiera abandonar su pecho.

De nuevo aquella pesadilla...

Vagaba por el desierto de sal, tambaleante como un resucitado, bajo un implacable sol que lo enturbiaba todo. Estaba enfermo de radiación, y no podía contener su vientre. Mientras caminaba, defecaba inmundicias sanguinolentas que resbalaban por las perneras de sus pantalones de franciscano, y se amontonaban en sus pies.

Unas débiles vocecillas infantiles le hicieron volverse. Pero no vio a nadie. Las vocecillas seguían llamándole: *hermano, hermano...* Necesitaban su ayuda, pero ¿dónde estaban? Llevaba horas buscándolos.

Se acuclilló, las voces parecían provenir del suelo, junto a sus pies...

Observó las heces, algo se movía en ellas. Acercó aún más su rostro. De cerca no parecían excrementos, en absoluto. No, era sangre, y algo más... una envoltura traslúcida. Reprimiendo su repugnancia apartó aquella membrana con dos dedos... En su interior, un feto de unos dos meses se retorció como un gusano agonizante... Sin embargo, su rostro estaba perfectamente formado, y el franciscano reconoció sus propios rasgos en él. El rostro le miró y dijo: *hermano, ayúdame...*

El padre Álvaro sacudió la cabeza intentando alejar aquel horror de su mente. Se

lavó la cara en el pequeño lavabo de su camarote. Observó su rostro empapado en el espejo, y éste le devolvió la mirada como la criatura de su sueño.

—Sólo somos podredumbre... —musitó—, podredumbre.

Grupos de criaturas vagaban al azar sobre la superficie de la nave, en busca de alguna abertura. Algunas se perdieron en el espejo del reactor de fusión, pero desde allí era prácticamente imposible entrar. Otras vagaron incesantemente en torno al ecuador, sin darse cuenta de que caminaban en círculos.

Finalmente, algunas encontraron un punto. Era una abertura sellada por una especie de diafragma musculoso, que servía para lo que podría llamarse *excreción*: expulsar sustancias de desecho.

Respondiendo a su programación genética, el grupo se dispersó en busca de otros, dejando a su paso un imperceptible rastro químico sobre el casco de la *Hoshikaze*.

Tik-Tik se aburría en la cabina de pilotaje; aquel entorno no cambiante no ofrecía muchos estímulos a su cerebro mamífero. La Adiestradora no estaba con él, y su único lazo con los humanos era la *Máquina-Que-Piensa*. Era una comunicación imperfecta y tosca, y generalmente era para recibir órdenes o informar.

Lenov, el otro humano con el que se comunicaba, era casi igual de ineficiente, pero el delfín sentía un profundo afecto por el ruso y no hacía falta mucho más. Susana era distinta. Era el único respirador de aire que podía comprenderles. A veces casi parecía un nadador.

El lazo con el mundo exterior era la Nave. Su conexión neural le proporcionaba una inigualable visión del cosmos, algo que jamás había sentido en el océano. El pequeño mundo de hielo próximo a ellos había sufrido cambios fascinantes cuando se había fragmentado, y visitar su interior había sido una gran aventura, que no se cansaría de contar a Semi una y otra vez.

Las criaturas se infiltraron en la nave. Aquella parte, que comprendía los tanques de combustible y el reactor de fusión, únicamente accesible para los especialistas como Kenji. No hallaron ningún obstáculo en su avance, aunque algunas se extraviaron en el laberinto de tanques y tubos.

El fin llegó primero para la cabo Oji Toragawa.

Estaba tratando de localizar un determinado cajón que contenía, según la lista, productos de limpieza. La bodega era un lugar oscuro y silencioso, y los tubos de luz apenas disipaban las sombras del recinto, lleno de estanterías atiborradas, puntos de anclaje, bidones, tanques, cajas y más cajas.

Estaba pensando en que no sería demasiado consumo una docena más de tubos fluorescentes, cuando los vio.

Al principio, la escena era tan extraña que no pudo aceptar lo que veía. Quedó unos instantes paralizada de estupor.

Parecían un montón de bolsas de plástico transparente, que de pronto hubiesen empezado a andar solas. Luego pensó que aquellas cosas traslúcidas eran...

El grito retumbó en la bodega, reverberando en las paredes. —¿Qué ha sido eso? —exclamó Diana. —No sé...

Se oyó una sorda explosión.

—¡Ha sido Oji! —Jerry Williams reconocía su voz.

—¡Rápido, ha debido pasarle algo!

Los seis se precipitaron alarmados hacia el fondo de la bodega. Ono maldijo aquella distancia. Recorrer una sección, atravesar la escotilla, recorrer la siguiente, escotilla, la siguiente sección, escotilla, sección.

Fueron las criaturas quienes les encontraron primero.

Ed Johnston recordó un termitero destripado. Las cosas eran traslúcidas, con forma de salchicha, con patas que se retorcían. Había docenas de ellas. El cuerpo de Oji flotaba entre sus horribles cuerpos, girando lentamente como un ahorcado colgando de la cuerda. La envolvía un halo de gotas rojizas. Sus brazos y piernas se doblaban de tal forma que supo que estaba muerta.

Hubo una docena de siseos y unos objetos cruzaron el aire. Sonó una pequeña explosión, y el cuerpo de Shimada Osato fue repentinamente empujado hacia atrás, mientras gritaba:

—¡Me han alcanzado! Es algo... —Se convulsionó y quedó inerte, rodando por efecto de su inercia.

—¡Shimada!

Ed Johnston se precipitó hacia ella. Tenía un feo boquete en el pecho. Hubo otro coro de siseos.

—¡Nos disparan! —gritó Jerry Williams.

—¡Corred, salgamos de aquí! —aulló la sargento Ono Katsui.

—Pero Shimada...

—¡No hay nada que hacer por ella!

Los cinco se impulsaron hacia la salida. Diana notó un fuerte golpe en su espalda. *No es nada, debo salir, a la cubierta, allí...* se impulsó con los brazos, en la forma en que normalmente se hacía en la ingravidez. Un extraño cansancio la acometía... ¡maldición, cómo le dolía la espalda!., de prisa, empujar, lanzarse... se golpeó la cabeza y dio varias vueltas, aturdida... Jerry giraba ante ella, con un agujero en el abdomen, sangrando y gritando... debía... fue lo último que pensó en su vida.

Las criaturas habían encontrado el camino por un ingenioso procedimiento. Cada vez que divisaban una bifurcación, tomaban uno de los corredores. Si hallaban un callejón sin salida, retrocedían hasta la bifurcación anterior y escogían la otra rama, a

menos que ya hubiese sido visitada. Si se agotaban las ramas de una bifurcación, retrocedían a la anterior.

Un experto en informática lo hubiera reconocido. Era un perfecto ejemplo de *exploración en profundidad* de un árbol, un método muy usado en programas de inteligencia artificial.

Susana escuchó un ruido extraño... parecían voces y... ¿disparos?

—¿Qué pasa? —silbó el delfín hembra. Parecía mortalmente asustada y Susana no tenía ni idea de cómo tranquilizarla. En realidad no sabía cómo tranquilizarse ella misma.

Ascendió hacia la escotilla de entrada, en el eje de rotación del tanque. Se asomó.

Ante sus horrorizados ojos, apareció la criatura más espantosa que jamás podría haber imaginado. Parecía un extraño crustáceo-gusano albino, como un morador de las profundidades abisales.

En un destello, recordó el lóbrego agujero del cometa y comprendió de dónde había salido. Cerró la escotilla, la bloqueó, y bajó a todo correr. La baja pseudogravedad tiró de ella lentamente. Tras ella sonó una explosión que lastimó sus oídos.

Su reacción fue instintiva: llegó al borde de la pasarela y saltó al agua. Se sumergió con un gran chapoteo. Cuando emergió, vio que el ser había descendido desde la escotilla reventada hacia la plataforma anular.

Avanzaba con lentitud, arrastrándose con dos pares de ridículas patitas situadas en la parte inferior de su cuerpo. Parecía tener dificultades para moverse, quizás estaba herido.

El engendro trepó por la pasarela, hacia el eje de rotación del tanque... comprendió que no soportaba bien la gravedad, se movía con más vivacidad conforme se acercaba al centro de la pasarela.

Con horror, Susana vio cómo la criatura se erguía en el centro mismo, y apuntaba hacia ella el extraño brazo que colgaba de su pecho. Nadó frenéticamente hacia el otro extremo del tanque; sabía que no lograría llegar. La criatura disparó.

El teniente recibió la llamada de Joe Michaelson en el hangar, a través de su intercom portátil.

—¿Qué ocurre, Joe?

—No lo sé, mi teniente; se han oído explosiones en la bodega. El sargento Fernández ha ido con Mike, a ver qué pasa.

—Voy para allá. Llama al puente e informa al comandante.

Okedo frunció el ceño.

—Manténganse en línea, Michaelson, e informe cuando sepa algo concreto.

Sintió una vaga desazón. Para un astronauta, como para un marino, su nave es más que su propia piel; de su integridad depende su supervivencia.

A ello había de unirse la inquietud que sentía hacia una nave que no podía controlar directamente. Ahora sus temores habían cobrado fuerza.

Yuriko y Kenji lo miraban, y leyó en ellos su misma inquietud.

—¿Dónde está Shikibu? —Trató de mantener un aire de frialdad y autodominio. No podía consentir que sus subordinados le vieran vacilar.

—En el hangar con el teniente, inspeccionando las fijaciones de...

—Bien. Dejemos que permanezca con él. Si ha ocurrido un accidente en la bodega, la carga es de su competencia.

Se preguntó qué otra orden podía dar.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó Benazir.

— Sssh... —Lenov puso una mano suavemente sobre sus labios—. ¿No oyes?

Benazir se incorporó y escuchó en la penumbra. El cuerpo de Lenov yacía junto a ella. Sus ojos brillaban como dos pequeñas esferas de cristal. Lenov encendió las luces y se dirigió hacia el interfono.

Pulsó varias veces el interruptor del aparato, sin obtener respuesta.

Oyó un distante ¡blam!

—Vania, ¿qué ha sido eso?

El ruso agitó la cabeza desconcertado.

—Parece una explosión...

Benazir se acercó a la puerta plegable, y pegó su oído contra ella.

—Se oyen voces —dijo.

Benazir intentó abrir la puerta. Pero ésta permaneció firmemente cerrada por el improvisado cerrojo de Lenov.

—Mierda —musitó la mujer mientras intentaba desenredar el alambre.

En la ingravidez no se puede correr; en este caso es mejor *volar* impulsándose en las paredes. Pero esto no era posible en el inmenso espacio vacío del hangar, so pena de quedar flotando desmañadamente.

Shimizu caminaba a grandes zancadas sobre sandalias adherentes, con Liz Thorn, Jenny Brown y Ozu Shikibu pisándole los talones. Mientras *corría*, trataba de comunicarse con Michaelson.

—*¡Mi teniente* —dijo la voz de éste—, *la nave está siendo invadida!*

—¿Cómo? Explícate mejor.

—*Son...* —lo interrumpió la voz jadeante del sargento Fernández—. *Teniente, la bodega está infestada de... bichos, no sé cómo decirlo... cuentan con un arma de... nos disparan, han matado a cuatro de los nuestros...*

Shimizu sintió la sangre helarse en sus venas.

—*He bloqueado la escotilla a la bodega* —explicó Fernández, un poco más calmado—. *Johnston, Martínez y Katsui están a salvo. Los otros...*

—¡Háganse fuertes en la cubierta y resistan, ahora vamos! Puso la mano en la culata de su pistola. Era la única arma de que disponían los cuatro.

El padre Álvaro había abandonado su camarote, caminaba pegado a la pared del corredor, incapaz de decidir qué camino tomar. Había escuchado las explosiones, y había visto desfilar a aquellas criaturas semejantes a demonios frente a la puerta de su camarote.

Había despertado de una pesadilla horrible, sólo para verse metido en otra aún peor. Sabía que de ésta no podía escapar.

En el cubo de la cubierta, los guardias improvisaron una barricada ante la escotilla de la bodega, amontonando las cajas que habían estado transportando. Martínez, en cuyo rostro se notaba una mortal palidez, preguntó:

—¿Resistirá?

Una explosión la hizo vibrar.

—Claro que sí, muchacho —trató de calmarlo el sargento—. ¿Y esas armas?

—Ahora las suben.

Okedo apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Alienígenas invadiendo la nave?

Miró en torno suyo. Los instrumentos resplandecían con luces rojas, amarillas, verdes, blancas, azules. Todo parecía tan normal...

—Eso dicen.

Yuriko exclamó:

—¡Mirad! —señalaba un monitor.

La pantalla mostraba una panorámica del hangar. A través de la escotilla que comunicaba con el tanque, emergía una pálida horda de horrores. Las criaturas se elevaron y volaron en el inmenso espacio...

El teniente trató de detenerse, luchando con la inercia de su cuerpo. Las cosas agusanadas se movían con una soltura increíble, como si dispusieran de sus propios métodos de impulsión.

—¡Sargento —voceó Shimizu por el intercom—, no podemos llegar hasta ustedes, iremos al puente!

La sirena de alarma retumbó en el hangar.

Las criaturas, algunas con sus bolsas de gas casi intactas, flotaban tratando de orientarse. Algunas de ellas divisaron a los pequeños mamíferos que corrían por la pared cilíndrica y enfilaron hacia ellos. Otras descubrieron la escotilla axial.

Los ojos de Lenov se dilataron por el terror. Aquello había sonado como una ráfaga de metralleta. Y era en la cubierta...

—¡Benazir, apártate de la puerta! —gritó, mientras saltaba hacia ella.

La mujer, se volvió hacia él, aún forcejeando con el alambre.

—¿Qué...?

La puerta estalló en astillas que, junto con el cuerpo de Benazir, saltaron hacia dentro del camarote.

Lenov, alcanzado por la onda expansiva, fue lanzado contra la pared. Se levantó aturdido. Estaba cubierto de diminutos restos de la puerta... y de manchas rojo oscuro. Con horror comprendió que era la sangre de Benazir.

El cuerpo de la mujer yacía hecho un ovillo.

—No, no. —Lenov sintió cómo su corazón se detenía—. Jesús, no, por favor, no.

Se acercó a la mujer y empezó a darle la vuelta. Algo había aparecido en el quicio destrozado.

El franciscano apretó su voluminoso cuerpo contra el mamparo, como si intentara fundirse con él.

Ahora la explosión había sonado cerca, muy cerca. Quizás al doblar el corredor. Allí estaba el camarote que ocupaba Benazir, creyó recordar. Y había escuchado el grito de un hombre que reconoció como a Lenov. Sintió deseos de correr en su ayuda, ¿pero qué podía hacer él, desarmado como iba? Quizá, quizá, podría intentar comunicarse con aquellos seres de pesadilla. Si eran inteligentes podría hacerse entender...

Unos pasos sonaron cada vez más cerca. Corrían exactamente en su dirección. Pronto estarían sobre él, y no había tiempo, no tenía tiempo de prepararse para...

Sintió una mano apoyándose en su pecho.

—¡Padre Álvaro!

Abrió los ojos, y reconoció a Martínez y a Kiyoko Fujisama.

—Amigos míos—musitó sin poder contener su alegría.

—Rápido —dijo Martínez—. Venga con nosotros.

Shikibu gritó al teniente:

—¡Por la cruja!

—¿Qué?

—¡Por la jaula del montacargas! —La joven habló entre sus dientes castañeteantes, señalándola—. Quizá no nos vean...

—¡Buena idea!

Los barrotes de la jaula eran lo bastante amplios como para que sus cuerpos pudieran entrar en ella. Los cuatro se introdujeron... justo a tiempo. Un proyectil

silbaba en el aire y se estrelló contra la estructura, estallando.

Se precipitaron hacia proa, impulsándose en los barrotos. Shikibu, astronauta veterana, marchaba en cabeza. Shimizu no se lo iba a reprochar. Volvió la cabeza, para comprobar que Liz y Jenny lo seguían.

Susana podría haber muerto en aquel mismo instante. El monstruo les había lanzado una especie de diminuto misil que culebreó en el aire, variando su trayectoria, dirigiéndose finalmente en línea recta hacia ella. Susana fue incapaz de reaccionar.

Pero Semi la empujó, apartándola de la trayectoria. El diminuto misil giró casi en ángulo recto, evitando el choque contra la superficie del agua, y enfiló hacia ellas.

—¡Toma aire! —gritó Semi, y casi al instante se sumergió.

Susana aspiró profundamente, giró sobre su cintura y elevó las piernas, sumergiéndose.

Una sorda explosión sonó tras ella, sacudiendo su cuerpo como un pelele. Susana giró sobre sí misma, empujada por la onda, envuelta por un torbellino de burbujas que resbalaban por su cuerpo, cosquilleándola como hormigas frenéticas, su cabeza parecía haber estallado a la vez que el misil. Tragó una bocanada de agua que la hizo toser. El aire había escapado de sus pulmones, necesitaba tomar aliento, ya no sabía dónde estaba arriba y abajo. Nadó desesperadamente hacia la parte más luminosa del tanque.

La criatura medía dos metros. Su cuerpo era traslúcido, de un repugnante color amarillento ceroso. En él, Lenov vio palpar un confuso manojó de órganos internos. La cabeza era una excrecencia informe surgiendo de un gordo gusano. No tenía boca, pero en el interior de aquel cráneo semitransparente algo se retorció frenético. Un puñado de malévolos ojos rosados ocupaban su centro y se clavaban en él. Se erguía sobre un par de raquílicas patas. Un segundo par mayor se extendía un poco más arriba.

Un quinto miembro multiarticulado surgía de su tórax. Acababa en un cono truncado abierto por la parte más ancha, la que apuntaba hacia Lenov. En su interior se movían pequeños cilindros ahusados de color rojizo, como si tuvieran vida propia, y comprendió que aquello era un arma.

El arma que aquella cosa había disparado contra Benazir...

La ira le nubló la vista y la mente. Apretando los dientes se dispuso a saltar hacia aquel endriago, a atacarlo con sus manos desnudas.

La criatura extendió su miembro central.

Para Shimizu y las tres mujeres, el universo se redujo a impulsarse con las piernas, agarrarse al travesano más próximo, impulsarse de nuevo...

La carrera hacia proa se estaba convirtiendo en un infierno.

Los proyectiles de los monstruos se estrellaban una y otra vez contra los barrotes de la jaula del montacargas; su sistema de guía, al parecer, podía ser engañado por aquellos pequeños obstáculos. Pero cada vez caían más cerca.

De no tener experiencia en el mando, Okedo se hubiera retorcido las manos con ansiedad. Su nave (en aquel momento, no podía olvidar el posesivo), su nave, estaba invadida por criaturas de pesadilla.

Y no podía hacer nada. El hangar hormigueaba de aquellas cosas, habría entre cuarenta y cincuenta. Aparentemente, vagaban perdidas, desorientadas. Pero algunas habían localizado al teniente y sus hombres, que se apresuraban hacia proa, en una carrera mortal.

—Las criaturas no están coordinadas —murmuró—. Si fuese así...

—¿Perdón, mi comandante?

—Nada, Kenji. ¿Nos contestan desde la cubierta?

—No, mi comandante.

Por el momento, estaban seguros en el puente, ninguna de aquellas cosas había encontrado el camino. Pero no se hacía ilusiones. Yuriko revisaba nerviosamente un revólver: la única arma de que disponían.

Desde lo alto de la nave, Okedo contempló impotente el hangar y se preguntó si, al mirar a los humanos, los dioses se sentirían como él.

Antes de que Lenov pudiera hacer algo, la cabeza de la criatura quedó separada de su cuerpo.

Aturdido, la vio caer. No había sangre, únicamente aquellas criaturas semejantes a gusanos que había visto retorcerse en el interior, quedaron liberadas y se agitaron como peces fuera del agua, hasta detenerse.

Martínez y Kiyoko Fujisama aparecieron tras el cadáver de la criatura. Kiyoko llevaba una recortada de feo aspecto y Martínez blandía la *katana* que había decapitado al monstruo.

—¿Hay más de esas cosas? —preguntó Kiyoko. Martínez envainó el sable y descolgó de su hombro un subfusil.

—No lo sé, pero vigila. Lenov, ¿estás bien? No podía disparar en un espacio tan pequeño...

Los ojos del ruso estaban cubiertos de lágrimas. Apretaba el inmóvil cuerpo de la astrónoma.

—Esa cosa disparó sobre Benazir —balbuceó—. Está malherida.

El padre Álvaro apareció tras Martínez, y corrió junto a Benazir y Lenov. Tomó la mano de la mujer entre las suyas.

Kiyoko se acercó y le pasó al sacerdote una cápsula tranquilizante para que se la

inyectara a Benazir. El franciscano así lo hizo, y luego, con una sábana envolvió el cuerpo de la astrónoma; la oyó gemir y repetir muy débilmente unas palabras en árabe. El padre Álvaro no tenía en ese momento posibilidad de comprobar la gravedad de sus heridas.

—Tenemos que llevarla a la enfermería —apremió el sacerdote, volviéndose brevemente hacia los dos guardias.

—Sí —dijo Martínez—. El sargento está allí.

—Lenov —gritó preocupado Kiyoko—, reacciona. Necesitamos tu ayuda.

El ruso se volvió hacia ella, como si despertara de una pesadilla.

—Sí—musitó casi inaudiblemente—, vamos.

Levantaron el cuerpo de Benazir. Kiyoko y Martínez miraban a un lado y a otro trazando amplias curvas con sus armas. Se dirigieron hacia la enfermería.

—¿Y Susana? —preguntó Martínez, sin dejar de vigilar—. ¿Has visto a Susana?

—No —musitó Lenov—, no. Benazir y yo estábamos... qué es lo que...

—La nave está llena de bichos —dijo Martínez, sin dejar de vigilar—. Están en la bodega, pero no pueden pasar. Mataron a cuatro o cinco, no lo sé.

Su voz era inexpresiva, más allá del dolor.

—Algunos entraron desde el hangar, y mataron a Harris y Masuto antes de que pudiéramos hacer nada. Pero nos los hemos cargado a todos. Éste que os atacó debía ser el último... Creo.

Lenov se iba sintiendo más sereno, quizá por efecto del sedante. En dos ocasiones tuvieron que saltar sobre los cuerpos de aquellas abominables criaturas.

Llegaron a la enfermería y Lenov colocó a Benazir en una camilla. Apartó con cuidado los cabellos, pegados por la sangre que manaba abundante de varios cortes en su cráneo.

Benazir abrió los ojos y dijo con voz débil:

—Yo tenía razón... tenía razón... Pero no he tenido suerte. No veré cómo acaba todo...

Con desesperación, Lenov alzó la vista hacia Fernández, que consultaba la pantalla del autodoc. Enfrentó la mirada de Lenov e hizo un gesto negativo. Las heridas eran demasiado graves.

Los pulmones de Susana estaban a punto de estallar cuando emergió. No podía oír nada, aparte del doloroso zumbido que le taladraba el cráneo. Se tocó los oídos y descubrió sangre en sus dedos. Giró en el agua buscando a Semi, sin verla. Se preguntó si la explosión la habría lastimado más que a ella.

Alzó la vista. El monstruo seguía en el centro de la pasarela y le apuntaba. Desesperadamente nadó hacia atrás. El extraño miembro de la criatura la seguía lentamente, sin perder su blanco.

Entonces vio a Semi.

Como un misil lanzado por un submarino, el delfín despegó del agua desde el extremo diametralmente opuesto del tanque, con toda la fuerza de su aleta caudal, volando limpiamente en una trayectoria ligeramente curva.

Era el salto más impresionante que Susana había visto realizar jamás a un delfín, ayudado por la débil pseudogravedad. Con admiración, Susana se dio cuenta de que Semi, al saltar, había tenido en cuenta la aceleración de Coriolis, que había curvado su trayectoria. ¡Toda una hazaña de física intuitiva!

Como un lento proyectil, chocó en el centro de la pasarela con el monstruo, que salió despedido por la fuerza del impacto.

Susana, jadeando, sintió renacer sus esperanzas. Semi siguió su trayectoria de regreso al agua.

Pero fue una esperanza fugaz. El monstruo giraba enloquecido... y poco a poco, recobró el control. Flotando en el eje del tanque, la apuntó de nuevo.

Semi se precipitaba hacia Susana como una flecha.

La cabeza de Shimizu chocó con los pies de Shikibu. Alzó la vista.

Un gran muro cuadrado se interponía ante ellos. Tardó unos segundos en reconocerlo. Era el piso del montacargas. Su camino estaba bloqueado... ¡No! ¡Shikibu estaba abriendo una especie de trampilla en el suelo! La joven se escurrió por ella.

Shimizu la siguió. Se hallaron en la fea y funcional cabina. Shikibu, frenética, empezaba a manipular otra trampilla en el techo. Pero se negaba a abrirse. Jadeando, el teniente miró a todos lados, esperando el definitivo proyectil, ahora, inmóviles...

Pero no llegaba.

—¡Espera! —gritó el teniente.

—¿Qu-qué?

—¡No sigas adelante! No nos disparan.

La joven, aturdida, lo miró como si estuviera loco. Pero era cierto. Liz y Jenny también parecían desconcertadas.

Los cuatro escucharon en silencio. Nada. Ni un disparo.

—No son muy inteligentes —dijo Shimizu—. Si lo fueran, nos habrían atacado en grupo, pero no están coordinados. Ahora no nos ven, y no saben qué hacer.

Las palabras del teniente, dichas en voz baja, obraron como un bálsamo. Shimizu se acercó a la pared de la cabina. Las planchas no ajustaban bien y miró por una ranura.

Las cosas flotaban alrededor, pero ya no disparaban. Shimizu comprendió el porqué de su agilidad: volaban impulsadas por una especie de bolsas de gas que tenían a ambos lados de la espalda.

—Pero... Pero... —balbuceó Liz Thorn—. No pueden ser tan tontos.

—No tontos. Limitados —dijo Shimizu—. ¿No os dais cuenta? Son como...

misiles rastreadores. No nos ven, luego no existimos para ellos.

—Eso quiere decir que... que... ¿estamos seguros? —dijo Liz Thorn.

—Mientras no nos movamos de aquí —dijo el teniente con firmeza. La principal virtud de un oficial es parecer muy seguro de lo que hace. Si además de parecerlo, lo está, es un buen oficial.

Y si tiene razón, no digamos...

Shikibu cerró la trampilla del piso. Cuatro personas agotadas, sucias de la grasa de las guías, se relajaban en la oscuridad, mientras las monstruosidades patrullaban fuera.

El franciscano rezaba en silencio. Unos minutos antes, el encefalograma de Benazir había quedado reducido a una uniforme línea horizontal. Habían abandonado su cuerpo en la enfermería. A nadie le gustó la idea de dejarlo a merced de los monstruos, pero no tenían otra opción. Ahora debían pensar sólo por su propia supervivencia, ya no era posible hacer nada por Benazir.

Lenov no dijo nada.

El sargento Walter Fernández paseó una sombría mirada sobre el grupo de supervivientes: Joseph Michaelson, Kiyoko Fujisama, Edward Johnston, George Martínez, la sargento Ono Katsui, Iván Lenov, y el padre Álvaro. Flotaban en el cubo de la cubierta. Johnston y Martínez vigilaban la cerrada escotilla del hangar.

—Necesitamos actuar rápido. Por el momento, la bodega está segura. No se han oído más de esas explosiones, tal vez los bichos hayan desistido... los del hangar también parecen haber perdido interés en nosotros.

»El puente está seguro. La cubierta está segura. El teniente y su grupo están escondidos; de momento, están a salvo...

—¿Y Susana? —añadió Ono. —¿Qué?

—¿Quién la ha visto por última vez?

Lenov levantó la mano. Había permanecido en silencio, sin que ninguna emoción cruzase su rostro. Ahora era como si hubiese vuelto súbitamente a la realidad.

—La última vez que Benazir y... —Su voz se ahogaba—. La última vez que la vimos, se dirigía hacia el tanque de los delfines.

Fernández sacudió la cabeza, sombrío.

—Las cosas entraron en el hangar desde abajo. Deben haber llegado al...

—¡Tenemos que rescatarla! —gritó el ruso.

Fernández suspiró.

—Me temo que no podemos. Antes hemos de recuperar el hangar y establecer contacto con el puente. En cualquier momento, esas cosas pueden... ya me entendéis. El teniente dice, acaba de hablar conmigo, que ésa es la tarea prioritaria, incluso por encima de rescatarlo a él. Y el comandante Okedo está conforme.

—Y una mierda. Perdón —rectificó, viendo ruborizarse a Fernández—; en el tanque está uno de los pilotos de esta nave. Los *verdaderos* pilotos.

No era momento de ser diplomático. Vio que Fernández parpadeaba.

—Ya está bien de luchar a la defensiva —exclamó Lenov—. Hay que contraatacar, ¡ahora!

—Pero el teniente...

—El teniente no está aquí. No puede juzgar la situación con la misma exactitud que nosotros. Usted está al mando.

—¿Seguro? Yo diría que usted.

—No importa. Ahora tenemos un momento de calma para pensar... y vamos a machacarles. Tengo un plan. Su mente estaba clara como el cristal.

O tal vez los efectos de la droga que le habían administrado eran más fuertes de lo que pensaba.

El teniente tenía su pistola en el regazo. El gatillo no tenía guarda, pues era un arma pensada para manejarse con los guantes del traje de vacío. Para evitar accidentes, tenía un segundo gatillo, una palanquita que se apretaba con el pulgar. El arma únicamente se disparaba si el tirador oprimía ambos a la vez. Sus dedos recorrían la superficie; el metal, cálido en su mano, parecía el cuerpo de una mascota.

Su contacto era lo único que le impedía volverse loco de ansiedad.

—Las criaturas siguen volando de un lado a otro —susurró Liz Thorn, con voz tensa.

—Bien —murmuró él. No se le ocurría nada más.

—No parecen seguir ningún plan. Simplemente exploran y exploran...

—Estupendo.

Cada vez estaba más convencido de su falta de inteligencia, o al menos de las lagunas de la misma. Lo cual era un respiro momentáneo. La búsqueda por el método de *fuerza bruta*, como sabe cualquiera que conozca informática, es más lenta, pero tarde o temprano da resultado.

Acarició su arma como si fuera el gatito con el que jugaba de niño...

—Sargento, por favor, quiero un arma.

—Ni hablar, Vania.

—Pero... Pero...

—No, Vania, lo siento, no eres la persona adecuada. Eres demasiado pasional. Ya sé que quieres vengar a Benazir. Pero nada de lo que hagas puede devolverle la vida. Y lo último que quiero a mis espaldas es un civil nervioso con el gatillo fácil.

Lenov suspiró. Pero Fernández tenía razón. Su experiencia embarcado le había enseñado una regla: haz bien tu trabajo, deja que los demás hagan el suyo... y que quienes están al mando se calienten la cabeza. No obstante, insistió.

—Déjame al menos una pistola, como último recurso.

El sargento pensó.

—Bueno. Pero sólo como último recurso, recuerda.

—Lo recordaré.

—Si hay uno de nosotros a tu lado, que sea él quien dispare.

—Bien.

—Toma mi revólver, Vania —dijo Michaelson. Se quitó el cinturón con la pistolera y lo envió flotando, tras empujarlo con el dedo.

—Gracias, Joe. —Lenov sopesó, si puede decirse así, aquel pistolón. Una

verdadera pieza de artillería de bolsillo.

—Sujétate antes de disparar, si estás en caída libre.

Lenov notó unas ranuras a ambos lados de la boca del cañón.

—¿Esto no es para evitar el retroceso?

—Es lo que dice la publicidad.

—Oh.

Lenov se ciñó el cinturón. En la luz roja que inundaba el cubo, los guardias, armados hasta los dientes, con sus negros uniformes, cascos y chalecos antibalas, parecían un grupo de demonios paracaidistas. Todos contenían su excitación a duras penas. Lenov empezaba a entenderles; la adrenalina puede ser una droga.

La sargento Ono Katsui parecía ansiosa de combatir; aquella muchacha era una guerrera de la cabeza a los pies. Sus ojos no se apartaban de la esfera de su reloj.

Apareció la cifra luminosa que esperaba.

—¡Atentos!

Aquello se convirtió en un juego macabro.

El monstruo disparaba; Susana tomaba aire y se aferraba a la aleta de Semi; se sumergían; el proyectil estallaba; subían a respirar; la criatura volaba a lo largo del eje, tratando de localizarlos en la superficie giratoria, mientras ellas se recuperaban... hasta que el monstruo se detenía sobre sus cabezas y volvían a empezar. Susana tenía las costillas doloridas y el bazo le taladraba el costado. Incluso Semi daba muestras de fatiga.

No podrían mantener ese ritmo. Susana solamente confiaba en ganar tiempo. En que al monstruo se le acabaran las balas, o lo que fuese.

Entonces oyó algo. Habían pasado varios meses desde la última vez, pero ahora fue una sorpresa. No hubo aviso previo, como las veces anteriores.

Era la alarma de aceleración.

Bajo el espejo de fusión, el deuterio era comprimido y expandido hasta sobrecalentarlo, por un campo magnético oscilante de un millón de gauss. Mientras, láseres de rayos gamma de frecuencias exactamente calculadas hacían saltar a los protones y neutrones a estados de alta energía... hasta que los núcleos reaccionaban, chocando con microscópica furia y fusionándose en helio, entregando un uno por ciento de su masa en forma de radiaciones.

La *Hoshikaze* empezó a acelerar cada vez con mayor rapidez. Un décimo de *g*... un quinto de *g*... un cuarto... medio...

Era como presenciar una erupción volcánica desde el interior del cono.

Durante los períodos de cambio de aceleración, el tanque de los delfines era un revoltijo parecido a un mar tempestuoso, hasta que se detenía la rotación del agua, se calmaba el oleaje y se restablecía el equilibrio. En ningún momento se permitió a los

delfines su presencia durante el proceso, y muchísimo menos a los humanos.

¡Y ahora, Susana y Semi estaban dentro!

La superficie del agua, que formaba una pulsera cilíndrica a la altura del ecuador del tanque, empezaba a desplazarse hacia popa. Normalmente, el aire acabaría formando un casquete en el polo de proa.

Pero ahora se combinaban rotación y aceleración lineal. Oyó un fuerte chirrido rítmico: era como el del tambor de una sobrecargada lavadora gigante.

El polo de proa quedó ocupado por una colosal lenteja de aire. Humana y delfín resbalaban hacia el fondo de la superficie cóncava y giratoria del agua, como el personaje de Edgar Allan Poe tragado por el maelstrom, o una mosca arrastrada por el agua de un fregadero. Enormes olas recorrían el gran cuenco de agua. El agua rebasó la plataforma anular, arrancándola y rompiéndola en mil fragmentos...

Y el monstruo caía hacia ellas.

Las criaturas que avanzaban a palmos sobre el casco de la *Hoshikaze* se vieron arrastradas como hormigas en un huracán. Algunas dejaron miembros y trozos de sus cuerpos al chocar con los salientes. Cayeron en el chorro, que las redujo a un ardiente plasma.

El cometa Arat fue alcanzado por la llama, que hizo el efecto de un soplete sobre un helado de crema.

Con todos sus misterios sin resolver y todas sus amenazas, el Arat se vaporizó en segundos hasta el núcleo. Mientras la *Hoshikaze* se alejaba de él, el cometa estalló silenciosamente en mil fragmentos, réplica helada del Krakatoa.

Los astrónomos de Marte lo presenciaron cincuenta y siete minutos más tarde. La noche marciana se vio adornada con aquel espectáculo de pirotecnia celeste.

Lenov volvió a sentir de nuevo la cubierta bajo sus pies. Pronto hubo un sonido inesperado, como si alguien dejase caer sacos de cebollas desde lo alto; se estrellaban con un crujido húmedo, tan repugnante como satisfactorio.

Fernández pulsó un botón y la escotilla, ahora sobre sus cabezas, se deslizó a un lado. Martínez y Michaelson se arrodillaron, con un rifle en posición horizontal, apoyado sobre sus hombros por los extremos. Ono subió a este improvisado escalón, saltó hacia arriba y atravesó limpiamente la escotilla, lanzando un fuerte grito. Al instante se oyó una ráfaga.

—¡Arriba, muchachos!

Ed Johnston hizo lo mismo; luego Kiyoko; Fernández; Lenov; entonces fue el turno del sacerdote. Martínez y Michaelson le ayudaron, levantando con fuerza el rifle, haciéndole atravesar la escotilla como un proyectil.

Lenov se hallaba en el fondo del hangar, ahora convertido en un enorme pozo vertical. El padre Álvaro aterrizó junto a él.

Los muchachos le habían lanzado con quizás excesivo entusiasmo, pues con medio, estuvo a punto de saltar sobre las cabezas de sus compañeros, que formaban un círculo en torno a la escotilla mientras disparaban, con rifles automáticos y subfusiles.

El estruendo del fuego automático era ensordecedor. En los breves momentos de silencio, zumbaba el rifle láser manejado por Joe Michaelson.

Todo era muy confuso para Lenov.

Por todas partes yacían monstruos lindamente aplastados, sorprendidos por la aceleración. Otros habían tenido suerte, o bien no cayeron desde muy alto. Pero la gravedad era un importante *handicap* para ellos, como ya habían contado, y había que contar el factor sorpresa. Si alguno llegó a disparar aquellos endiablados misiles, no llegaron a su blanco.

Localizó el *esqueleto* donde lo habían dejado la última vez y lo señaló a Ono. Ella hizo gesto de *adelante* y echaron a correr hacia el aparato, seguidos de Martínez. Los pesados fardos con armas que llevaban a la espalda les daban un peso bastante aceptable. Ono y George disparaban mientras corrían.

Subieron al aparato a toda prisa. Descargaron los fardos. Ono y George se apostaron rodilla en tierra. Lenov se agachó tras el tablero de mando. Tenía la pistola en la mano, pero no disparó. No había ningún monstruo vivo cerca.

Rápidorápidorápido, comandante, corte la aceleración...

La alarma volvió a sonar. Sus otros compañeros, Ed, Joe, Kiyoko y Fernández (Lenov los contó: estaban todos) regresaron a la escotilla y se colaron dentro. Cesó el distante bramido del reactor; Lenov se sintió como en un ascensor que bajaba demasiado rápido. La luz verde de cero-g se encendió en el tablero. Accionó un interruptor.

El cacharro despegó bajo su no muy experta mano. La acción había durado menos de treinta segundos.

Joe Michaelson se quitó de la espalda el pesado generador del rifle láser.

—Sigo creyendo que debería haberme quedado, sargento. Con este chisme, hubiera limpiado el camino al tanque en un minuto.

—Seguro, hijito; y al minuto siguiente te hubiera caído encima el Séptimo de Monstruería. Ya oíste al comandante: nada de riesgos. Hemos cumplido nuestro cupo de acciones heroicas. Ahora hay que guardar la casa.

El *esqueleto* se dirigió hacia la crujía. Para Lenov, no era distinto a volar por un túnel horizontal; no tenía problemas para orientarse en la ingravidez. La única molestia era que no había parabrisas. El vehículo estaba pensado para el vacío.

Sólo algunos monstruos aparecían a la vista. Dispararon aquellos misiles y Lenov sintió retorcerse su estómago, pero la distancia era grande, y los proyectiles quedaron

sin combustible a mitad de camino. Eran eficientes tan sólo a corta distancia y en caída libre... Ono y George, a ambos flancos, disparaban calmamente sobre todo monstruo que veían.

—Bandidos a las diez —murmuró Lenov.

Susana había estado a punto de ser alcanzada por un embrollo de hierros y cables retorcidos, que se hundían en el tanque con un largo chapoteo. Fuertes chispazos saltaron hacia proa.

El tanque había quedado a oscuras. Unas débiles luces rojas de emergencia brillaban en el fondo, creando fantasmagóricos reflejos.

Partes de la plataforma, revueltas entre las olas, seguían cayendo con lentitud. Susana trataba de mantenerse a flote; sus piernas tocaban de vez en cuando objetos que se retorcían bajo el agua. Quizá cables que seguían desenrollándose. A cada momento esperaba que sus pies fueran atrapados por garras alienígenas, había visto caer al monstruo y no se hacía ilusiones. No esperaba que la caída hubiera acabado con él, ni que se hubiese ahogado. Sin duda, no necesitaba respirar. Debía estar allí, en la oscuridad, agazapado, esperando la oportunidad para saltar sobre ella. Y Susana era una presa fácil. Apenas veía nada, rodeada por sombras amenazadoras.

El *esqueleto* se aproximó a la cabina del montacargas. Un monstruo flotaba inerte en sus proximidades. Cuando el teniente salió de las sombras pistola en mano, supo quién lo había liquidado. Le hizo un efecto raro ver al teniente caminando por *la pared*.

Las tres mujeres, Liz, Shikibu y Jenny, subieron al *esqueleto* y luego lo hizo el teniente. Shikibu, en cuyo rostro se leía la tensión y el cansancio, relevó a Lenov.

Libre de cuidados mientras el *esqueleto* zumbaba hacia el puente, Lenov buscó un blanco. Pero no había ninguno cerca. Llegaron al puente con su revólver todavía virgen.

Allí descargaron la artillería, y los rostros de Okedo, Kenji y Yuriko se iluminaron.

—Nos alegra mucho verles, teniente.

—Gracias. ¿No tendrán un poco de té, comandante?

Se sentía agotado. De haber gravedad, las piernas no le hubieran sostenido.

—¿Prefiere algo más fuerte?

—Estaba a punto de proponerlo. ¿Cómo está la situación?

—Hemos visto refugiarse a sus nombres. Ninguna nueva baja. En lo que se refiere a los monstruos...

—No queda ni una docena, y todos agazapados —exclamó Shikibu, alegremente.

El teniente apuró la copa de sake de un trago.

—De todos modos, aún seguimos siendo pocos.

—Vamos, teniente —dijo Shikibu—, ahora salimos y nos los cargamos a todos.

—No tan deprisa, jovencita —la paró Shimizu—. No voy a lanzarme a la carga como un loco, ya hemos perdido a muchos.

Ono asintió.

—La primera regla militar es *conoce a tu enemigo*. No sabemos cuántos quedan en la nave, ni dónde están.

—Unos cien como mínimo —dijo Kenji. Todos le miraron.

—¿Cómo lo sabes?

—Ése es el número aproximado de los que acaban de entrar.

Todos se arracimaron en torno al monitor. En efecto, una horda de monstruos surgía del conducto al tanque.

—Ahora sabemos dónde están los de la bodega —exclamó Ono, furiosa—. Han desistido y siguen llegando.

—Estamos como al principio —resopló Shikibu.

—No —le contradijo Yuriko—. Ahora estamos preparados para resistir.

—También ellos, a lo que parece.

Las criaturas estaban agazapadas en el fondo del hangar, perfectamente inmóviles, como estatuas de algún olvidado culto demoníaco.

—Pero ¿qué esperan? —preguntó Shikibu.

—Que nos aburramos e intentemos algo desesperado —sugirió Kenji.

Lenov, hasta entonces silencioso, intervino:

—Y puede que haya llegado el momento.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Okedo.

—Creo que ha llegado el momento de poner en marcha mi plan. El pasadizo de los delfines —dijo el ruso—. Podríamos llegar por él hasta el tanque; Susana aún está allí, si vive. Y podríamos freídos por detrás. Unas granadas de mano bien colocadas...

—Hmm —murmuró el teniente—. ¿Qué opinas, Ono?

La sargento, experta en táctica, meditó un momento.

—Considero probable que no queden más en la bodega. El hecho de que suban y se mantengan en el fondo, sugiere que no quieren ser sorprendidos por otra aceleración. En otras palabras, no hay muchos más y optan por la táctica de la dilación.

—Eso es como piensas tú, no ellos —dijo Shimizu—. Pero es probable.

—Y, mientras tanto —dijo Lenov—, no sabemos nada de Susana ni del otro delfín piloto. Mirad, no he subido hasta aquí por darme un paseo en *esqueleto*. No tengo preparación militar como la vuestra. Lo he hecho porque soy el único que puede llegar hasta el tanque.

El comandante, meditando, se volvió hacia el teniente.

—Shimizu, usted decide.

—Estupendo, los cogeremos entre dos fuegos.

—Yo iré con él —dijo Martínez.

—Muy bien, George. —El teniente le tendió un subfusil al ruso—. ¿Sabes manejar esto?

Lenov lo examinó: un liviano y veloz Heckler-Koch, con culata rígida de plástico, casi un rifle en miniatura. Aquél sí era un buen «último recurso».

—Aprendo muy de prisa —respondió Lenov sujetándolo con fuerza.

—Vamos. Mientras, nosotros les daremos a esos bichos algo en qué pensar.

Introdujo un cargador en su rifle.

Los dos hombres subieron hasta la cabina del delfín. Tik-Tik estaba muy nervioso. Le habían dicho que permaneciera en silencio y había obedecido. Pero no entendía qué estaba pasando.

Lenov acarició su lomo gris. Martínez abrió la trampilla que comunicaba la cabina de pilotaje con el tanque de agua y miró hacia dentro.

—Está muy oscuro —dijo.

—No le demos más vueltas al asunto —apremió Lenov.

Encendió una linterna y se introdujo el primero por el pasadizo. Era un largo y oscuro túnel, pues a los delfines no les importaba la ausencia de luz. Una especie de funicular en forma de barca transportaba al delfín; ambos lo ignoraron. Irían más rápidos flotando.

Se propulsaron en las tinieblas, precedidos por dos brillantes conos de luz.

El oleaje se iba calmando, pero aquello no ayudó a tranquilizar a Susana. El tanque estaba lleno de sonidos ominosos.

—¡Semi! —gritó.

Había nadado poco a poco, sin dejar de mirar en todas las direcciones, hasta los restos de la plataforma. Éstos se hundían en el tanque por un extremo, mientras que el otro seguía enganchado cerca de la compuerta de entrada. La compuerta ya no existía, volada por aquel monstruo, y la única luz provenía de los fluorescentes del corredor.

De repente recordó algo: ¡la *katana* de Lenov!

Seguía allí, colgada junto a la puerta; milagrosamente, nada de lo que había pasado la había derribado de su sitio.

Pensó en cómo llegar hasta ella, y empezó a trepar por entre los hierros retorcidos. Apenas hubo avanzado un par de metros, cuando el monstruo surgió del agua a sus espaldas.

Martínez y Lenov se detuvieron al final del conducto.

El ruso conectó la compuerta estanca, que se cerró con un chasquido. Le dolía la

espalda. Habían avanzado incómodamente doblados, impulsándose con la mano libre y las piernas.

—¿El agua puede estropear esto? —preguntó Lenov señalando su arma.

—Por favor. —Martínez parecía ofendido—. Tecnología alemana. Soportan el vacío.

—Muy bien. Ponte esto.

Sacó de su chaqueta un par de máscaras de buceo. Martínez silbó admirado.

—¡Vaya, eres previsor! —Se la puso.

—Sí. Las tenía en mi camarote y las cogí.

—Por casualidad, ¿tienes también botellas de aire?

—Naturalmente, en el tanque.

—Bueno, no se puede tener todo.

Lenov hizo girar otro conmutador y el pequeño cilindro empezó a llenarse de agua.

—Esto no va a ser tan fácil —dijo—; está pensado para delfines, y ellos pueden aguantar diez veces más tiempo la respiración que nosotros. ¿Qué tal te desenvuelves en el agua?

—Yo he nacido en Marte. Ese tanque es la mayor cantidad de agua salada junta que he visto nunca.

—Fantástico —dijo el ruso—, nos vamos a divertir.

El agua les llegaba ya a la barbilla.

—Toma aire y no te separes de mí.

Los dos hombres dieron una última bocanada y se sumergieron. Lenov accionó un nuevo interruptor. Se abrió la segunda compuerta. El ruso y el marciano cruzaron por ella.

Nadaron desesperadamente. Se encontraban en el espacio libre entre dos enormes esferas concéntricas; la más pequeña era la pared exterior del tanque. Giraba con la majestuosidad de un planeta. El agua entre las dos esferas era acelerada por el rozamiento, formando un gradiente de velocidad, a partir del punto de entrada.

La corriente los arrastró.

Martínez se sintió a punto de ceder al pánico y la claustrofobia. Estaba atrapado entre dos paredes de metal que parecían querer cerrarse para aplastarlo. Sus pulmones estallaban... trató de resistir, un hombre puede mantenerse vivo más tiempo de el que se cree... aunque sus pulmones estén clamando por aire, aún tiene reservas de oxígeno en los músculos... aguantar... Pero no era fácil... no controlaba sus movimientos, arrastrado por una corriente de agua hacia no sabía dónde... la ropa y el peso de su arma le entorpecían... aguantar... suerte que estaban en caída libre, o se hubiera ido al fondo con toda la chatarra... un poco más... la máscara, mal sujeta, se inundaba lentamente...

Susana aulló de dolor. Las garras de la criatura se habían clavado en uno de sus tobillos y la arrastraban hacia las negras aguas. Se abrazó con fuerza a un tubo metálico, que empezó a doblarse bajo el peso de los dos. El monstruo le clavó con malevolencia otra de sus garritas en su pierna, rasgando la piel y la grasa subcutánea con facilidad.

El rostro alienígena se aproximó al suyo. Susana vio claramente aquellos malignos ojillos de araña observándola, aquellas extrañas cosas retorcerse tras ellos, en el interior del cráneo. No emitía ningún sonido.

La barra de metal cedió al fin, y la humana y el alienígena cayeron juntos al agua. La criatura no aflojó su presa ni un milímetro. Susana notaba sus piernas adormecidas.

Aún tenía la barra en la mano. No era la *katana*, pero era mejor que nada. Con ella golpeó aquel rostro de pesadilla con todas sus fuerzas, una y otra vez. La cabeza del alienígena se hundió un poco bajo la fuerza de sus golpes, sin mostrar dolor alguno. El miembro que surgía de su tórax se desdobló y se acercó a su rostro.

Susana vio el órgano que tenía en el extremo, por el que habían surgido los pequeños misiles. Era como una gran boca perfectamente circular, y rodeada por un anillo de dientes tan pequeños y afilados como agujas. Aquella boca se acercó a su rostro y Susana volvió a gritar.

Cerró los ojos, deseando que su muerte fuese rápida. Pero el alienígena se detuvo en su movimiento. Pareció tener un acceso de tos, y su tórax se combó con un espasmo hacia fuera. El brazo central se replegó rápidamente. Susana sintió cómo las garritas liberaban sus piernas, y el alienígena se elevó en el aire, empujado por una fuerza titánica.

Semi había surgido tras la criatura y la había empalado limpiamente con su poderoso hocico, perforando la espalda de aquel monstruo. Con un rápido movimiento de su cabeza, el delfín arrojó al monstruo hacia atrás. Luego sacudió la cabeza contra el agua, limpiándose.

—*Profundo asco* —silbó.

—Semi. —Susana tosió dos veces.

—*Me enredé contra la plataforma* —dijo Semi—. *Siento tardar mucho. La vez anterior, no logré acertarle de lleno. ¿Estás noherida?*

Susana palpó las piernas con una mano.

—No parece grave —silbó, abrazándose al delfín con todas sus fuerzas.

La corriente los había arrastrado en la dirección correcta. Cuando Martínez estaba a punto de desfallecer, sintió la mano de Lenov agarrándolo por el brazo y arrastrándolo hacia arriba. Martínez tiró de una anilla cerca del cuello de su traje, y con un siseo, la pechera empezó a hincharse de gas.

Lenov ya había hinchado la suya. Un hurra para quien inventó aquel utilísimo uniforme. Con un chapoteo, ambos sacaron la cabeza del agua y pudieron respirar al fin. Martínez tosió varias veces.

El interior del tanque estaba casi a oscuras, y la plataforma se había derrumbado.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Martínez elevando su arma por encima del agua.

Lenov vio a Susana encaramarse por los restos de la plataforma. Agitó su mano.

—¡Susana!

Nadaron hacia ella. Semi nadó alegremente en círculos alrededor de los dos hombres. Al llegar Susana, descendió de la rampa y se abrazó llorando a ellos. Martínez le echó un vistazo a su pierna. Se había vendado con un jirón de su camisa; no parecía grave.

—Nos atacó un ser horrible. Un alienígena...

—Sí, ya los hemos visto. —Lenov miro a un lado y a otro—. Y a sus hermanitos. ¿Sigue por ahí?

—Semi acabó con él. Me salvó.

—Muy bien, Semi.

La hembra delfín silbó con orgullo.

—Vaya un revoltijo —exclamó Lenov—. Me hubiera gustado tener el equipo de buceo a mano, pero con este lío, Semi tendrá que ayudarme a volver al pasadizo. Por favor, Susana, traduce.

—¿Volver?

—Al otro lado del agua hemos dejado granadas de mano, municiones, un rifle láser y otras cosillas. ¿No íbamos a nadar con ellas, ¿verdad?

En la escotilla del puente, Shimizu y Ono apuntaban cuidadosamente y luego disparaban contra los alienígenas de abajo. Éstos no hacían el menor gesto para ocultarse. Una vez más, al teniente lo desconcertó la extraña mezcla de estupidez e inteligencia. Ni siquiera aprovechaban la ingravidez para subir al puente. Era difícil ver si hacían blanco. Los alienígenas muertos no caían.

De repente oyeron un disparo a sus espaldas.

—¡Teniente! —gritó Yuriko.

Nadie tuvo tiempo de reaccionar cuando el alienígena apareció en el puente.

Cierto, Liz Thorn disparó contra el monstruo, alcanzándolo de lleno y haciéndolo saltar contra el mamparo... Pero el alienígena ya había lanzado un proyectil que aceleró desde la boca de aquel extraño miembro, hacia ella...

El comandante Okedo se interpuso.

El diminuto misil chocó contra su pecho, estalló, abrió un cráter sanguinolento en su espalda.

—¡Jefe! —gimió Yuriko. Un segundo monstruo apareció en la puerta. Liz disparó

antes, partiéndolo en dos de una ráfaga.

Se acercó al quicio con precaución. En el corredor sonó otra ráfaga.

—¿Teniente? —preguntó Liz, por precaución.

—Sí, voy a entrar. He disparado contra uno de esos monstruos... ¿Qué ha pasado?

—El comandante... —Liz no supo qué más decir. Ono se reunió con ellos.

—¡Entraron por la cámara de descompresión de proa! ¡No debieron caer cuando aceleramos! ¡Qué necios hemos sido!

—¿Hay más? —gritó el teniente.

—Creo que no, pero...

—¡Registremos la proa!

Los guardias salieron del puente. Yuriko tenía los ojos llorosos.

—Él lo quiso así —sollozó.

Kenji le puso el brazo sobre los hombros.

Cuando Lenov y Martínez, cargados con su armamento, llegaron al hangar, se encontraron con un extraño espectáculo: los monstruos se estaban *disolviendo*. Quedaban inmóviles, sus órganos internos, cubiertos de feas manchas marrones, cesaban en su hormigueante movimiento y, poco a poco, sus patas se desprendían entre gotas flotantes de un repugnante líquido opalino...

Susana, que les acompañaba (por nada del mundo se iba a quedar sola en el tanque), soltó una risita histérica. Fue la única que tuvo humor para hacerlo. Lenov estaba demasiado deprimido para vengarse.

En el puente, Shimizu sintió un escalofrío casi supersticioso. La muerte de Okedo parecía la ofrenda que una divinidad implacable exigía a cambio de la de los monstruos.

Martínez, cargado con una docena de granadas y el rifle láser, se sentía bastante ridículo.

El universo era un inmenso vacío gris, en el que flotaban millones de pequeños objetos. Susana veía el mundo tal como lo vería una de sus células, a escala 1:350 000 000. El nanosubmarino se deslizaba hacia las células del alienígena, a una velocidad de diez mieras por segundo.

La máquina era uno más de los maravillosos ingenios legados por la extinta civilización marciana. Estaba diseñada para ser pilotada por control remoto; recibía órdenes mediante señales de microondas que el nanoordenador traducía en acciones. En cuanto a la visión, el microtomógrafo proyectaba en la pantalla hemisférica la reconstrucción de lo que la máquina veía de tener cámaras. Susana disfrutaba de la ilusión de estar sentada frente a los mandos de un submarino de bolsillo, rodeada por una cúpula transparente. Podía ver parte del nanosubmarino bajo ella, pintado con brillantes colores por el ordenador, que adaptaba las imágenes del microtomógrafo. La pinza destacaba a proa, mientras los impulsores gemelos, con aspecto de sacacorchos, giraban frenéticamente a popa.

Naturalmente, un objeto tan diminuto no podía fabricarse por medios habituales ni con materiales habituales. El casco estaba formado por una red de moléculas compatibles con el sistema inmunitario humano. La red formaba un finísimo armazón en el que únicamente penetraban las moléculas más pequeñas.

El ordenador del nanosubmarino no era electrónico sino mecánico, formado por engranajes y varillas; cada engranaje era un anillo de benceno, una molécula de seis carbonos unidos en un hexágono. Las varillas eran finas cadenas de átomos de carbono. Dibujado, aquel ordenador parecía el que Charles Babbage intentó construir en el siglo XIX, pero funcionaba. Como consecuencia de su tamaño microscópico, sus piezas giraban a tal velocidad que rivalizaban en rapidez con un ordenador electrónico.

El nanosubmarino era impulsado por un motor de glucosa, que oxidaba dicho azúcar y movía dos flagelos helicoidales a popa. No poseía otro órgano manipulador que una nanopinza, ni otro instrumento sensor que una especie de «mano» capaz de palpar moléculas. Disponía de diferentes palpadores.

Era extraordinario, pensó una vez más Susana. Con un aparato como aquél la biología avanzaría siglos en pocos años. Les abría la puerta a lo más pequeño, y la capacidad de manipularlo con sencillez.

Para ella había sido una ayuda inapreciable. En pocos días había realizado ella sola un trabajo de investigación sobre la fisiología celular alienígena, que en condiciones normales hubiera ocupado a todo un laboratorio de biólogos durante meses.

Susana manejó con habilidad los controles, aproximando el nanosubmarino a la membrana de una célula, y con una red de gelatina tomó unas muestras. Programó el

regreso a donde esperaba la micropipeta, con la cual capturaría al nanosubmarino.

Susana regresó al mundo real simplemente saliendo de la cabina. Ésta era una semiesfera, como un cuenco metálico invertido situado en el centro del laboratorio biológico de la *Hoshikaze*. En una mesa cercana, encerrado en una caja de Petri, estaba el micromundo que había explorado: un trocito de tejido alienígena no más grande que la punta de un lápiz.

Aplicó el ojo a un microscopio óptico, esperando la llegada del nanosubmarino. No tardó mucho: una cosita cuadrada que nadaba en círculos. Con la micropipeta capturó a la máquina.

La reunión era un remedo de las antiguas; Benazir y el comandante no estaban ya con ellos. Se hallaban presentes Yuriko, Kenji, Shikibu, Lenov, el teniente Shimizu, el padre Álvaro, y Susana. Por una vez, era ella la que llevaba la voz cantante. —Lo asombroso es que no hay nada extraño— informó Susana. —ADN, proteínas, azúcares... todo normal. Demasiado normal.

—No lo entiendo—dijo Yuriko, débilmente. El manto de la jefatura parecía pesarle sobre los hombros.

—La biología de los alienígenas es similar a la nuestra. Similar, y al mismo tiempo distinta. Es...

Se detuvo para observar la reacción de sus compañeros. No la comprendían. Con un suspiro, casi un débil resoplido de impaciencia, explicó:

—Los compuestos orgánicos tienen una variabilidad increíble. Se conocen más de medio millón de compuestos de carbono, y sólo veinte mil de los demás elementos. Algunas biomoléculas simples quizá serían idénticas en diferentes planetas, pero, con toda esa variabilidad, es improbable que otro mundo haya producido una forma de vida con las mismas macromoléculas... esto es, ADN, proteínas... ¿Lo veis?, exactamente igual que la vida terrestre, con las mismas cuatro bases en el ADN, con los mismos azúcares de cinco carbonos, y la misma estructura en doble hélice...

»Y esto no es lo más chocante. El código genético es el mismo. La misma tripleta de nucleótidos traduce el mismo aminoácido. Y esto es peor, porque la correspondencia de tripletas y aminoácido es, por lo que sabemos, arbitraria. Mirad... nosotros representamos el sonido *a* por el carácter escrito «A» —dibujó la letra con el dedo en el aire—. Se trata de una correspondencia arbitraria. Convenimos que el sonido *a* se representa por este símbolo. Todos usamos el mismo alfabeto, usamos el mismo código. Pero se trata de un convenio.

—Te entiendo —dijo el franciscano—. Quieres decir que si excavásemos una ciudad sumeria, y encontrásemos que un disco rojo con una barra blanca significase: *se prohíbe el paso de vehículos*, sería una coincidencia inaceptable. ¿Es eso?

Susana asintió.

—Por ese motivo —dijo—, muchos científicos no le dieron mucha importancia a

la formación vegetal que se encontró en Uzbekistán, ni a las que aparecieron más tarde. Fue más sencillo pensar que se trataba de una mutación, o una especie desconocida hasta entonces. Pero esto no era posible.

—¿Por qué?

—Las células de estos seres extraños son diferentes a las nuestras. Tienen cromosomas como las nuestras, pero no tienen membrana que los separe del citoplasma. Faltan algunos orgánulos: mitocondrias, aparato de Golgi, retículo endoplasmático... Son un intermedio entre célula procarionte y eucarionte. Algo que la evolución jamás desarrolló en la Tierra.

»Esto desconcertó a los que estudiaron la planta de Uzbekistán, pero no encontraron ninguna explicación que casara con su bioquímica, perfectamente terrestre.

Kenji hizo un gesto de agotamiento; todo aquello le era difícil de seguir y dijo:

—¿Qué es lo que opinas?

—Los monstruos que nos atacaron son alienígenas, de acuerdo; no obstante, están íntimamente relacionados con nuestra biología. Son extraños... y al mismo tiempo no lo son.

Los supervivientes se miraron nerviosos, sopesando aquella ambigua declaración.

Nadie dijo nada durante un largo rato. Finalmente Kenji rompió el silencio:

—¿De dónde salieron? En el núcleo del cometa no encontraste nada parecido...

—Afortunadamente —dijo Susana intentando forzar una sonrisa—. Pero estaban allí. Todos los vimos...

—¿A que te refieres?, yo solo vi esa especie de icosaedro del que surgían las *cuerdas* —dijo Lenov.

—He analizado el ADN contenido en el trozo de cuerda que corté.

—¿Contenían ADN? —preguntó el religioso.

—Sí.

—¿Y...?

—El mismo ADN que los monstruos que nos atacaron. Esas criaturas debieron desarrollarse clónicamente a partir del icosaedro...

El padre Álvaro suspiró.

—¿Qué eran entonces? No importa su bioquímica.

Susana se irritó levemente. A ella le importaba mucho. —No lo sé. Carecían de aparato digestivo o sexual, y como vimos, no estaban hechas para durar. Supongo que el cometa las generó como nuestro organismo generaría anticuerpos... como arma contra nosotros.

—No creo —dijo Shimizu—. Ono y yo hemos analizado el problema en términos militares... por cierto, Susana, ¿has logrado averiguar por qué murieron?

Ella aventuró una hipótesis.

—Quizá la exposición al calor, más probablemente al oxígeno... sus células no tienen peroxisomas. —No se molestó en explicar lo que eran, y nadie se lo preguntó—. En el fondo no creo que importe mucho. ¿A quién le interesa lo que pase con una bala perdida?

—Dudo mucho que fueran un arma —insistió Shimizu—. A pesar de su terrible efecto sorpresa, lo cierto es que fueron muy torpes.

—Teniente, ¿recuerda cómo les persiguieron?

—Es difícil de olvidar —dijo Shimizu.

—Dejaron de perseguirles cuando dejaron de verles.

—Eso fue lo que me extrañó. Hasta un niño sabe que, si alguien se esconde tras una cortina, sigue estando ahí.

—Un bebé es un ser vivo programado por la evolución. Para un ser vivo, ser conscientes de un enemigo aunque no esté ahí, tiene un claro valor de supervivencia. La conducta de *sabio idiota* que mostraron las criaturas es más propia de una máquina.

—Ahora no parecen tan peligrosas, pero... —meditó Lenov— ¿cuántas de esas máquinas podría fabricar un cometa como el Arat?

—Buena pregunta. —Susana le sonrió brevemente—. Yo también me la hice, y analicé las muestras del caldo que llenaba el cometa. En ella se encontraban disueltos todos los elementos constitutivos de esos seres...

De repente, Lenov lo comprendió. Se puso en pie de un salto.

—Susana, ¿crees que las aguas de la Tierra tendrían una composición similar a ese caldo?

—Hace un año, no. Pero ahora —la expresión de la etóloga era desoladora—, con toda la vida acuática muñéndose, descomponiéndose... sí, debe ser algo muy parecido a eso que llenaba el cometa. Los océanos se están eutrofizando.

—¿Euqué?

—Eutrofizando —explicó Susana. Su impaciencia fue ahora claramente perceptible—. Es un término que se usa respecto de lagos en los que se vierten aguas residuales. Las bacterias y los hongos descomponen la materia orgánica, si la cantidad es moderada. Si es demasiado alta, adiós ecosistema.

—Pero, entonces —conjeturó Shimizu con horror— ahora todos los océanos son un caldo de cultivo para esos monstruos.

—Sí —admitió Susana.

Hubo otra pausa, mientras digerían la información.

—Estupendo; ¿y qué se supone que debemos hacer ahora? —dijo el japonés negro.

—Debemos regresar —propuso Kenji—. Esto es más importante que nuestra misión inicial. Debemos advertir a los que siguen en la Tierra, si ya no es demasiado

tarde.

—Podemos advertirles por radio, no es necesario que regresemos —dijo Yuriko, con cierta irritación.

—Pero ¿no os dais cuenta de lo que ha pasado? —insistió Kenji—. El comandante ha muerto. Benazir ha muerto, ella diseñó esta misión. Hemos sido descabezados, aplastados. Ninguno de nosotros tiene capacidad para tomar una decisión así, no podemos hacer otra cosa que regresar.

Lenov dio un puñetazo en la mesa que los asustó. Susana le lanzó una mirada asesina.

—No —dijo el ruso—, no podemos volver ahora. Benazir diseñó esta misión, sí. Ella sabía que era vital que aprendiéramos sobre nuestros enemigos, si queríamos tener una posibilidad de sobrevivir. Dio la vida por esta idea y debemos completar su trabajo. Debemos viajar hasta Júpiter, tal y como ella había previsto.

—Eso representa perder un año en la ida, y otro para el regreso —dijo Kenji—. Las cosas se están desarrollando con demasiada rapidez. Cuando llegásemos hasta Júpiter, todo podría haber acabado en la Tierra.

—No podemos hacer otra cosa —dijo Lenov con obstinación.

—Podemos regresar ahora. Somos los únicos humanos con experiencia en luchar con esas cosas. Nuestros conocimientos son demasiado vitales...

—Experiencia —dijo Lenov con sorna—. ¡Ja!

Kenji le fulminó con la mirada.

—¿Qué estás insinuando?

—Necesitamos mucha menos experiencia, y un poco más de valor.

Kenji se incorporó de un salto y se lanzó hacia el ruso, derribándolo de su silla. Shimizu se interpuso entre los dos hombres y logró contener al japonés.

—Estupendo, Vania —dijo Susana furiosa—, tú sí que estás resultando útil en esta misión.

—Lo siento —musitó el ruso mirando hacia el suelo—, hablaba sin pensar. Lo siento, Kenji.

El japonés ya se había tranquilizado, pero Shimizu seguía junto a él.

—De acuerdo —asintió—. Olvídalo, todos estamos muy nerviosos.

—Os diré qué vamos a hacer —dijo Yuriko—. Votaremos, que decida la mayoría. Pero entendedlo bien: una vez tomada la decisión, no podemos echarnos atrás. No vale cambiar de idea. Debemos asumir la decisión colectiva y atenernos a ella.

—Vamos, Yuriko —dijo Kenji—, eso es contrario a toda tradición...

—¿Preferís solucionarlo a puñetazos? —dijo mirando alternativamente a los dos hombres—. No, ya veo que no.

—El comandante es quien decide —dijo Lenov.

—El comandante decide pedir una votación. Yo voto por continuar. ¿Shikibu?

La muchacha parpadeó sorprendida.

—Pu-pues... estoy contigo, Kenji, creo que deberíamos regresar.

—¿Padre Álvaro?

—Regresemos.

—¿Shimizu?

—Estoy con Vania. Continuemos con el plan previsto por Benazir.

—Eso representa un empate —dijo Yuriko—. Susana, tú decides.

La etóloga guardó un inescrutable silencio antes de decir: —Aún no sabemos lo bastante para regresar.— Muy bien, eso resuelve las cosas —concluyó Yuriko—. Debemos prepararnos, hay un largo viaje hasta Júpiter.

»... aquí en Marte son las tres de la madrugada... quiero decir, en esta banda horaria... así que debéis disculparme si no soy muy coherente...

»No es necesario decir que estamos consternados por la muerte de Benazir y los demás... Hemos deliberado sobre la misión y aprobamos lo que habéis decidido. Como recordarás, Yuriko... comandante Ikeda... los objetivos de la misma no se definieron con demasiado detalle, ya que nada sabíamos entonces sobre lo que ibais a encontrar. La opinión mayoritaria del Consejo de Seguridad es... no opinar. La verdad es que estamos en uno de esos puntos en los que todas las opciones parecen malas...

»La situación en Marte no es muy buena. No nos morimos de hambre o frío, pero no podemos distraer más recursos en otra aventura. Vosotros sois lo único que tendremos en bastante tiempo, quizás años. Me siento culpable por enviaros de este modo al peligro, pero... bien, yo también tengo mi cuota de responsabilidad. El comandante de la nave sólo tiene a Dios sobre él; yo no tengo esa suerte.

»Lo único que puedo mandar es información; por suerte, en Marte es un recurso inagotable. Al acabar este mensaje recibiréis varios paquetes de bits. Uno es un programa de ordenador para el control de la hibernación, que ha sido recientemente desarrollado, probado con éxito y mejorado. Otro es un conjunto de programas de control de la nave, que os permitirá emplear más tiempo en hibernación. Además, mantendremos un seguimiento más completo, pues he logrado una consignación mayor de personal y tiempo de ordenador...

»Solamente diré una cosa más: precaución. Y ya sé que es el consejo más innecesario jamás dado. Aquí control de misión Héctor Kilo Uno... ¿se dice así? fin de la transmisión.

—Vamos a ver... hmmm... excelente. La tensión bien. Corazón bien. A ver qué nos dice el hemoanálisis. Glóbulos rojos... hematócrito... hmmm... leucocitos...

transaminasas... hmmm... reticulocitos... colesterol... hmmm... fosfatasa alcalina...

Susana se sentaba en una mesa de reconocimiento, envuelta en una sábana, mientras el sargento Walter Fernández, un hombre de unos cuarenta y tantos años e incipiente calvicie, mascullaba sobre la pantalla del autodoc. Finalmente levantó la vista, sonriendo.

—Está usted en buen estado físico.

—Gracias —dijo ella.

—¿Quién le hizo la herida del costado, un pez espada?

—Un colega suyo. Neumotorax.

—Ya. Hm... diría que usted es *buen fiambre*. No se ofenda, es una vieja broma. Quiere decir que soportará la hibernación sin problemas.

Susana sintió un cosquilleo en el estómago. Fernández habló a través del intercom.

—Shikibu, te mando unos datos. ¿Qué opinas de...? —Se embarcó en una discusión técnica que Susana no se molestó en seguir.

Trató de imaginarse encerrada en una de aquellas cámaras, el frío glacial descendiendo sobre su cuerpo, con tubos clavados en sus venas, saturando su sangre de tardobolizantes y otras exóticas drogas para reducir sus procesos vitales al mínimo, soluciones anticongelantes que impedirían estallar a sus células, con electrodos en su cabeza para mantener una mínima actividad cerebral. Y yacer varios meses en un ataúd helado, para despertar y levantar penosamente la tapa, como un Drácula aterido de frío... si despertaba.

—Estoy de acuerdo —dijo la voz de la japonesa—. No te preocupes, Susana, pronto nos veremos de nuevo.

—¿Empezamos?—dijo Fernández.

—¿Ya? ¿Ahora mismo?

—Está en ayunas, es un momento tan bueno como otro. ¿Ha ido al servicio recientemente?

—¿Qué? Oh... sí.

—Bueno. Así no habrá problemas con la vejiga y el colon. —Abrió una vitrina y seleccionó un inyector. Lo cargó con una ampolla—. Todo se hace con el paciente anestesiado. Se dormirá aquí y se despertará en la enfermería. Tiéndase, por favor.

Así lo hizo, y el sargento le puso la inyección en el antebrazo.

—No se preocupe, la despertaré unos días antes del encuentro, como usted desea; así podrá recuperarse.

—¿Tardaré mucho en dormirme?

—No. Respire hondo. ¿Nota un olor raro?

Susana aspiró. Sintió un olor a algo volátil, como alcohol o acetona.

Aspiró de nuevo.

En el pasado, muchos reinos y ciudades se hundieron en la ruina. Nínive, Agadé, y tantas otras fueron arrasadas y olvidadas del tiempo. El asesinato de un rey o emperador sumía al reino en el caos.

Leningrado, Varsovia o Berlín, por no hablar de Hiroshima y Nagasaki, fueron también arrasadas; pero resurgieron de nuevo. El desastre no trajo una edad de las tinieblas de modo automático. Las sociedades basadas en la ley son más fuertes que las basadas en el poder personal.

Los daños que la Tormenta de Positrones había infringido a la Humanidad habían sido espantosos, no se podía negar. Estadísticas muy poco de fiar hablarían de tres quintos de la población mundial, lo que ponía el desastre a la altura de la Peste Negra. De repente, la Tierra volvía a ser un planeta grande.

Las estructuras sociales habían sido fuertemente sacudidas. Pequeñas guerras, civiles o exteriores, habían estallado por todo el mundo, o así decían los pocos que recibían noticias. Por todas partes habían pequeñas comunidades autosuficientes o casi, que producían sus pequeñas cuotas de alimentos y reparaban sus decrepitas maquinarias, contentándose con sobrevivir y remendar sus ropas y escuchar las escasas emisoras que podían captar sus radios de transistores.

En muchos lugares habían pequeños dictadorzuelos, intermedios entre los señores feudales y los gánsters, que imponían sus peculiares *leyes*, y que se enfrentaban a lo que quedaba de los poderes organizados. Éstos procuraban mantener un mínimo de orden y favorecer los intercambios entre las abrumadas comunidades dispersas.

Las batallas más urgentes eran la producción de alimentos y energía, la reconstrucción industrial, y la de las redes de información y comunicación, puestas en peligro por la destrucción de ordenadores y satélites. No era fácil, y se tardarían años en recuperar los niveles pre-Exterminio.

Pero, con trabajo, con dificultades, se hacía. El Comité Internacional de la Cruz Roja y la Liga de Sociedades de la Cruz Roja, coordinadas por una delegación del *Proyecto Arca*, regulaban las actividades de las sociedades nacionales. La Cruz Roja y la Media Luna Roja organizaron puestos de primeros auxilios, bancos de sangre, y se apresuraron a formar personal sanitario y enviar los alimentos disponibles a las zonas más castigadas. Al principio, el principal problema era la escasez de plazas de hospital frente al crecido número de casos, quemaduras de ultravioletas o radiaciones gamma, heridos por derrumbamiento... Después el hambre se transformó en el principal problema.

De todas las organizaciones, la Iglesia era una de las pocas supranacionales. Bajo sus auspicios, se crearon monopolios para servicios básicos para producir viviendas o ropas baratas, servicios de luz y agua, etc. A modo de impuestos, se establecieron

turnos de trabajo obligatorios y, para las empresas, pagos en especie, en forma de productos.

La planificación económica se hizo necesaria, para evitar una excesiva dispersión de esfuerzos, a pesar de su casi inevitable inconveniente: la rigidez.

También convocada por la Iglesia, se organizó una conferencia internacional celebrada en Marrakesch (que muchos compararon con la célebre conferencia de Bretton Woods de 1945), presidida por el Papa, el Emperador Hashi-Hito y el presidente Ozman Nasser, con el fin de crear un Banco Mundial que se encargaría de proporcionar créditos para la reconstrucción.

Era necesario, ya que en muchos lugares se recurría al trueque. Además de producir, había que asegurar la distribución... en otras palabras, mercado y comercio. Un problema importante era la falta de dinero. No tanto monedas y billetes, como la pérdida de confianza del público en el valor del mismo; el dinero es un ente abstracto basado en la confianza. Después de todo, la mayor parte del mismo tan sólo existe sobre el papel, como cuentas corrientes, cheques, certificados de ahorro, depósitos a plazo fijo y cosas así; números anotados en libros de cuentas, o puñados de bits en un ordenador.

La Iglesia era la única organización con ramas en todo el mundo, de modo que se convirtió en una especie de Naciones Unidas.

Marte dio el visto bueno a esta idea. De repente, parecía posible que todo pudiera volver a funcionar.... cuando sucedió lo que muchos temían.

Empezó con el informe de un solitario buque mercante.

Frente a las costas del Brasil, a la altura del ecuador, nació una imponente humareda, seguida de explosiones que arrojaban nubes de ceniza y vapor. En menos de seis meses, una isla volcánica surgió de las olas.

Al principio, la noticia no despertó más que un leve interés. Había cosas más urgentes en el mundo que ir a contemplar el nacimiento de un pedrusco ardiente en medio del mar...

El siguiente informe, tan accidental como el primero, fue algo distinto. Algo que llevó al atribulado mundo a un nuevo estado de ansiedad.

Desde el nuevo territorio, una columna de roca negra casi perfectamente cilíndrica se elevaba hacia el cielo. Los estupefactos marinos que la triangularon le dieron una altura de siete kilómetros sobre el nivel del mar.

Y seguía creciendo.

Cuando, tras muchas demoras, un pequeño barco fletado trató de aproximarse, descubrió que la altura del *Dedo de la Tierra* era ya de once o doce kilómetros, adentrándose en la estratosfera.

Los geólogos que pudieron hurtar tiempo a su inacabable trabajo de búsqueda de minerales y construcción de carreteras, se presentaron ante Enrique Kramer,

explicándole confusos que aquello no era posible.

—¿Por qué? —preguntó Kramer. Miraba fascinado la pantalla en que se desplegaba el informe.

—La roca es plástica. Semejante mole se hundiría bajo su propio peso.

—Y sin embargo, ahí está. —Levantó los ojos.

—Sí, pero no encontramos ninguna explicación racional. Algunos hablan de campos de fuerza conduciendo el magma hasta grandes alturas... Pero, por supuesto... —El geólogo se encogió de hombros ante la especulación.

Kramer echó otra ojeada a las imágenes de vídeo. Hizo avanzar las páginas de texto con las teclas del cursor.

—¿De dónde puede salir toda esa cantidad de materia? —preguntó al fin.

—Creemos... bueno, algunos de nosotros pensamos, que dado que ese fenómeno se está produciendo justo en la Dorsal Atlántica, bueno... un hipotético *alguien* podría haber aprovechado que allí la corteza terrestre es más débil para perforar a gran profundidad.

—¿Creen que estamos ante otra agresión? —preguntó, más a sí mismo que al geólogo. Éste suspiró abatido.

—Debe existir alguna relación. Pero no imaginamos cuál.

Enrique Kramer se estremeció. Fijó una mirada pensativa en una ventana gráfica del informe. Era un mapa que representaba el lecho del Atlántico. Una línea, parecida a la costura de un balón de fútbol, recorría el centro del océano formando una gran S, equidistante entre Europa, África y las Américas: la Dorsal Medio-Oceánica. Por el Norte llegaba hasta Islandia.

A lo largo de aquella línea, el magma surgía de las entrañas de la Tierra, en silenciosas erupciones submarinas de lava, que a veces formaban islas volcánicas. Sería el lugar adecuado para extraer una gran masa de roca fundida y hacer... ¿qué?

Fue únicamente el principio; iban a llegar noticias más inquietantes, esta vez procedentes del firmamento.

Juan Pérez, un astrónomo aficionado de Perú tan poco famoso como su nombre, dirigió su telescopio de construcción casera a un punto del cielo y descubrió que la Tierra tenía una nueva luna, provista de *dos rabos*. Por desgracia, en aquel mundo destrozado, la información no fluía adecuadamente, y cuando el informe fue confirmado en otros lugares del mundo, ya era casi demasiado tarde para hacer algo.

La nueva luna era un conglomerado de varios cuerpos, como una pirámide de balas de cañón. Los cuerpos eran del tamaño de asteroides, y su espectro mostraba que eran carbonosos.

Y, si alguien intentaba bombardear la Tierra con asteroides, no iba a encontrar ninguna resistencia. Prácticamente, todas las astronaves y satélites de vigilancia habían sido destruidos en los primeros momentos del Exterminio. Las pocas naves

supervivientes habían quedado posadas, en la Tierra o en la Luna, o bien estacionadas en órbita, aguardando tiempos mejores. La Tierra ya no disponía de recursos para atenderlas. Y las gigantescas y extrañas naves del *Proyecto Arca*, habían regresado a Marte donde los colonos también luchaban por sobrevivir.

La Tierra estaba indefensa ante cualquier cosa que llegara del espacio.

Con no pocos inconvenientes, se logró lanzar una improvisada sonda de observación, construida a partir de uno de los satélites meteorológicos dejados por los marcianos.

Las fotos mostraron con claridad que *aquello* no era natural. Unas extrañas construcciones se alzaban en aquel enjambre de cuerpos. Se veían *cosas* en movimiento, como hormigas sobre el cadáver de un pollo. El objeto estaba en una órbita geosincrónica, suspendido sobre el Dedo de la Tierra. De él sobresalían dos salientes, como cables o tubos: uno hacia la Tierra, el otro diametralmente opuesto.

Al oír esto, los que poseían algún conocimiento de astronáutica adivinaron la verdad. El *Dedo del Cielo* y el *Dedo de la Tierra* iban a unirse, formando una torre orbital. Estaba claro el por qué: a once mil metros, quedaba atrás buena parte de la atmósfera, la más densa, agitada por lluvias, vientos y huracanes.

Meses después el *Dedo del Cielo* estaba casi completo. Ahora, la Tierra poseía un larguísimo apéndice doce veces superior a su radio, como un espermatozoide cósmico.

La torre espacial era apenas visible; su grosor estimado era de unos setecientos metros. Desde el suelo, a mediodía, era como un hilo que ascendía hacia el sol ecuatorial, perdida en el resplandor; era más visible al atardecer y al amanecer, cuando el tramo superior era iluminado por el sol sobre el fondo negro del cielo. Con un telescopio casero o un par de prismáticos, se la podía ver desde todo el hemisferio.

La recién formada isla, que se convirtió en pocos meses en la montaña más alta de la Tierra, estaba rodeada de más de un centenar de barcos, de todos los tamaños y nacionalidades.

El Consejo Católico de Fideicomisos (organismo que coordinaba la reconstrucción, dependiente del Consejo de Seguridad de Marte), no sabía qué hacer con el *Dedo*. La idea de una torre orbital era vieja, e incluso había sido estudiada por algunos técnicos japoneses para rentabilizar el viaje espacial. Pero nadie había supuesto jamás que fuese posible construirla en menos de un año.

Y nadie esperaba observar, en el curso de sus vidas, aquella fabulosa obra de ingeniería planetaria.

Las reuniones se prolongaron, más que nada, por la suspicacia de los terrestres. No faltaron grupos que acusaron de todo a los marcianos, incluso de la Tormenta de

Positrones, o cuanto menos de complicidad con los alienígenas. Enrique Kramer salía agotado de las reuniones, y debía hacer un esfuerzo por serenarse y comprenderlos. Todos estaban aterrados, cansados, desmoralizados; aquello fomentaba los recelos, al margen de ambiciones y rencillas.

Gradualmente, tras laboriosas sesiones, se fue llegando a un acuerdo. Todos coincidieron en dos puntos:

Primero: quienquiera que hubiera levantado el *Dedo*, no actuaba de modo claramente hostil. Pero tampoco claramente amistoso. No hubo ningún intento de comunicación previa.

Segundo: quien golpea primero, golpea dos veces.

Pero el desacuerdo surgió en cómo golpear. Necesitaban ayuda militar de Marte, y sus representantes insistían en que la colonia no podía distraer más recursos destinados a su propia supervivencia.

La solución se demoró aún más.

La *Hoshikaze* atravesó el gran desierto entre las órbitas de Marte y Júpiter, cabalgando sobre un gran cono de llamas de fusión, y se situó en una órbita muy excéntrica en torno al orbe gigante, una elipse que intersectaba las órbitas de las cuatro lunas galileanas; el periastrio la llevaría más cerca del planeta que Amaltea, la luna más interior. Mientras se acercaban, Semi disparó una andanada de sondas, y pidió al ordenador que despertara a los humanos.

Hay mucho oleaje. Papá ha desempolvado el equipo de construcción y lo prepara para iniciar el crecimiento de un arrecife que haga de rompeolas.

—No me agradaba la idea de quedarme sin esa magnífica playa —nos dijo, y se puso manos a la obra.

Las mellizas se persiguen por la orilla, lanzándose agua con la mano. Yo estoy sola, como casi siempre, sentada sobre una roca, escuchando un mini-discman. Papá se acerca a mí y sonrío torpemente.

Dice algo, pero no le entiendo. Señala mis orejas, y me quito los aurícula, res.

—¿Qué escuchas? —pregunta él sentándose a mi lado—. ¿Tetsu-Rock?

Intenta ser amable, pero, como casi siempre, el efecto resulta ser el contrario.

Tartam udeo intimidada:

—No, y-yo... esto es...

Papá es un hombre alto y fuerte; había sido atractivo hasta que el atentado de Salónica desfiguró un lado de su cara con una horrible cicatriz.

—¿Me dejas oír?

Le alargo obedientemente los auriculares. Papá se los pone, y escucha...

Los sonidos son muy variados: largos gemidos que duraban casi medio minuto, golpes sordos, brevísimos clics agudos, trinos como de pájaro y silbidos que cambiaban rápidamente de frecuencia ascendiendo y descendiendo...

—No es música...! —Se quita los auriculares con desagrado— ¿Qué es?

—Nada —replico. Mi cara arde, debo de estar roja como un tomate. Aunque no hay razón alguna, me siento como si me hubiesen pillado haciendo algo inmoral. Miro a un lado y a otro, luchando por disimular mi timidez.

—Algo será —dice él suavemente, intentando quitar el hierro a su voz.

—Ballenas yubarta —respondo con reluctancia. Aprieto la tecla deparada.

Desde hace mucho, escucho fascinada estas grabaciones. Parecen hablarme en un idioma desconocido: golpe, golpe... gemido, golpe, gemido. Trino... trino... clic. Gemido, golpe, golpe... trino... silbido; clic... golpe, trino. Golpe... clic; trino; golpe, silbido, clic...

—¿Qué?

—Son canciones de ballenas. Es un minicompact de canciones de cetáceos—

intento explicarle, hacerle participar en aquello que me apasiona—. Son los sonidos más potentes producidos por un ser vivo; algunas llegan a los ciento ochenta decibelios, que equivale al despegue de un avión. A veces, alcanzan a más de diez mil kilómetros, dependiendo de la temperatura del agua o la presión.

» Tan lejos que es posible que algunas se comuniquen a lo ancho del océano. ¿Puedes imaginarlo...?

Papá sonrío. ¡Cómo he llegado a odiar esa sonrisa suya de suficiencia!

—Entonces será un concierto adecuado para las ballenas, no para las chicas humanas.

—Lo siento. —Me encojo brevemente de hombros, un gesto heredado de mamá.

—No lo digo para que te disculpes —dice él, razonablemente—. Es sólo que creo que estás desperdiciando tu juventud. ¿Sabes?, no vas a tener diecisiete años para siempre. ¿Por qué no sales por ahí de vez en cuando y te diviertes? Hay un baile en el Salón de Actos la próxima semana. ¿Te has apuntado?

Le miro como a un desconocido. ¡Un baile en el Salón de Actos...!

¿Cómo eludir aquel abismo de absoluta incompreensión que se abre entre nosotros?

—No... no tengo ningún interés en ir a ese estúpido baile de quinceañeros con acné.

Él deja caer sus brazos, impotente.

—De acuerdo, de acuerdo. Era sólo una idea. Nunca sé lo que te gusta o no.

Hablamos tan poco...

Permanecemos en silencio un tiempo. Soy yo quién aparta la vista primero, volviéndola hacia el mar.

—Cariño, hemos estado mucho tiempo deseando lo que ahora tenemos. Estamos juntos, tenemos un hogar...

—No estamos juntos. Mamá ya no...

—¡Ya basta!

Su voz ha adquirido un conocido tono marcial; aquél que tanto me apocaba de pequeña.

—Deja de darle vueltas a eso. —Papá se esfuerza, en hablar tranquilamente—. Vamos a ser muy felices en este lugar, ya verás. Debemos olvidar el pasado, yo...

No acaba la frase. Se pone en pie, y regresa a su trabajo.

Lo sigo con la mirada mientras desciende por la suave cuesta, que lleva a la playa, caminando con la espalda recta y los hombros atrás; el paso marcial que conozco tan bien.

Vuelvo a colocarme los auriculares, y oprimo el botón de marcha del discman.

Abrió los ojos; estaba en una cama de la enfermería. El primer oficial, Kenji hablaba al sargento Fernández.

—¿Ya estás despierta? —le dijo Kenji. Susana contestó con lengua estropajosa:

—Sí... más o menos.

No había sido tan terrible como imaginaba; la apendicectomía era más emocionante. Se sentía bien; sólo notaba leves punzadas en diversos puntos del cuerpo, donde le habían puesto los tubos de perfusión. Palpó uno de ellos. Esparadrapo.

—Procura despejarte —dijo Kenji—. Estamos en órbita en torno a Júpiter. He venido en tu busca, si te sientes con fuerzas para caminar, el espectáculo vale la pena...

Susana se incorporó. Estaba un poco debilucha, pero podía hacerlo.

Júpiter se les presentaba como un gran plato bandeado en *zonas* claras, cuyo color oscilaba del blanco al amarillo, pasando por las gamas intermedias. Eran nubes más frías y más altas, y constituían centros de ascenso de gas. Alternaban con ellas los *cinturones*: bandas de colores más oscuros, pardo, castaño rojizo, escarlata o rosa salmón.

Zonas y cinturones eran respectivamente bandas de altas y bajas presiones: lo que en la Tierra serían anticiclones y ciclones. En Júpiter, el gran radio del planeta y la gran velocidad de rotación originaban una intensa fuerza de Coriolis, que los distorsionaba en bandas. En latitudes medias y altas, la disposición perdía su simetría, disolviéndose en un complejo muaré de plumas, estrías, rayas, torbellinos, lazos, puntos, remolinos, manchas... El rostro de Júpiter les miraba desde la gran pantalla semiesférica, con el despegue soberano del Padre de los Dioses y de los Hombres.

—Presenta una concentración bastante anómala de elementos pesados —estaba diciendo Kenji—; además es débilmente magnético. Pensábamos en un meteorito de hierro-níquel.

Pero...

—¿Pero qué? —preguntó Yuriko desconcertada.

—Aquí está la dificultad, la masa es demasiado pequeña, apenas unos cientos de toneladas. Y es grande en volumen. Shikibu está delimitándolo con un magnetómetro; como primera aproximación, diría que tiene varios cientos de metros de largo.

—¿Una concentración de polvo ferromagnesiano? —propuso Yuriko.

—Eso pensamos, pero también es ligeramente radiactivo; eso no concuerda.

—No os canséis —dijo Kenji—, pronto tendremos imágenes.

Unos minutos después, la pantalla principal del puente mostró lo que la sonda estaba captando en aquellos momentos. Se acercaba rápidamente a un objeto de forma vagamente familiar.

—Una nave —dijo Yuriko rompiendo el silencio.

—Siéntese aquí, Susana.

El padre Álvaro se había levantado, y señalaba amablemente una silla situada junto a él. En la misma mesa se sentaba el teniente Shimizu. No había nadie más en el comedor.

Susana dudó un momento, pero consideró que sería demasiado descortés no aceptar la invitación. Tomó su bandeja y se acomodó junto a ellos.

—¿Tiene hambre? —le preguntó el religioso.

—Sí. Un hambre increíble.

—Es normal después de la hibernación —dijo Shimizu.

Susana comió en silencio mientras los dos hombres especulaban sobre las criaturas que les habían atacado. Había pasado un año desde aquellos acontecimientos, pero para todos ellos había sido la noche anterior.

—No comprendo cómo pudimos actuar de una forma tan chapucera... —estaba doliéndose el teniente Shimizu. Su enorme mano negra hacía girar un vasito vacío de sake en el que parecía concentrar toda su atención.

Susana había acabado con las dos empanadas de carne y el gran vaso de zumo de naranja que se había servido, y empujó la bandeja hasta el centro de la mesa.

—Después del estallido del cometa pensamos que nada peor podría suceder ya —dijo—. Nos felicitamos de haber salido todos con vida de ese desastre, y bajamos la guardia.

—Nosotros no podemos bajar la guardia... —se dolió el teniente— en ninguna circunstancia.

—Nadie es culpable —dijo el padre Álvaro—; la situación era demasiado excepcional. Teniendo en cuenta eso, creo que ustedes actuaron magníficamente. Esos seres eran el Mal personificado. Su única función era acabar con todos nosotros. Y lo habrían hecho, sin su valerosa intervención.

Susana abrió mucho los ojos, y fingió asombro.

—Con qué facilidad reparten los religiosos las etiquetas del Bien y del Mal. Reservándose la del Bien para el bando propio, claro.

—Hay algo que la Humanidad le debe a la Religión, Susana, eso tendrá que reconocerlo, y es ese sentido de la Moral Universal. La certidumbre de que existen actos buenos, y acciones básicamente malvadas, como las que nos han traído hasta aquí.

—En una ocasión —dijo Shimizu con una sonrisa que descubrió una deslumbrante dentadura—, le profetizaron al poeta Shikó que se reencarnaría como vaca, en castigo a su vida licenciosa. Y Shikó improvisó un *haiku*:

*ushi ni naru
gaten ja asane*

—«¿Convertirse en vaca? —tradujo Susana, en beneficio del franciscano—. No está mal: siesta de día, fresco a la tarde.»

—Los budistas pensamos que, al igual que cae la fruta madura del árbol, caen necesariamente las consecuencias de los actos humanos, buenos o malos —añadió el teniente—; y si no se recogen en esta vida, será preciso un renacimiento para ello. El acto bueno encadena tanto como el malo.

El franciscano negó con un suave gesto de su mano.

—No puedo entender esa tibieza ante el Mal, ante lo inmoral. La Biblia nos da respuestas concretas.

—¿Respuestas concretas? ¿Qué lección moral podemos extraer del exterminio de los primogénitos de Egipto —le preguntó Susana—, de la muerte de los niños (inocentes, supongo) que habitaban Sodoma y Gomorra?

—Esos razonamientos hace siglos que quedaron desfasados, Susana. La Iglesia reconoció que el Antiguo Testamento contiene numerosas historias ejemplares, que no tienen por qué ser estrictamente verdaderas.

—¿Qué ejemplo moral obtenemos de la muerte sin sentido?

El padre Álvaro meditó un momento antes de responder.

—¿Ha oído hablar del reverendo Dodgson?

—¿Quién? —preguntó Shimizu con cara de despiste.

—Lewis Carroll —le aclaró Susana—, el autor de *Alicia en el País de las Maravillas*. ¿Qué tiene que ver con lo que estábamos hablando?

El padre Álvaro sonrió.

—Dodgson era un hombre Victoriano, intachable en su aspecto externo, un hombre amable, inteligente, piadoso... pero le gustaban las niñas. Le gustaban de una forma inaceptable para él. Le gustaba su compañía, su contacto; le gustaba fotografiarlas desnudas...

»Dodgson era un gran hombre, dotado de unos bajos y sucios instintos... Otro en su lugar, habría matado, violado, qué sé yo... han habido infinidad de casos. Pero Dodgson tranfiguró la parte más oscura de su naturaleza en fuente de inspiración; la domó, la canalizó, y produjo hermosas obras de arte. Dodgson tenía un Dios, creía firmemente en Él; en su mirada tranquila pero inquisitiva, a la que nada escapaba...

—Hable por usted, padre —dijo Susana levantándose—, algunos no necesitamos de un *dios guardián*, un gran ojo en el cielo que lo ve todo, para saber que no debemos cometer atrocidades. Y hay muchos que las cometen en nombre de ese dios. Extremistas, fanáticos, terroristas... —Tragó saliva con un gesto de dolor—. Recuerde que mundo nos dejó la Religión, y luego hábleme de moral y esas cosas.

Susana abandonó el comedor, y subió al puente. Apenas entró en él, comprendió

que algo se estaba desarrollando allí. El ambiente podría cortarse, todos hablaban en voz baja, como si temieran ser oídos, y con frases cortas y precisas. Instintivamente se volvió hacia la pantalla central, y sintió cómo el vello de su nuca se erizaba de terror. Había perdido el gusto por las sorpresas.

A través de la pantalla del telescopio, la astronave alienígena parecía más bien un vehículo atmosférico. Era fusiforme, de unos trescientos metros de largo y treinta de diámetro transversal; llevaba dos pequeñas alas en el tercio anterior, y sobre el dorso (o bajo la panza), si es que las alas definían babor y estribor, había un objeto un poco más corto que la propia nave e igual de grueso. En el extremo de popa del objeto, si la popa era el extremo menos ahusado, sobresalían lo que parecían ser toberas de cohete.

—No me gustaría pilotar esa cosa —comentó Yuriko, inspeccionando la pantalla con ojo crítico—. Esas alitas son ridículas, apenas veinticinco metros. No puede dar mucha sustentación; además, están situadas demasiado a proa. ¿Quién volaría con ellas? \Chinpunkan\

—Sí, es un disparate —confirmó Kenji—. Además no hay cubierta ablativa, ni escudo antifricción. Diría que eso no ha volado jamás en una atmósfera.

—A partir de ahora, no nos precipitaremos —dijo Yuriko, con voz amarga. Shimizu hizo un grave gesto de aprobación—. No podemos permitirnos correr el menor riesgo. Vamos a seguir examinándola por fuera.

Susana aprovechó el breve silencio para preguntar:

—¿Habéis encontrado una nave?

—Eso parece —respondió Shikibu—. Una de las sondas detectó en los anillos un objeto, con un espectro raro. Variamos el rumbo para analizarlo, y resultó ser eso...

—¿Hay alguna posibilidad de que sea humana? —preguntó Susana acercándose.

—No muchas. No sabemos de ninguna misión a Júpiter, ni de nadie que intentara semejante viaje antes del descubrimiento de Markus. Y esa nave no parece marciana.

Yuriko hizo un ajuste y la imagen de la nave creció en la pantalla.

—Fijaos ahí—dijo.

El casco estaba atravesado por media docena de perforaciones. Amplió una de ellas. El boquete mediría sus buenos tres o cuatro metros de diámetro. Los bordes eran muy nítidos. Resultaba claro que no eran impactos meteóricos.

—A primera vista, eso parece hecho con un cañón láser o de partículas —dijo Shimizu.

Lenov sintió un escalofrío. Shikibu habló, con un tono que a Susana le pareció de morbosa delectación:

—Quizás esa nave perteneció a quienes mandaron a los monstruos, o a los mismos monstruos. Bueno, lo sabremos cuando entremos dentro.

—¡Eso sí es extraño! La proa es acristalada —exclamó Kenji. En efecto, todo el

morro de la nave era una cúpula ojival transparente... o más bien traslúcida. Estaba formada por grandes paneles curvos de un material de brillo vitreo, enmarcados en un costillaje de metal, como el puesto de observador de un viejo bombardero.

—¿Un sistema de guía visual? —se extrañó Yuriko—. ¿Y tan expuesto?

—Y eso daría un puente de mando enorme —añadió Kenji—. ¡Más de treinta metros!

—A no ser —dijo Shikibu alegremente— que la nave estuviera pilotada por gigantes de diez metros.

Nadie encontró gracioso el comentario.

—Creo —dijo Yuriko— que lo mejor que podemos hacer es examinarla de cerca. Las imágenes, por buenas que sean, no pueden reemplazar a una inspección ocular. Kenji, vamos a acercar la *Hoshikaze* un poco más. Shikibu, preparad la sonda robot y los trajes.

Susana se asombró de la tranquilidad con que hablaban; incluso suspiraban por entrar.

—Bien, Yuriko. —La joven se puso en pie—. ¿Has decidido quiénes...?

—Necesitamos a alguien experto en naves espaciales. Por tanto, Kenji, tendrás que darte un paseo.

—A la orden.

—Shikibu, irás con ellos, ¿te parece bien?

—De acuerdo.

Con un breve disparo de los chorros de maniobra, la *Hoshikaze* se acercó a unos quinientos metros de la nave extraterrestre. Mientras esto sucedía, Shikibu y Jenny revisaron los trajes, recargaron las baterías y rellenaron los tanques, ayudados por Martínez y Michaelson, los dos elegidos por el teniente.

Kenji y Liz Thor desembalaron y activaron otra de las sondas robot. Ambos unieron sus talentos en mecánica y electrónica para convertirla en una especie de robot de combate.

—Ahora escuchad —dijo Yuriko desde un monitor—. No os arriesguéis lo más mínimo. De momento, únicamente quiero una inspección exterior. Y no os acerquéis a menos de diez metros del casco.

—De acuerdo, jefe —contestó Kenji.

—Examináis la proa, y ese objeto del dorso... Ah, Kenji, deja de llamarme *jefe*, ¿vale?

—Enterado.

Comparados con los de Saturno, los anillos de Júpiter son demasiado modestos, y están tan cerca del planeta que éste es mucho más sobrecogedor. Imponente y mayestático, el gigantesco disco llenaba el Universo; nada parecía existir más allá de él. Los anillos se extendían a ambos lados hacia el infinito, una plateada autopista al

Olimpo.

Cerca de ellos, la autopista se volvía granulosa, se descomponía en partículas, y poco a poco éstas se transformaban en enormes icebergs flotantes.

Contempladas desde aquella distancia las bandas ecuatoriales de aquel planeta inconmensurable aparecían festoneadas por infinidad de remolinos, de una regularidad casi artificial. Todos los rasgos visibles eran estructuras nubosas; Júpiter no posee superficie sólida, sino líquida, y ni siquiera es visible. Su atmósfera es un palacio de nubes.

Yuriko vigilaba sin cesar los monitores, donde se seguían las imágenes enviadas por las cámaras de los cascos. Hizo un ajuste con los mandos de la sonda robot; una vez concluido, se echó hacia atrás en su silla y se pasó la mano por sus cabellos.

—¿Preocupada? —preguntó Lenov con suavidad.

—No... es decir, sí —contestó—. Yo no he nacido para dar órdenes y quedarme en la retaguardia.

—Voy a prepararme un té. ¿Quieres? —sugirió el ruso.

—Sí, gracias.

—¿Susana?

—Gracias, sí.

El grupo se acercó a la astronave alienígena, llevando en vanguardia al robot; era un cacharro parecido a una araña del tamaño de un oso, con media docena de brazos-herramienta sobresaliendo, aparte de lentes, cámaras y antenas. Kenji y Liz habían adaptado a los brazos varios rifles controlados a distancia. Cualquiera que se encontrase con la sonda, si intentaba atacarla, acabaría como un cedazo.

Poco a poco, la colosal astronave fue llenando el cielo ante ellos, eclipsando las estrellas.

Kenji contempló su entorno por medio de los espejos retrovisores de su casco, que le permitían ver en todas direcciones. A sus espaldas, relucía la familiar forma de la *Hoshikaze*. Los bloques de hielo les rodeaban, y la nave semejaba un desmesurado erizo de mar, abandonado en el Ártico.

Se separaron en dos grupos cuando se hallaban a unos cincuenta metros: Kenji y Shimizu por un lado, Shikibu y Michaelson por otro, y cada uno se dirigió a su sector. El robot permanecería cerca para servir de repetidor, por si perdían de vista la *Hoshikaze*, y por tanto el contacto radial.

Cuando Lenov sirvió las tres ampollas de té caliente, el equipo ya estaba informando.

Una pantalla mostraba la proa. Tal como habían visto con telescopio, era acristalada.

—*Lo único que le falta es una ametralladora en el morro* —decía Shimizu—.

Claro que, para guardar la escala, deberta tener un cañón como el Gran Berta, cuanto menos.

—Kenji, ¿tienes idea de por qué no es transparente? —preguntó Yuriko. Susana se sentó a su lado y le acercó la ampolla sin hablar. Yuriko hizo un gesto con la cabeza.

—*No sabría decir, comandante. ¿Puedo acercarnos más? Todo parece inofensivo.*

—De acuerdo, concedido.

La imagen de la proa creció; en un momento dado, la enguantada mano de Kenji apareció en la pantalla y tocó uno de los paneles.

—*Parece algo que está por dentro —opinó—. Yo diría que está cubierta de escarcha por la parte interior. Además, ahora vemos algo abajo, en la panza.*

—Mostradlo.

Kenji se desplazó hasta enfocarlo con la cámara. Justo bajo la proa acristalada, había lo que parecían ser dos pequeñas grúas.

—Brazos mecánicos replegados, sin duda... Pero —murmuró Yuriko— ¿en una nave de este tamaño?

Tomó un sorbo de té, desconcertada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Susana.

—Es ilógico —opinó Lenov como experto—. Los vehículos con brazos son pequeños, para disponer de más maniobrabilidad. Esos bracitos debían ser tan poco útiles como las patas delanteras de un tiranosaurio.

Yuriko se encogió de hombros y volvió a dirigirse al equipo:

—De acuerdo, buen trabajo —dijo—. Shikibu: ¿habéis encontrado algo parecido a una escotilla?

Hubo un silencio.

—*Ninguna* —informó la japonesa.

—¿Estás segura?

—*Bueno...* —Shikibu vaciló—. *En la panza hay unas estrías que podrían ser una gran compuerta...*

—¿Estás lejos de ella? —dijo Yuriko—. Mostrad imágenes.

En otra de las pantallas, el casco se deslizó rápidamente. Estaba lo bastante cerca como para distinguir detalles: remaches, escoriaciones y rayas, que tanto podían ser letras de un alfabeto desconocido, o simples efectos de sombra.

Apareció una línea recta.

—*¿Lo veis? Es como la junta de una enorme puerta.*

—Sitúate al lado para verla mejor, Shikibu. Joe, aléjate unos metros.

—*Bien.*

Shikibu aparecía en la imagen transmitida por Michaelson. Por comparación, vieron el tamaño de la juntura.

—Esto es increíble —murmuró Yuriko—. Parece una gigantesca compuerta de carga. Esta nave puede abrirse como una enorme vaina de guisantes.

—¿Y por dónde entraba el personal? —preguntó Shikibu—. *No parece una buena idea descomprimir toda la nave cada vez.*

—Soy Kenji. *Aún hay algo más: esa joroba del dorso lleva los motores; es posible que lleve el sistema de soporte vital, hay una especie de tubos que entran en el casco. Me gustaría que le echaras una ojeada, Shikibu.*

—Buena idea —aprobó Yuriko—. Haced una nueva inspección, buscad cualquier cosa que se parezca a una compuerta de personal.

Shikibu y Joe se dirigieron al dorso, a examinar aquella especie de bulto. Cuando llegaron, Shikibu vio algo de lo que Kenji no se había dado cuenta.

—*Esa vaina es un módulo reemplazable* —comunicó—. *Las uniones al casco se pueden liberar. No tiene sentido.*

—Soy Yuriko. ¿Por qué?

—*Por lo que parece, la bodega se abre para introducir la carga. Pero los motores son desmontables y están fuera del casco. Lo lógico sería al revés: tener los motores dentro y el módulo de carga fuera, fácil de reemplazar. ¿Cuál es tu opinión profesional?*

—*Que no dormiría tranquilo en una nave así* —afirmó el japonés, con un suspiro.

—Comandante —dijo Shimizu—, ¿qué hacemos, entramos?

—De acuerdo. Kenji, tú tienes el mando. Entrad por la mayor de las perforaciones, a estribor, creo que es lo bastante grande. Pero antes mandaremos la sonda.

—*De acuerdo, comandante* —rió Kenji—. *El primer vuelo 5 lo hará un mono.*

Los cuatro se reunieron con el rechoncho robot; sobre el casco, destacaba un boquete casi perfectamente circular, como hecho con sacabocados. Los bordes mostraban unas gotas de metal fundido y luego solidificado.

—Un rayo de alguna clase, sin la menor duda —dictaminó Shimizu.

La abertura aparecía oscura como la tinta china, en medio de la superficie metálica que brillaba al sol. Tenía un aspecto algo siniestro.

Incluso Shikibu estaba impresionada.

—*Voy allá* —dijo Yuriko desde la *Hoshikaze*.

El robot dio señales de vida. Unos breves chorros de gas lo pusieron en movimiento; avanzó recto y despacio hacia la abertura. Poco antes de entrar hizo una breve corrección y se encendieron sus focos. Desapareció en la abertura.

Hubo un silencio total. Los cuatro sentían sus nervios tirantes como cuerdas de piano. Michaelson palmeaba amorosamente el grueso tubo de un rifle láser. Shimizu blandía un rifle automático.

Entonces, Yuriko habló.

—*Aquí no hay nada.*

—Perdón, Yuriko —dijo Shimizu—, ¿qué quieres decir con *nada*?

—*Exactamente eso* —contestó tras una pausa—. *La nave está vacía. De proa a popa, todo es una sola cámara vacía. Podéis entrar.*

Así lo hicieron.

Shimizu se sentía como un explorador que llega a una costa desconocida; tras pertrecharse meticulosamente para una larga caminata, se adentra en la jungla... y, a los tres pasos, descubre que está en un atolón.

Y lo que había dentro de la nave era... nada.

Un inmenso espacio cilíndrico, iluminado por una vaga luz grisácea. A través de los cristales semitransparentes de la proa, entraba la luz reflejada por Júpiter, como la de un día nublado en la Tierra.

Las paredes también parecían cubiertas de escarcha.

Una figura con escafandra penetró por la abertura, impulsada por su mochila, como un emperador flotando en un mágico trono volante. Dos rayos de luz salían de sus hombros; era Shikibu. Se detuvo, y con sus chorros, giró lentamente sobre su eje para verlo todo.

—No esperaba cámaras de HV ni periodistas... Pero esto es decepcionante —murmuró la joven.

—Vamos hacia la proa —dijo Kenji.

Se pusieron en marcha. Era una sensación fantasmal, incluso para astronautas curtidos. Estaban habituados a moverse sin gravedad, pero no en un espacio cerrado tan grande. Aunque habían estaciones espaciales mucho mayores, giraban para producir pseudogravedad.

Shikibu se había aproximado al casco.

—*Yuriko, hay algo en la pared. Es como una red de tubos-son como tubos encajados en depresiones de la pared... flexibles. La superficie está acanalada. Supongo que estaban huecos y conducían líquido.* —Frotó la escarcha con la mano.

—*Por cierto, la pared no es metálica. Está recubierta de una especie de acolchado color pardo.*

—¿Qué pueden ser esos tubos? —preguntó Shimizu. Kenji pensó un momento.

—*Para la temperatura. Esas acanaladuras de los tubos son para difundir el calor. Pero no tiene sentido. ¿Por qué no calentar el aire, en lugar de la pared?*

—*A no ser que...* —murmuró Shikibu— *lo que la nave transportaba debiera mantenerse en íntimo contacto con la misma pared.*

—*Vayamos con método* —dijo Kenji, asumiendo muy serio su papel de oficial al mando—. *Iremos a la proa sin acercarnos a las paredes. ¿Entendido?*

—*Entendido.* —Shikibu se sentía algo abatida. El robot abrió la marcha, mientras

los dos guardias miraban a todos lados, los dedos cerca del gatillo.

—*Aquí delante hay algo...* —dijo de pronto Kenji—, *se trata de un par de columnas cilíndricas que salen a babor y a estribor. Unos quince metros de largo...*

Estaban hechas de metal y medían unos cincuenta centímetros de grosor.

Recorrieron una de ellas a lo largo; pero no había ninguna característica especial.

Excepto en el extremo libre. Aunque lo que había era muy prosaico: una pantalla circular de visión, bordeada de una sustancia elástica negra. El teniente miró por ella.

—Veo la nave, pero... está desenfocada. ¿Cómo funcionará? No es televisión, desde luego.

—*Fibra óptica* —sugirió Kenji—. *Pero ¿quién observaba por esta pantalla? ¿Tenía quince metros de alto?*

Lo dijo sonriendo, aunque con un escalofrío.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Shimizu.

—*Creo... creo que es un ocular. Fijaos en el reborde negro, parece el de unos prismáticos. La imagen está desenfocada porque... bueno... está pensada para un ojo de treinta centímetros de diámetro.*

Sin proponérselo, había añadido más detalles aterradores a la imagen de los hipotéticos tripulantes.

—*No nos precipitemos. Más bien* —rectificó—, *pensada para observar a través de una lente de treinta centímetros de diámetro...*

Pero no pudo decir dónde estaba esa lente, ni nadie lo preguntó.

Con estos nuevos interrogantes en el pensamiento, examinaron el otro tubo que era gemelo del primero.

En las siguientes horas no descubrieron nada nuevo. Yuriko ordenó a su equipo que regresara.

—*Creo que la nave ha sido desmantelada en parte* —dijo Yuriko en el puente de la *Hoshikaze*—. *Desmantelada para transportar algo muy voluminoso. Suponed... digamos, que hay que transportar un rebaño de vacas en un autobús. ¿Qué haríamos? Quitar todo lo que haya dentro: asientos, barras, estantes para bultos de mano. Abrir una gran puerta de entrada y bloquear o reemplazar las normales. Quien examinase ese vehículo, se sentiría desconcertado por, digamos, los agujeros del suelo, donde antes se atornillaban los asientos. Esto es lo que nos pasa a nosotros.*

»Pensad que piezas tales como el soporte vital y los motores han sido desplazados fuera del casco, donde son más vulnerables.

—*Bonita teoría; pero tiene un defecto* —dijo Susana.

—¿Cuál? —A la japonesa no la hacía feliz que alguien le destrozase su gran idea.

—*Al modificar el autobús, hay algo que no se puede eliminar en absoluto. El asiento del conductor. ¿Dónde está el tablero de mando?*

Tras unas horas de espera, y después de comprobar que la primera visita de los astronautas no provocaba ninguna reacción en el pecio, y que éste parecía seguir tan muerto como antes, Yuriko se sintió lo bastante segura como para enviar de nuevo a su equipo al interior de la nave alienígena.

Shikibu, Michaelson y Kenji, reemprendieron la exploración allí donde la habían dejado. Su primer objetivo fue una boca de túnel con forma de elipse muy aplanada; apenas medio metro de alto y unos seis de ancho: las alas.

El túnel no estaba iluminado, y formaba un recodo, ya que el ala estaba doblada hacia abajo.

—Me pregunto qué habrá al fondo —murmuró, dirigiendo el haz de la linterna hacia delante.

—Comandante, tengo una idea —dijo Shikibu—; me meteré en este túnel.

—*Una idea interesante, querida* —contestó Yuriko desde la *Hoshikaze*—, *aunque me temo que impracticable. No cabes con la mochila.*

—Ya he pensado en eso. Si me la quito y desconecto los tubos de aire...

—*No hablarás en serio...*

—... podré aguantar unos diez minutos con el tanque de urgencia...

—*¡Ni lo sueñes!*

—Yuriko, puedo hacerlo —insistió ella—. He practicado submarinismo, en la Tierra, pregúntale a Susana... —la aludida asintió sonriendo— y soy la más delgada del grupo. Puedo atarme una cuerda a la cintura; los otros me sacarán tirando en caso de que algo vaya mal. ¿Qué te parece? —*De acuerdo, ve*— dijo. —*Pero...* —Tendré cuidado, te lo aseguro.

Michaelson ató un cable al tobillo de Shikibu; mientras, ella accionó el mando de *desconexión de emergencia* para tranquilizar al ordenador, se soltó las correas que la sujetaban a la enorme mochila, las conexiones eléctricas de los sensores, y por último el tubo de aire.

Una válvula automática selló el traje.

Sin más tardanza, la joven se metió en el túnel y empezó a arrastrarse con una linterna encendida en la mano.

—No es difícil avanzar... es como una cueva submarina... me muevo con una mano en el techo y otra en el suelo...

»Una cosa, esto no está pensado para el personal... —repitió divertida—, ¿personal? Ni siquiera hay luces en el techo...

—*Shikibu* —recordó Yuriko, preocupada—, *no hables si no es necesario.*

—Bien —dijo. Pero, tras unos minutos de arrastrarse en silencio, añadió—. Ahora llego al recodo. Por cierto, el ala está abisagrada y puede curvarse un poco. Otro misterio, dicho sea de paso...

Shikibu siguió arrastrándose. Su aliento, ahora que el traje ya no disponía de

caleafacción, se condensaba en la placa facial. Se concentró en evitar el pánico. *Olvida que estás bajo un centenar de metros de agua, con tu vida dependiendo de un frágil tubo de aire con sabor a caucho a tu espalda... olvida las paredes de roca que te rodean, para aplastarte si el agua no lo hace...* Se esforzó en concentrarse en la realidad inmediata, olvidando todo lo demás.

—Cada vez es más pequeño... Hizo una pausa.

—Estoy cerca del final del túnel. Si esto es un túnel para mantenimiento, me pregunto qué clase de tripulantes pueden meterse aquí. ¿Enanos?

»Un momento, hay... no sé cómo decirlo. Del suelo salen una especie de baldosas cuadradas o circulares, hechas de un material semejante al plástico... ¿sabéis qué me recuerdan? Botones. Hileras de botones; cada uno tiene un palmo de ancho por lo menos...

—*No los toques.*

—He tocado uno... —dijo Shikibu, con voz culpable.

Durante un instante, tuvo la dramática visión de la nave alienígena disparando sus armas y la *Hoshikaze* estallando en una muda explosión.

—Al moverme he apretado uno, pero... no pasa nada. En realidad es muy duro.

—*¿Cómo dices?*

Shikibu puso la palma sobre uno de aquellas placas y presionó con suavidad. No cedía. Presionó con más fuerza, con la otra mano en el *techo*. Cedió un poco.

—Estos botones necesitan mucha fuerza para empujarlos. Lo menos cincuenta kilos... ¡Uf! Estoy al final del túnel... no hay nada más. Por favor, sacadme... el aire empieza a viciarse y mi traje se está llenando de gente.

—*Tranquila, Joe empieza a cobrar sedal*—dijo Kenji.

—*Me recuerda un pez vela que pesqué una vez.* —Michaelson tiró con energía.

—Así no se habla al oficial de soporte vital —rió Shikibu.

La chica salió del túnel con un pie por delante, en postura poco digna; pronto, Michaelson le reconectó los tubos al traje, mientras Kenji le aseguraba la mochila.

—*Tanque de oxígeno lleno al sesenta y tres por ciento* —dijo el ordenador—. *Baterías al setenta y ocho por ciento de capacidad...*

—¡Aaah! —suspiró ella—. Aire fresco. O en conserva, pero delicioso. ¿Qué hacemos ahora?

Prosiguieron la exploración del interior; pero no descubrieron gran cosa más. La otra ala no estaba doblada y pudieron examinar el fondo con las linternas; Shikibu afirmó que era simétrica a la que ella había explorado.

En algunos puntos del casco, descubrieron una especie de discos de quince centímetros de diámetro, formados por una membrana tensa como el parche de un tambor. Sensores de presión, dudó Kenji.

No había nada más que hacer. Yuriko les dio orden de regresar.

—¿Sabéis una cosa? —dijo Susana pensativa—. Trato de imaginarme cómo pudieran ser los tripulantes. Debían tener ojos de treinta centímetros, a una altura de quince metros; ser lo bastante enanos para meterse en un túnel de medio metro; capaces de apretar botones con una fuerza de cincuenta kilos, y de trabajar a oscuras en dos salas de mando distintas. No era una imagen tranquilizadora. Los engendros que les habían atacado casi parecían ordinarios, en comparación. Pero...

Se detuvo en seco. Algo arañaba el fondo de su cerebro.

¿Qué podría embutirse en aquel enorme espacio vacío?

¡Claro!

—¿No os dais cuenta? —exclamó Susana. De repente todas las piezas han encajado—. ¡Es un traje!

—Me temo que no entiendo —dijo Yuriko.

—Eso no es una nave. ¡Es un traje espacial!

—¿Qué? —Yuriko la observó, desconcertada.

—¡Claro! —Shimizu lo asimiló rápidamente—. La mochila con los motores y el soporte vital... reemplazable.

—El sistema de calefacción ajustado a la piel... Los controles. ¿Cómo pueden trabajar dos pilotos en la oscuridad y sin comunicarse? —Susana extendió ambas manos y movió los dedos, como tocando un piano invisible—. Esa nave es un traje de vacío... ¡El traje de un gigante!

En la sala de ordenadores, Susana se puso los guantes de interfaz y los anteojos de espacio virtual.

El sargento Fernández, que había acudido para ayudarla, se acercó a la mujer, tomando su propio par de lentes de un anaquel. Al principio no vio nada; pronto hubo un cambio. Apareció una serie de líneas luminosas, que formaban un dibujo tridimensional, el clásico dibujo de *alambres* de un ordenador.

—Esto es el molde del hueco de esa nave-traje —le explicó la etóloga—, deducido a partir de las cintas del robot. Bien, veamos ahora... ORDEN: OCULTA LÍNEAS.

De inmediato, desaparecieron las líneas que hubieran sido invisibles de ser opaco el cuerpo dibujado.

—Es curioso lo que se puede deducir a partir del traje espacial de una criatura —comentó Fernández—. Me pregunto, si un extraterrestre encontrara uno de nuestros trajes, ¿qué conclusiones sacaría sobre nosotros?

—Muchas, supongo —dijo Susana—. Un traje espacial es un molde del cuerpo, como la concha de un molusco, y una protección contra un elemento extremadamente hostil; de lo que se puede deducir la forma y el habitat de la cosa que lo llevaba. El sargento sonrió a Susana.

—¿Sabes una cosa?, parece que has inventado una nueva rama de la Arqueología.

—¿La Escafandrología? —rieron. La etóloga dijo:— ORDEN: FUENTE DE LUZ, menos 1000, 1000, 0, RELLENA. La superficie del cuerpo se cubrió de cuadraditos grises; al cabo de pocos segundos, parecía una maqueta tosca de un cuerpo en forma de torpedo, iluminado desde arriba y a la izquierda. —ORDEN: SUAVIZAR.

Al instante, se atenuaron las diferencias de brillo entre los cuadraditos, como si una pulidora invisible recorriese la figura. El resultado final era una especie de torpedo gris con dos aletas.

—Una ballena —dijo Fernández. La figura gris rotaba con lentitud ante sus ojos.

—*Parece* una ballena —rectificó Susana—. Una ballena de trescientos metros de largo con traje espacial. Podríamos añadir más cosas, como los ojos y su tamaño, el volumen máximo de la cabeza, etc.

—Pero... ¿qué tenemos aquí entonces? —preguntó el sargento.

—*Taawatu* —musitó Susana, con una voz tan débil que Fernández apenas la oyó.

El transbordador de órbita alta se acercaba paulatinamente al *Dedo*. En la bodega, Sandra, Karl y Lucas se preparaban para entrar en sus robots de combate, tan pronto como los técnicos realizaran los ajustes finales. Karl pasaba su brazo sobre el hombro de Sandra, aunque ella no parecía demasiado interesada. Lucas, por su parte, se sentía como un caballo a punto de iniciar una carrera.

Desde la pantalla de proa, el *Dedo* asemejaba un cuerpo celeste más, tranquilo e inerte. Era una gran roca de color gris sucio, tuberosa, muy desigual, flotando en el oscuro vacío.

O lo habría parecido, excepto por un extraordinario detalle. Dos enormes cables surgían desde extremos opuestos del cuerpo; uno descendía hacia la Tierra hasta perderse de vista, el otro se alejaba en la noche del espacio.

Aquello era lo que les había traído hasta allí.

—Recordad, una detonación mal situada —les decía el general Toranaga— lo haría caer sobre nuestro planeta. Debéis descender hasta un punto cercano a la base...

Los tres asintieron. Era el *briefing* habitual; pura verborrea, los tres conocían el plan al dedillo. Lucas miró pensativo el cinturón de esferas de medio metro de diámetro, colocadas en torno a la «cintura» de su robot: bombas de fusión, de las más potentes fabricadas jamás, y cada uno de ellos llevaba doce, treinta y seis en total. ¡Brrr! Se sentía a la vez aliviado y despavorido.

—¡Todo listo! —voceó uno de los técnicos, alzando el pulgar.

—A sus puestos, señorita, caballeros. —El general Toranaga les hizo una breve reverencia, el solemne saludo de un *samurai*. O hubiera sido solemne, si la ingravidez no lo hubiera convertido en casi una voltereta.

Los tres amigos se desnudaron y se introdujeron en las cabezas de sus respectivos robots. Lucas se alegró de que aquella cosa medio viviente tuviera un medio de eliminar los desechos biológicos. Su vejiga estaba tan nerviosa como él.

—¡Preparados! —ladró una voz metálica. Sonaron las alarmas de vacío, y los técnicos se retiraron prestamente.

Los tres robots se pusieron en pie y avanzaron hasta el centro de la bodega. Karl cogió el cañón de partículas. ¡*Partículas!* Aquello era un chiste malo. Tenía el tamaño de uno costero, tosco y embarazoso; no era posible construirlo de un tamaño inferior. Solamente uno de aquellos *robosaurios* podía manejarlo como arma personal.

Una luz verde se convirtió en roja. Se prepararon para el salto.

La primera sugerencia de los militares fue lanzar bombas atómicas contra el enorme cable que unía el *Dedo del Cielo* con el *Dedo de la Tierra*; rápidamente

advirtieron que, si se cortaba, caería como un mortífero flagelo, provocando una calamidad casi tan apocalíptica como la Tormenta de Positrones.

Los intentos de atacar el Dedo de la Tierra fueron infructuosos. Los misiles atómicos apenas hacían mella en aquel vasto cilindro de roca. Entonces otros sugirieron que un corte en el cable, por encima del Dedo de la Tierra, liberaría éste, y el contrapeso lo alejaría de la órbita de la Tierra, arrastrándolo hacia el Sol. El problema era de precisión; el punto idóneo era demasiado bajo para un misil antisatélite, y demasiado alto para un misil tierra-aire.

Tan sólo había una manera de hacerlo: entrar en la torre desde el espacio, descender por el cable, y hacer estallar las bombas en el interior, a la altura adecuada. Una complicada forma de suicidio.

Y, en toda la Tierra, únicamente había una clase de guerreros con mínimas probabilidades de triunfo en aquel lunático plan.

El transbordador lanzó varios misiles (apenas diez o veinte megatones, como distracción), cebos antirradar... y los tres robots de combate.

Con un fuerte trompicón, Lucas se halló girando en el vacío. Estaba rodeado de confetti metálico.

Por supuesto, no lo era, aunque pareciera igual de inofensivo. Aquello crearía un mare magnum en los sistemas detectores del enemigo... esperaban. Lo cierto era que estaban bastante *in albis* acerca de lo que *ellos* podían o no hacer.

El robot de Lucas despidió un chorro de gas que corrigió su trayectoria. Aquello también era automático. La escabrosa superficie del Dedo fue creciendo, como una extraña mora o un racimo de uvas rocosas. Llenó su campo de visión... y, en el último segundo, el robot giró prodigiosamente y se posó sobre sus zancudas patas, como un gato al caer.

Al instante, Lucas buscó un refugio. Tuvo que medio correr, medio reptar sobre sus garras, para ocultarse de las explosiones nucleares en el lado opuesto del Dedo... la *pequeña* maniobra de distracción... corre... corre... abandonó todo intento de caminar y se limitó a impulsarse con las garras, como si estuviera gateando bajo el agua...

Apenas tuvo tiempo de recorrer casi un cuarto de circunferencia del Dedo, cuando hubo un insufrible resplandor blancoazulado en el horizonte; las irregularidades del terreno destacaron como manchas de tinta china.

Las bolas de fuego iluminaron el paisaje durante un prolongado número de segundos. Poco a poco, fueron palideciendo y su color virando lentamente al amarillo. El poderoso destello fue bajando en intensidad, hasta lo simplemente deslumbrador.

—¿Lucas? ¿Karl? —resonó la voz de Sandra. Lucas confió en que nadie los escuchase; al menos, los científicos de la Tierra no pudieron descubrir cómo los

robots se comunicaban entre sí. No era radio ni ninguna radiación electromagnética, eso era seguro.

—Aquí estoy.

—¿Dónde es *aquí*? —Era Karl.

—Pues... no lo sé. En el lado contrario del Dedo.

—Yo también.

—Pues no te veo.

—Es que esto es grande.

—Escuchad, genios de la orientación —profirió Sandra—, ¿podéis ver el cable de la Tierra, verdad? Nos vemos en su base.

—¿Dónde estás tú?

—Al pie mismo. Me refugié tras él. ¿No se os ocurrió?

Lucas reanudó la marcha. Ahora tenía la oportunidad de estudiar lo que le rodeaba.

Las rocas eran negras y costrosas, como una tostada muy quemada; aquel mundo de retazos había sido amontonado sin muchas contemplaciones. No habían huellas del *hormiguelo* que mencionaban los informes, aunque vigilaba esmeradamente, listo para desmenuzar con sus mandíbulas de plomo a lo primero que se moviese. No encontró nada; dedujo que, cualquiera que fuese la operación que realizaban, había concluido. Mejor.

No tardó en encontrarse junto al cable. Aunque *cable* parecía un término inadecuado. Al verlo, perdiéndose en las alturas hasta ser demasiado delgado, tuvo la sensación de un inmenso tronco de baobab cuya copa era la Tierra.

Sus compañeros se reunieron a su lado. Se alegró de ver aquellas combinaciones de gorila y cacatúa.

—Pues va a ser una paliza bajar a la Tierra —observó Lucas. El planeta tenía el tamaño aparente de una raqueta de tenis.

Se decía pronto. *¡Bajara la Tierra, como Jack por el tallo de judías mágicas!* Treinta y seis mil kilómetros, un poco menos que la circunferencia del planeta. Dar la vuelta al mundo a pie... Claro está, ellos contaban con ciertas ventajas. A aquella altura estaban ingravidos. La gravedad iría aumentando conforme bajaran. Pues, aunque sus cuerpos llevarían la misma velocidad angular todo el tiempo, igual a la de la propia torre (una vuelta a la Tierra cada veinticuatro horas), su velocidad lineal sería cada vez menor que la orbital, a medida que bajasen y el radio de giro disminuyese. Pero podrían hacer la mayor parte del recorrido rápidamente, en gravedad baja.

El peligro más grave era caer. Tardarían más de un día en estrellarse contra la atmósfera.

Los robots se aferraron al cable con las cuatro garras y empezaron a trepar. O

descender, según se mire. Tenían ante sí un camino laaargo, muy laaargo...

El transbordador aterrizó en la isla. No tuvo problemas tras lanzar a los tres robots de combate. Y eso no le gustaba al general Toranaga. Así lo informó a Su Santidad, sentados ante sendas tazas de té.

—Me preocupa la falta de respuesta de los alienígenas —estaba diciendo—. ¿Tan insignificantes nos ven, que no toman precauciones contra nosotros? ¿Están siquiera enterados de que nuestros...?

—¿Comandos? —sugirió Su Santidad.

—Guerrilleros. ¿Es posible que no sepan que están allí? ¿O lo saben y no les importa? ¿O lo saben, y los conducen a una trampa?

Su Santidad sacudió la cabeza; demasiados interrogantes. Habló como si se dirigiese a sus dedos cruzados.

—He estado pensando mucho en esto. Lo he comentado con mi equipo de asesores, y hemos intercambiado ideas muy locas...

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, ¿cómo se explica que unos seres, capaces de arrasar un planeta a miles de millones de kilómetros, se tomen la molestia de descender a él? Porque ésa es la función de la torre orbital.

—Eso es palmario, Santidad.

—Lo que ya no lo es, es esto: ¿por qué una torre orbital? Para espiarnos les bastaban esa especie de plantas radiales. ¿Por qué no una pequeña cápsula de aterrizaje?

—Preparación artillera —declaró al instante Toranaga—. Tras ella, la infantería.

—Incluso ésa es una hipótesis deficiente. Una flota de vehículos de aterrizaje de un solo uso sería más adecuada, desde su punto de vista...

El general meditó en ello.

—No solamente van a desembarcar. Luego van a retornar al espacio.

—Exacto. Esa torre orbital es para acceder al espacio con un consumo de energía más escaso. Desean llevarse gran cantidad de materia... ¿qué clase de materia? ¿O quiénes?

—¿Ellos mismos? ¿Es la torre una complicada vía de escape?

Su Santidad negó con un gesto de la mano.

—Recuerde los informes de la *Hoshikaze*. Ellos también fueron atacados por un ejército de robots vivientes. Máquinas programadas que, una vez dejaron de ser útiles, se deterioraron. No; hay algo más que subirá por esa torre.

El general sintió un escalofrío muy poco marcial.

—Me gustaría disponer de un millar de esos robots de combate, Santidad. O un millón.

—Y a mí. En Marte también tienen problemas, aunque rae consta que hacen

cuanto pueden por ayudarnos. Pronto llegará otra nave con más material. De momento tenemos que arreglarnos con lo que tenemos. ¿Qué tal son los chicos que ha mandado?

—Los mejores, Santidad. Disponemos de otros tres trajes y una docena de pilotos. Aún están algo verdes. Creo que intensificaré los entrenamientos. Ruego a *Kamisama* que encontremos más aspirantes adecuados.

Su Santidad se puso en pie, y Toranaga se apresuró a imitarle.

—Haga eso. Y, general, se ha decidido levantar el secreto sobre la *Hoshikaze*. Le autorizaré por escrito para revelar a nuestros hombres a qué se van a enfrentar.

—A sus órdenes, Santidad. —El general saludó militarmente y salió.

Lenov atravesó la puerta de la sala de ordenadores. Susana seguía allí, con los guantes y los anteojos puestos, moviendo las manos como si dirigiera una orquesta invisible. Aguardó un instante y carraspeó.

—Ah, eres tú. —Ella se dio la vuelta—. ¿Qué tal los delfines?

—Preguntan por ti. Hace días que no vas por el tanque.

—Estoy muy ocupada —suspiró ella, manipulando lo que parecía ser aire vacío—. Demasiado ocupada.

—Comprendo.

Ante el tono del ruso, Susana se quitó las gafas y lo observó cuidadosamente.

Parecía muy distinto al Lenov que conocía. Su famosa seguridad en sí mismo se había esfumado como por arte de magia. Estaba sentado frente a ella, con las manos entrelazadas y los hombros encogidos. Parecía incluso más pequeño. Los ojos de él rehuyeron los suyos.

—Lo siento —dijo poniéndose en pie—, creo que estoy interrumpiendo tu trabajo.

—Lenov, espera... —El hombre se detuvo junto a la puerta. Susana intentó esbozar una sonrisa—. Si fueras una molestia ya te lo habría dicho, ya me conoces. —Sí, eso es cierto— admitió él.

—Escucha, bueno... —de repente Susana no encontraba las palabras—, yo no tengo ninguna habilidad en el trato humano, ya sabes... lamento tu dolor, y... lo comprendo...

El hombre se volvió hacia ella y se apoyó en la pared. Una imagen que trataba de olvidar emergió en su pensamiento: Benazir alcanzada por el disparo de aquel engendro del Infierno, el camarote salpicado de sangre, aquel horror cadavérico erguido ante él. Algunas noches se despertaba sudando, tratando de advertirle que no abriera la puerta...

—Si supiera... —levantó su puño, y lo cerró en el aire con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos—, si supiera cuál es mi cometido en todo esto. Hasta ahora tan sólo he sido un peso muerto en esta condenada nave... y ni siquiera pude

evitar que Benazir muriera estando a mi lado.

—Te he dicho que lo comprendo, y no estaba haciendo una frase hecha. Yo he pasado por algo similar, ¿sabes? —Las mandíbulas de Susana se pusieron tensas. Sus ojos empezaron a brillar.

—¿Qué...? —empezó Lenov.

La etóloga sacudió rápidamente la cabeza.

—No quiero hablar más de eso. Solamente quería que supieras que comprendo perfectamente por lo que estarás pasando y... lo que pueda decirte no te aprovechará para nada.

—En eso te equivocas. —Lenov volvió a ponerse en pie—. Bueno... te agradezco mucho tus palabras. Y tu sinceridad.

—Espera...

—¿Sí?

—Me habías preguntado por el curso de mi trabajo. ¿Todavía te interesa?

—Sin duda.

—Mira. —Le tendió un segundo par de anteojos, que Lenov se puso.

Ante él flotaba una recomposición más elaborada del ocupante del traje. Susana había añadido los ojos y las articulaciones de las aletas; con sus manos enguantadas, hacía girar la imagen como si se tratara de un globo lleno de gas.

—Desde luego es un traje espacial —manifestó Lenov—. No comprendo cómo pudimos ser tan obtusos.

—Todos nos engañamos —dijo Susana, manipulando la imagen—. Sin embargo, yo no hacía más que pensar en cómo serían los tripulantes. Hasta que, inconscientemente, empecé a ver la nave como un fósil. Como una concha. Un molde del cuerpo.

—Sí, ahora todo parece tan claro, tan obvio... ¿Has conseguido averiguar algo más? —Se acomodó en la silla.

—He analizado su estructura corporal, en especial la presión de su piel, deducida a partir del sistema de refrigeración y de la tensión para la que ha sido diseñado el interior del traje...

—¿Conclusión?

—Conclusión, esa cosa es un gran zepelín.

—¿Un zepelín?

—Sí, un zepelín. Probablemente sus músculos y órganos internos no son demasiado grandes, quizá no mucho más que los de una auténtica ballena; sus ojos no lo son, desde luego. Su cuerpo está hinchado, tal vez repleto de minúsculas celdillas llenas de gas.

Susana se quitó los anteojos. Lenov le imitó.

—¿Tienes idea de cómo sería el medio ambiente de esta criatura? —preguntó.

—Júpiter. Estamos ante un ejemplo de lo que los naturalistas llaman *evolución convergente*. ¿Conoces el término?

—No en detalle.

—Es la explicación de que un ictiosario, un tiburón y un delfín, tengan un aspecto similar. Un medio parecido y una forma de alimentarse semejante les han hecho evolucionar por separado, aunque convergiendo hacia formas similares. ¿Recuerdas cómo se alimentan las ballenas?

—Claro, son filtradores. Capturan *krill*.

—Sí. En los gigantes gaseosos se forman, espontáneamente, compuestos orgánicos en las capas altas de la atmósfera, debido a la radiación ultravioleta solar. Estos compuestos se hunden con lentitud, hasta ser descompuestos por el calor y las altas presiones de las capas más profundas de la atmósfera. Se ha especulado, desde hace mucho, con la posibilidad de que existiera vida en las capas intermedias.

—Aprovechando el... esto, *plancton* antes de que se pierda.

—Eso es. La criatura capaz de alimentarse de algo así debía de ser capaz de flotar en la atmósfera, y utilizaría una técnica de recolección parecida.

—Entiendo —asintió Lenov pensativo—. Quieres decir que la criatura que ocupó ese traje evolucionó en Júpiter.

—No, no lo creo.

—En ese caso, no entiendo.

Susana se pellizcó el labio inferior. Lenov le había visto hacer eso cada vez que buscaba las palabras adecuadas.

—Delfines y ballenas nunca habrían desarrollado una tecnología en un entorno marino. Y Júpiter es mil veces peor, rodeados por nubes de hidrógeno, sin superficie sólida, sin metales... No, esos seres no evolucionaron allí.

—¿Dónde, entonces? —Lenov se había perdido.

Susana se volvió hacia la terminal del ordenador y pidió unos datos.

—Los marcianos los conocían, ¿recuerdas?

—Sí. Aunque no vi los hologramas originales, Ben... me mostraron unas grabaciones. Fue ese tal Markus quién les puso el nombre de *Taawatu*.

—Benazir pensaba que estas criaturas no eran reales, sino una especie de símbolo, o divinidad... de cualquier forma, eso importa poco, el caso es que los antiguos habitantes de Marte conocían su existencia.

—¿Fueron contemporáneos?

—Eso mismo me pregunté yo, y pregunté a Kenji cómo podíamos averiguar la antigüedad de ese artefacto...

—La pila atómica —comprendió Lenov.

—Exacto. Yuriko metió una sonda en la mochila, que analizó lo que quedaba del material radiactivo.

—¿Y...?

—Los marcianos se extinguieron hace quinientos millones de años. Esa cosa lleva ahí, al menos, esa cantidad de tiempo...

—¡Demonios! ¿Fueron contemporáneos?

—Imposible saberlo con seguridad, nuestros instrumentos no son tan precisos; y un margen de error de un par de millones de años, es una cantidad apreciable de tiempo.

—¡Desde luego!

—¿Te das cuenta de la escala de tiempo de la que estamos hablando?

—Lo intento. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Pedí a Kenji que soltara el resto de las sondas para explorar los anillos de Júpiter a conciencia. Creo que los ha situado en una órbita interior. Las sondas podrán diferenciar los restos de radiación de las mochilas contra el fondo de hielo de los anillos. Ahora que sabemos lo que buscamos, será sencillo hallar otros. Si los hay.

—¡Despierta, Lucas!

—¿Uh?

—¡Despierta!

Lucas se despertó en una cama mojada y pegajosa. Qué noche tan húmeda. Tendría que poner un ventilador. De repente recordó dónde estaba.

Su robot seguía la marcha como un sonámbulo. Estirar pata, agarrar, flexionar, estirar la otra, buscar apoyo, soltar brazo, buscar apoyo... el robot realizaba aquellos movimientos en tanto que su portador dormía. El cable tenía tantas irregularidades, que se podía descender por él sin demasiados problemas. Al menos de momento.

Ahora era su turno de guardia. Bostezó y echó de menos un buen desayuno de café, tostadas con mantequilla y miel, zumo de naranja... se relamió. Las intravenosas eran un sustituto poco placentero.

—De acuerdo, Sandra, puedes echar un sueñecito. Nosotros vigilaremos tu cacharro. Quedas oficialmente relevada y todo eso.

—Bien.

—Sin novedad, Lucas —informó Karl.

—Estupendo. —Un día más de soberano aburrimiento. Se forzó a observar.

La Tierra apenas había crecido. Pero Lucas notó que el robot tenía una leve tendencia a la caída. Pronto sería necesario pilotarlos en el modo directo.

Las labores de vigilancia de la flota no eran precisamente abrumadoras. El almirante Jean Paul Al-Hassad Ghadban se dio cuenta de ello, a los pocos días de tomar el mando de la Flota Unificada.

La flota no tenía de unificada más que el nombre. En toda su vida no había visto una reunión más discordante de cascos.

Había cruceros lanzamisiles de la antigua *Velwaltungsstab*, con sus escoltas de corbetas robot; hidroalas patrulleros brasileños; arcaicas fragatas nucleares de la Marina Panislámica; submarinos y cañoneros láser tex-mex; unos cuantos portaaviones japoneses (superpesqueros adaptados, en realidad), que transportaban la reducida fuerza de cazas de despegue vertical. En cuanto a los mercantes, apresuradamente reconvertidos en portahelicópteros y plataformas lanzamisiles o de artillería radiante, su número, tonelaje y diversidad eran asombrosos. Fuera del alcance de la vista patrullaban los AWACS, y las cámaras de los satélites espía no perdían ripio.

El almirante dio un último repaso a su imagen en el espejo. La aprobó. Cuando se está en una situación como aquélla, de esperar y ver, no se debe permitir la menor informalidad. Los hombres debían mantenerse alerta y siempre dispuestos, y los pequeños detalles como la indumentaria eran importantes.

Como cada mañana, se dirigió al puesto centralizado de mando en su buque

insignia, acompañado de su estado mayor. Bajo el cálido sol ecuatorial, su gorra era una sartén invertida que le cocinaba el cráneo. Hizo caso omiso a la molestia; sólo se permitió un inaudible suspiro de alivio, al entrar en la fresca atmósfera acondicionada.

Según su costumbre, examinó uno a uno los sistemas de detección: radares, infrarrojos, ultravioletas, eco-sonar, hidrófonos, sismógrafos enterrados en el fondo... Prestó especial atención a estos últimos.

El problema era que detectaban demasiadas cosas. Le resultaba raro pensar que, a dos mil metros bajo ellos, el lecho oceánico se rasgaba lentamente como una sábana vieja, burbujeando con la lava, sacudido por numerosos microsismos, a medida que los continentes se separaban centímetro a centímetro, como venían haciendo desde hacía cien millones de años. En la Dorsal Atlántica se detectan más de un centenar de terremotos al año. El almirante pensaba que aquello camuflaría cualquier actividad alienígena, por ello le interesaba.

Cuando acabó la inspección, el almirante Al-Hassad salió al tórrido aire libre. La flota se mantenía a más de diez millas náuticas de la Isla del Cielo, formando un gran círculo.

La examinó con los prismáticos, más que nada por curiosidad. Difícilmente podría ver algo que se les hubiese escapado a los sistemas de vigilancia.

La isla no era más que una pirámide de roca negra, totalmente desprovista de vegetación. Lo más inquietante era el largo dedo azabache que señalaba al cenit. Examinó el cable, apenas visible en el índigo neblinoso de la distancia. Se elevaba recto hacia el cielo, hasta perderse de vista casi sobre su cabeza.

—Hábleme de su plan, Leontiev —dijo, volviéndose hacia uno de sus hombres.

—Es sencillo, almirante —respondió el aludido—. Enviamos un vehículo submarino hacia la isla...

—Robotizado, por supuesto.

—Sí, almirante. Un vehículo con ruedas guiado por cable. Cuando esté a poca profundidad, iza unas boyas con cámaras de televisión, igualmente por cable, y las fija al fondo. Así evitamos emisiones que puedan ser detectadas. También podríamos instalar otro tipo de sensores...

—Parece bastante discreto —reflexionó el almirante—. Me gusta, aunque ¿tiene idea de dónde podemos conseguir un vehículo de esas características?

—No debería ser difícil. Las compañías petrolíferas los usan en operaciones de mantenimiento.

—Bien.

El almirante volvió a mirar a la isla con los prismáticos. No parecía haber ninguna abertura. Y eso le daba que pensar. ¿Por dónde vendría el ataque?

Se ajustó la gorra y mandó preparar su helicóptero. El día anterior había visto

que, en varios buques, los marinos iban en calzoncillos. Ciertamente es que hacía calor, pero ese descuido no debía tolerarse.

Lenov se vistió con un *judogi*, ceñido por un cinto más ancho de lo común, y se sentó sobre sus talones, en el centro de la vacía *sala de juegos*.

Durante largo rato, mantuvo la mirada fija al frente, centrada en un punto situado a unos dos metros; sus ojos brillaban de furia. Llevaba en el cinto una *katana*, atravesada sobre la cadera izquierda, con el filo hacia arriba y formando un ángulo de treinta grados con el eje del cuerpo, de modo que la empuñadura o *tsuka* cruzaba y protegía su abdomen, además de quedar cerca de la mano derecha.

Respiraba lenta y profundamente con el diafragma, reteniendo levemente el aire. Aquello era el *zanshin*: acción dentro de la calma. Debía permanecer neutral, libre de toda emoción, deseo o idea preconcebida, con total disponibilidad física y mental, alerta todo el tiempo, para que la acción surgiese libre del pensamiento o de las emociones, lo que le permitiría reaccionar frente al adversario de la misma manera que el espejo refleja instantáneamente el objeto que aparece ante él; cada movimiento debía ser sobrio y preciso, el resultado de la armonía y unidad absoluta entre la mente, el cuerpo, el sable y el *ki*, la energía vital. Su mirada era viva y penetrante, como si realmente mirara a un adversario sentado frente a él. La mirada revelaría a los observadores el grado de concentración y conocimiento real de la *kata* que iba a realizar.

Y, en un momento dado, comenzó el *nuki-tsuke*.

Realizó varias acciones simultáneas: apoyó los dedos de los pies en el suelo, enderezó el cuerpo, emitió una espiración corta, al tiempo que el índice y el pulgar derecho se apoyaban en la empuñadura del sable, y la mano izquierda sujetaba la vaina, empujando la guarda o *tsuba* con el pulgar. Empezó a desenvainar, con el pomo apuntando al abdomen de su enemigo imaginario.

Los primeros veinticinco centímetros de la hoja surgieron con el filo hacia arriba; en ese momento su mano izquierda giró la vaina, situándola horizontal. Al mismo tiempo adelantó el pie derecho. El resto de la hoja fue surgiendo con velocidad gradualmente creciente, máxima al final. Lanzó un fuerte «¡YIAAA!», mientras golpeaba el tatami con toda la planta del pie derecho, al tiempo que atrasaba el hombro y cadera izquierdos, procurando mantener los pies paralelos y, estirando el tronco y el brazo derecho hacia delante, lanzó un veloz corte en oblicuo ascendente hacia la garganta de su enemigo imaginario: *seme*, el desequilibrio.

Su adversario, de existir, estaría sorprendido ante la velocidad de su amenaza y la fuerza de su *ki*, y se habría inclinado hacia atrás, perdiendo el equilibrio durante unos valiosos segundos. Y era sólo el principio. Ahora venía el *furikabute* (armar el sable): con el cuerpo bien derecho, flexionó el codo y alzó el sable sobre su cabeza, hasta ponerlo en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados sobre la horizontal,

donde lo empuñó su mano izquierda, mientras hacía una profunda inspiración abdominal. Lo sujetó sin crispación, con pulgares, anulares y meñiques.

Y llegó el momento del *kiri-tsuke*: ¡cortar! Cuerpo vertical, tensión en el abdomen, brazos relajados, piernas paralelas, espiración brusca, ¡ahora!

—¡YIAAA! —aulló, concentrando su *ki* en el grito.

El sable relampagueó velozmente en vertical de arriba abajo, con la mano izquierda haciendo palanca sobre la derecha, en un fulminante *shomen uchi* que hubiera partido la cabeza de su adversario imaginario. Antes de que tocara el suelo, Lenov lo frenó en seco con un leve giro de muñecas.

Quedaban dos tiempos: *chiburi* (limpiar el sable de sangre imaginaria) y *noto* (envainar); pero Lenov siguió dando sablazos al vacío, cortando con saña a sus enemigos invisibles... hasta que, finalmente, cayó de rodillas agotado.

Acurrucada en la penumbra, Susana observaba al ruso. Sentía deseos de acercarse a él. Estaba segura de que Lenov necesitaba urgentemente la compañía de alguien, un hombro sobre el que llorar, unos oídos que escucharan su dolor.

Ella sabía cómo se sentía; lo sabía perfectamente, casi era experta en el tema. Pero no podía hacer nada; no podía exponer a otros ojos su propia debilidad. Enfrentarse al ridículo, era la única cosa que temía más que la soledad.

Era preferible seguir allí, mirarle desde la zona no iluminada de la sala de juegos, bien protegida por la oscuridad, en silencio.

Los tres robots de combate llevaban días bajando por el cable. Lucas se sentía bastante molido. Era mucho tiempo envuelto en aquella cosa, entumecido por la falta de movimiento. Sentía que su piel iba a pudrirse por la humedad. Pero sabía que esa sensación sólo existía en su cerebro, su piel estaba perfectamente oxigenada y nutrida por aquella cosa que la envolvía.

Los científicos afirmaban que un hombre podría pasarse años metido en aquella cosa, sin ningún inconveniente para su organismo.

Y no había enemigos a la vista. El Universo se había reducido al Cable y la Tierra a sus pies. Por ello, acogió con reservas el plan de Karl.

—Puede ser peligroso.

—Oh, claro. Pero pensadlo. Tarde o temprano tendremos que entrar a instalar las cargas, ¿no? Tenemos que saber cómo es esta maroma por dentro.

—Creo que tienes razón, pero no me gusta. Habría que cortar, y... ¿no crees que eso haría sonar las alarmas?

—Puede que sí, aunque es un riesgo que debemos correr. Por otro lado, ¿has pensado que cada día se nos va a hacer más difícil bajar?

En eso, Lucas estaba de acuerdo. Sus robots pesaban cada vez más. Eso significaba que no podían confiar en sus cerebros de mosquito; debían pilotarlos

ellos. Por tanto, tenían que dormir menos, o retrasarse en el plan. Eran como alpinistas, comiendo y durmiendo colgados de la roca.

Sandra intervino:

—¿Por qué no hacemos un agujerito? Tal vez las alarmas no estén pensadas para cosas así, después de todo hay impactos meteóricos. Vamos a abrir un pequeño boquete y veremos qué pasa.

Lucas la miró; aquel robot con pinta de dinosaurio era muy poco expresivo. Los tres compañeros permanecieron silenciosos.

—¿Por qué no? —habló Lucas.

—De acuerdo. —El robot de Karl asió con una garra el cañón de partículas e hizo algunos ajustes en los controles.

Lucas tomó un pedazo de la superficie del cable con su garra. El material era muy extraño, una especie de costra fácilmente desmenuzable para la garra del robot, ligera, llena de grietas e irregularidades. Parecía piedra pómez o ladrillo poroso.

—Un disparo a baja intensidad —advirtió Karl—. Apartaos.

Así lo hicieron. Hubo un relampagueo azulado, como un arco de soldadura, y una pequeña explosión abrió un cráter en la superficie del cable.

Lucas dirigió su mirada en todas direcciones, esperando ver... no sabía qué. Sin embargo, todo aparecía tan tranquilo como siempre.

—Fijaos en esto —señaló Karl. Los tres se acercaron, deslizándose de lado.

Había un cráter humeante de un metro de diámetro. Estaba lleno de... parecía una serie de fibras del grosor de una muñeca humana, varias de ellas cortadas y quemadas por la descarga. A Lucas le recordaba una cuerda desgastada, mostrando el trenzado de fibras de cáñamo.

En aquel momento presenciaron un espectáculo pasmoso. Una especie de gelatina rojo transparente manaba del boquete. El líquido, muy viscoso, burbujeaba y emitía vapor en aquel cuasivacío. Muy poco a poco, la gelatina se espesaba y se volvía opaca, hasta convertirse en una costra sólida.

Karl tomó un pedazo con la garra. Todavía conservaba fluida la parte interior.

—Es increíble. Es... cómo decirlo... una cicatriz. Un sistema de autorreparación.

Lucas sintió incrementarse su sensación de extrañeza. De repente tuvo la impresión de ser una hormiga bajando por un tronco de pino. Aquella superficie le recordaba poderosamente a la corteza, muerta y agrietada.

—Bien —observó Sandra—, eso lo arregla todo.

—¿Qué arregla?

—Si tienen un sistema de reparación automática, ¿para qué instalar una alarma? Lo que implica que nadie aparecerá por aquí.

—Creo que Sandra está en lo cierto —acordó Lucas—. El cable es demasiado largo para mantener una vigilancia permanente, a costa de numerosísimo personal.

—Aún no hemos visto al *personal* —les recordó Karl—, y no sabemos nada en absoluto sobre su número. Pero estoy de acuerdo. Si no nos han detectado ya...

El cañón de partículas disparó por segunda vez, abriendo un boquete del tamaño de la caja de un camión. El robot de Karl se introdujo por ella, blandiendo el cañón como un tiranosaurio fusilero.

—Entrad. Con cuidado.

Lucas pasó al infrarrojo. Los colores cambiaron, volviéndose extraños.

Dio un paso dentro, cuidando dónde ponía las patas.

No era un árbol. ¡*Era un bambú!*

El cable era hueco. Claro, ¿por qué no? Si aquella estructura servía como ascensor espacial, el tráfico debía ser o bien exterior o interior. Evidentemente, lo segundo. Trató de hallarle un sentido a lo que observaba.

Era como ver la torre Eiffel por dentro. El interior del cable estaba desprovisto de aire u otros gases, aunque no totalmente vacío. De un lado a otro lo atravesaban una especie de arbotantes curvos y vigas rectas, transversales o en diagonal. Según pudo advertir, tenían sección transversal en H o en X.

Otras vigas eran verticales, extendiéndose de arriba abajo, formando grupos de seis. También observó que, cada pocos cientos de metros, había un voladizo o reborde anular que sobresalía de la pared del tubo hueco. Para continuar la semejanza, serían los nudos de la caña, aunque en este caso no eran tabiques completos.

Los tres amigos permanecieron un buen rato en silencio.

—Esto parece un ser vivo —susurró Sandra—. Fijaos que no hay superficies planas. Todas son curvadas.

Lucas estuvo de acuerdo. Tampoco, descubrió, aparecían tuercas o remaches en donde debía haberlos; aquella fabulosa estructura parecía haber crecido, no sido montada. No le extrañó su semejanza con una obra de ingeniería.

—Es lo que yo esperaba —dijo Karl con suficiencia—. El *Dedo* es un ser tecno-orgánico, como nuestros robots.

Lucas miró a sus compañeros... o a sus robots, más bien. Bajo la visión infrarroja, presentaban un extraño moteado de rojos, amarillos, blancos, verdes y azules.

—¿A qué esperamos para seguir bajando? —dijo Lucas.

—A nada —el robot de Sandra dio una zancada y se posó sobre una viga, las garras de las patas firmemente apretadas.

Los dos hombres la siguieron. No era nada difícil; los brazos, largos como los de los gibones, facilitaban mucho el movimiento de braceo. Los pies se aferraban de modo automático. Su progresión fue más y más rápida. A sus espaldas, el boquete se iba cubriendo de tejido cicatricial.

El enjambre de sondas que controlaba la *Hoshikaze* giraba locamente, en cambiantes órbitas, en torno a los etéreos anillos del gigantesco planeta. Buscando, fotografiando, analizando cada rastro de radiación que pudiera delatar a otro de aquellos artefactos, abandonado hacía eones en aquel mar de hielo flotante.

Y los había. Muchos. Por cientos. Por miles.

Aproximadamente, 630 000, con un error de más-menos 14 000.

La gran pantalla de la sala de reuniones mostraba una vista polar de Júpiter, obtenida por una de las sondas. Los anillos del planeta habían sido intensificados para que aparecieran lo más claramente posible.

Los anillos blancos estaban repletos de parpadeantes puntos luminosos.

—Esos puntos representan rastros de radiación semejantes a la pila atómica del traje que encontramos. Quizá cada uno de ellos sea un traje —decía Kenji.

—Están prácticamente infestados —se asombró el padre Álvaro.

—Eso parece —comentó Susana—. ¿Kenji, está lista la proyección?

—Sí, Susana.

En la pantalla, uno de los puntos luminosos creció hasta transformarse en un parche cuadrado. Se situó en un extremo de la imagen.

—Esta foto fue obtenida por la sonda 34. Fijaos en su aspecto.

No era como lo que habían encontrado unos días antes. Era casi una esfera, algo bulbosa. La imagen se animó, la esfera crecía.

—Reprogramamos la sonda para que se acercara lentamente al objeto y...

—Está abierta —profirió el teniente Shimizu.

—Sí, y la sonda se introdujo en su interior —los focos de la sonda 34 se encendieron, iluminando el interior del caparazón vacío— Ésta es mucho menor, sólo treinta metros de diámetro.

La sonda se movía por el interior del traje. Salvo la forma, se parecía mucho al primero que habían visto. Susana señaló las diferencias.

—Fijaos en esas aletas de refrigeración. Los tubos contienen amoníaco. Están pensados para extraer calor de dentro. Muchos de los controles son gemelos de los del primero. Y hay más, mucho más. No apartéis la vista de la pantalla.

Uno a uno, los puntos de luz se dilataron, formando nuevos parches cuadrados, que se fueron alineando junto al primero. Cada uno mostraba imágenes de artefactos.

Sus formas eran muy variadas: esferoidales, lenticulares, elípticas, aovadas, cuadrangulares, poliédricas...

—¡Los anillos fueron colonizados por un montón de especies diferentes! —exclamó Yuriko sin dar crédito a lo que veía.

—¿Son todos tan antiguos como el primero?

—Hasta el momento, el primer traje es el más reciente de todos —dijo Kenji—. Algunas fechas pueden remontarse a diez millones de años antes del primer traje.

—Efectivamente, esas cosas llegaron a la órbita de Júpiter —prosiguió Susana— y se establecieron en sus anillos. Me pregunté qué edad tendrían estos. Mandamos a Marte todo lo que hemos descubierto sobre ellos, análisis del hielo, contenido en isótopos y un montón de datos más, y...

—Los anillos son tan antiguos como la primera de las sondas —dedujo Lenov.

—No pueden precisarlo con exactitud; los astrónomos están de acuerdo en que los anillos llevan ahí, cuanto menos, quinientos millones de años. Sin embargo, esto no fue lo más sorprendente: la composición del hielo es igual al caldo orgánico que llenaba el interior del Arat...

—Hace más de quinientos millones de años —repitió Susana—, criaturas llegadas desde la nube de Oort se establecieron aquí. Quizás usaron los restos de varios cometas en los que viajaron, para construir un habitat parecido al que habían abandonado en Oort. Los desmenuzaron y crearon los anillos de Júpiter. Me pregunto si los anillos de Saturno, Urano y Neptuno tienen el mismo origen.

—Tan sólo suposiciones —titubeó el franciscano—. ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Mirad.

Susana ordenó los diferentes tipos de trajes, de más antiguos a más modernos, y pidió al ordenador que mostrara el vaciado de todos ellos.

Vieron aparecer, alineadas una junto a otra, una serie de formas sorprendentes, que empezaban en una especie de icosaedro con tentáculos, y concluían en la ballena gigantesca.

—FUNDIR —ordenó Susana.

Lentamente, el ordenador transformó la criatura con tentáculos en *Taawatu*.

—Alienígenas llegados de la Nube de Oort se adaptaron a la atmósfera de Júpiter. Para ello debieron modificar su constitución, y por supuesto, todo su metabolismo...

»Me pregunté: ¿como lo hicieron?, y volví a descongelar los cadáveres de los invasores. Habíamos aceptado que eran máquinas, hechas con carne y sangre, pero máquinas al fin y al cabo. Pero encontré algo que me llevó a pensar que el fantasma de Jean Baptiste Lamarck iba a tomarse la revancha definitiva sobre el pobre Charles Darwin...

Susana dibujó algo en la pantalla del ordenador. —Éste es el *dogma básico* de la biología molecular:

ADN — > ARN — > Proteína

»Las flechas indican que la información viaja siempre del ADN a la proteína, de los genes a los caracteres observables, nunca a la inversa. No hay herencia de caracteres adquiridos: si juegas al tenis, tus hijos no nacerán con el brazo derecho más fuerte.

»Y estamos tratando con algo similar: un organismo que, literalmente, puede

modificar de modo voluntario su propia herencia...

—Ingeniería genética —concretó Kenji.

—No, algo mucho más simple, y más complejo a la vez. Los genes de esas criaturas son capaces de aprender, de registrar información.

Susana borró la anterior fórmula de la pantalla del ordenador, y escribió:

ADN < — > ARN < — > Proteína

—No se trata de algo tan extraordinario como pudiera parecer. Los virus con ARN, los retrovirus, realizan la transcripción inversa, copiar ARN como ADN.

—¿Y eso que demuestra? —preguntó Yuriko.

Era evidente que no comprendían. Tamborileó impaciente con los dedos sobre la mesa.

—La enfermedad de Alzheimer.

—¿Qué?

—La enfermedad de Alzheimer forma parte de un grupo de enfermedades, cuyo agente causal es una extraña cosita: una molécula de proteína sin ADN. ¿Cómo puede algo así transmitir su herencia?

Susana añadió una nueva flecha a la fórmula:

ADN < — > ARN < — > Proteína

—La traducción inversa —exclamó triunfante—. El mecanismo molecular por el que los genes pueden aprender. Una rareza en la Tierra... y algo perfectamente posible para esas criaturas. Su ADN puede ser, literalmente, programado igual que un ordenador.

—Susana —Lenov sacudió la cabeza—, no te estamos siguiendo... bueno, al menos yo no... ¿Qué quieres decir con...?

Susana recorrió la sala con sus ojos. De todos, sólo el padre Álvaro parecía comprender el alcance de sus descubrimientos. Y era patente que no le gustaba.

Susana se volvió hacia la pantalla que mostraba el monumental disco de Júpiter. Apenas podía contener la salvaje alegría que burbujeaba en su interior; una excitación que sólo estaba al alcance de unos pocos: el éxtasis intelectual ante el problema resuelto...

Para Susana, no había nada comparable al momento en que todas las piezas encajan y la verdad aparece ante los ojos, pura y cristalina.

Pero necesitaba pruebas. Y sabía lo que eso significaba.

Miró a Lenov.

—La verdad sobre nuestro —¡nuestro!— pasado, ha permanecido sepultada bajo esos nubarrones, durante quinientos millones de años.

Por primera vez en mucho tiempo, el ruso sonrió con sinceridad.

—Eso quiere decir que ha llegado la hora de los héroes —dijo feliz—. Habrá que descender a Júpiter para averiguarlo, ¿verdad?

—¿Fue alguien a quien querías? —le preguntó suavemente Lenov.

—¿Qué?

Susana estaba ayudando a Lenov a ajustar el traductor de lenguaje delfín. El ruso se había embutido en el interior de un traje de goma fabricado a partir de un molde de su cuerpo. Se ajustaba como una segunda piel, y estaba completamente cubierto de circuitos y sensores. El traductor tenía forma de collar, y se fijaba en torno al cuello del traje.

Susana estaba pendiente de su trabajo, no de Lenov, y la pregunta la había pillado desprevenida.

—¿De qué estás hablando?

—En la sala de ordenadores... me dijiste que habías pasado por algo semejante... ¿recuerdas?

—Mi padre era militar... Unos terroristas pusieron una bomba en nuestro coche, en Salónica. Mamá murió. Mi padre y yo resultamos heridos. De alguna forma le culpé de todo, y esto amargó nuestra relación hasta el final. —Susana rió con una risa desabrida y rota—. ¡Alienígenas...!, ¿sabes?, de todos nosotros yo era la única con experiencia en tratar con alienígenas. Lo hacía cada día que iba a la ciudad y me encontraba rodeada de otros seres humanos... ¿Puedes imaginar lo que pasa por la mente de un individuo mientras prepara una trampa mortal para una familia de su propia especie? Yo no. Si esos terroristas eran humanos, entonces yo debía pertenecer a otro grupo.

Lenov se sentó junto a ella y acercó una mano a su pelo, sin rozarlo, como si la chica estuviera hecha de un material tan frágil que temiera tocarla.

Susana se apartó; suavemente, pero con firmeza.

En el hangar, Kenji y Yuriko daban la última revisión a los sistemas de soporte vital del *Piccard*.

El *Piccard*, la sonda atmosférica tripulada, era en realidad un dirigible rígido. Su esqueleto estaba formado por un entramado de fibras de carbono, en donde se almacenaban una docena de celdillas de gas. La cola poseía grandes timones plegables, verticales y de profundidad.

Una góndola en forma de cuña encajaba en el armazón, sin presentar el menor saliente. La impulsión principal consistía en una gran hélice de dieciséis palas, situadas sobre un anillo giratorio en la cola; seis motores eléctricos direccionales, que accionaban sendas hélices, servirían para la orientación.

Una vez en la atmósfera de Júpiter, tendría un aspecto impresionante, como un gran pez plateado. Pero en aquel momento, las celdillas estaban completamente vacías y el armazón plegado como un metro de carpintero; las celdillas se llenarían de

hidrógeno caliente con la propia atmósfera del planeta. Un gran escudo ablativo la cubría y la frenaría en su entrada en la atmósfera.

De momento, se parecía más bien a una medusa sentada sobre un acordeón.

La cabina del piloto era una rara combinación de batiscafo y pecera. Tenía una forma esférica, dividida en dos compartimientos. En el superior se sentaría el piloto humano, metido en un tanque de agua antropomorfo. En la inferior, el piloto delfín disfrutaría de unos cuantos metros donde estirarse. El sistema de control era similar al de las naves tipo *Hoshikaze*. El delfín pilotaría, y Lenov daría las órdenes.

—Atención a todos, habla Yuriko. Vamos a iniciar la maniobra de aproximación a la atmósfera. Todos debéis ataros a los asientos de aceleración. El observador de la sonda se situará en su puesto. Tiempo para el desacoplamiento, noventa y cinco minutos.

—Eso es para mí —dijo nerviosamente Lenov. Se pasó la mano por la cabeza, alisándose los pelos rebeldes.

—Bien... te deseo mucha suerte. —Susana le tendió torpemente la mano, y Lenov la abrazó con la fuerza de un oso.

—La tendré, hermanita.

Lenov se puso un mono de lona encima de la piel de neopreno, y se zambulló en el artefacto que había bautizado como *la doncella de Nuremberg*, por su forma de figura humana sentada. Shikibu y Kenji le sellaron el cuello y le colocaron el casco. Acto seguido, cerraron aquella especie de traje y abrieron las válvulas de agua.

El líquido salpicó en grandes gotas en la ingravidez. Pronto, el agua llenaba la cámara y Lenov se encontró flotando en agua como un feto, separado de ella por el traje de goma. Dentro de aquel dispositivo, podría soportar las tremendas aceleraciones de la entrada en la atmósfera y la doble gravedad de Júpiter.

Al principio, Lucas pensaba en sí mismo y sus compañeros como en *ninjas* del Japón feudal, infiltrándose sigilosos en el alcázar de un poderoso *daimio* para abrir brecha, gateando en silencio sobre las vigas que cubrían el techo de la sala de banquetes.

Ahora empezaba a sentir cierto complejo de simio. Aquel universo tubular extrañamente coloreado parecía una fantástica selva alienígena, y ellos sus moradores. Durante el *día*, bajaban y bajaban. De *noche*, descansaban por turnos, apiñados en uno de aquellos rebordes, o aferrados por las cuatro garras.

—¿Tenéis idea de qué día es? ¿Y a qué altura estamos? —preguntó Lucas en uno de los descansos nocturnos. Ninguno de sus compañeros respondió de inmediato.

—No puedo asegurarlo con certeza —dudó Sandra—, no hay modo de medir la altura desde aquí dentro. Estimo que... bien, vamos algo atrasados en el plan.

—Yo tampoco estoy seguro —dijo Karl—. Pero también creo que llevamos

retraso.

No hablaron en un buen rato. Lucas movió débilmente brazos y piernas, como si estuviera en la cama. Se sentía como un paciente vendado de la cabeza a los pies y alimentado con tubos. No tenía hambre, su sangre estaba saturada de glucosa y otros nutrientes, pero su estómago seguía rugiendo cada hora y media aproximadamente, reclamando algo sólido. O aunque fuera un vaso de leche... De vez en cuando, un tentáculo inquisitivo hormigueaba en su boca y le suministraba un poco de agua tibia e insípida.

—Sssshhh... —chistó Sandra.

—¿Qué ocurre? —preguntó Karl.

—Calla.

Lucas se sintió repentinamente despierto y alerta.

—¿Qué ocurre, Sandra? —susurró por instinto. La voz de Sandra también era un susurro, aunque la oyó como si estuviera a su lado.

—No os mováis, creo que hay algo...

Lucas miró en todas direcciones a la vez, sin mover la cabeza, por supuesto. El robot parecía contagiado por su inquietud.

—¿Pero qué es? —La voz de Karl era áspera.

—Un... creo que es... sí, es un campo magnético.

—¿Campo magnético?

—Es uno de esos ideogramas. Ése que parece un pepino punteado.

¿Aquello? Lucas observó parpadear al icono mencionado. Apenas conocía algunos de los más elementales.

—¿Y qué significa?

—No lo sé.

Lucas, excitado, seguía buscando con la vista... lo que fuese. Los infrarrojos no tenían mucha definición. De repente le pareció ver algo.

—Allá arriba. ¿No veis una cosa que viene hacia aquí?

—¿Dónde?

—Allá. —Hizo un signo con una garra. Era un punto algo más caliente que el resto de la torre.

—Ahora lo veo —dijo Sandra.

—Y yo —confirmó Karl—. Se hace más grande. Parece como si...

—El campo magnético también está... —empezó a decir Sandra.

—¡APARTAOS! —gritó Lucas.

Y de repente lo tuvieron encima.

Lucas apenas pudo ver aquella especie de proyectil que pasó a su lado. Parecía un objeto largo, cilíndrico, tan grande como un transatlántico. Se movía en un silencio absoluto. Se mantenía encajonado en uno de aquellos grupos de seis vigas

longitudinales... cuya función era obvia ahora: una jaula de ascensor.

Apenas tuvo tiempo de pestañear y ya se había perdido de vista allá abajo. No pudo percibir detalles de su estructura.

—¿Habéis visto? —preguntó Sandra.

—Sí, aunque no estoy muy seguro.

—Iba a unas quince o veinte veces la velocidad del sonido. Suponiendo que hubiese aire, claro.

—Y si lo hubiera —añadió Lucas—, la onda de choque nos habría convertido en algo parecido a sellos de correos.

—Pero, el rozamiento... —empezó Karl. Lucas respondió.

—Levitación magnética.

El almirante Jean Pierre Al-Hassad sorbió su taza de té a la menta, al tiempo que ojeaba los informes médicos. Tenía la teoría de que la inacción militar causaba enfermedades psicosomáticas; de ahí que podía calibrarse el estado de ánimo de las tropas, por medio de sus estadísticas médicas.

A juzgar por su experiencia, no había demasiadas, teniendo en cuenta que más de la mitad de sus fuerzas eran civiles apresuradamente reclutados. Y creía saber por qué.

Miró por la portilla al *Dedo*. Incluso en la oscuridad de la noche era claramente visible, un apéndice negro como el carbón señalando ominosamente al cielo.

Era un recuerdo continuo para los hombres. Aquella mañana había inspeccionado algunos barcos. En todos ellos se fijó en lo mismo: los que pasaban por la cubierta lanzaban frecuentes miradas a la Isla.

El almirante Al-Hassad se quitó la corbata y la fina camisa tropical. Dudaba si hacerse una segunda taza de té cuando sonaron las alarmas.

Apenas tuvo tiempo de pensar: *no he ordenado un simulacro*, antes que sus bien engrasados reflejos le hicieran salir disparado hacia el puesto de mando.

Tuvieron ocasión de ver dos de aquellos *elevadores* mientras discutían las implicaciones.

—Si seguimos bajando, nos encontraremos con ellos —decía Lucas—. Si nos descubren, no tendremos oportunidad de instalar las bombas y...

—¡No podemos instalarlas ahora! —gritó Karl—. Estamos demasiado altos...

—¿Cómo lo sabes?

—¿Tienes tú una estimación mejor?

—No, pero tampoco tú tienes mucha idea.

—Por favor —les instó Sandra—, no peleéis.

—¡¡No estamos peleando!!

—CÁLLAOS DE UNA VEZ. —La voz de la muchacha atronó en sus oídos (¿o

era en sus cerebros?)—. CREO QUE ES MOMENTO DE PASAR AL PLAN B, AHORA QUE PODEMOS.

Los dos quedaron en silencio.

—Bueno, bueno, no hace falta que grites —dijo Karl al fin—. Creo que tienes razón.

—Estoy completamente de acuerdo —añadió Lucas—. OK, pasemos al plan B.

Desde un punto situado a casi cien kilómetros de altura, unos extraños bólidos saltaron al vacío y empezaron a caer. Los radares captaron sus ecos, irreconocibles para sus archivos de *huellas dactilares*.

Los hombres de la flota apenas pudieron distinguirlos a simple vista, cruzando sobre sus cabezas como meteoros inflamados de un rojo cereza, dejando a su paso una estela de chispas.

El almirante ordenó una serie de maniobras. Los buques debían mantenerse en movimiento, haciendo cambios de rumbo aleatorios... y todo ello sin chocar unos con otros. Los ordenadores de la nave insignia elaboraban la compleja danza de barcos y enviaban las oportunas órdenes a cada navio.

Aquella era una contramedida ideada por el almirante Al-Hassad. No sabía qué arma utilizarían *ellos* contra su flota, pero sabía qué habría hecho él en su lugar.

Militarmente, la posición elevada siempre ha sido ventajosa. Cuenta con la gravedad a su favor. Un proyectil ni siquiera necesitaría carga explosiva, porque caería del cielo a gran velocidad. Contra esta eventualidad, el mantenerse en continuo movimiento era la única respuesta sensata.

Pronto descubrió que estaba en lo cierto.

Sonó el toque de sirena que indicaba ataque de proyectiles. Los cañones automáticos giraban hacia arriba... o trataban de hacerlo, ya que estaban diseñados para actuar contra misiles crucero en vuelo bajo.

De improviso, a cincuenta millas de distancia, hubo una columna de agua que se levantó hacia el cielo, seguida de un estampido supersónico, y un entre rugido y silbido de vapor, a medida que el océano se esforzaba en convertir en calor la monstruosa energía del impacto.

Una ola gigantesca empezó a extenderse en forma de anillo.

Los tres robots descendían a toda prisa. No podían dejar de ver los vehículos alienígenas, que bajaban como silenciosas flechas cada pocos minutos. Lucas dejó de contarlos cuando su número sobrepasó los cincuenta.

—Me pregunto si no sería mejor tratar de subirnos a una de esas cosas —decía Karl. Lucas soltó un bufido.

—No digas chorradas.

—No es ninguna estupidez —refunfuñó Karl—. Yo sí que... ¡ay!

La pata del robot de Karl, que marchaba más adelantado, falló al intentar asirse. El robot braceó desesperadamente.

—¡KARL! —gritó Sandra.

—No... no os preocupéis... me he cogido... ahora sí. Ya he recuperado el equilibrio.

Lucas intentó distinguirlo en la tiniebla rojiza de los infrarrojos. Karl estaba avanzando colgado de los brazos. Finalmente hizo pie, cerca de la pared del tubo.

—¿Necesitas ayuda?

—No, no, estoy bien. Yo... —de repente su voz se tensó—, un momento, aquí hay algo.

—¿Qué?

—No lo veo bien... se mueve. Es...

La criatura saltó de su escondite, y giró en el aire intentando escabullirse por entre las viguetas del ascensor. Lucas tuvo una breve visión del monstruo: color oscuro, entre marrón y negro; múltiples patas de movimientos arácnidos; y el inevitable aspecto repugnante.

Súbitamente una larga llamarada surgió del robot de su amigo. Lucas comprendió que eran las ametralladoras de Karl; el sonido no podía llegarle en el vacío.

—¡¿QUÉ ES?! —voceó Sandra.

—HE MATADO UN ALIENÍGENA QUE ESTABA ESCONDIDO —voceó Karl igualmente—. CREO QUE NOS HAN DESCUBIERTO.

El *tsunami* engulló los barcos más próximos al punto de impacto, como si fueran barquitos de papel en un estanque. El almirante ordenó virar treinta grados a estribor, poniendo proa a dicho punto.

Los láseres antimisiles abrieron fuego hacia lo alto, y de varios de los barcos partieron rugiendo los misiles antibalísticos, en un desesperado intento de interceptar los proyectiles caídos del cielo.

El buque insignia vio la ola alzarse ante él. Afortunadamente, era mucho más ancha que alta cuando llegó.

Un valle de agua se abrió hacia proa, el buque cabeceó hacia abajo, luego hacia arriba mientras orzaba. Un fuerte pantocazo estuvo a punto de derribarlos.

El almirante ordenó una dispersión de la flota. Nada se podía hacer por los infelices engullidos en el punto de impacto.

Las defensas antimisiles derribaron varios proyectiles, aunque no todos. El almirante, desesperado, se preguntó cuánto tardarían en estallar las bombas en la torre. ¿Qué estarían haciendo aquellos tres?

Levantó el puño y maldijo en dirección al *Dedo*. El cielo se estaba cubriendo de nubes, conforme las toneladas de agua evaporada se iban condensando.

El impulsor de la *Hoshikaze* destelló y la nave empezó la lenta caída que la llevaría al borde mismo de la atmósfera. La nave soltó un pequeño satélite que permanecería en órbita y actuaría como relé de comunicaciones, mientras lanzaban la sonda atmosférica.

En el casco de la nave, se retrajeron de inmediato las antenas y cualquier artefacto sensible.

—¿Altura? —preguntó Yuriko. Los instrumentos indicaban un leve frenado por fricción.

—Novecientos kilómetros, comandante —comunicó Kenji.

—¿Todo bien, Vania?

—Bien, camarada.

—Ochocientos kilómetros... setecientos kilómetros....

La visión a través de la pantalla mostraba un inmenso campo de nubes color crema. Aquella era la parte más peligrosa para la nave, no diseñada para el vuelo atmosférico. Debían confiar en lo tenue de la atmósfera joviana... y en la solidez de la tecnología marciana.

Quinientos kilómetros... La *Hoshikaze* caía del cielo como una bala, a su fenomenal velocidad cósmica; si todo iba bien, rasaría únicamente las capas superiores, restando algo de su velocidad por fricción, en un arco colosal que les llevaría de nuevo al vacío... si todo iba bien.

Cuatrocientos kilómetros... El silbido del viento sobre el casco ya empezaba a ser estremecedor... Trescientos kilómetros...

—¿Temperatura del casco?

—Dentro del límite.

—Aún aguantaremos. Kenji, dime las condiciones atmosféricas.

—Presión, cero coma cero una atmósferas. Temperatura, ciento veinticinco grados bajo cero.

—Esto ya es demasiado denso —murmuró. Y en voz alta—: Lo soltaremos a doscientos kilómetros, Lenov, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¡Listos para lanzar!

—¡Doscientos kilómetros, comandante!

La mano de Yuriko pulsó un botón. Los roblones explosivos que unían la sonda a la *Hoshikaze* estallaron y la sonda empezó a descender libremente.

—¡Ignición! ¡Tik-Tik, salgamos de aquí!

El delfín encendió el motor de fusión y la nave empezó a elevarse hacia la órbita, libre de la garra de gravedad del planeta gigante.

—¿Estás bien, Semi?

Para Lenov, el desacoplamiento significó una sacudida que le hubiera roto algún hueso, de no estar flotando en agua.

—*Bien, Vania* —contestó el delfín. El *Piccard* caía como un meteorito a través de la atmósfera de Júpiter, en tanto que el escudo ablativo se reducía a migajas candentes capa por capa, frenando su velocidad como una bala atravesando melaza. La deceleración era de 10 *g*; en otras condiciones, hubiera sido suficiente para aturdirlo. A pesar de todo, notó como si algo le aplastase la frente.

Con la vista enturbiada, leyó los instrumentos. Habían descendido hasta 170 kilómetros. La presión había subido hasta 0,07 atmósferas y la temperatura bajado a 163 bajo cero... Notó que la temperatura bajaba en lugar de subir. Eso significaba que se hallaba aún cruzando la estratosfera de Júpiter, así que no había que temer turbulencias.

Lamentó no poder ver el cielo; eso no sería posible hasta desprenderse del escudo.

Pasó por la marca de los 160 kilómetros. La presión ya era de 0,1 atmósfera y la temperatura bajado hasta los 173 bajo cero.

150 kilómetros. La temperatura empezó a subir: 163 bajo cero.

140 kilómetros, 158 bajo cero...

130 kilómetros, 153 bajo cero...

—Prepárate para abrir el paracaídas, Semi.

—Ya era hora.

Lenov sacó la mano por una especie de manguito y apretó una palanca.

Al instante se abrió un pequeño paracaídas, que tiró de otro mayor, que a su vez tiró de otro y...

¡ZZUMMMMMMP! Lenov quedó aturrido del trompazo.

La velocidad de la cápsula, hasta entonces cercana a tres veces la velocidad del sonido en la Tierra, quedó reducida a un nivel subsónico en apenas mil metros. La deceleración alcanzó las cincuenta gravedades durante unos veinte segundos, suficientes como para notarlo incluso en el agua.

El casi irrompible paracaídas de kevlar había cumplido su misión. ¡Cincuenta gravedades! ¡De haber estado en seco, sería como tener un elefante sobre su pecho! Un coche viajando a cien por hora, equipado con aquel paracaídas, hubiera frenado en tan sólo un metro... dejando a su conductor convertido en picadillo, claro está.

El escudo ablativo se había desprendido, y Lenov observó afuera con emoción.

No había sino cielo y nubes.

La horda alienígena trepaba hacia ellos. Eran cosas que emitían un apagado resplandor granate en los infrarrojos; al principio, Lucas apenas pudo distinguir su forma, como algo agusanado, del tamaño aproximado a un ser humano. Luego, cuando estuvieron más cerca de lo que jamás hubiera deseado, comprobó que eran una versión adaptada de los que atacaron la *Hoshikaze*: cuerpo de gusano, cabeza apepinada con una docena de ojillos... las semejanzas acababan aquí.

Las criaturas del *Dedo* eran de un negro melánico, oscuras y brillantes como los élitros de un escarabajo. Tenían extremidades adecuadas a la alta gravedad, y órganos manipuladores en forma de pinza para cubitos de hielo. Su morfología presentaba múltiples variantes, del tamaño de un niño de diez años al de un caballo, bípedas, cuadrúpedas y hexápodos. Sus armas parecían formar parte de su cuerpo: láseres de baja intensidad, lanzadores de proyectiles (parecían dispararse mediante explosivos químicos) y afiladas cuchillas y púas en sus miembros.

Un grupo descendía hacia él por una de aquellas vigas. Lucas apuntó y apretó mentalmente el gatillo. Sus armas sonaron como la camisa de un gigante al rasgarse, la llamarada le cegó momentáneamente, los alienígenas fueron destrozados, y algunos de ellos huyeron a grandes saltos, ágiles como monos.

Sandra y Karl disparaban contra los de abajo. El cañón de partículas hizo saltar las vigas, en cegadoras explosiones blancas.

—TENEMOS QUE INSTALAR LAS BOMBAS —se oyó a Sandra.

A buena hora se le ocurre, pensó Lucas. Aún estaban demasiado altos; y estaba claro que no podrían hacerlo ante... testigos.

Lucas vigilaba nerviosamente hacia lo alto, en busca de más alienígenas. Vio la mancha descendente de uno de los *elevadores*.

—AHORA VERÁN ESOS CABRONES —profirió Karl.

—¿Qué vas a hacer?! —gritó Lucas.

Todo sucedió tan rápidamente que Lucas se maravilló de haber podido captar tantos detalles. Karl disparó el cañón de partículas contra la jaula hexagonal del ascensor, en un punto situado más abajo, cortando dos de las vigas longitudinales con precisión. El *elevador* pasó como un rayo... y descarriló.

El vehículo atravesó el entramado de vigas como una bala un cesto de paja, abriendo un amplio boquete, rozó contra la pared con una cascada de chispas blancoazules, rebotó, chocó con la pared opuesta... y se perdió de vista allá abajo, siempre golpeando, girando, rebotando, destrozándose y pulverizándose a cada choque.

—¡Eso les dará un buen dolor de cabeza! —dijo Karl, jubiloso.

Las ametralladoras de Lucas abrieron un ancho surco en las filas alienígenas. El cañón de partículas disparó sobre él, quemando y aniquilando a los restantes.

Parecía que no quedaban más... por el momento.

—¡No podremos contenerles si siguen viniendo! —exclamó— ¿Está despejado el camino hacia abajo?

—Sí... eso creo —dijo Karl—. Deberíamos plantar las bombas, y bajar tan pronto como podamos.

—Será una catástrofe —acordó Sandra—, pero no podemos hacer otra cosa. Vamos a separarnos ciento veinte grados cada uno: yo a la derecha, Lucas a la izquierda. Karl, tú las plantas aquí y luego vigilas con esa pieza de artillería. Si aparecen más de esos bichos...

—Me los cargo. Descuida.

Captaron la idea. Si venían más alienígenas, Karl los atraería.

—Colocad las bombas escondidas... debajo del voladizo, tal vez, donde sea, pero que resulten difíciles de encontrar.

A Lucas le disgustaba separarse de sus compañeros, aunque convino en que era el plan óptimo.

—Dejemos unas cuantas para que las encuentren —sugirió—. Tenemos de sobra.

—Buena idea. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Conforme.

Lucas se alejó en la selva surrealista, siempre saltando sobre las vigas. Trató de orientarse en aquel laberinto; no era fácil, muchas vigas estaban destrozadas por el impacto del *elevador*. Bueno, eso proporcionaría más escondites. Confiaba en que los alienígenas tuvieran demasiado que desescombrar.

Se sentía fatigado de tensión. La atmósfera del robot era húmeda, pegajosa y maloliente como unos calcetines sudados. Poco tiempo atrás se lamentaba del aburrimiento... el largo y tedioso descenso le parecía ahora tan remoto como las vacaciones veraniegas del año anterior.

Calculó que estaba en el punto indicado. Soltó una de las pesadas esferas de su cintura y, manejando la pinza con sumo cuidado, activó la espoleta y programó la explosión, según el ciclo horario convenido (las piezas tenían el tamaño adecuado; sin embargo, era tan difícil como enhebrar una aguja).

Adhirió la bomba bajo el saliente y comenzó a caminar de nuevo. Debía dispersar las bombas para dificultar su localización. Situó la siguiente entre un amasijo de vigas destrozadas.

Siguió caminando. Empezaba a extrañarle la ausencia de enemigos. ¿Sería posible que no los hubiesen descubierto? Indudablemente, la torre era grande, con mil lugares en que buscarlo, pero la zapatiesta que armó Karl debió alertarlos, por tontos que fueran.

O tal vez, sí eran tontos... aquellos bichos quizá no fuesen distintos a los que

nombraba el informe de la *Hoshikaze*. La facultad de autorreparación de la torre quizás incluyese brigadas de mantenimiento.

¿Dónde poner la siguiente? Aquí, pegada a una de las vías del *elevador*. No había visto descender ninguno, quizás habían suspendido el tráfico. Estaba buscando un lugar para instalar la cuarta cuando los alienígenas cayeron sobre él.

Muchos kilómetros más abajo, el mar se había convertido en un escenario de pesadilla. Los proyectiles caían desde el cielo levantando inmensos surtidores de agua y vapor; raras veces impactaban sobre un barco, pero eso no importaba. Las enormes olas se sucedían una tras otra, causando estragos en los puntos de caída. Nubes de vapor recién condensado cubrían el cielo, descargando lluvias calientes.

Cuando el primer monstruo cayó sobre él, Lucas pensó que era un fragmento de las vigas. Súbitamente reparó en las patas.

Gritó de terror. Una criatura se arrastraba sobre la cabeza de su robot, como un horrible insecto o araña. Trató de sacudirla con una pinza, y casi pegó contra la cabeza. Otras dos saltaron.

Lucas las aplastó contra la viga más cercana, golpeando su cabeza contra la misma, como un toro embistiendo. Las cosas surgieron de sus escondrijos, y sus ametralladoras rugieron barriéndolas. Otras más aparecieron bajo él. Furioso, las aplastó con las patas. Parecían estar por todas partes... disparó de nuevo, las aplastó con pinzas y patas...

—¡LUCAS!!

—NO VENGÁIS —gritó—. PONEOS A SALVO. LA MIS...

Una fuerte explosión lo hizo saltar. Su cabeza golpeó contra el acolchado viscoso que lo envolvía. Aturdido, trató de mirar en torno; algo parecía funcionar mal... no podía interpretar nada de lo que veía... intentó agarrarse. De repente descubrió que no tenía brazo derecho... ¿o era el del robot? Estaba cayendo.

Un tremendo golpe le sumió en la oscuridad.

Flotaban en un cielo azul oscuro sobre un manto de nubes color pergamino, que reflejaban la luz del distante sol.

Sobre el *Piccard* podían advertirse algunos cirros de amoníaco, nubes altas y leves como plumas. El sol formaba un halo al refractarse su luz a través de los minúsculos cristales de amoníaco sólido.

El paracaídas del que colgaban hacía ahora el papel de un ala delta, llevándolos en un suave planeo hacia las nubes de abajo. Era hora de hinchar el dirigible. Presionó otra palanca.

La complicada estructura se desplegó como un telescopio. Al instante, los calentadores empezaron a llenar las celdillas de gas con hidrógeno caliente.

Al reducirse la velocidad por la resistencia que presentaba el dirigible, el paracaídas colgó inerte. Lenov vigilaba el altímetro; no respiró tranquilo hasta que se mantuvo constante: ahora flotaban apaciblemente en el cielo de Júpiter.

Triunfal, anunció por la radio:

—Aquí *Piccard*. Hemos tomado tierra... bueno, hemos tomado aire.

El altavoz le llevó un alegre clamor.

—¡*Enhorabuena, Piccard/ Transmite señal de vídeo.*

—Enterado... ahí va. —Leyó los instrumentos—. Estamos a diez mil metros sobre el techo de las nubes... Nuestra altura es de 130 kilómetros... qué barbaridad, en la Tierra sería una órbita de satélite... la presión no es alta: 0,4 atmósferas; hace un frío que pela, de 153 bajo cero. Ahora conecto los sensores neurales de Semi. Es todo tuyo, preciosa.

—*Enterado, Vania* —respondió el delfín.

A partir de ahora, debía confiar en el innato sentido de las corrientes de Semi, amplificado por los instrumentos. El *Piccard* soltó un poco de gas y la hélice principal empezó a voltear. El delfín inclinó los timones horizontales, y el dirigible empezó un lento picado, descendiendo en dirección a las nubes blancoamarillentas de abajo.

Lenov notó que podía ver el movimiento de las sombras con el paso del tiempo. Sorprendente pero lógico: Júpiter tiene una rotación de unas nueve horas. Trescientos sesenta grados en nueve horas... hmmm... cosa de dos tercios de grado por minuto. O sea, el ancho de la luna llena cada medio minuto. ¡No es raro que se percibiese a simple vista!

A medida que descendían, las nubes eran más claramente visibles. Lenov sabía que eran nubes de cristallitos de amoníaco, muy similares a los cirros terrestres. Sobre sus cabezas se advertían pequeñas *colas de gato*, como decían los marinos.

A Lenov le preocupó; la atmósfera del colosal planeta no es demasiado sosegada. Como confirmando sus temores, el delfín dijo:

—*Siento turbulencias, Vania. Una corriente ascendente.*

En efecto, la sonda estaba siendo zarandeada, subiendo y bajando varios metros cada vez.

—¿Sí? Eso es que descendemos en el centro de la zona. Dirígete un poco al norte.

—*Bien.*

El *Piccard* tomó un nuevo rumbo. Los vientos ascendían en tromba por el centro de la zona, dividiéndose en dos, al norte y al sur, en dirección a los bordes.

Al igual que en la Tierra, el aire caliente ascendía y los vapores disueltos se condensaban; tan sólo que aquí los vapores eran de agua y amoníaco, en lugar de agua sola. Las corrientes de aire ascendente caliente y *húmedo* eran las responsables de la capa de nubes; un efecto comparable a los alisios en la Tierra.

La fuerza de Coriolis, mucho más intensa en Júpiter, desviaba este movimiento al oeste y al este. Allí, en el borde ecuatorial de cada zona, los vientos soplaban hacia el oeste; en el borde opuesto hacia el este. Por ello, el *Piccard* fue arrastrado a gran velocidad.

—*Piccard, estáis derivando al noreste.*

—Sí, Yuriko, lo sabemos. El centro de la zona es muy movido.

—*Bien, tened cuidado.*

Cuando el *Piccard* alcanzó la capa de nubes, se sumergió en ella. Lenov contempló con suspicacia el marfileño puré que los rodeaba, que tendía a hacerse más y más oscuro.

—Confío que sepas lo que haces.

—*Descuida.*

Lenov tocó un botón y quedó al descubierto un panel. Allí se quedarían pegadas cualquier clase de partículas atmosféricas, como moscas sobre papel adhesivo. Un tubo inhaló una mezcla de gases y cristales de amoníaco.

—Muestras recogidas. Sigue el rumbo, abajo y al norte.

—*Bien. Creo que no tardaremos en salir de las nubes.*

—Estupendo.

La luz ambiente empezó a aumentar; la calima se volvió de un blanco luminoso, y se hallaron fuera de la zona, en la frontera con el cinturón adyacente...

Era una visión impresionante.

El *Piccard* se hallaba en un desfiladero de nubes. A la izquierda, los celajes de amoníaco blancoamarillentos de los que habían salido. A la derecha, separada por una inmensa brecha de aire claro, un imponente murallón de cúmulos color castaño.

Las nubes se retorcían, se arremolinaban y se alejaban a ambos lados, ya que el *Piccard* flotaba justo donde los vientos son más fuertes, de cuatrocientos kilómetros hora... Naturalmente, no podían advertirlo; su aparato era arrastrado por el propio viento.

—*Atención, Piccard. Atención, Piccard.*

—¿Qué sucede, Yuriko?

—*Mejor será que os apartéis del camino que lleváis. Ante vosotros se está formando un huracán del tamaño de Rusia.*

—¡Mierda!

Desde la órbita, la tripulación de la *Hoshikaze* pudo ver cómo nacía. La línea fronteriza entre el blanco y el pardo presentaba enormes ondulaciones. Un pseudópodo blanco se introducía en la banda marrón; como una ola al romper en la playa, se curvaba más y más, hasta que se separó en un vórtice blanco que giraba con

lentitud.

Susana lo reconoció; era un mecanismo idéntico al que genera los huracanes en la Tierra, justo en el Ecuador. Ella los conocía bien. Y los temía como a pocas cosas en el mundo.

Júpiter tiene un eje con una inclinación de no mucho más de un grado. No posee estaciones como la Tierra. Por otro lado, la principal fuente de calor es interna, ya que Júpiter emite más calor del que recibe del Sol. Por ello, entre los polos y el ecuador no hay apenas variaciones de temperatura, como las que en la Tierra provocan las borrascas de frente. Las bandas ecuatoriales del planeta eran rasgos estables, como los alisios en la Tierra o la zona de calma intertropical.

En pocas horas se hubo formado la gigantesca perturbación ciclónica. Tenía el aspecto de un pequeño remolino blanco, aunque era efecto del tamaño. Como todo en Júpiter, su escala era gigantesca, abarcando varios millares de kilómetros de radio. Allí, los vientos debían aullar a una pavorosa velocidad, que en la Tierra únicamente se alcanzaría en algunas corrientes en chorro de la estratosfera.

Y el minúsculo *Piccard* se dirigía hacia ella...

Ideogramas verdes luminosos parpadeaban quién eres en torno a él como una quién eres orgía de luciérnagas abrió los ojos no podía recordar se sentía muy quién eres confuso desconcertado incierto empezó a recordar la misión quién eres aquel descenso inacabable la torre espacial las bom... realizó el equivalente mental de morderse la lengua no debo ni siquiera pensar en las ni siquiera pensar quién eres NI SIQUIERA PENSAR quién eres pero qué pesado que quién soy nombre apellido edad lugar de nacimiento graduación número de serie quién eres

Poco a poco su cerebro empezó a aclararse.

Estaba en una cámara, iluminada por una luz pálida y difusa, como lunar. No podía apreciar el tamaño ni las distancias, aunque...

La cabeza del robot estaba salpicada de piltrafas y un repugnante líquido lechoso. Consternado, se dio cuenta de que faltaban las patas y el brazo izquierdo. Tampoco tenía las ametralladoras, ni tampoco las NI SIQUIERA PENSAR.

—¿Quién eres? —dijo alguien, sobresaltándolo.

—Yo... —La voz de Lucas era un graznido bronco.

—Tú. ¿Quién eres?

—¿Y tú?

—Mentenúcleo. ¿Quién eres?

—¿Qué has dicho? Mente... ¿qué?

—Mentenúcleo. ¿Quién eres?

La voz le llegaba de su cabeza. No había ninguna criatura viviente, ni ningún otro objeto, en aquella habitación blanca.

—Yo... Lucas. Me llamo Lucas Gimeno.

—¿Quién eres?

—¡Ya te lo he dicho!

—Me has dicho cómo te llamas. ¿Quién eres?

—Soy... oh. Pues... un hombre, supongo.

—¿Supones que eres un hombre?

—No. Yo... soy un hombre. Un ser humano. Un *Homo sapiens*. Un descendiente de Adán y Eva.

—¿Es Adanyeva tu mentenúcleo?

—¿Cómo?

—¿Es Adanyeva tu mentenúcleo?

—No comprendo. ¿Te importaría formular tu pregunta de otro modo? —Mientras pudiera mantener el interrogatorio en ese nivel...

Hubo una pausa, como si el interrogador estuviera meditando.

—¿Cuánto tú está aquí y ahora?

—Que cuánto... ¿qué de qué?

—¿Cuánto tú está aquí y ahora?

—No entiendo ni una palabra.

—¿Cuánto tú...

—Espera, espera, espera. Empieza diciéndome quién eres tú.

—Mentenúcleo.

—Ya me lo has dicho antes.

—Lo sé. ¿Quién eres?

—Yo... demontre, ya te lo he dicho. Un ser humano.

—¿Es Adanyeva tu mentenúcleo?

—Que si Adán y Eva... espera un momento.

Empezaba a entender. Aunque no sabía qué.

—Lo de Adán y Eva... bueno, es una leyenda. O una alegoría. Charles Darwin...

—¿Es Charlesdarwin tu mentenúcleo?

—No. ¿Qué es una mentenúcleo?

Su interrogador pareció impacientarse por primera vez.

—¿Me tomas por un noconsciente?

—¡No, no, no! No era mi intención ofenderte. Es sólo que... ¿dónde estás?

—Aquí.

—Con eso no me dices nada.

Silencio. Lucas intentó otra pregunta:

—¿Puedes venir a mi presencia?

—¿Porqué?

—Porque... sólo por... no, olvida eso. ¿En qué punto exacto de la torre estás?

—Tu pregunta carece de sentido. No estoy en un lugar dado en un momento dado.

—¿Eres un fantasma?

—No. Soy mentenúcleo.

Lucas permaneció un momento en silencio, desconcertado. Le parecía estar interpretando una obra de teatro del absurdo, en la que él no se supiera sus líneas de diálogo.

—Has dicho que eres «Mentenúcleo». ¿A qué te refieres, eres *una* mentenúcleo o *la* mentenúcleo?

—Tu pregunta carece de sentido. No hay distinción entre la singularidad en la multiplicidad y la pluralidad en la unidad, a excepción de las limitantes causales que implica el espacio-tiempo.

Más y más curioso, se dijo, como Alicia en el País de las Maravillas. Una vaga idea empezó a cosquillearle el fondo del cerebro.

—¿Tiene un perro la naturaleza de Buda? —preguntó, recordando el viejo *koan* del Zen.

Ahora era el turno de su interrogador de sentirse desconcertado. Hubo un silencio.

—¿Qué es «Buda»?

—Un sabio maestro que vivió hace mucho. Verás, era un príncipe que, al ver a...

—¿Qué es «perro»?

—Un animal. Una forma de vida de la Tierra. Ladra a los gatos, muerde a los carteros, le gustan los huesos...

—¿Y tiene la naturaleza de Buda?

—Ahí está la gracia de la pregunta. Tanto si dices sí como si dices no, cometes un error, y sigues envuelto en el velo de Maya, la ilusión de los sentidos.

Ahora trágate eso, pensó.

—¿Es Buda tu mentenúcleo?

—¿Otra vez? Ya te lo he dicho. Ni sí ni no, y al mismo tiempo sí y no.

Su interrogador permaneció un buen rato callado. —¿Quién eres?

Lucas resopló.

—Así no llegamos a ninguna parte. ¿Cuál es tu intención al hacerme esa pregunta?

—Tú sólo eres un individuoisla. Quiero hablar con tu mentenúcleo.

—Bueno —¿un individuoisla?—, pues no puedes. Yo soy yo, y punto. Silencio.

—Estás mintiendo —dijo la voz—. Tú sólo eres un individuoisla. Quiero hablar con tu mentenúcleo. —No es posible.— ¿Porqué? —Porque no tengo.— ¿No eres consciente? —Claro que lo soy.

—Entonces estás mintiendo. Basta de diversión. —¿Te parece esto divertido?

Silencio. Esta vez se prolongó largo tiempo. Su interrogador parecía haberse desinteresado de él.

Sandra y Karl llevaban una eternidad descendiendo con movimientos de zombi, casi tan maquinales como conducir o ir en bicicleta. Los robots requerían muy poca atención. Sin embargo, no dejaban de mirar y remirar en todas direcciones.

—Pobre Lucas —se lamentaba Sandra.

Se habían refugiado a dormir, haciendo un difícil equilibrio entre dos vigas en X. Karl, alterado, demasiado inquieto para descansar, estuvo a punto de gritarle.

En lugar de eso, dijo suavemente:

—No te angusties por él, Sandra, no podemos hacer nada...

—... porque La Misión Está Por Encima De Todo —completó ella, masticando la frase—. ¡Pues será todo lo militar que quieras, pero es *asqueroso!*

—Exacto. Pero no es culpa nuestra que nos veamos así. Lo único que podemos hacer, lo único, es que su muerte no sea del todo inútil.

Karl tampoco podía dejar de pensar en Lucas, a pesar de que era absurdo sentirse culpable por aquello. Pero la razón es así de irracional.

—Karl...

—¿Hmmm?

—¿Desde cuándo os conocíais?

—Desde... desde niños. Allí en Marte... bien, no hay espacios abiertos para jugar. Todo está bajo cúpula o es subterráneo. Y hasta los quince años no puedes salir a la superficie. Estábamos juntos a todas horas.

—¿No hay trajes de vacío infantiles?

—¿A la velocidad a que crece un niño? Sus padres se arruinarían comprando nuevas tallas cada seis meses.

—Ah.

—Para nosotros, tener edad para llevar el traje es... no sé, como sacar el carnet de conducir en la Tierra. Después de eso ya puedes empezar a...

Su gentileza congénita le sujetó la lengua en el último milisegundo.

—... a ser adulto.

—Hace tiempo que no veo a mis amigos de la infancia —dijo Sandra, nostálgica—. Es bonito criarse juntos.

Karl tuvo que esforzarse en hacer memoria. Aquello parecía tan, tan lejano...

—¿Seguimos? —dijo, al cabo de un rato, con más aspereza de la necesaria.

Lenov recibió imágenes de la tormenta: aunque no parecía gran cosa desde el espacio, aquel monstruo hubiera barrido media Eurasia, allá en la Tierra. La tempestad crecía, alzándose sobre las nubes amarillentas y tomando un color bermejo; absorbía materia orgánica de las capas inferiores y la desparramaba sobre los cirros de amoníaco. Estaba claro que aquel movimiento era un proceso normal en Júpiter.

¿Sería lo bastante *normal*, como para que la insignificante navecilla terrestre sobreviviera a una de las peores cosas que Júpiter podía ofrecer? Lenov recordó que la Gran Mancha Roja había existido durante al menos cuatro siglos.

Júpiter les deparó otra sorpresa.

Lenov había aprovechado para dormir las horas que faltaban para el encuentro. Su sueño duró casi un día joviano entero, del que le despertó un extraño golpeteo regular.

Se despejó de repente, alarmado. ¿Qué podía ser?

Las portillas estaban muy oscuras, apenas entraba una luz plomiza. Con mano temblorosa, encendió los focos exteriores.

Al instante se echó a reír.

—*Hoshikaze*, aquí hay algo para/vosotros —llamó—. Está lloviendo.

Gruesos goterones brillaban fugazmente como plata en el haz del proyector, en medio de una niebla espesa. El enorme globo impedía que se mojase la góndola, pero las tensas celdillas de gas tamborileaban bajo las gotas. El calor del mismo evaporaba la lluvia, formando aquella espesa neblina. Por precaución, subió la potencia del calentador de aire.

Tomó una muestra del líquido. Era amoníaco con algo de agua disuelta, ácido sulfhídrico y una *sopa* diluida de moléculas orgánicas.

Esta vez, Sandra y Karl no procedían tan alegremente como al principio. Vigilaban la aproximación de más alienígenas, y se ocultaban cuando veían moverse algo.

Vieron pasar varias agrupaciones de monstruos. No fueron vistos; la inmensidad de la torre proporcionaba cientos de escondrijos.

El camuflaje de los robots de combate funcionaba bien, al parecer.

En un momento dado, se vieron sorprendidos por algo insólito.

—Hay algo que sube —exclamó Sandra.

—¿Dónde?

—Allí.

La garra señalaba un punto hacia abajo. Karl miró en aquella dirección y enfocó la visión.

Era un objeto enorme, de las dimensiones de un *elevador*. Pero se movía mucho más despacio.

—¿Qué puede ser?

—No lo sé.

En torno al cuerpo se movían las pequeñas manchas luminosas de los alienígenas.

—¿Nos escondemos?

—Tardarán en llegar —dijo Sandra, pensativa—. ¿Cuántas bombas te quedan? — Dos.— A mí tres. Creo que deberíamos colocarlas todas.

—¿Estamos lo bastante bajo? —No.

—Quizá sea mejor escondernos y esperar.

—¿Y si nos descubren?

Karl no dijo nada. Pero estaba lo bastante aterrado como para hacer estallar sus bombas manualmente. Sandra debió adivinar su pensamiento.

—Vamos a montarlas —dijo la chica—. Programa el detonador para dentro de veinte minutos...

—¿Veinte minutos? —exclamó Karl—. Eso es demasiado ajustado para mi gusto.

—No discutas, y colócalo en veinte minutos.

—No tendremos tiempo de salir.

—Tendremos tiempo de sobra. No podemos arriesgarnos a que eso que viene hacia aquí, sea lo que sea, las descubra.

—¡Estás loca!

A regañadientes, Karl programó las cargas. Luego, fijó su atención en la *cosa*. Ya estaba lo bastante cerca como para captar algunos detalles.

Era un cuerpo enorme, de forma casi elíptica, como un gran submarino. Karl pudo apreciar con claridad que estaba dividido en anillos, a semejanza de una gorda

lombriz.

De su superficie salían varias filas de patas que la recorrían a lo largo.

Estas patas, muy pequeñas frente a la longitud total del monstruo, eran sin embargo muy grandes en tamaño absoluto. Se aferraban con firmeza a las vigas, e iban empujando a la *cosa* lenta e imperturbablemente hacia arriba.

—Se oye un ruido raro —dijo Sandra.

—Yo no oigo nada.

—Aprieta la cabeza a una viga.

Así lo hizo Karl. Oyó sonidos como de crepitaciones, desgarramientos, rechinos... Sorprendente. ¿Qué significarían?

Aguardaron llenos de recelo.

—Es inútil —decía Yuriko—, es demasiado grande. No puede esquivarla, la tormenta le engullirá en unas horas.

—Tenemos que sacarlo de ahí —exclamó Kenji.

—No hay forma de...

—No podemos hacer nada —dijo Susana—. Debemos confiar en que Semi logrará salir adelante.

—¿Cruzarnos de brazos durante horas, mientras nuestro amigo lucha por su vida? Eso es algo que podría volverme loco.

—Puedes hacer algo más, Kenji —dijo el padre Álvaro.

Susana se volvió hacia él. No sabía desde cuando estaba en el puente, no le había oído entrar.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Kenji.

—Puedes rezar.

Susana sacudió la cabeza con una mueca cínica pintada en sus labios.

—¡Magnífica idea! —rió Susana, con amargura—. Pongámonos todos a rezar... ¿Realmente cree que eso serviría de algo?

—Desde luego, no haría ningún mal...

—Basta, padre —Susana se llevó las manos a las sienes—, basta. Tengo un terrible dolor de cabeza, y creo que mi presencia ya no es de ninguna utilidad aquí. Si me disculpa...

Susana abandonó el puente. El franciscano dudó un instante y salió tras ella.

La alcanzó en el corredor que conducía al tanque. —Susana, Susana... Espere un minuto, por favor... La etóloga miró al padre Álvaro, y se apoyó contra el mamparo con un gesto de infinito agotamiento.

—No puedo creerlo... Es usted persistente, padre. Álvaro llegó a su altura.

—Discúlpeme, no quiero molestarla... únicamente quisiera preguntarle algo... — ¿De qué se trata?

—Usted cree que *nosotros*, la Humanidad entera, fue... creada por esas criaturas

de la nube de Oort, al igual que los monstruos que nos atacaron, al igual que los antiguos marcianos...

—Lo único que puedo afirmar, como científico, es que existe una relación biológica entre todos. El grupo más antiguo llegó a Júpiter, desde la Nube de Oort, centenares de millones de años antes de la existencia de ningún hombre sobre la Tierra. Saque usted sus propias conclusiones.

—Dice que estamos relacionados. Por supuesto que sí, tenemos un mismo Creador. Susana suspiró.

—Usted lo quiere ver así, de acuerdo, no me opongo. Pero deje de perseguirme por los pasillos, ¿de acuerdo?

El religioso se tapó la cara con las manos. Su dignidad parecía estar agrietándose rápidamente.

—Usted no lo entiende —susurró—, estoy... asustado.

Asustado.

Susana miró a un lado y otro del pasillo, ella sólo deseaba encerrarse en su camarote. Alejarse de allí.

—Vamos, vamos, tranquilícese. ¿Qué es lo que teme? Está razonablemente a salvo aquí. Es Lenov el que se la está jugando ahora mismo.

—No temo nada externo, Susana. Los enemigos de la carne pueden ser combatidos sin dificultad... Pero los enemigos del alma surgen de nuestro interior, como gusanos devorando un cadáver. El cadáver de nuestra fe.

Susana decidió cortar aquello.

—No entiendo a qué se refiere, y...

—Nos enseñan a ser adultos, a fingir que estamos por encima de las cosas, a que nada nos afecte... —El hombretón tenía los ojos brillantes por las lágrimas—. ¿Sabe?, hace años disfrutaba de la compañía de los niños; revivía en ellos, una y otra vez, la inmensa sensación de sorpresa que me proporciona la Obra de Dios. Los ojos de los niños son puros, carecen de prejuicios, no se plantean preguntas demasiado complejas, solamente mirara y se asombran ante lo que el Universo puede ofrecerles.

»Ahora nosotros somos como niños, estamos superados por la inmensa realidad que vamos descubriendo... Quizás el Universo no sea como habíamos imaginado...

—¿Y qué? Nos ajustaremos a ello. ¿O piensa qué, con todo lo que la gente debe de estar pasando en la Tierra, alguien va a tener tiempo de plantearse esos problemas?

—Creo que sí; precisamente, es ahora cuando la gente común (no los sacerdotes o los científicos: la gente común), más que nunca, va a necesitar de Dios; del camino que nos trazó Jesús, y que siguieron nuestros padres.

—Me parece perfecto. Pero yo no soy creyente, ése no es asunto mío.

El sacerdote la sujetó del brazo cuando Susana iba a marcharse.

—¿Qué hace? ¡Suélteme!

—Es asunto suyo, Susana. Creyente o no, ¿se da cuenta de la responsabilidad que tiene usted ahora en sus manos?

—Me está haciendo daño, suélteme.

—¿Le negará a las futuras generaciones el calor de Dios?

Con un tirón brusco, Susana se soltó. Se miró el brazo, los dedos del religioso habían quedado marcados en rojo.

—Usted tiene algún cable cruzado, Álvaro. Informaré de esto.

Se dio la vuelta, y caminó hacia su camarote. Álvaro le gritó: —¡Quizás esta nave no debería regresar jamás!

Las horas que siguieron fueron las más largas de la vida de Lucas.

No hacía otra cosa que yacer sobre su pringosa envoltura, encerrado en la cabeza de un robot, preguntándose qué sabrían *ellos* (o al menos aquel cretino de «Mentenúcleo»).

¡Ni siquiera le había preguntado sobre *las bombas!* Ya había perdido su paranoico temor de no pensar en ellas. Estaba claro que «Mentenúcleo» no podía leer sus pensamientos. Solamente podía comunicarse con él a través de los sentidos de su traje.

¿Y quién diablos sería? ¿El jefe de segundad, el del Servicio de Inteligencia, un embajador? ¿O el propio general en jefe? Por sus palabras, entre los alienígenas parecía no haber distinción de individuos. «Mentenúcleo» le había tratado como un ser humano trataría a un teléfono que funcionaba mal.

Quizás allí estaba la clave, y todas las ideas apuntadas acerca del objetivo del *Dedo* estaban equivocadas. Recordó los vídeos de la exploración del núcleo del Arat que había enviado la *Hoshikaze*...

Algo se iluminó en la mente de Lucas. Comprendió qué era realmente aquella torre.

No se trataba de un simple vehículo para que los alienígenas accedieran a la Tierra.

Era el alienígena en sí.

Toda ella era un único y gigantesco ser vivo dotado de conciencia, como la criatura que ocupaba el núcleo del Arat. Una conciencia que no residía en un solo lugar, «Mentenúcleo» parecía confuso cuando Lucas le preguntó dónde estaba. La torre podría ser como un gigantesco coral, una colonia de criaturas, con un sistema nervioso descentralizado, o quizás una red de cerebros interconectados. Quizá se alimentaría de la energía generada por la diferencia térmica entre cada uno de sus extremos, o de la radiación solar sobre su inmensa superficie, o extraería energía directamente del manto terrestre...

¡Un ser tan enorme podría devorar un planeta entero!

Sí, tenía sentido. De alguna forma lo tenía...

Repentinamente sintió el impulso de escapar. No por su vida. *Debo llevar esa información a la Tierra.*

¿Cómo? Movi6 el brazo derecho del robot. Quizá podr3a arrastrarse. Pero no podía olvidar que estaba encerrado en aquella gigantesca torre. No sab3a siquiera a qu3 altura, excepto que no podr3a ser mucha. Sent3a la gravedad.

¿Y qu3 hab3a de las bombas? ¿Hab3an tenido suerte sus compa1eros? ¿Hab3an encontrado los alien3genas las bombas ocultas? Cavil6 fren3ticamente. «Menten3cleo» no le pregunt6 sobre ellas. Eso significaba que, o bien las hab3an encontrado, o bien no. Espera, espera. Si las hubiese encontrado... o si hubiese encontrado algunas, entonces le habr3a preguntado sobre ellas. Despu3s de todo, Lucas llevaba varias consigo. Por tanto...

Pero no. Quiz3s eso era lo que se buscaba de la hipot3tica «menten3cleo» de Lucas. Y en ese caso, 3l no ten3a modo alguno de averiguar lo que sab3an los alien3genas. Si «Menten3cleo» volv3a a interrogarle, Lucas no iba a decirle: «Oye, no te esfuerces, he sido yo quien ha puesto las bombas... a prop6sito, y 3nicamente por curiosidad, ¿las hab3is encontrado todas?»

Lucas suspir6. Hab3a malgastado sus c3lulas grises y segu3a como al principio. Bien, si la teor3a del «tel3fono estropeado» era cierta, «Menten3cleo» no se dignar3a volver a hablar con 3l.

Lo que le dejaba tiempo para urdir un plan de escape. Comenz6 a arrastrarse lenta y penosamente con el brazo derecho.

Al menos, era una idea m3s 3til que permanecer acostado rumiando su infortunio.

Las paredes eran de una sustancia blanca, el3stica y fibrosa. Parec3a seda de ar3a. El cub3culo en que estaba podr3a contener cuatro o cinco cabezas de robot como la suya. La luz parec3a surgir de todas partes, como si la difundieran las mismas paredes.

No hab3a nada m3s. Tante6 con la pinza. Crey6 que podr3a rasgarla. Entonces podr3a escapar de la celda, y, arrastr3ndose sobre un brazo y cuidando que no le viesen, averiguar d6nde estaba, buscar una manera de salir de la torre... todo ello, teniendo en cuenta que un par de docenas de bombas de hidr6geno pod3an estallarle bajo las narices en cualquier momento. Pod3a tener 3xito, si los alien3genas fuesen unos est3pidos integrales.

Mientras Lucas hac3a de Montecristo, Sandra y Karl pudieron ver mejor qu3 era la cosa. Y quedaron totalmente sorprendidos.

¡Aquella especie de oruga gigante se estaba *comiendo* las vigas rotas!

Su extremo anterior estaba rodeado de media docena de bocas en forma de ranura, que mascaban, trituraban y tragaban todo lo que se le pon3a por delante. Un ej3rcito de monstruos, totalmente similares a los que les hab3an atacado, excepto que ten3an patas a3n m3s robustas, arrancaban vigas rotas y todo fragmento que pudieran

encontrar, y con ellos atiborraban las glotonas fauces.

—Servicio de limpieza —adivinó Sandra—. Me pregunto cuándo vendrá el de mantenimiento.

No tuvieron que aguardar mucho.

De la parte trasera de la *cosa* salían una especie de espaguetis blanquecinos, como monstruosas deyecciones. Pero no era aquello.

Conforme aquellas extrañas excreciones iban saliendo del cuerpo de la *cosa*, las obreras, si se podía decir así, las iban colocando reemplazando a las vigas. Al parecer, aquella sustancia se endurecía con rapidez. Tras ellas, el andamiaje de la torre quedaba reparado.

—¡Como una araña! —exclamó Sandra.

—¿Cómo?

—¡Segrega vigas como una araña su seda! Esa masa es una macromolécula de polimerización ultrarrápida. ¿Comprendes?

—No del todo. Las arañas producen la seda con la que hacéis camisas y corbatas, ¿verdad? —Karl no estaba muy ducho en Biología terrestre.

—No, esos son los gusanos de seda.

—Gusanos, arañas, ¿qué diferencia hay?

—Pues... luego te lo explico.

Los dos presenciaron cómo la *cosa* reciclaba las vigas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Karl con acento sombrío.

—¿Hacer?

—Esa cosa está entre nosotros y la pared de salida.

—Ya me he dado cuenta. No tenemos muchas opciones, ¿verdad? ¿Cuanto tiempo nos queda?

—Casi quince minutos. Pero podemos detenerlo en cualquier momento.

—Ni hablar. —Sandra extrajo, de un compartimiento situado en la cadera del robot, una esfera del tamaño de una naranja, y la hizo girar entre sus garras.

—¿Qué es eso?

—Un pequeño juguetito...

—¿Qué...?

—Una diminuta bomba de fisión. Medio megatón. Limpia y compacta, muy eficaz en situaciones difíciles.

—Chica, no hablarás en serio... ¡Estamos a menos de cien metros de esa cosa!

El robot de Sandra se preparó para lanzar.

—Ponte a cubierto.

Karl se arrojó a un lado, al tiempo que la chica lanzaba la bomba.

La explosión fue casi simultánea. Destrozó a la gigantesca criatura, y lo que quedaba del entramado de vigas.

Sandra y Karl, cayeron girando, rodeados de escombros y restos orgánicos irreconocibles. Ambos lograron asirse a un saliente.

—¡Mira! —señaló Sandra.

La explosión había abierto un gran boquete en la pared de la torre. Los rayos de luz entraban cegadores, reflejándose en el abundante polvo interior.

—Imagino que ya habías previsto ese efecto —comentó Karl con sorna.

—Debo admitir que no —respondió ella con tranquilidad—, pero nos viene de perlas. ¿Cuánto tiempo nos queda?

—Menos de diez minutos.

—Suficiente.

—¿Cómo vamos a llegar hasta ahí? Esto está a punto de desmoronarse.

—Abandonaremos los trajes.

—El exterior está radiactivo, como consecuencia de tu *juguetito*.

Sandra abrió la cabeza de su robot.

—Sólo estaremos expuestos unos minutos. Karl, necesitaré tu ayuda para salir, creo que me he lastimado una rodilla en la caída.

La cabeza del robot de Karl se abrió también. El hombre se ajustó la sutil máscara de oxígeno, y saltó sobre el robot de la chica. Con dificultad, logró sacarla de la ajustada vaina, y le ayudó a colocarse la máscara y la pequeña mochila del paracaídas.

—¿Qué tal la rodilla?

—Vamos —le apremió ella—, apenas queda tiempo, y sin el traje ya no podremos detener la cuenta atrás.

Treparon por las vigas retorcidas y carbonizadas, hasta el enorme desgarrón que la explosión había abierto en la pared de la torre.

La criatura era enorme, ahora que la veían sin la protección de sus trajes-robot. Era uno de los guerreros que acompañaban a la masa gigante. Había debido sobrevivir a la explosión y se interponía entre ellos y la salida.

—¡Jesús...! —exclamó Karl.

No tuvo tiempo para reaccionar. Silenciosamente, la criatura saltó sobre Sandra, arrastrándola hacia el abismo que se abría tras ella.

La muchacha se estrelló contra una maraña de cascotes, varios niveles más abajo. Imperturbable, el monstruo se alzó frente a ella.

Sandra miró de reojo su cronómetro, y se sintió fatalistamente aliviada.

—Menos de dos minutos para la explosión. Se nos ha acabado el tiempo, amiguito. Espero que Karl haya tenido la suficiente cordura como para saltar ya...

La criatura avanzó un paso hacia ella, y un lado de su cabeza voló esparciendo un repugnante líquido amarillento.

Tras el negro cuerpo que se derrumbaba, encaramado en los cascotes, con su

pistola aún humeante, Karl sonreía maliciosamente.

—Tú... ¡estás loco! Un momento... —Sandra consultó nuevamente su cronómetro.

—¡No es posible, el tiempo ya ha pasado! ¡Las bombas no estallaron!

—Ya te advertí que veinte minutos era muy poco tiempo. No te hice caso.

—¿Qué...?

—¿Qué te parece si aplazamos esa discusión para más tarde? Tenemos menos de ocho minutos para salir de aquí.

Los dos amigos treparon rápidamente por los escombros hacia la luz. Se encaramaron al borde del enorme desgarrón, y saltaron al vacío.

El *Piccard* avanzó a través del desfiladero de nubes.

A ambos lados se alzaban las ciclópeas murallas de cúmulos, tan altas como el monte Everest de la Tierra, castaño a un lado, blanco al otro. Y frente a ellos, la Tormenta.

Su abrumador tamaño empequeñecía la inmensa escala de Júpiter. Se alzaba hasta el cielo como un enorme hongo negro-escarlata, superando en altura los mantos de nubes de zona y cinturón. A su alrededor, las nubes eran hechas jirones y engullidas. Lenov sintió un escalofrío. ¡Era... monumental... enorme... inmensurable! Bueno, le faltaban las palabras.

—Echad una ojeada a esto —murmuró, enfocando una cámara hacia la Tormenta. Oyó las exclamaciones de asombro de sus colegas, allá en la nave.

El *Piccard* corría hacia ella, a cuatrocientos veinte kilómetros por hora.

Semi decidió descender. Soltó más gas, inclinó los alerones y forzó la impulsión. Lenov no podía hacer más cosa que confiar en sus instintos, desarrollados por su milenaria adaptación al mar.

El barómetro bajaba...

—¿Estás segura de lo que haces?

—*Por completo* —contestó Semi. Lenov rogó que fuera así.

Los nubarrones castaños se extendían ante ellos, como un inmenso acantilado de diez mil metros de alto. Semi pretendía descender bajo ellos, justo en el centro del cinturón, bajo aquellas nubes que recordaban un montón de coliflores marrones.

Observó nerviosamente en la dirección de la tormenta. Allí, en la lejanía, había una especie de formación en forma de tronco de cono invertido, que se iba tiñendo de carmesí (extraño. ¿De dónde saldría ese material?), como una réplica en miniatura de la descomunal Mancha Roja.

Hacia abajo... no pudo ver bien. Era como una neblina muy oscura.

Lenta aunque tenazmente, el *Piccard* se dirigía hacia las nubes del cinturón, en un picado suave.

Yuriko caminaba en nerviosos círculos.

—¿Alguna novedad? —preguntó por enésima vez.

—Ninguna, Yuriko —dijo Shikibu levantando la vista de la pantalla de radar—. Parece que intentan ponerse a salvo hundiéndose. Indudablemente, más abajo la atmósfera será más tranquila.

—Y, ¿qué encontrarán? Apenas tenemos una idea de lo que hay bajo esas capas.

—*Atención, Vania, te estás hundiendo demasiado.*

Lenov también se hallaba pensando lo mismo. El flujo de viento era descendente en el centro del cinturón, y les empujaba hacia abajo. Y había algo más que le preocupaba.

El *Piccard* era un globo de aire caliente. Si la temperatura del aire aumentaba, su poder ascensional se vería mermado. Y si descendía, encontraría aire más y más caliente, con lo que... mejor no pensarlo.

El aparato colgaba ahora seis mil metros bajo las nubes pardas del cinturón, en un sandwich de aire medianamente claro. Bajo él, a unos diez mil metros, estaba la siguiente capa de nubes, ésta de cristales de hielo. Y bajo ella, tal vez lo que estaban buscando... agua líquida. Se estimaba que la temperatura subiría por encima de cero bajo el siguiente estrato de nubes.

Pero las presiones se acercarían ya a las diez atmósferas: era como para pensarlo dos veces.

Y más abajo, a presiones aún más altas y temperaturas sobre los cien grados, la atmósfera se iría convirtiendo en el océano gigante de hidrógeno que formaba la mayor parte del planeta, en el que la Tierra entera podría caer como una piedra en un estanque, con un ligero chapoteo...

Maldijo sonoramente a Júpiter. Estaba harto de nubes.

Pero, por el momento, el *Piccard* seguía hundiéndose en las abullonadas nubes marrones. Pronto la luz quedó bloqueada, como bajo una negra nube de tormenta de la Tierra. El barómetro se había estabilizado.

Leyó los instrumentos. Estaban a unos noventa y cinco kilómetros sobre la superficie, sea lo que fuera ésta... la presión había subido a una atmósfera y media: no demasiado para el aparato. La temperatura exterior era de ochenta grados bajo cero. Para lo que era Júpiter, primaveral.

Semi se sumergía en el mar gaseoso. Sentía sobre su piel el liviano peso de la columna de aire, su sonar recibía señales electrónicas convertidas en sonido, sus otolitos sentían los casi imperceptibles movimientos de su nave-cuerpo. Una débil corriente arriba-abajo, el flujo laminar este-oeste, un leve retorcimiento que era la débil mano de la tormenta.

Podía hundirse más, pero todos sus nervios gritaban en contra. No luches contra el agua, es más fuerte que tus débiles músculos, le decía su instinto. Aprovecha su fuerza. Juega al judo con las corrientes. Cabalga las olas.

Para salvarse de las profundidades, debía entrar en la tormenta.

—*¿Que va a hacer qué?* —exclamó una atónita Yuriko.— Es la única solución. —*Pero... es una locura. ¡Lo prohibo!*

—Yuriko, tú no estás aquí abajo —dijo Lenov, educado pero firme—. Si nos quedamos más en este nivel, iremos descendiendo poco a poco. Las celdillas no

pueden contener más gas caliente. Y allá abajo... bueno, no habrá forma de ascender de nuevo.

—*Lo que proponéis es un suicidio rápido.*

—Creemos que no. Semi y yo estamos de acuerdo. Será más seguro en el ojo de la tormenta que fuera.

—*Sigo pensando que es una locura.*

Lenov suspiró. ¿Por qué no estaría ahora pescando anchoas en la costa de Perú? Le repitió su plan. Por fin, Yuriko dio su aprobación reluciente.

Semi abrió las válvulas y el *Piccard* prosiguió su descenso a niveles más bajos de la atmósfera. El plan era introducirse en la, tormenta por abajo.

Para ello, descendieron hasta los sesenta kilómetros. La presión alcanzaba allí las cuatro atmósferas y la temperatura solamente era de dieciocho grados bajo cero.

Poco a poco, el firmamento se fue cubriendo de opacas nubes rojo sangre.

Lenov estuvo muy ocupado en esas horas.

Mientras, el *Piccard* chapoteaba entre las nubes rojas. Las corrientes lo hacían girar sobre un eje vertical, pese a que habían soltado a proa un ancla flotante aérea, una especie de cola de cometa que los mantendría proa al viento y ofreciendo una resistencia mínima.

La presión disminuyó con rapidez y Semi soltaba más gas. Pero las bajas presiones producían también una fuerte corriente ascendente, como esperaban.

El *Piccard* había comenzado a ascender, cuando se produjo la catástrofe.

De repente fue sacudido por una fuerte racha de viento. El *Piccard* comenzó una frenética serie de giros que casi enloquecieron a Lenov. Semi gritó. Su chillido parecía el desesperado aullar de una sirena.

Soltó el ancla aérea. El *Piccard* siguió girando, como un patito de goma en el torbellino de una bañera que se vacía. Sus giros eran ahora sobre su centro de gravedad, más cortos, más rápidos. Una centella saltó entre las nubes. Lenov, aturdido, contó *uno, dos, tres...* antes de recordar que aquello no le serviría de mucho. ¿Cuál era la velocidad del sonido en la atmósfera de Júpiter?

La voz de la *Hoshikaze* se llenó de estática.

—¡*Piccard, resp... bzzz...*

—¡No os recibo bien, *Hoshikaze!*

Llegó el trueno; un trueno mucho menos bronco que el de una tormenta terrestre, si no más bien agudo, como un grito de dolor. Lenov recordó sus inmersiones en atmósfera de oxi-helio, en las que la voz humana se vuelve chillona. Aquello les divertía...

—*Vientos de... bzzz... sssss... no recibí...*

—¡Yo tampoco os oigo!

—*Rrrr... ¡contesta, Pie... rrrr...*

—¡*Hoshikaze!* ¡*Hoshikaze*, no os oigo!

—*Oím... bzzz...*

Era inútil. La atmósfera se había vuelto loca y el *Piccard* flotaba desvalido, como una pluma arrastrada por un vendaval. El peor enemigo de un dirigible es el viento. Lenov casi gritó ¡*tenemos que salir de aquí!* Aunque era indudable que el delfín no necesitaba tales consejos.

Otro relámpago centelleó. De nuevo el trueno chillón... más cerca. Hubo un crujido metálico. Lenov, al oírlo, sintió un estremecimiento. De nuevo un crujido. El altímetro indicaba que el *Piccard* perdía altura; indudablemente, había pérdida de gas... Un nuevo crujido... y el *Piccard* se partió en dos. La mitad posterior, conteniendo el módulo de regreso y el impulsor principal, se hundió como una piedra. La mitad anterior, con la góndola de mando, se elevó. Las luces de la cabina se apagaron y luego se encendieron de nuevo, al entrar en acción las baterías de emergencia. Lo que quedaba del *Piccard* giraba en el infierno de nubes escarlata, y su rotación disminuía con celeridad.

Como un corcho saltando del cuello de una botella, el *Piccard* emergió al aire claro, en el ojo del huracán. Flotaba en el centro de un grandioso embudo de nubes rojas, como si estuvieran en la arena de una plaza de toros. Las murallas nubosas se alzaban a su alrededor, mientras arriba relucía el sol en el cielo índigo. La navecilla se alzaba y se alzaba, en dirección al aire límpido de las alturas. Una válvula automática soltó gas para impedir que estallase. *No es porque importe mucho*, pensó Lenov con melancolía. Inclinandose como pudo, logró divisar cómo la mitad de popa se hundía hasta perderse de vista en el fondo del embudo.

—¡*Nos... zzz, Pie... rrr... Contest... zzz...*

Lenov contestó la llamada; y en la forma más neutral posible, explicó su estado.

¡*Muy alto, muy alto, maldición!*, pensó Al-Hassad.

Una deslumbrante bola de fuego había estallado a un cuarto de la altura de la torre, cortándola limpiamente. Los marinos de la flota no pudieron verlo a través de las nubes, pero el resplandor fue claramente perceptible.

El almirante ordenó despejar el flanco Este de la torre. El gigantesco cilindro empezaba a derrumbarse hacia tierra.

Lentamente.

Y conforme caía, explotaron más bombas.

Aquél era *el plan B*: un intento desesperado de fragmentar la torre lo más posible, a fin de evitar el máximo de daño. Mientras descendían, los muchachos habían colocado varias cargas dispersas, antes de instalar la principal.

La torre quedó dividida en varias docenas de trozos, reducido el extremo más cercano a tierra a una fracción de la longitud total.

Los trozos de torre empezaron a arder por la fricción...

Para Lucas, todo aquello no fue sino una inmensa confusión. De repente, sintió una prisa frenética por salir de allí. De un zarpazo desgarró la tela.

La celda en la que lo habían encerrado colgaba entre las vigas, como un nido de procesionarias entre las ramas de un pino.

No había nadie a la vista.

La torre crujió. Lucas se sujetó con fuerza. ¡Estaba cayendo! Se sentía como en un ascensor rápido. Pronto, debía salir de allí. Tenía que salir de allí.

Se arrastró sobre una viga transversal, con su único brazo, en dirección a la pared. Arrastrarse... arrastrarse... un empujón... otro... el ascensor seguía bajando más y más rápido...

Hubo otra explosión y una sacudida que le lanzó al vacío. Cayó... lentamente.

Se aferró con desesperación. Colgando de la zarpa, miró a todos lados... un momento.

Luz azul llegaba desde abajo. La torre se había partido bajo él, dejando entrar la luz reflejada en el mar. No lo pensó más. Se soltó.

La cabeza rebotó varias veces en su caída, el brazo se rompió, Lucas fue lanzado contra las acolchadas paredes de su encierro. Y de repente hubo luz.

Todo daba vueltas. Lucas vio la torre sobre el cielo negro, el horizonte, el océano cubierto de nubes bajo él, el cielo negro y la torre otra vez...

Estaba cayendo libremente sobre la Tierra. O sobre el océano, daba igual. En uno de aquellos locos giros, vio Sudamérica y África de una sola ojeada, separadas por la plancha azul del Atlántico moteada de nubes, como una bandeja de vidrio azul llena de vedijas de algodón...

Algo empezaba a desplegarse. *¡Todavía no! ¡Todavía no!* El paracaídas sería inútil a tal altura. Bueno, confió en que el robot supiese lo que hacía.

Algo logró. La cabeza dejó de oscilar. Lucas veía bajo sí el océano y, ahora que se fijaba, lo vio lleno de largas estelas en V, todas alejándose de la línea de caída de la torre. Mejor dicho, de los fragmentos. Pudo distinguir dos.

La cabeza de robot se puso incómodamente caliente. Lucas empezó a sudar por todos sus poros. El paracaídas empezaba a hincharse, muy poco a poco. Confiaba en que fuese lo bastante fuerte...

La capa de nubes se acercaba. Parecían tan sólidas como el mármol. Se distinguían con suma claridad sus sombras sobre el agua.

Cobró conciencia de su altura. Cerró los ojos; no podía evitar la visión del robot, bombeada a su cerebro. *¡AAARGGG!*

Reprimió sus arcadas con dificultad. Un buche de líquido, vomitado por su estómago vacío (aún se acordaba de segregar ácido clorhídrico), estuvo a punto de ahogarlo. Sopló fuertemente por la nariz para despejarla.

Hubo un nuevo empujón, cuando se abrieron los verdaderos paracaídas de frenado. La cabeza del robot empezaba a oscilar como un péndulo enloquecido.

¡Por favor, más de esto no! Mareado, trató de ver hacia dónde caía.

Las nubes estaban muy cerca. Entre ellas, podía distinguir las estelas en V. Esperaba que pudieran localizarle, aunque el robot no pudiera comunicarse a tal distancia... al menos, eso decían los científicos marcianos... atravesó la capa de nubes, envuelto en aquella niebla durante algunos segundos...

Se abrieron dos paracaídas más. Nuevo empujón... ahora sólo tenía el mar bajo él...

Podía distinguir ya las olas... un par de barquitos se dirigían hacia él.

El mar estaba más y más cerca. Más cerca. Más cerca. Más cerca. Más.

¡¡YA!!!

Cerró inútilmente los ojos.

Se vio envuelto en un universo de blanca espuma. Las paredes de la cabeza silbaron y chasquearon.

Gradualmente, poco a poco, la espuma se fue aclarando hasta el verde de las profundidades marinas.

La cabeza ascendía hacia la lámina plateada de la superficie. Estaba de nuevo en la Tierra. Exhausto, no pudo evitar que las lágrimas corrieran sobre su rostro.

La cabeza de robot emergió sobre las aguas. Zarandeado por las olas, Lucas distinguió la visión más hermosa del mundo: un barco venía hacia él. Una esbelta fragata, o tal vez una corbeta, casi tan veloz como una lancha, con un gran mostacho de espuma ante su proa...

Casi podía distinguir figuras humanas sobre la cubierta. Una vedija de humo apareció. Sin duda, señales.

Una explosión hizo saltar una columna de agua.

Lucas apenas pudo creer lo que veía. ¡Aquellos cabrones lo estaban *cañoneando!*

Otra explosión... más cerca. ¡Qué forma más estúpida de morir!

Vociferó maldiciones, consciente de que no podían oírle. Notaba agua fría mojándole la espalda. Aquello iba a hundirse...

Como si lo hubiesen escuchado, no hubo más disparos.

Algo parecido a una red de pesca gigante, colgando desde un helicóptero, lo alzó y llevó hasta la cubierta.

Se vio rodeado de rostros. Y media docena de fusiles. Claro, qué tonto era. No podían verle. De repente, la cabeza se abrió.

Los marinos, una treintena de tipos hoscos con aspecto de marroquí, vestidos con pantalones cortos y saharianas, le miraban como si tuviera tentáculos. Los fusiles le seguían apuntando.

El silencio era absoluto. Uno de ellos le lanzó una frase en árabe.

—Lo siento. *Parlez-vous français?*

—¡Lucas!—La voz era...

—¡Sandra! ¡Karl!

No había lugar para las palabras. Los tres se abrazaron, sin poder decir nada coherente.

Sandra se volvió a los marinos y les habló en árabe. Al instante, todos prorrumpieron en vítores y aplausos.

—¡Te dábamos por muerto! —gritó Karl.

—¡Faltó poco! ¿Quién es el alcornoque que me disparó?

—Pues nos costó convecerles de que no te lanzaran un misil, mientras bajabas. ¿Dónde estuviste?

Lucas tomó aliento y...

—Es una larga historia... —Lucas caminó tambaleante por la cubierta. Se sentía mareado, se apoyó en los hombros de Sandra y Karl—. Estoy bien, estoy bien —dijo.

—¿Seguro? —Sandra escrutó sus ojos.

—Sí. ¿Cómo ha ido todo?

—¿No lo ves? —exclamó Karl con aire triunfante—. Hemos vencido a esas cosas.

El ceño de Lucas se frunció.

—Una batalla, no la guerra. —Sacudió la cabeza— O me he vuelto loco ahí arriba, o... Bueno, en cualquier caso, tengo mucho que contaros...

La noticia heló el corazón a todos los que estaban en el puente de la *Hoshikaze*. Yuriko entornó los ojos. Ni que decir tiene que no había posibilidad alguna de rescate. Disponían de otra nave igual, pero no podría llegar hasta el *Piccard* antes de que se hundiera a profundidades mortales. Y cuando descendiera un poco más, perderían el contacto por radio, y sería prácticamente imposible encontrarlo, en aquel mundo cincuenta veces más extenso que la Tierra.

Contando, y era demasiado contar, que el pecio sobreviviera.

El *Piccard*, o lo que quedaba de él, iniciaba su tercera vuelta a Júpiter. Lenov había seguido con las transmisiones. No tanto para los próximos *globonautas* jovianos (si alguno era tan loco) como para tener algo que hacer. La hembra delfín preguntó:

—*Vania, ¿vamos a morir?*

El ruso tardó en contestar.

—Eso parece, Semi.

—*Ah.*

Lenov hubiera dado algo por poseer aquel estoicismo. Pero, claro, Lenov

escuchaba al delfín a través del intérprete del ordenador. El programa traductor creado por Susana, aunque muy bueno, era incapaz de transmitir además las emociones.

—¿Qué pasará después?

Lenov cerró los ojos.

—Nadie sabe nada, Semi. —¿No tienes otra pregunta mejor, cabeza de chorlito?

—Vania...

—¿Sí?

—Tenemos compañía.

—¿Qué? —Lenov se preguntó si el delfín, a pesar de su aparente desinterés, estaba a punto de enloquecer de terror.— *Suben hacia nosotros... muy rápidos.* — ¡¿Qué?!

—*Esas cosas que vienen de ahí abajo.* Escéptico, Lenov se esforzó en observar.

Como una flota de submarinos emergiendo, un centenar largo de cuerpos oscuros aparecieron entre las nubes. Lenov soltó una exclamación, estupefacto.

Eran como grandes cigarros oscuros, con pequeños timones de cola. Flotaban en el aire con despreocupada facilidad. Apresuradamente informó a la nave espacial:

—Atención allá arriba: hay una flota de zepelines, volando tan campante en la atmósfera de Júpiter.

De la nave le llegó:

—*Repite eso*, Piccard.

—Tengo bajo mí a un centenar o así de objetos más grandes que el propio *Piccard* cuando estaba intacto. Medirán unos trescientos metros de largo.

La flota de zepelines, desparramada a ocho mil metros bajo él, ascendía poco a poco en grandes círculos. ¿Le habrían visto? Por la forma en que volaban en torno a él, desde luego que sí.

Lenov sentía como si le hubieran hecho un nudo en la laringe.

Cuando se había comentado la posibilidad de un encuentro con extraterrestres, había preguntado:

—¿Qué hago en ese caso?

Susana había carraspeado y dicho:

—Pues... procura mostrarte amistoso.

A Lenov le había hecho mucha gracia la idea. ¿Cómo diablos mostrarse amistoso? ¿Y cómo diablos no mostrarse amistoso?

El profesor Piccard, el original, había descendido a las profundidades abisales llevando, sobre su batiscafo, un cañón lanzaarpones con carga de estricnina. Los calamares gigantes podían ser peligrosos. Y Lenov no tenía ni un tirachinas. Claro que, dadas las circunstancias, ¿por qué preocuparse?

—*Hemos perdido el contacto, Vania.*

—Maravilloso, ¿qué más puede pasar...?

El *Piccard* experimentó una aceleración lateral. Lenov lo notó en las mismas tripas. Miró por la escotilla: dos de los monstruos se habían situado a ambos lados de la nave, y estaban zarandeando el *Piccard* como si se tratara de un juguetito.

—¡Jesús! —exclamó Lenov.

—¿Shikibu, no puedes darme la más mínima idea de lo que está sucediendo ahí abajo?

—Lo siento, Yuriko. Hemos perdido todo contacto con el *Piccard*.

Las pantallas estaban en blanco; la radio solamente emitía un débil crepitar, como si en algún lado se estuviera friendo tocino. Durante una hora la *Hoshikaze* intentó desesperadamente comunicar con el *Piccard*, sin ningún fruto.

Susana había regresado al puente tan pronto como se produjo el desastre del *Piccard*. Su rostro era tan inexpresivo como el de una figura de cera, y sus ojos permanecían clavados en la pantalla en blanco.

—¿Crees que ha encontrado lo que vinimos a buscar? —preguntó Kenji.

—¿Esas ballenas? —musitó con un hilo de voz.

—Podría ser —dijo Yuriko—. A menos que se haya vuelto loco y tenga alucinaciones...

—¿Vania?

—No, claro. Siempre me ha parecido un hombre muy... de mente muy tranquila. Pero...

Se detuvo. Al parecer estaba pensando lo mismo que todos; si el *Piccard* había tenido una pérdida de aire... la hipoxia solía provocar alucinaciones de ese tipo.

—Debemos enviar el otro dirigible.

—Eso no es posible, Susana. Lo sabes perfectamente.

—Si lo que ha visto Lenov es real —dijo ella con terca seguridad—, debemos ponernos en contacto con él, con todos los medios a nuestro alcance. Yo lo pilotaré.

Los astronautas le dirigieron miradas perplejas.

—¿Has pensado en lo que dices? —preguntó Kenji—. Los dirigibles exigen delfines, y necesitamos a Tik-Tik a bordo.

—Pilotaré sola.

—No estás en tus cabales —dijo Shikibu.

Susana apenas movía un músculo mientras hablaba, plantada en el centro del puente de la *Hoshikaze*.

—Esos robots que desarrollaron en Marte son manejados por humanos.

—Cierto —admitió Yuriko—, pero se mueven en un espacio bidimensional, como los seres humanos. Las naves espaciales, o los dirigibles, lo hacen por uno tridimensional. Un humano no podría procesar toda la información que le proporcionan los sensores de las naves.

—Yo sí. —La voz de Susana era tranquila—. He estado preparándome durante toda mi vida. He aprendido a pensar, a sentir, a moverme como un delfín. Puedo manejar el *Cousteau* tan bien como Semi o Tik-Tik.

—Lo prohibo —dijo Yuriko, incommovible.

Susana exhaló el aliento. Sabía que podía hacerlo, y sabía que iba a bajar. En cualquier caso, estaba dispuesta a dar su vida por salvar la de Lenov; y esto sí que era nuevo para ella.

Buceó en su mente buscando las razones.

Por una parte, estaba Semi; no podía dejar abandonado a un delfín sin intentar, al menos, rescatarlo; él haría lo mismo por ella. Por otra, lo que Lenov había descrito en los últimos instantes de su transmisión, podría ser la respuesta que habían ido a buscar; y muchos compañeros habían muerto por obtenerla. Y por otra, bueno, quizá su alma no era tan estéril a la empatía por otro ser humano como ella había supuesto.

Pero había otra más, ¿verdad? Una razón por la que estaba dispuesta a arriesgar su vida por aquel humano en particular; una razón a la que era incapaz de ponerle nombre, y de la que su mente huía apenas la rozaba, incapaz de aceptarla.

Siempre había estado sola, y sabía que siempre iba a estarlo, pero los sueños...

Por otro lado, Susana, que se sentía más segura cuando no dependía de nadie, no acababa de entender la posición de la comandante que, como todo oficial novato, estaba atormentada por las responsabilidades del mando.

Yuriko comprendía que valía la pena intentarlo, que había mucho en juego, y que la seguridad de todos ellos carecía de importancia. Pero era incapaz de tomar una determinación.

Al final, Yuriko hizo lo que cualquiera haría en su lugar: consultó con la superioridad. Todo dependía de los biotécnicos de Marte.

La respuesta de Casanova llegó con sorprendente rapidez, dado el retraso electromagnético. Según él, algunos expertos en redes neurales aseguraban entender el funcionamiento de aquellas naves tecno-orgánicas... a grandes rasgos. La opinión mayoritaria fue una reacia aceptación del plan de Susana. Pero era únicamente una opinión; como siempre, la decisión final dependía de la comandante. La patata caliente volvía a estar en su regazo.

Yuriko se encerró en su camarote a meditar. Sabía que, al final del viaje, habría un comité de investigación. Se habían perdido vidas, y ella había ascendido en circunstancias poco regulares. La investigación era preceptiva en casos como el presente. Y no deseaba agravar las cosas abandonando a Lenov, ni agravarlas arriesgando las vidas a su custodia.

Contempló el altar de sus antepasados, y deseó que pudieran darle una respuesta. Pero ninguno de ellos mandó nunca un barco. Su decisión final fue dar luz verde.

Susana respiró hondo mientras Walter Fernández se afanaba con las conexiones neurológicas.

Con una máscara respiratoria en el rostro, flotaba desnuda boca abajo, los ojos

cerrados, sus tubos de aire en nariz y boca, sujeta por fibras tensoras que se hundían hondamente en su carne y se adherían a sus huesos. Estaba en el interior del tanque destinado para un delfín, en el corazón del *Cousteau*.

Múltiples fibrillas grises flotaban como un manojo de algas. Fernández las recogió formando un ramillete. Tenían un poco agradable aspecto de tentáculos de anémona. Sus extremos remataban en unos ensanchamientos, ligeramente adherentes.

Palpó la cabeza de la etóloga, buscando los puntos donde previamente le había afeitado el cabello, y fue pegando las fibras, una por una.

—Bueno, Susana —dijo Fernández al cabo de un rato—, llegó el momento de la verdad.

El *Cousteau* era un dirigible gemelo al *Piccard*. Naves como aquellas habían sido probadas con éxito, una y otra vez, en recintos especialmente diseñados en Marte. Siempre por delfines. El sargento abandonó el estrecho habitáculo y cerró todas las compuertas tras él. Susana se encontró envuelta por la más absoluta oscuridad.

Por segunda vez, la *Hoshikaze* comenzaba la caída hacia Júpiter. La cerrazón color crema se aproximaba de nuevo. Yuriko dijo:

—Seiscientos kilómetros, Susana. Vamos a soltarte como a Vania. A los trescientos.

—*Bien, Yuriko.* —La voz de la etóloga era apacible y relajada.

—Quinientos kilómetros, comandante —anunció Shikibu, con voz tensa y exacta. Se sentaba muy derecha, con el firme propósito de poner todos sus sentidos en lo que estaba haciendo.

El enorme volumen de la *Hoshikaze* empezó a ser sacudido por las turbulencias atmosféricas.

—Trescientos kilómetros —dijo Yuriko—. Prepárate, Susana.

En la oscuridad, envuelta en agua como un feto en el claustro materno, Susana aguardó la sacudida. La explosión del desacoplamiento apenas fue audible, dentro de su cobertura líquida.

Como si hubiese caído en plancha desde un trampolín, sintió una formidable sacudida que cesó inmediatamente. El *Cousteau* caía hacia Júpiter como una piedra, al igual que lo había hecho su gemela.

—La entrada ha sido perfecta —informó Susana.

—*¿Todo bien, Susana?*

—El escudo resiste —respondió ella—. Su parte interna aún está templada.

—*Magnífico. Estás repitiendo el plan de vuelo del Piccard. Atención, ahí fue cuando abrió el paracaídas.*

—Allá vamos. —Susana apretó una palanca, y el *Cousteau* se estrelló contra el muro de aire supersónico.

El padre Álvaro se introdujo en la cámara axial, cerrando y asegurando las compuertas de acceso tras él.

—«Vive Dios, que me rehusa justicia —recitó casi para sí—, y el Omnipotente que me ha colmado de amargura...»

Se detuvo, intentando calmar su corazón. Sus latidos eran coces en su pecho. ¿Tenía miedo por lo que iba a hacer? Demasiados condicionantes le gritaban, le suplicaban, que se detuviera. A su alrededor, los trajes espaciales vacíos, colgando de sus perchas, le miraban con mudo reproche. Álvaro cogió una de las pequeñas unidades impulsoras suspendidas junto a los trajes, y pasó las cinchas en torno a su cintura y hombros. La unidad quedó firmemente sujeta a su espalda.

Empezó a abrir la escotilla que daba acceso al hangar. Un cartel sobre ella le advertía:

ATENCIÓN, ¡NO ENTRE EN EL HANGAR SIN TRAJE DE VACÍO!

La escotilla se abrió suavemente y el franciscano se impulsó, flotando a través del orificio.

Estaba en el fondo del hangar, rodeado por luces giratorias naranja, que lanzaban rítmicos destellos contra las paredes cilíndricas. Miró hacia arriba. Era impresionante, un pozo (o un túnel, ahora que estaba en ingravidez) de cien metros de longitud por veinte de diámetro. De sus paredes colgaban las navecillas auxiliares, como insectos pegados en el interior de una botella.

—«¡Que en el día del infortunio —gritó— es preservado el malvado y es sustraído en el día de la ira! ¿Quién le echa en cara su conducta? ¿Quién le da su merecido por sus obras?»

Su voz resonó por todo el hangar, creando una confusión de ecos en tonos metálicos.

—«Y cuando es llevado al cementerio —siguió recitando—, vela sobre su túmulo; dulces le son los terrones del torrente, y todo el mundo marcha tras él, yendo delante gente sin número.»

»¿A qué pues me dais tan vanos consuelos, si de vuestras respuestas no queda más que falacia?»

Falacia... qué fácil le resultaba pensar en esos términos ahora, y que difícil le había sido hacerlo unos meses antes.

Se había embarcado en aquella misión impulsado por las opiniones del padre Markus. Éstas habían sido casi una ofensa para él; Markus había renegado completamente de Dios, es decir, había encontrado un dios nuevo, un dios que había engendrado no sólo al Hombre, sino a varias civilizaciones anteriores a éste. Un dios de crueldad y venganza, completamente ajeno al alma humana. Álvaro no podía admitir un Universo sin sentido, sin dirección. No podía volver a mirar por el telescopio y pensar que todos aquellos astros le devolvían una mirada de indiferencia,

quizá de desinteresada crueldad, que aquellos caminos de luz que tantas veces había recorrido con placer infinito, eran realmente senderos de estiércol.

Dios había sido para él el Gran Arquitecto que había creado la maravillosa obra de arte y precisión matemática que era el Universo. ¿No era éste un reflejo de las corrientes y flujos presentes en la mente de Dios? Él soñaba con transponer su imperfección como humano, y llegar a rozar esa maravillosa presencia cósmica...

Pero ¿y si todo era mentira?

El Universo no tendría sentido, la vida no significaría nada. Susana lo había dicho, el Universo es inconmensurablemente grande comparado con la minúscula partícula que era el Hombre, ¿por qué algo tan grande tenía que tener sentido para satisfacer a algo tan pequeño? Y si ese minúsculo ser considerara que no vale la pena vivir en un Universo así, ¿qué le importaría realmente a ese silencio cósmico...?

Susana era una científica, necesitaba pruebas y más pruebas, antes de admitir la más mínima parcela de realidad. Pero Markus y él no lo eran. Confiaban únicamente en sus mentes para llegar a comprender el mundo.

Y la mente del padre Álvaro ya no dudaba...

—*Estamos ganando altura, Vania* —anunció Semi.

—¿Estás seguro?

—*Nos empujan hacia arriba.*

Sí, no había duda, ascendían. El *Piccard* crujía como si fuera a ser aplastado como un huevo en cualquier momento. Al principio, pensó que era lo que pretendían los monstruos. Pero no, les estaban llevando con delicadeza hacia capas más altas. Aquello abría una posibilidad, tan débil y remota que pensar en ella era una locura. Pero un humano jamás acepta su propia destrucción. Al ascender recobrarían el contacto con la *Hoshikaze*.

Eso ya era algo.

Ahora que las veía de cerca, se daba cuenta de que no eran exactamente ballenas. La reconstrucción de Susana no incluía aquellas enormes placas de su piel, ni aquellos orificios a ambos lados de la cabeza, que latían abriéndose y cerrándose. Ni tampoco aquella boca circular, sin rastro de dientes o barbas. Ni aquellas filas de pequeñas aletas triangulares que recorrían sus lomos. Decididamente, no eran ballenas.

—¿Qué demonios hace ahí ese hombre? —exclamó Shikibu.

—¿Qué? —Yuriko se volvió hacia ella, desviando su atención del *Cousteau*.

—El padre Álvaro está en el fondo del hangar, solo.

Shikibu pasó la imagen al monitor de Yuriko. La cámara estaba en una de las paredes del hangar, a la espalda del franciscano. Era un gran angular, y las líneas estaban muy deformadas en torno al religioso, que permanecía parado, flotando,

aparentemente sin saber qué hacer.

—Conecta los altavoces —dijo Yuriko.

—Álvaro, ¿qué se supone que está haciendo? —La voz de Yuriko, resonando a su espalda, lo hizo volverse.

Sintiéndose como un niño pillado con la mano en la caja de galletas, se enfrentó a la lente que le observaba desde la pared.

—Yuriko... espero que el descenso de Susana continúe sin problemas. ¿No debería usted dedicarle toda su atención a ella?

—*No está permitido permanecer en el hangar sin traje espacial. Por favor, salga de ahí.*

Álvaro sonrió, sacudiendo la cabeza.

—Ha asumido usted muy rápidamente su papel de comandante. En realidad eso nos resulta fácil a los humanos, ¿verdad? Somos pequeños gusanos desnudos, nos avergonzaríamos de nosotros mismos, si no fuera por los disfraces que vamos colocando sobre nuestros hombros...

—*¿Qué dice? Abandone ese lugar, inmediatamente.*

Yuriko tapó con la mano su micrófono, y se volvió hacia el teniente Shimizu.

—Creo que se ha vuelto loco... ¿puedes sacarlo de ahí? —Por supuesto, Yuriko. Entretenlo mientras llego.

La escotilla de acceso al hangar, situada en la parte alta de la crujía, se abrió. El padre Álvaro vio como el japonés negro salía de ella y, prescindiendo del ascensor, empezaba a descender a grandes saltos.

—Últimamente he tenido sueños terribles. Pesadillas que se iban volviendo más nítidas conforme mis dudas iban en aumento... ¡Quédese donde está, teniente, no dé un paso más!

Shimizu se detuvo y giró la cabeza hacia el sacerdote, colgando de la escalerilla con los brazos extendidos.

—No se preocupe por mí, padre —dijo, y siguió descendiendo a gran velocidad en la ingravidez.

—Usted no lo entiende, teniente —gritó Álvaro—, sin Dios, toda la podredumbre que llena mi interior, no tardará en aflorar a la superficie. Me transformaré en aquello que más odio...

Álvaro conectó su unidad impulsora, y salió disparado hacia la boca del túnel. Allí brillaba la tenue luminiscencia del extraño campo de fuerzas marciano.

—¡No! —gritó Shimizu. Sujetándose con una mano, estiró cuanto pudo sus miembros e intentó atrapar al sacerdote cuando pasó frente a él. Demasiado lejos. Shimizu consideró la posibilidad de saltar sobre Álvaro para desviarlo; pero tampoco

llevaba traje espacial, y la trayectoria e intenciones del religioso estaban muy claras...

Álvaro contempló con tranquilidad cómo el campo, dotado de una turbia luminosidad azulina, se abalanzaba hacia él. Abrió sus brazos en cruz e inspiró profundamente, llenando sus pulmones con una postrera bocanada de aire.

Luego atravesó el campo, zambulléndose limpiamente en la nada.

Cielo de un azul profundamente amargo con sabores y olores extraños diferentes a los del mar deslizándose pegajoso a sus flancos/las marejadas burbujeando hacen derivar imperceptiblemente al Cousteau.

—Aquí Cousteau... —informó Susana mientras luchaba por ordenar su mente—. Paracaídas desprendido... Globo hinchado... Estoy flotando a... ciento quince kilómetros.

En lo alto cuelgan finas guedejas blancas suaves como pelo de armiño/vendavales salados hendidos por tibios destellos azulencos chirriantes/

—Acabo de conectar el radiofaro; si Lenov está en algún lugar de este hemisferio, no tardaremos en localizarlo. —*Si sigue vivo, fue lo que pensó.*

Abajo se desenrolla el tapete de nubes de colores oscilando del blanquecino amarillento a tonos más fuertes ámbar anaranjados y azafrán en un intrincado revoltijo/flujos de aire como torrentes y ríos atmosféricos con sensaciones extáticas sobre la piel...

Susana se preguntó cómo su cerebro no había estallado. El *metaéxtasis* corría abundante por sus venas, había ingerido una dosis triple antes de introducirse en el *Cousteau*, y su sistema nervioso estaba hiperacelerado. Pero aun así, el ametrallado de información colmaba su cerebro y sus percepciones, hasta el umbral del sufrimiento. Se sentía como en una alucinación. O como la primera vez que probó a zambullirse en el espacio virtual.

Trató de hallar orden en aquel laberinto de imágenes/olores/sonidos/colores/flujos. Aunque las sensaciones le llegaban filtradas por el cerebro tecno-orgánico de la *Cousteau*, el impacto sensorial era desconcertante.

Aquello era tocar un piano diseñado para un pulpo.

Según habían asegurado los biotécnicos, los controles neurales marcianos facilitaban mucho las cosas. Pero aquéllos estaban ajustados para el cerebro de un delfín.

Susana luchó por comprender aquel extraño mundo que se extendía bajo y sobre ella, por ordenar los mensajes que bombardeaban su dolorido cerebro.

Los compositores de música no hacen sonar más de tres notas a la vez; el oído humano no puede discriminar más que ésas. Ahora, Susana se sentía como si pudiera seguir una conversación entre dos personas, en una habitación llena de gente hablando...

Las corrientes atmosféricas eran un complejo diseño de muaré. Podía seguir individualmente cada remolino, cada aflujo de aire, cada racha. Podía concentrarse en el detalle, como una rutina fluyendo balsámicamente en un intrincado azul programa de ordenador. El detalle la conducía hacia estratos de una densidad cada vez mayor, solidificándose en torno como miel helada...

Rió como una chiquilla. Por primera vez en su vida se sentía realmente como un delfín. En una fantástica combinación de habilidades innatas y adquiridas, Susana empezó a volar/nadar en la inquieta atmósfera de Júpiter.

—Cousteau, *¿estás bien?* —preguntó Shikibu por la radio—• *Informa, Susana.*

—Estoy bien. Estoy muy, muy bien.

—*¿Seguro? Nunca te había visto tan eufórica.*

—Sí, puedes estar tranquila. ¿Puedes darme el informe atmosférico?

—*Claro. Tienes delante tres o cuatro huracanes; son pequeños, de apenas cien kilómetros de radio.* —Con un ojo en la pantalla, describió las posiciones.

—Creo que percibo uno de ellos. No, espera, son dos. Puedo evitarlos. Hay una corriente en chorro que serpentea entre ellos.

—*¿Estás segura? Los instrumentos no pueden indicarlo.*

—Confía en mí.

Había vivido una experiencia similar durante unas vacaciones, años atrás en la Tierra... Estaba remontando un río en canoa. Como muchos antes que ella, le había parecido que la navegación fluvial sería más sencilla que la marítima. Ja.

Al poco tiempo, se sentía como un campeón de los cien metros lisos que tratase de recorrer un estrecho corredor atestado de gente.

La corriente era muy fuerte, demasiado para navegar a remo por el centro. Y en las márgenes se formaban remolinos, de los que sería muy difícil salir si la engullían. Debía estar muy alerta para advertirlos. Pero también debía aprovecharlos para que la empujasen río arriba, acercándose cautelosamente a ellos sin dejarse atrapar, rozando los bordes. Y, al mismo tiempo, cuidando de no encallar en un banco de arena o un tocón sumergido... Qué lejos estaba, en aquellos días, de suponer que repetiría la misma maniobra, en el mayor planeta del Sistema Solar.»

Poco a poco, su confusión fue organizándose.

La asombrosa formación empezó a crecer ante los ojos de Lenov. Las *superballenas* le empujaban directamente hacia ella.

Era un gran conjunto de esferas traslúcidas flotando sobre las nubes de Júpiter, un fantasmagórico racimo de uvas resplandecientes. La noche había caído; el brillante resplandor de Ganímedes y Europa rivalizaba con el de aquel estrafalario objeto. Lenov se dio cuenta de que la

agrupación era una fractal tetraédrica: de cada esfera salían tres ramas, rematadas a su vez por esferas de las que salían nuevos vastagos. Le recordaba una colonia de coral luminiscente, o una explosión congelada de fuegos artificiales.

¿Cómo se sostenía en el aire? O bien flotaba, o... aquellas superballenas habían dominado la antigravedad. Las esferas eran grandes, quizá de varios kilómetros de lado.

Conforme se acercaban, distinguió más detalles. Eran figuras menores y enigmáticas, de propósito ignorado: una especie de copas o parábolas transparentes, que se contraían y oscilaban como impulsadas por un invisible oleaje; varillas articuladas y bifurcadas; globos erizados de pequeños tentáculos; bloques romboidales de láminas superpuestas, como radiadores o condensadores de placas orgánicos... Lenov contemplaba todo esto como un niño en un almacén de juguetes.

Se acercaron a una de las burbujas; a través del muro resplandeciente, Lenov pudo atisbar algo de su contenido: plantas. Cada esfera era un invernadero, ocupado con lo que parecía una pequeña floresta. Bueno, ¿por qué no? Si aquellas criaturas respiraban oxígeno, necesitaban renovarlo.

Se preguntó cómo podrían entrar en aquellos glóbulos; no parecían haber escotillas ni cámaras de descompresión. La cuestión fue resuelta sin problemas por la *ballena* que les guiaba.

Simplemente pasó a través. El *Piccard* atravesó la pared impalpable y se halló flotando en aire.

Lenov soltó el aliento que había retenido. Le recordó el campo de fuerzas que mantenía bajo presión el hangar de la *Hoshikaze*. Sin duda se trataba del mismo artilugio.

—Semi —dijo al delfín—. Mucho ojo con el hidrógeno de las celdillas, o volamos en pedacitos.

El dirigible aterrizó suavemente sobre una gruesa alfombra de césped de un verde pardusco, rodeada de gigantescas cosas parecidas a árboles surrealistas.

Las superballenas aparecieron ante los oídos de Susana antes que ante sus ojos. Primero sintió la caricia de un eco-sonar, unas pulsaciones rítmicas. Luego una especie de jadeos silbantes, mezclados con los chasquidos, luego unos murmullos de baja frecuencia, como un hombre hablando en sueños.

El *Cousteau* estaba siendo arrastrado por una fuerte corriente, entre una zona y un cinturón. Aquellos seres aparecieron como una esfera de puntos, allá adelante, sobre las abullonadas nubes pardas. Poco a poco, el *Cousteau* se fue acercando. Las superballenas se limitaron a abrir su formación para dejarle sitio. No hicieron el menor gesto por acercarse. Susana trató de comunicarse, emitiendo varias llamadas que conocía.

Ahora, volvía a ser aquella chiquilla de doce años, escuchando las canciones de las yubartas, con los ojos cerrados. Pero los ruidos de Júpiter eran absolutamente distintos, y estaban creciendo brutalmente en intensidad... Intentó taparse los oídos, pero esto no era posible. Los estaba sintiendo a través de los sentidos del *Cousteau*, y no había forma de desconectarlos.

Aquellas gigantescas criaturas se abalanzaban sobre ella, como antes hicieron con Lenov. Y vociferaban inarmónicos retumbos que enturbiaban aún más su mente. Agobiada, sacudió la cabeza de un lado a otro. ¿Intentaban volverla loca? Aquellos sonidos penetrantes desgarraban sus oídos y su alma... Quería aislarse, evadirse de ellos, pero cada vez se introducían más, traspasando, rasgando, despedazando sus capas de conciencia, una tras otra...

Hasta que, repentinamente, cesó.

Y el horripilante estrépito se transformó en ritmo.

... el tiempo se a-r-r-a-s-t-r-a-b-a...

... una sensación de frescura, como cuando uno se sumerge en una piscina...

... la luz se volvió azulada. Las nubes habían adquirido un color más rico, más acentuado...

...un tentáculo culebreó hacia mí, fundiéndose goloso con mi mente...

me hundía en un pasadizo azul, recorriéndolo con rapidez...

Era como en ese viejo arte, el videoclip. Alguien bombeaba un centelleo de imágenes en mi mente. Me maravillé de que no me estallara la cabeza.

El Universo se desplegó ante mis ojos.

Grandes nebulosas oscuras se retorcían, gigantescas superamebas entrelanzándose en una danza macabra. Las ondas de materia interestelar las hacían comprimirse, con ocasionales destellos de supernovas, que enriquecían el medio interestelar con

elementos pesados. Algunas nubes adquirirían una forma casi esférica, contrayéndose lentamente y girando. Poco a poco, la rotación les daba forma de disco, condensándose, hasta que el núcleo central resplandecía. Estaba presenciando el nacimiento de los sistemas solares. Aquéllos debían ser los primeros momentos de la Galaxia, porque apenas había más que hidrógeno y helio...

Los colapsos gravitatorios de las nebulosas dejaban tras de sí una miríada de cuerpecillos helados. Los cometas, formando tenues halos en torno a los soles, que *** NO HAY *** no tenían planetas. Pero algunos cometas ya estaban ocupados.

Contemplé uno de ellos. Las formas vivientes que hormigueaban sobre su superficie eran tan extrañas como las figuras de un caleidoscopio.

Había grandes octaedros escamosos, con ocho grandes brazos rematados en fuertes garras, recubiertos de pequeños tentáculos traslúcidos. Otras veces adoptaban una simetría cúbica o tetraédrica, como si la Naturaleza no pudiese escapar de la esclavitud del cuatro. En ocasiones, la forma era de una gran esfera recubierta de losetas, con más de un centenar de largos brazos que se ramificaban una y otra vez. Incluso pude ver una especie de balón de fútbol recubierto de hexágonos y pentágonos, una alucinación de Buckminster Fuller.

¿Por qué no? La múltiple simetría era adecuada para un ser que vive en el vacío. Todas las direcciones son equivalentes.

Las cosas bullían en el hielo del cometa; y mi punto de vista saltaba de una a otra, como si lo contemplara todo a través de sus ojos. Vi una especie de elipsoide alargada, con una banda espiral de dientes de sierra recorriéndolo de un extremo a otro. A juzgar por sus movimientos de rotación, era una especie de cavador del hielo. Otro era una grotesca cosa con un caparazón en forma de paraguas. Debajo de él surgían gruesos apéndices flexibles, como pseudópodos o como pies de bivalvo, que palpaban y rascaban. Al parecer, todas esas formas dependían de la fuente de materias primas que era el hielo.

Comprendí que lo que veía no era en tiempo real. Las estrellas se movían lentamente en el cielo, las pocas nebulosas restantes cambiaban de forma como las nubes de la Tierra. Sin duda, el metabolismo de aquellas cosas era muy lento; la sangre circulaba por sus venas tan despacio como el hielo de un glaciar. Vi cómo algunas de aquellas criaturas «nadaban» en el hielo cometario. A su velocidad subjetiva, era un líquido y lo atravesaban como torpedos, moviéndose unos pocos metros por año. Periódicamente, las cosas emprendían viajes. Vi varias reunidas en una especie de colonia, como una carabela portuguesa, en el centro de una gran membrana plateada que debía medir un par de miles de kilómetros. Sentí un escalofrío al pensar en miles y miles de aquellas criaturas, extendiéndose de un cometa a otro, de una estrella a otra, a través de la Galaxia...

No vi nada que pudiera identificarse como tecnología. Las criaturas parecían

adaptar sus cuerpos para cumplir mil funciones. Algunos de aquellos seres actuaban como ordenadores, otros como paneles solares de cientos de kilómetros de diámetro, otros transformaban sus cuerpos en motores de fusión, semejantes a las naves marcianas.

Estaba de pie sobre un cometa, contemplando el carrusel de estrellas sobre mi cabeza, fijándome en una más brillante. Era admirar un volcán hirviente. Sentía algo indefinible: la excitación de estar rompiendo un tabú. Intriga, miedo, también fascinación.

Los «planetas de fuego» estaban prohibidos. Ésta era casi la única regla de aquella extraña comunidad. Y yo/la criatura cuya mente ocupaba ahora/estaba a punto de quebrarla.

Comencé a caer hacia el Sol. Caía y caía, como Alicia en el mundo del espejo; debía permanecer quieta para ir velozmente a otro lugar. A medida que el Sol me calentaba, me sentía rebullir, presa de una fiebre que me empujaba a salir del torpor helado. Recordé los hirvientes planetas que sólo había visto fugazmente y supe que serían míos.

Finalmente llegué a los grandes planetas gaseosos, estrellas fallidas; y desmenucé los cometas con los que había caído desde Oort, para procurarme un habitat donde pudiera cambiar, adaptarme a los pequeños mundos flamígeros que giraban abrazados al Sol.

Ya no conservaba conciencia del yo. Era una colmena, una colonia de coral, un conglomerado de uno en muchos.

Yo/nosotros flotaba/ábamos enorme sobre los tres mundos, derramando gérmenes y esporas, que cayeron y germinaron y rebulleron en el fango primigenio. Me extendí como una mancha de aceite sobre ellos.

Disfruté de la gloria del calor, del vértigo de las generaciones sucediéndose como las mareas...

Brevemente.

Cuando la paciencia de los dioses quedó colmada, su castigo fue fulminante. Aterrada/os hasta la médula, contemplé/amos cómo tres mundos eran alcanzados por una espada de fuego. Los cielos, la tierra y el fuego se mezclaron, los océanos hirvieron y el aire ardió y sobre los mundos se derramó una ardiente esterilidad.

Sobre mis planetas, la Creación había terminado en llamas, humo y silencio...

Pero no me/nos rendí/imos. No podía/íamos permitirme/nos pensar en la derrota. Había demasiado en juego; la pérdida completa del genoma, el exterminio... No, no debía/íamos pensar en eso.

Elaboré/amos un plan. Éste era de una escala tal, que superaba los límites de la imaginación humana. Un plan que había necesitado eones para cumplirse, pero

yo/nosotros estaba/abamos acostumbrada/s a pensar en esos términos. Volví mi/nuestra atención hacia la Tierra. Ahora era un mundo tenebroso, con el cielo vetado por enormes tormentas reticuladas por los rayos, y de las que caían cataratas de agua.

Gradualmente, el cielo aclaró, y la resplandeciente luz lo invadió todo. Plantas grotescas, deformes, elevaban sus hojas al sol, y entre sus enmarañadas ramas y troncos bullían formas escamosas, húmedas, estúpidas, crueles...

Los monstruos cambiaban de forma, como arcilla en las manos de un escultor. Se irguieron sobre patas como torres, bramando su desafío, abriéndose paso entre la maraña de ramas y enredaderas. Las bestias peleaban y yo/nosotros también, pues ahora soy/somos como ellas, todo escamas, mandíbulas, dientes, cuernos, espinas, placas. Poco a poco, como en una sinfonía inaudible e inacabable que hacía danzar a todos los seres, los monstruos cambiaron, perdieron los rasgos bestiales, convirtiéndose en Pájaro, Perro, Buey, Lobo, Ciervo, Mono, Hombre.

Los hombres crearon herramientas, edificios, barcos, leyes, imperios; fueron campesinos, magos, poetas, esclavos, adivinos, pastores, astrólogos...

Aumentaron en gran número, y con su peso abrumaban al planeta...

Y su magia atrajo nuevamente la ira de los dioses de más allá del cielo, indignados con su Enemigo, a medida que sus hijos aprendían a controlar su mundo...

¿Eres tú?

Susana jadeó. Luchó con todas sus fuerzas por recuperar el control, por regresar a su mundo.

Mientras el *Cousteau* derivaba entre las nubes de Júpiter, su único tripulante había caído en una especie de duermevela, ese instante indefinido entre el sueño y la vigilia, en el que aún se posee cierta capacidad de juicio racional. Su cabeza parecía palpar mansamente; unas suaves manos le estaban dando un masaje a sus pensamientos.

¿Eres tú?

—¿Qué...? ¿yo...?

La alucinación desapareció como una película bruscamente cortada. El contacto se retiró, como el tentáculo de un caracol al tocar algo desagradable. Al hacerlo, dejó tras de sí un espeso sentimiento de decepción, como el rastro plateado de una babosa.

Esa inmensa decepción se apoderó del pecho de Susana, oprimiéndoselo como una gigantesca mano. Sintió deseos de llorar, y se preguntó si aquello podía ser efecto de la sobredosis de *meta-éxtasis*. Estaba segura de que no.

Miró a su alrededor.

Abajo se deslizaba la envoltura de nubes, de un color que oscilaba del amarillo claro a tonos más saturados, dorados, anaranjados y azafrán, formando un trenzado

dibujo.

Y aquellas criaturas voladoras estaban bajo el *Cousteau*; lo estaban elevando, empujándolo hacia el transparente aire de las alturas.

A pesar de que su mente aún zumbaba, Susana logró reunir la suficiente frialdad para utilizar una diminuta paleta, rascar el lomo del monstruo y obtener una muestra de tejido.

De todas las cosas que Lenov había imaginado, nada le había sorprendido tanto como la realidad.

Estaba posado en un claro de una selva increíble. La abundante vegetación que le rodeaba era engañosa; la temperatura era casi siberiana. Era evidente que aquéllas no eran plantas normales.

Los árboles eran de troncos achaparrados, gruesos y cortos, una adaptación a la gravedad, sin duda. Sus copas se elevaban hacia un cielo totalmente fuera de lugar. Las feroces tormentas, los relámpagos y los truenos, omnipresentes en el ámbito joviano, se habían esfumado al atravesar el campo de fuerza. Las centellas seguían fulgurando en el cielo, cubierto de titánicas nubes; ningún sonido les llegaba.

Las hojas de los árboles eran de un pardo verdoso. Se preguntó si sería clorofila; en todo caso, poseía algún pigmento pardo, como las algas de gran profundidad. Quizá fuese una exigencia de la fotosíntesis. Tan lejos del Sol, deberían aprovechar muy bien sus rayos.

Otras plantas parecían trepadoras. Se aferraban a los árboles como serpientes, y supuso que era una solución a la falta de luz. Pero con aquella gravedad, ser una planta trepadora no debía ser una respuesta evolutiva muy práctica.

Se preguntó si las flores serían polinizadas por los insectos o por el viento. No advirtió criaturas voladoras de ninguna clase, pero eso no quería decir nada. Quizá los insectos polinizadores no volaban; la gravedad...

Tampoco habían herbívoros, o al menos, ninguno de tamaño visible. Lo cierto era que no tenía ni idea de lo que podía ser aquel sitio. Un tiburón podría sentirse desconcertado por un acuario.

Pensar en acuarios le produjo un ligero repeluzno. Sus amos pueden decorarlos con conchas, figuras de galeones hundidos, o buzos... Apartó aquel pensamiento. Siguió observando atentamente la selva, como un naturalista. No tenía nada mejor que hacer.

—*Cousteau a Piccard.* —Era la voz de Susana—. *Cousteau a Piccard. Por favor, Lenov, contesta.*

—Aquí *Piccard.* Te oigo, Susana... ¿Cómo es posible...?

—*Luego. Lenov, estoy rodeada por esos zepelines vivientes. No parece que hagan ningún gesto hostil.*

—Tampoco a mí me atacaron.

—*Me empujan, creo que en tu dirección. Sí, te tengo localizado.*

—¿Estáis cerca?

—*Creo que sí. En cualquier momento podré verte. O ver el... sitio en que estás. No hay duda, me están guiando hacia ti, el camino que llevamos coincide.*

El *Cousteau* atravesó el campo de fuerza y empezó a dar bandazos. La diferencia de presión entre un lado y otro del campo debía de ser monstruosa, pero Susana logró recuperar el control del dirigible sin demasiada dificultad.

—La atmósfera tiene un alto contenido en oxígeno —dijo Susana, en beneficio de la *Hoshikaze*—. Aún no he localizado visualmente a Lenov; el radiofaro me indica que está justo... ¡Ahí está, ya lo veo!

El *Piccard* tenía una estampa deplorable visto desde fuera, faltaba la mitad del casco, y los restos descansaban ladeados, enredados en una maraña de vegetación verde oscuro. Todo lo que le rodeaba era tan extraño que Susana decidió ignorarlo de momento.

Concentró su atención en el pecio, ¿cómo iba a sacarlos de ahí?

—Lo siento, Lenov no puedo posarme. —*Ya. Está bien, saldré fuera.*

En un campo de gravedad doble de la Tierra, cada movimiento es una tortura. Lenov había logrado salir del tanque de agua y arrastrase fuera del *Piccard*. Alzó con cuidado la cabeza hacia el dirigible que flotaba sobre ellos. Sintió una oleada de afecto hacia aquel artilugio. Era su única forma de salir de allí.

Flotaba a cincuenta metros sobre su cabeza, estaba muy cerca y también muy lejos. Susana había hecho descender un cable rematado por un gancho.

No estaba al alcance.

Lenov estiró el brazo hacia él, y desistió agotado.

—No puedo... es imposible —gimió.

—*Vamos, Vania* —apremió Susana—, *no te rindas ahora.*

—No me rindo, maldita sea... este traje está empapado, es demasiado pesado en esta gravedad, y el frío lo ha vuelto rígido como una tabla. No puedo moverme con una tonelada de hielo sobre mis hombros.

—*Pero...*

—Voy a quitármelo...

—*¡No!*

—Hay oxígeno, aunque la temperatura es baja; podré soportarla durante...

—*Puede haber algún gas letal, en pequeñas cantidades que el cromatógrafo no ha detectado, puedes contaminarte con microorganismos desconocidos...*

—Puede, puede... ¿Y tú me hablas de precaución? Sólo hay una forma de averiguarlo.

Lenov levantó la visera de su máscara, y respiró el aire helado. Oía muy extraño, una mezcla de creosota y estiércol. Y a algo más. Lenov había respirado multitud de veces la mezcla de oxígeno y helio, y tenía un sabor especial; los sonidos también se transmitían de un modo característico, todo sonaba más agudo, un poco más estridente. El ambiente era muy frío. Veinte grados bajo cero. Se le iban a congelar las... No tenía tiempo para gozar del panorama. Debía esforzarse en sobrevivir. Rápidamente se despojó del mono de lona, con excepción de las botas.

—¡Mierda, qué frío!

Debajo llevaba el traje de goma, le protegía algo del frío, pero no lo suficiente. Notó cómo el calor de su cuerpo escapaba con presteza, absorbido por el frío ambiente. No tenía mucho tiempo.

Se acercó a los restos del *Piccard* y liberó los cierres que sellaban la portezuela de acceso del delfín. El cetáceo le miró desde su extraña postura. Colgaba de lado, aún sujeto por los arneses. Todo lo rápido que pudo, Lenov aflojó las cinchas y el delfín quedó libre. No pudo evitar que cayera desde medio metro de altura, produciendo un ruido desproporcionado que asustó al ruso.

—¿Estás bien? —preguntó. Su propia voz sonó a sus oídos como la del pato Donald. Sin el ordenador, no podía contestarle. Se limitó a mirarle con tranquilidad.

Lenov se frotó el cuerpo con las manos. Tiritaba sin poder controlarse. Empezaba a notarse entumecido. El traje de goma también se estaba convirtiendo en una rígida armadura de hielo. Agarró al delfín por el arnés y tiró de él con fuerza. No se movió ni un milímetro. Volvió a intentarlo. Era un hombre corpulento, pero aquello era demasiado. ¿Cuánto pesaría el delfín en aquella gravedad?

Se dejó caer de rodillas; en realidad, apenas podía levantar sus propios miembros. Era como si cargase a otro sobre sus espaldas. El frío y la gravedad empezaban a apoderarse de sus músculos, sentía un extraño sopor. Pensó en salir de allí, en resguardarse en el cálido interior del *Cousteau*. Los ojos se le cerraban.

Se puso en pie, obligándose a despejarse. No iba a abandonar al delfín. Salió fuera. Sobre la maraña de vegetación, el *Cousteau* flotaba sobre su *cabeza*., rodeado por la incongruente luz de Júpiter. Lenov tomó su casco y habló por la radio. — Susana, dame cable.

El gancho empezó a descender hasta colocarse a su alcance. Lenov lo tomó y lo arrastró hasta el interior de la cabina del delfín. En la otra mano llevaba el casco. Se lo acercó al rostro y preguntó:

—¿Qué tal te encuentras, Semi? —*Tengo frío, Vania.*

—Yo también, yo también. Pero vamos a salir pronto de aquí.

Lenov sujetó el gancho al arnés y comprobó tirando que la sujeción era sólida.

—Muy bien, Susana, muy lentamente, empieza a recoger cable. ¡Más despacio, joder!

El primer tirón había sido muy brusco. Luego el cabo empezó a recogerse más suavemente. Lenov también empezó a tirar, para controlar el peso del delfín.

Cuando salieron al exterior, Lenov apenas podía respirar. El aire frío parecía quemar sus pulmones, le dolían las costillas por el esfuerzo, y tenía un sabor metálico en la boca. Estaba muy mareado, y durante un instante pensó que se iba a desmayar. Se aferró al arnés de Semi para no caer. —*Vania... Vania...*

La vocecilla de Susana le llegaba débil desde el casco; fue suficiente para hacerlo responder.

—Susana... —jadeó—, puedes subirnos. —*¿Te encuentras mal? Tu voz suena...*¹
—He estado en mejor forma...

—¡VANIA! ¡VANIA, POR FAVOR, RESPONDE! —vociferó alguien.

—¿Eh? —Lenov sacudió la cabeza. Estaba tumbado boca arriba, sobre el musgo helado. Su espalda era un bloque de hielo. El delfín estaba sobre él, colgando como de una cucaña; el pobre se agitaba inútilmente en su arnés.— ¿Qué pasa?

—VANIA, HAS PERDIDO EL CONOCIMIENTO. —La voz de Susana le llegaba estruendosa desde arriba. La etóloga había conectado los altavoces exteriores.

Lenov no quería oír, sólo deseaba descansar un poco, descansar...

—DEBES LEVANTARTE... PONERTE EN PIE —aullaban los altavoces, que añadieron casi sollozando—: ¡NO PUEDO SALIR A AYUDARTE!

A Lenov todo aquello le parecía una pesadilla. Con un esfuerzo sobrehumano logró incorporarse y se abrazó al delfín.

—Susa-sa-na, súbe-be-benos. —Los dientes le castañeaban sin que pudiera controlarlos. Le contestó otro aullido.

—NO, CAERÍAS ANTES DE RECORRER UN METRO. DEBES ATARTE.

—¿Q-qué...?

—DEBES ATARTE. ¿ME OYES? —bramaba Susana.

—Me est-t-tás destrozando los tímp-p-panos, claro que t-te oigo.

Un nuevo rugido cayó sobre él.

—ÁTATE AL ARNÉS DE SEMI.

Torpemente, Lenov obedeció. Usando las cinchas de su traje se agarró al cuerpo del delfín.

—List-t-to —dijo.

—¿ESTÁS BIEN SUJETO?

—Por lo que más quier-ra-ras, Su-u-sana, me est-t-toy ult-t-tracongelando. Sáca-nos de aquí.

Con un tirón brusco, el cable empezó a elevarlos. Lenov vio como el panorama empezaba a voltear locamente. Cerró los ojos con energía, y al abrirlos estaba en el interior del *Cousteau*. La portezuela de carga se cerró. Lenov se soltó y acomodó al delfín lo mejor que pudo. Aquello iba a ser difícil para él, tendría que soportar la

aceleración del despegue sin un lecho conveniente.

Lenov indicó a Susana que estaban listos, y empezaron los zarándeos.

Uno muy fuerte, cuando el aparato atravesó la burbuja de fuerza.

Después, una violenta aceleración y una sensación de caída. *Se ha desprendido del globo*, adivinó el ruso.

El aparato se estremeció como si lo hubieran dejado caer desde gran altura, y Lenov sintió que la vibración del motor sacudía hasta el tuétano de sus huesos. Apenas podía respirar, su hígado presionando contra su diafragma... La aceleración duró algo más de cinco minutos, y repentinamente, antes de perder de nuevo el conocimiento, sintió que estaban en ingravidez.

Lenov estaba en la enfermería de la *Hoshikaze*, tumbado boca abajo, sin otro acompañamiento que media docena de camas vacías. Tenía un pequeño televisor ante su barbilla. Contemplaba un concurso, grabado años atrás, en el que las víctimas, disfrazadas de elefantes, tenían que atravesar una especie de arenas movedizas. De vez en cuando salían unas chicas vestidas con muchas plumas. No logró enterarse de qué función cumplían en la marcha del programa.

—¿Cómo te encuentras hoy? —oyó a Susana tras él. Alzó la vista; le alegraba tener compañía.

—Bastante bien, con ganas de levantarme. Esta postura no es demasiado cómoda.

—Es una desventaja de la gravedad. Me temo que vas a tener que reunir algo de paciencia. —Ya lo sé.

—¿Sabes lo del padre Álvaro?

—Sí, Shikibu me lo contó. Es terrible, ¿qué explicación puede tener un acto así por parte de alguien como Álvaro?

—No lo sé. La realidad resulta demasiado dura para algunos...

Lenov miró desalentado la pantallita. Un individuo vestido de arlequín remaba en barca en una gigantesca cisterna de WC, diciendo algo sobre gérmenes.

—Aún no te he dado las gracias por lo que hiciste por mí —dijo volviéndose hacia ella.

—También lo hice por Semi —replicó Susana rápidamente.

Demasiado rápidamente, parecía una respuesta preparada. La etóloga acercó una silla y se sentó.

Lenov pensó qué clase de experiencia habría vivido en Júpiter. Apenas habló de ella, pero debió de ser muy perturbadora.

—Claro —dijo al fin—. Gracias por la parte que me toca. —¿Cómo van los injertos?

—Bien... creo. Fernández dice que tardarán una semana en afianzarse —contestó él torciendo el gesto.

Podía imaginar heridas más dignas para exhibir. Habían tenido que reemplazarle dos grandes discos de piel congelada en el nalgatorio, allí donde había permanecido en contacto con el helado suelo.

—Quería darte las gracias por las muestras biológicas. —¿Qué muestras biológicas?— La hierba que trajiste en los zapatos... —¡Oh! ¿Te ha sido útil?— Lenov apagó la pantalla. —Mucho. Tenemos reunión dentro de una hora y después transmitiremos la información a Marte. Pero antes quería contrastar contigo lo que voy a decirles. Creo que es justo, eres parte del equipo, y el hecho de que estés hospitalizado no...

—Gracias. —Lenov nunca hubiera imaginado que a ella pudiera interesarle su

criterio—. ¿Tienes idea de qué eran esas cosas?

Ella permaneció un rato pensando, como escogiendo las palabras.

—¿Sabes lo que es un agnato?

—No.

—Un pez sin mandíbulas de la Era Primaria. Período Ordovícico. Habitaron los mares de la Tierra hace quinientos millones de años.

—Ah...

—Esas criaturas eran una versión gigantesca de los agnatos —dijo Susana—. Obtuve muestras de su ADN mientras me transportaban. Existe una relación directa de esas criaturas con los vertebrados de la Tierra. Están mucho más cerca de nosotros que las criaturas que hallamos en el cometa.

—¿Has dicho el... Ordovícico?

Lenov no era un hombre culto, y aquella situación le superaba ampliamente.

—En esa época, toda la vida se concentraba en el mar —le explicó Susana—. En tierra seca, no había ni un miserable Herbajo.

»Era un misterio sin resolver. Los vertebrados aparecieron hace unos quinientos millones de años. Súbitamente. Nunca encontramos los eslabones que los unían con el resto del árbol filogenético. La rama de los vertebrados se corta hacia el Ordovícico. Antes de los agnatos, no existe nada más parecido a nosotros que un erizo de mar...

El ruso tenía el aspecto del que ha tragado un bocado que no puede deglutir.

—No entiendo nada. Lo siento, yo...

—Quería preguntarte algo.

—Dime.

—¿Crees que esas cosas que encontramos ahí abajo eran inteligentes?

Lenov meditó antes de responder.

—No lo creo.

—No lo crees, ¿por qué?

—Es difícil de precisar. Me ayudaron, sí, pero luego nos dejaron a Semi y a mi abandonados en ese lugar. No podían saber que ibais a ser tan locos como para intentar rescatarnos, y sin embargo ellos se contentaron con dejarnos varados. No me pareció una actitud muy inteligente. Habríamos muerto en pocas horas, y ellos se olvidaron de nosotros. Es únicamente una sensación, claro, me pareció que actuaban por instinto. Sin embargo, construyeron cosas como esas islas flotantes, por lo que deberían ser inteligentes... ¿Crees que la inteligencia se puede perder?

Susana meditó.

—En un medio como ése, quizá sí. La inteligencia es una respuesta a los desafíos del medio. Esa isla flotante... podría ser otro tipo de máquina biológica. Quizá se reproducen y se mantienen sin ayuda alguna.

—Sí, es posible. En cualquier caso, inteligentes o no, es indudable que no sienten el más mínimo interés por nosotros. No han respondido a nuestros intentos de comunicación.

Susana suspiró. Subió los pies al asiento y se rodeó las piernas con los brazos.

—Sí lo han hecho —dijo.

—¿Qué?

—Se comunicaron conmigo. Creo. Mientras pilotaba el *Cousteau*.

—¿Estás segura?

—Eso es lo malo, que no puedo estarlo... fue una experiencia extraña, creo que ellos me hablaron, gracias a mis sentidos de delfín, de alguna forma que no puedo recordar...

Lenov la miró interesado.

—¿Hablaron contigo?

—Es difícil de explicar... Eran como imágenes, sensaciones...

—¿Telepatía?

—No, no lo creo. Más bien un mensaje codificado en una multitud de canales. Como un poema en el que la temperatura, y el olor del ambiente, definieran algunas estrofas... No sé si me entiendes.

—La verdad es que no. Suena muy extraño.

—Me hago cargo.

—¿Recuerdas algo en concreto?

—Vi como los... *Primigenios* ocupaban la nube de Oort en los tiempos en que el Sistema Solar aún estaba en proceso de formación.

—¿Primigenios?

—Los he llamado así. Son una forma de vida casi incomprendible para nosotros... —Susana cerró los ojos, y se esforzó en recordar—. Habitantes del frío y la oscuridad... Quizá nacieron en algún gran cuerpo cometario. Aquellas primeras criaturas evolucionaron, y con el tiempo desarrollaron la inteligencia.

»Los Primigenios viven dondequiera que hayan cuerpos formados por hielo. Sus vidas son muy, muy largas y su metabolismo muy lento.

»Una de estas criaturas, o una familia de ellas, emigró al Sistema Solar exterior, crearon anillos de hielo en torno a los cuatro gigantes gaseosos, una reproducción exacta de su hábitat natural.

Observó a Lenov. El hombre absorbía sus palabras hasta la última sílaba.

—Esta criatura —continuó ella—, podemos llamarle *Taawatu*, tal y como quería Markus, se dedicó a experimentar. Gracias a su capacidad para alterar a voluntad su propio genoma, logró adaptarse a vivir en los planetas interiores...

»*Taawatu* había descubierto que la vida progresaba con rapidez en los mundos cálidos y con agua. Era natural, ya que disponían de energía solar en abundancia. Con

ello, y con su increíble plasticidad adaptativa, no habría límite a sus posibilidades. En un plazo de pocos millones de años, se transformó en las criaturas que poblaron la antigua Tierra, Venus y Marte.

»Aquello preocupó a los otros Primigenios. Tienes que comprender que son seres de reacciones muy lentas, cuya vida se cifraba en millones de años, casi inmortales. A sus ojos, era una plaga. Una infección. Un cultivo microbiano que podía escapar a todo control.

»*Taawatu* se había transfigurado en millones de criaturas que se reproducían aprisa, muy aprisa, e iban llenando los mundos cercanos al Sol, extendiéndose incontrolables. Temieron que la fecunda vida de los planetas cálidos sería una amenaza futura para ellos.

»Y decidieron erradicar la plaga. La Tierra, Marte y Venus fueron... *higienizados*.

Lenov sentía una extraña sensación de irrealidad. No podía imaginarse un lugar más inadecuado para una revelación como aquella.

—Lo que cuentas exige una noche de tormenta y una buena chimenea encendida —dijo. Pero Susana no tenía cara de apreciar la ironía—. Continúa, por favor.

—*Taawatu* sobrevivió muy debilitado al castigo. Pasó revista a sus fuerzas. Venus estaba por completo arruinado. Marte, además, había perdido gran parte de su atmósfera. Pero la Tierra... era un caso especial. Los Primigenios no lograron esterilizarla por completo; sobrevivieron bacterias y otros organismos procariontes, que, abandonados por sí solos, evolucionaron en eucariontes... ¿me sigues?

—Con dificultad, pero creo que sí.

—Cuando *Taawatu* decidió actuar de nuevo, ya había otro ciclo de vida actuando, en los mares. Y *Taawatu* realizó su jugada maestra: fue a la Tierra y se fraccionó. Se dividió en miles de subindividuos... —¿Los agnatos?

—Sí, de esta forma se instaló en la Tierra. Los subindividuos formaron un nuevo grupo de organismos: los vertebrados. Se transformó en un millón de formas diferentes, que se ajustaron a los nichos ecológicos de la Tierra.

»Yo ya había llegado a esta conclusión, creo que el padre Álvaro también lo había comprendido. Markus pensaba que la Humanidad fue creada por *Taawatu*... estaba equivocado, la realidad es más asombrosa aún: *Nosotros somos Taawatu*. —Dices que tú ya lo sabías.

—Había estado atando cabos, y la última transmisión de Markus me dio la clave. De repente lo comprendí todo, pero me faltaban pruebas. No esperaba obtenerlas de una forma tan extraordinaria.

—Pero ¿para qué...? ¿Por qué hicieron algo así? Se dividieron, se convirtieron en todos los animales de la Tierra...

—Sólo los vertebrados. Un refugio. Un asilo. O un camuflaje, si lo prefieres. *Taawatu* esperaba ocultarse, hasta alcanzar un número suficiente de individuos y ser

poderoso de nuevo. ¡Y entonces sería su momento! Había dejado en Marte armas y tecnología, suficientes para continuar su guerra cuando las condiciones fueran favorables.

»Mientras tanto, en la Tierra, sus entidades se reprodujeron y se extendieron por los mares. Evolucionaron en otras formas. Pasaron a vivir a la tierra seca.

»Pero, en algún momento, algo se perdió. —¿Qué se perdió? Susana se encogió de hombros.

—No puedo imaginarlo. Quizá *Taawatu* formaba una única mente colmena, quizá los subindividuos perdieron el contacto unos con otros. No lo sé; el caso es que *Taawatu* se fragmentó mentalmente. Perdió la conciencia de ser *Taawatu*. Olvidó su objetivo, y la vida evolucionó libremente en la Tierra hasta llegar al Hombre. El más estúpido de los descendientes de *Taawatu*.

»Ciegamente, nos aventuramos al espacio. Y allí estuvo nuestro error. Nuestro inconsciente error.

»En el pasado, los *Primigenios* habían contemplado cómo los insectos y los peces subían a tierra, cómo ésta se cubría de toscas plantas sin hojas, cómo los continentes se rasgaban y se abrían los océanos, cómo los parpadeos del Sol cubrían de hielo las superficies planetarias, cómo los peces convertían sus aletas en patas, sus escamas en plumas y pelo.

»Seres sin mente, nada que mereciera el interés de los *Primigenios*... Hasta que nosotros llamamos su atención.

—Provocando un nuevo y terrible ataque —completó Lenov.

—Ahí abajo habitan criaturas que son tal y como fue el *Taawatu* original. Han permanecido ahí silenciosos durante millones de años, ocultos en las nubes de Júpiter...

»Esperando nuestra llegada... esperando para reunirse con nosotros, para fundirse, para volver a ser la enorme criatura que una vez fue...

»Creo que eso es lo que intentaron hacer conmigo, pero fracasaron.

»Nosotros no recordamos ser *Taawatu*.

»La enorme criatura está amnésica y a merced de sus enemigos...

2038 d. C.

Mientras despachaba con su secretario, Enrique Kramer recibió la noticia de que se había detectado una docena de naves gigantescas, en órbita en torno a la Tierra. Si se estaba preparando una nueva irrupción, aquello representaría el principio del fin.

Unas horas después recibió la confortadora noticia de que eran marcianas. Bien, es posible que lo fueran, pero no estaba de más ser prudentes.

Cuando un pequeño transbordador se desprendió de una de las naves y penetró en la atmósfera, Kramer ordenó que se preparan las Fuerzas de Defensa.

La Tierra giraba perezosa bajo Santiago Casanova.

Realmente era terrible. Incluso desde la órbita se podía apreciar la magnitud del desastre. La Tierra era ahora un planeta diferente al que había conocido en su juventud.

En su lado oscuro apenas brillaban unas pocas y débiles lucecitas. En su lado luminoso, las zonas terrestres tenían un color amarillento enfermizo. La desertización se había apoderado del noventa por ciento del planeta.

Tras dar dos o tres vueltas al globo, entraron en la atmósfera. Una voz ladró por radio, indicándoles que se dirigieran a Europa Septentrional, hacia Lublin, sin desviarse en lo más mínimo, amenazando con derribarles si lo hacían. Como comité de recepción de la Madre Tierra a sus erráticos hijos, no estaba mal.

Siguiendo instrucciones de la torre, tomaron tierra en la ruinoso pista principal del astropuerto.

El aparato rebotó y vibró antes de detenerse. El piloto profirió un chaparrón de palabras en su idioma; Casanova reconoció *obutsu* (inmundicia), *gaichú* (insecto maligno) y *sai-chijin* (estúpido en grado superlativo), obviamente dirigido al controlador de vuelo.

En japonés no existen las palabrotas, pero el piloto parecía dispuesto a remediar esta carencia.

Por el asfalto, agrietado y hundido en parte, surgían manojos de hierba formando intrincados dibujos. *Sería ridículo*, consideró Casanova secándose el sudor, *que tras recorrer tan largo camino fuéramos a rompernos las narices en este lugar*.

Cuando el piloto calculó que el escudo ablativo se había enfriado lo suficiente, abrió la portezuela y Casanova respiró el aire libre de la Tierra.

El comité de recepción le estaba aguardando.

En un amplio semicírculo en torno al transbordador se habían ido situando varios carros blindados, piezas de artillería de campaña, camiones, transportes oruga; por todas partes habían hombres camuflados, parapetados o simplemente tendidos en el suelo. Sus no muy lucidas ropas eran tan diversas que, más que uniformados, estaban

multiformados. Sus armas comprendían ametralladoras, subfusiles, fusiles de asalto, morteros, rifles con teleobjetivo, bazokas, lanzagranadas, pistolas, revólveres, escopetas... Sus razas eran tan dispares como su armamento y sus ropas; había caucasianos, asiáticos y árabes.

Un tanque cercano apuntaba justo al estómago de Casanova. Levantó las manos y dijo la frase de rigor:

—Llebadme ante vuestro jefe.

No le hicieron mucho caso. Dos tipos de aspecto hirsuto se acercaron y dijeron: *levantad las manos*, sin fijarse en que, tanto Casanova como el piloto, ya las tenían levantadas, y: *bajad de la nave*.

Ambos descendieron con dignidad por la escalerilla, sin bajar las manos. Fueron cacheados de pies a cabeza. Acto seguido, un vapuleado camión militar escoltado por jeeps, les condujo hasta Varsovia. En la caja les ¿escoltaban? varios soldados con el armamento listo, aunque aquellos tipos se apartaban de los dos hombres como si éstos fuesen a explotar, o a salirles tentáculos en cualquier momento.

—¿Podemos bajar los brazos? —preguntó Casanova.

—No —dijo un árabe de mirada recelosa, con un rifle automático entre los brazos.

—Tenga cuidado, que las carga el diablo. —Casanova señaló al arma.

El tipo aferró su fusil, como si un sargento de Belcebú se hubiese presentado a revisar el cargador.

Llegaron a su destino, tras recorrer kilómetros de carretera vapuleada. Casanova advirtió que, en varios lugares, habían brigadas de trabajo parcheándola con asfalto traído a brazo. Por fin, una ciudad apareció a lo lejos.

La Varsovia que recordaba había desaparecido por completo, dejando únicamente unos campos de cascotes. Sólo los nazis fueron destructores más conciencudos que los *Primigenios*.

En su lugar, se había construido una ciudad de casas prefabricadas, nueva pero nada atractiva. Se trataban de módulos de forma más o menos prismática, que encajaban uno sobre otro como un juego de construcción. Todos iguales; pudieron ver ropas colgadas en los balconcitos, y gente asomada para ver pasar el convoy.

—No parece un paraíso —comentó el piloto—, pero al menos ha quedado atrás lo peor del infierno.

—Lo que ha caído aquí es el fuego del infierno, sí.

—En mi país, conocimos ese infierno por primera vez. En 1945.

—Ya.

No llegaron a entrar en la ciudad; se desviaron, tomando una senda apenas asfaltada que les llevó hasta unas instalaciones que tenían todo el aspecto de un cuartel militar.

Casanova y el piloto fueron entregados a un grupo de soldados que esperaban junto a las puertas de entrada. Los dos grupos hablaron entre ellos en una jerga mezcla de ruso, árabe y japonés, mientras conducían a los dos hombres hasta uno de los barracones. Una vez allí, se olvidaron de ambos durante un par de horas. Al parecer no tenían muy claro qué hacer con ellos.

Pasado este tiempo, un hombre con las insignias de coronel, entró en el barracón acompañado de dos guardias. Se dirigió a los recién llegados en ruso:

—Soy el coronel Antón Petrovich Andreiev. ¿Necesitan alguna cosa?

Casanova suspiró.

—Varias cosas, coronel. Primero, algo de comer, si no le importa.

—Les traerán comida. ¿Qué más?

—Segundo, hablar con quien esté al mando de esta fuerza.

—Estamos aguardando instrucciones. Esperen aquí.

Y esperaron.

La espera duró la mitad del día. Les trajeron pan, agua, un par de platos de lentejas guisadas con carne, y unas manzanas arrugadas. Casanova se preguntó si los musulmanes de aquella fuerza comerían lo mismo; la carne parecía de cerdo.

Por fin, vieron llegar un gran cóptero con las insignias blancas y amarillas del Vaticano pintadas en sus flancos.

Se acercó un hombre, vestido con pantalones grises y camisa de manga corta, rodeado por un pequeño séquito. El coronel se cuadró.

—Su Santidad Alejandro IX —dijo como presentación.

El Papa sonrió.

—Bienvenido a la Tierra, Jaime. Coronel, puede suspender la vigilancia sobre estos hombres —dijo Enrique Kramer.

Una vez a solas, Kramer simplemente dijo:

—Así que... habéis vuelto. Al fin.

Casanova asintió.

—La verdad es que la bienvenida no ha sido demasiado cálida.

—¿Qué esperabas? Recientemente hemos tenido algunos problemas con *Monstruos llegados del Espacio Exterior*. Nos hemos vuelto muy cuidadosos con lo alienígena. Pensé que lo sabíais.

—Algo he oído.

—Ésa es la frase más modesta que te he oído decir en mi vida.

Kramer guió a Casanova al interior del enorme cóptero. Descubrió con sorpresa que la bodega de carga del aparato había sido transformada en una oficina.

Kramer cerró la puerta tras él y se sentó a su mesa. Aquel lugar parecía una cancillería, atiborrada con terminales, impresoras, fax, teléfonos, fotocopiadoras,

equipos de imagen virtual...

—Estás en mi puesto móvil de mando —explicó Kramer—. Mi oficina ambulante. En los tiempos que corren, hay mucho que organizar y poco tiempo.

Al menos una docena de teléfonos tenían luces encendidas.

—¿Puedo preguntar cómo...? —dijo Casanova.

—¿He llegado aquí? Bueno, era uno de los pocos cardenales que quedaron tras el Exterminio... no había muchos donde elegir.

—Comprendo.

—No, no comprendes —dijo Kramer—. No hubo una elección por otros cardenales. Me eligió un consejo ecuménico de obispos.

—Eso no es lo establecido por la tradición eclesiástica.

Kramer se encogió de hombros.

—Para empezar, no quedaban cardenales ni para llenar un taxi. Así que les dije: no podemos decidir el futuro de la Iglesia. Debemos recurrir a una base más amplia. Tan pronto como logramos restablecer las comunicaciones, reunimos a todos los obispos que pudimos, y les dijimos que los sucesores de los apóstoles eran ellos y que la decisión era suya.

—Y decidieron elegirte a ti —dijo Casanova—; quiero decir, a Su...

—Oh, está bien, dejemos el protocolo de lado —sonrió—. Me pone nervioso que se dirijan a mí en tercera persona. Siempre pienso que hablan de otro.

—De acuerdo.

—Y... vamos al asunto. ¿Dónde habéis estado escondidos estos últimos años? —preguntó Kramer. La pregunta estaba hecha en forma juguetona, pero Casanova percibió el acero bajo la seda.

—Hemos tenido mucho trabajo transformando a Marte en una colonia viable.

—Y ahora os habéis acordado de nosotros. ¿Te imaginas lo que fue mi situación aquí? Me enviaste para ayudar a los terrestres, y luego nos olvidasteis. Hubo momentos en que los terrestres odiaban todo lo relacionado con Marte. Incluso temí por mi vida.

—Veo que supiste guardarla muy bien.

—¡No gracias a vuestra ayuda! —restalló Kramer.

—Han sido tiempos difíciles para todos, Santidad. Al principio calculamos que las colonias marcianas tendrían potencial suficiente para salvarse, y salvar la Tierra. Nos equivocamos. A pesar de todo lo que íbamos encontrando en las pirámides de Elysium, lo pasamos realmente mal. Dependíamos de la Tierra en demasiadas cosas, más de las que admitimos en un principio. Nos replegamos y luchamos por nosotros mismos. Pensamos que si Marte no sobrevivía, difícilmente lo haría la Tierra.

—Y ahora habéis regresado, con más naves, y más tecnología marciana. Bien, Dios sabe que la necesitamos.

—Con naves como ésas —Casanova señaló con el pulgar el cielo—; son enormes, en su interior hay hábitats acondicionados para recibir a miles de personas.

Kramer se inclinó sobre la mesa. —¿Y armamento? Necesitaremos todos los robots de combate que podáis proporcionarnos. Hemos rechazado el ataque, y esos demonios no nos olvidarán.

—Entiendo. Pero ahora sabemos que luchar por este planeta resultará inútil...

Y, ante su cara de perplejidad, Casanova, empezó a contarle toda la historia.

Kramer la escuchó en silencio, con los ojos semicerrados y la frente apoyada en su mano derecha. Su rostro no reflejaba ninguna emoción.

Casanova se preguntó hasta qué punto comprendía lo que le estaba diciendo, y hasta qué punto lo creía.

—*Todos nosotros somos Taawatu* —resumió—. Tú, yo, el más miserable de los ratones. Todos los vertebrados hemos evolucionado a partir de esta criatura, y estamos en guerra con los *Primigenios*... la civilización de la nube de Oort. Una guerra que empezó hace más de quinientos millones de años. Y, por fin, tras millones de años de aislamiento, en Júpiter, hemos restablecido el contacto con una parte de *Taawatu*.

Había anochecido, y Kramer encendió la luz del escritorio.

—Es una historia inconcebible —suspiró.

—Lo sé. Pero los acontecimientos que hemos sufrido no dejan lugar a dudas. Los *Primigenios* no dejarán nada al azar. No pararán hasta haber exterminado todo rastro de vida en los planetas interiores.

—Pero nosotros no recordamos ser... ¿cómo has dicho?, *Taawatu*.

—Sólo recuerdos nebulosos. La mente es como un gran holograma. Si rompemos el negativo de un holograma en pedacitos, cada trozo seguirá conteniendo toda la información. Pero mucho menos detallada. Esos recuerdos vagos han dado origen a todas las religiones.

—Tal y como Markus sospechaba.

—Sí. La guerra entre el Bien y el Mal, entre las Fuerzas de la Luz, y los Señores de la Oscuridad.

Kramer se removió incómodo en su silla.

—Me estoy imaginando cómo quedaría eso hecho público.

Casanova le miró con sorpresa.

—Eso no tiene demasiada importancia, ¿no crees?

—Oh, la tiene; no lo dudes, la tiene. —Kramer sonrió con tristeza—. El Exterminio ha avivado el fervor religioso en todo el planeta. El Fin del Mundo ha llegado, y los supervivientes se preguntan qué sucederá a continuación.

Empezó a contar con los dedos.

—En este campo, la Iglesia es desafiada por grupos y sectas que surgen por

doquier entre las cenizas de la destrucción. Como los Antimaterialistas, que sostienen que la materia es una ilusión y la antimateria la verdadera realidad.

»O la Iglesia del Agujero Negro Auténtica, que sostiene que Dios está encerrado en un agujero negro... Tengo entendido que reconocen como santo a Stephen Hawking. Un punto de vista rebatido por la Iglesia del Agujero Negro Reformada, que sostiene que el universo es un agujero negro y Dios es el universo, lo que les hace propicios a ser acusados de panteísmo.

»¿Me he olvidado de alguna? Oh, sí, la Iglesia de los Días de la Antimateria, una de las muchas que afirman que la Tormenta de Positrones no es ni más ni menos que el Juicio Final.

»No menos hostiles son los Neognósticos, que afirman que la materia es vil, y la antimateria posibilita la purificación del Cosmos caído por una creación defectuosa... y, bueno, la lista se haría interminable.

»Como ves, interpretaciones esotéricas sobre lo que está pasando no nos faltan. Y ahora tú llegas con una más. Bien, ¿por qué no?

—Enrique, lo que te he dicho es la verdad.

Kramer agitó una mano como si quisiera espantar las imágenes que se formaban en su mente.

—¿La verdad? ¿Qué es la Verdad? Es una historia fascinante, desde luego, pero en estos momentos tengo otras prioridades, debemos ocuparnos de la reconstrucción de este planeta. Si esos *Primigenios* nos odian tanto como dices, imagino que no tardaremos en tener noticias tuyas.

—¿Estoy en lo cierto, Jaime? ¿Seguiremos contando con vuestra ayuda?

—Sería inútil.

—¿Qué quieres decir? —La mirada de Kramer no era en absoluto amistosa.

—Es imposible defender un planeta como la Tierra —explicó Casanova—. Es una trampa ciega para la vida y la inteligencia. En la nube de Oort, los *Primigenios* se extienden sobre un billón de mundos del tamaño de una montaña. En los planetas nos hacemos como microbios en el fondo de un tubo de ensayo. Y es muy fácil destruir ese tubo.

—¿Qué podemos hacer, entonces? —preguntó el religioso con voz sombría.

—Emigrar.

—¿Puedes ser más concreto?

Casanova tomó aire y se dispuso a explicar el plan que habían elaborado en Marte.

—No podemos hacer nada, porque un planeta es muy vulnerable. A partir de ahora, la humanidad está a merced de los *Primigenios*. Saben que estamos aquí y pueden atacarnos de nuevo. Quizá no inmediatamente, pero lo harán.

»En cambio, una humanidad dispersa en el cinturón de asteroides, por ejemplo, es

un blanco más difícil —hizo una pausa—. Incluso, en el futuro, podemos pensar en devolverles el golpe.

Kramer se levantó y observó por la portilla. El crepúsculo había caído, y a lo lejos brillaban las débiles luces de la nueva Varsovia.

Aspiró el viento de la noche.

—Es una propuesta muy fuerte —dijo Kramer—. ¿Crees en todo eso?

—Firmemente. Por eso he viajado a la Tierra en persona. Necesitaremos tu colaboración. No será una tarea fácil.

—¿Me estás diciendo —dijo sonriendo sardónicamente— que la humanidad debería emprender un largo éxodo por el desierto interplanetario a la espera de alcanzar una hipotética *tierra prometida*?

—Lo único cierto —dijo Casanova— es que los *Primigenios* no descansarán hasta haber exterminado a *Taawatu*.

—¿Qué sentido tendría la vida lejos de la Tierra? Estamos unidos a este planeta, él forma parte de nuestra misma esencia como seres humanos.

—Si queremos sobrevivir, tendremos que adaptarnos a la nueva realidad.

—¿Sobrevivir como qué? Si tenemos que transformarnos en algo diferente, perder nuestra Tierra, y nuestra humanidad... Quizá no valga la pena el esfuerzo.

Kramer seguía junto a la portilla, mirando las lejanas luces.

—Te envidio, Jaime —siguió diciendo—, eres un hombre de fe. Yo, en cambio, ya me ves, soy un hombre de poder. Soy el pastor de todas estas ovejas —abrió los brazos como si quisiera cobijar bajo ellos al mundo entero—, y ni siquiera sé que es lo que creo. Y lo que acabas de contarme, no me ha aclarado cabalmente las ideas...

—Es la verdad. Está... *siempre* ha estado en el fondo de nuestras mentes.

—Es otra religión, te guste o no —dijo Kramer con tozudez—. Has venido a mí como el *Enviado de los Dioses*, y pretendes que te entregue a mi rebaño.

Kramer le hizo una señal; Casanova se acercó a la ventana.

—Contempla ahí afuera. No hace mucho era un mundo yermo. ¿Puedes imaginar lo que he combatido, día a día, para levantarlo?

»Y esto lo hemos hecho en sólo unos pocos años. Muy pocos. Parece imposible, pero esos hombres de ahí tienen fe. Fe en mí.

»Ya no hay guerras entre nosotros. Todos los pueblos de la Tierra trabajan unidos con la única idea de la reconstrucción en sus mentes... Todo esto, en unos pocos años. Dame armas y tiempo, y arrojaré a esos demonios al Averno helado al que pertenecen.

Descorazonado, Casanova bajó los brazos. Había esperado algo así.

—Si fracasas, toda esa gente morirá... —Le miró directamente a los ojos—. Morirán porque confiaban en ti, Enrique.

El Papa echó su cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—Mira a tu alrededor, Jaime. Han surgido miles de sectas, entre los escombros de este planeta devastado. Todas afirmando ser portadoras de la verdad, todas intentando atraer a la gente a su ideal de Universo. Sal y dile a la humanidad que hay un largo camino allá fuera. Veremos a cuántos logras convencer... —Le lanzó una larga mirada desafiante—. Si fracasas, no habrá más culpable que tú.

2045 d. C.

Susana desplegó con avidez sus nuevos sentidos.

La nave, de la que ahora formaba parte íntima, caía mansamente hacia Neptuno. El último gran planeta del Sistema Solar, quizá la llave para desentrañar los oscuros detalles de la guerra entre los *Primigenios* y *Taawatu*.

Entre los Primigenios y nosotros, pensó.

Efectuó una ligera corrección en su trayectoria de acercamiento, con la misma facilidad con que un delfín daría un ágil coletazo. La nave formaba parte de ella, sus sentidos eran los suyos, sus motores de fusión eran poderosas aletas con las que podía nadar en el vacío con la misma perfección que un delfín atravesando las aguas.

Su viejo sueño se había cumplido al fin.

Mientras se acercaba, sus *sentidos* realizaron interferometrías, espectrometrías y radiometrías infrarrojas, calculando el balance energético del gigantesco mundo azul verdoso.

Era un planeta prometedor. Con un diámetro ligeramente menor que el de Urano, era, sin embargo, mucho más denso; lo que indicaba una mayor cantidad de materiales pesados. Si *Taawatu* se había instalado allí en primer lugar, habría dispuesto de los materiales necesarios para empezar a proyectar su rebelión.

Sí, tal vez había empezado todo en aquel lugar.

Se dirigió hacia los sutiles anillos del planeta, preparándose para lanzar las sondas.

La misteriosa Mancha Azul ya era claramente visible.

La Mancha empleaba unas 18 horas en dar la vuelta a Neptuno, extendiéndose ente los 30 grados de latitud Sur, y los 35 grados de longitud. Era un diez por ciento más oscura que su entorno. Los científicos pensaban que podría tratarse de un gran huracán, similar a la Mancha Roja de Júpiter. Pero semejante turbulencia atmosférica no podía ser atribuida a la débil radiación del lejano Sol, sino a alguna extraordinaria fuente de calor interna. ¿Artificial quizá?

En cualquier caso, allí había algo que merecía investigarse.

La enorme nave, que Susana había bautizado como *Nadadora*, estaba diseñada para ser pilotada por un único y solitario ser humano: ella. Pero, a pesar del gigantesco y estéril vacío que le rodeaba, por primera vez en su vida, no se sentía sola. Sus amigos: Lenov, Yuriko, Shikibu y los demás, esperaban en Marte. Trabajaban en un gran proyecto: salvar a la población de la Tierra de un futuro ataque de los *Primigenios*.

La humanidad (o, al menos, una parte de ella) se instalaría en el cinturón de asteroides; en pequeñas comunidades, muy separadas entre sí, donde evolucionarían adaptándose a su nuevo entorno, haciéndose prácticamente inmunes a los ataques de los *Primigenios*. Los delfines también sobrevivirían como mensajeros, viajando

continuamente entre aquellos diminutos mundos.

Pero esto era sólo el principio.

Ahora sabían que todas las formas de vida superior en la Tierra poseían algo de *Taawatu*; eran como pedacitos de un gigantesco mosaico que, algún día, se reconstruiría por completo. Ni el más pequeño pez, anfibio, o reptil podía despreciarse; quizá sus genes contendrían una información valiosísima para la supervivencia. Todo el enorme campo morfogenético que era la Tierra debía preservarse para el futuro.

Una vez más, en el legado de las pirámides de Marte se halló la solución: algún día construirían una gigantesca Esfera Dyson para albergar todo el inmenso cuerpo de *Taawatu*.

El poderoso campo magnético de Neptuno la sacudió como una turbia marejada, y volvió a concentrar toda su atención en el planeta.

2050 d. C.

Ona atravesó la cámara con un fluido movimiento, deslizándose por el interior de la nave ingrávida con la gracia inconsciente de un habitante de los mares. Sandra la contempló entre admirada y orgullosa: su hija-hermana clónica, Ona, era una fiel copia de sí misma cuando tenía once años. Pero ella jamás había tenido semejante gracia en sus movimientos.

Las sutiles alteraciones promovidas por la genética la había transformado en una criatura del espacio, mucho más de lo que la propia Sandra llegaría a ser nunca. Pero el camino continuaba. Como artistas, los genetecs de Marte jamás estaban satisfechos.

Sandra se preguntó a qué se parecería la humanidad del futuro. *Cuando el medio cambia, los cambios en el ser vivo son siempre bien recibidos*, pensó. Ona y otros como ella serían la Nueva Humanidad, los moradores del eterno mar del espacio.

Ona se detuvo a su lado (¿cómo lo hacía? Sandra no había visto que se asiera a nada). Acarició con ternura los cortos cabellos castaños de su hija-hermana. Era su propia imagen, hermanas gemelas con veinte años de diferencia. A aquella edad, recordaba Sandra, todo era nuevo, y Ona vibraba de excitación. Dijo con voz aguda:

—¿Has visto ahí fuera, Sandra? Hay hogares esperándonos.

Ambas se acercaron a las portillas. Sandra contempló el asteroide carbonoso cubierto por una frondosa pelusa verde-plata.

Árboles de muchos kilómetros de altura rodeaban al minúsculo mundo, tendiéndose en el vacío como un bosque de hadas. Otro regalo de los extintos marcianos. La base biológica imprescindible para proyectar la construcción de una Esfera Dyson.

—Los baobabs lo han invadido —murmuró Sandra con una risa ahogada.

—¿Cómo dices? —preguntó Ona.

—Recordaba un libro que leí a tu edad: *El Principito*.

—No lo conozco. ¿De quién es?

—De Antoine de Saint-Exupéry. Un preespacial. Un aviador terrestre.

—¿Un aviador?

—Un hombre que pilotaba aviones. Ya sabes, aparatos para volar.

—¿Aviones? ¿Un hombre que *volaba*? —Ona hizo un gesto de horror—. *¿En un planeta?*

—Sí, aviones —explicó Sandra—. Aparatos con alas que aprovechaban el flujo de aire producido por un motor de hélice. El efecto Bernoulli...

—Ahh. Eso. Ya recuerdo. —Se estremeció—. Volar sobre el suelo expuesto a caer. ¡Por *Taawatu*, debía ser muy valiente!

—Los aviadores lo eran entonces. Hoy en día es más seguro, creo. Muchos terrestres viajan por aire.

—¡Los *ajolotes* están locos!

Ajolote, pensó Sandra con una sonrisa. Una palabra tex-mex. Así es como la gente del espacio había empezado a llamar a los terrestres que se negaban a abandonar la Tierra. Un ajolote era una especie de salamandra mejicana incapaz de adquirir pulmones. El ajolote permanecía toda su vida respirando por branquias, era un embrión que nunca se desarrollaría.

—Saint-Exupéry fue un pionero —le explicó Sandra a su hija-hermana—. Si viviera hoy, sería piloto espacial.

—Debió ser un personaje fascinador. ¿Qué decía en el libro sobre los, cómo se llaman, babosabs?

—«Baobabs». —Sandra frunció el ceño, recordando—. Decía: «*Eran las semillas de baobabs. El suelo del planeta estaba infestado. Y si un baobab no se arranca a tiempo, ya no es posible desembarazarse de él. Lo perfora con sus raíces...*» Había un dibujo del autor, un asteroide rodeado por las raíces de tres gruesos árboles, creciendo en tres direcciones distintas.

Observó de nuevo por la portilla. Allí se habían convertido en realidad las fantasías del piloto escritor.

O casi. Los árboles reales eran muy delgados en relación a su longitud; Saint-Exupéry había dibujado gruesos troncos, totalmente inútiles en la casi nula gravedad. ¿O había sido un efecto estético deliberado?

A fin de cuentas, no debía ser tan ignorante; aunque en su época aún no habían llegado a la Luna, sabían lo bastante sobre los asteroides.

En la Tierra, los verdaderos árboles asteroidales se habrían derrumbado como un manojo de espaguetis cocidos, aparte de que la savia no hubiera podido llegar al ápice. Allí crecían tan libres de peso como algas. Desde lejos, el asteroide semejava una patata de la que brotasen tallos.

Las grandes hojas, del tamaño de una antena de radar, atrapaban eficientemente la débil luz solar, y producían enormes cúpulas esféricas repletas de aire, calor y luz. Sus nuevos hogares.

—Tengo que llamar ese libro del banco —decía Ona manipulando su microordenador—. ¿Antoine de Saint qué?

Las seis familias de colonos se reunieron en la cavidad central de la nave. Era la guardería, la sala de reuniones, y también la protección contra las tormentas solares: una gran cámara esférica de veinte metros de diámetro. Junto a la pared estaban los arneses de los que colgaban los más pequeños. Los niños mayores y los adolescentes se ocupaban de cuidarlos, mientras las familias se reunían en consejo.

Rodrigo y Khira, aún vestidos con las pesadas armaduras de vacío, ocupaban el centro de la esfera de cuerpos. Parecían dos obesos caballeros medievales rodeados de ninfas y faunos; los demás asistentes estaban desnudos, excepto Cleo, que llevaba

un complicado vestido de seda iridiscente. Sandra la miró con disgusto. No podía soportar sus excentricidades y su aire de importancia; habían tenido sus roces y ahora procuraba evitarla todo lo posible. Cosa nada fácil en el espacio cerrado de la comunidad.

—Los hábitats se encuentran en perfecto estado —decía Khira, alegre—. Hemos entrado en una de las esferas. Media atmósfera de presión y veintisiete centígrados de temperatura, según los instrumentos. Atmósfera respirable.

—¿Y la habéis respirado? —preguntó Cyon.

—¡Por supuesto! —Rodrigo se hizo el ofendido—. Nuestras narices corroboraron las lecturas. Amigos, ¡ya tenemos alojamientos!

Sus compañeros vitorearon. Tod rodeó a Sandra con su brazo y la atrajo hacia sí. Por un momento recordó a Lucas y Karl, que habían elegido quedarse en la Tierra, un planeta en el que no habían nacido, y luchar por ella. Aquel recuerdo la emocionó más de lo que jamás hubiera imaginado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Tod mirándola a los ojos.

Ella le besó y colocó su mano sobre el abultado vientre del hombre. En el peritoneo artificialmente modificado seguía creciendo el hijo de ambos. Pronto sería trasplantado por medios quirúrgicos al útero de Sandra, donde transcurrirían los últimos tres meses de desarrollo.

Sandra se sintió radiante de alegría. Ona había sido únicamente suya, pero el niño era de ambos.

¡Y nacería en su nuevo hogar!



JUAN MIGUEL AGUILERA.

(nacido en Valencia en 1960) es un escritor de ciencia ficción. Se formó como diseñador industrial, aunque destaca por su importancia dentro de la ciencia ficción española.

Sus primeras obras están escritas en colaboración con Javier Redal. Son historias enmarcadas en la ciencia ficción dura (hard) y ambientadas en La Saga de Akasa-Puspa. La recreación de mundos y ambientes es muy consistente y detallista. Mundos en el abismo y sus continuaciones Hijos de la eternidad y Mundos y demonios combinan una trama típica de Space Opera con elementos de ciencia ficción hard.

El refugio muestra una gran influencia científica en biotecnología, bioquímica, comunicación entre especies o en evolución.

También ha colaborado con el conocido autor Rafael Marín Trechera.

En su obras en solitario deja en un plano secundario los detalles más estrictamente científicos y mezcla elementos de fantasía, en un género que él mismo califica de "historia especulativa". También ha participado como guionista de la película Náufragos y en el cómic Avatar.

Como ilustrador ha elaborado numerosas portadas para libros de ciencia ficción.

Ha recibido los premios Ignotus, Alberto Magno, Imaginales de la ciencia ficción francesa, Bob Morane de Bélgica, y Juli Verne.

Entre los años 2000 y 2002 fue el presidente de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror.

Bibliografía

Novelas

Mundos en el abismo (1988)

Hijos de la eternidad (1990)

El refugio (1993)

En un vacío insondable (1994)

La locura de Dios (1998)

Contra el tiempo (2001)

Mundos en la eternidad (2001) (versión revisada de Mundos en el abismo e Hijos de la eternidad)

Stranded : naufragos (2001)

Rihla (2003)

Mundos y demonios (2005)

El sueño de la razón (2006)

La red de Indra (2009)

La Zona (2012)

Oceanum (2012)

Novela corta

En un vacío insondable (1994)

Relatos

Sangrando correctamente (1981)

Ari, el tonto (1992)

Maleficio (1995)

El bosque de hielo (1995)

Semilla (1998)

Hardcore (1999)

Todo lo que nadie pueda imaginar (2005)

Dos niños jugando (2006)

Comic

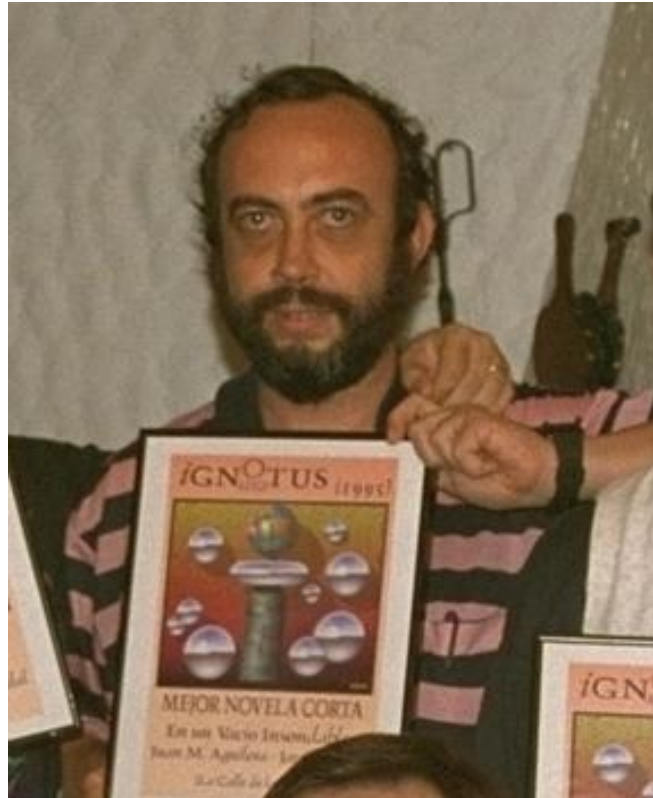
Avatar: Un regard dans l'abîme (2003)

Avatar: Griffes dans le Vent (2004)

Avatar: Les fissures de ma caverne

Road Cartoons (1998)

GOG (2000)



JAVIER REDAL.

Nació en Valencia, allá por 1952. Es licenciado en Ciencias Biológicas y hoy por hoy es profesor de BUP/ESO y aquello.

Su principal afición es leer y escribir sci-fi, y navegar por Internet y Fidonet. Es un apasionado de Star Trek y, así, como quien no quiere la cosa, se ha convertido en uno de los mejores (si no el mejor) especialistas españoles en Babylon 5.

Según la Guía de Lectura de Miquel Barceló es, en colaboración con Juan Miguel Aguilera, uno de los primeros autores españoles en cuidar el aspecto científico de sus obras, al más puro estilo del hard anglosajón.

Bibliografía

Novelas

Mundos en el abismo (1988)
Hijos dela eternidad (1990)
El refugio (1993)
En un vacío insondable (1994)
Némesis (2011)

Novela corta

En un vacío insondable (1994)

Relatos

Sangrando correctamente (1981)

Ari, el tonto (1992)

Maleficio (1995)

200 y pico, que odisea (2003)